

extremo y de forma escrupulosa su ansia de equidad puede mostrarse, por esto mismo, sistemáticamente indiferente a los problemas reales que le plantea la defensa de quienes recurren a él, satisfaciendo así, bajo la máscara de la virtud, sus tendencias sádicas...

Yendo más lejos, puede insistirse aún más sobre la relación existente entre la pulsión y la formación reactiva y ver en ésta una expresión casi directa del conflicto entre dos mociones pulsionales opuestas, conflicto ambivalente en su raíz: «[...] una de las dos mociones que se enfrentan, por lo general la moción amorosa, se ve enormemente reforzada, mientras que la otra desaparece» (3 b). Según esto, la formación reactiva podría definirse como una utilización por el yo de la oposición inherente a la ambivalencia* pulsional.

¿Puede extenderse este concepto más allá del ámbito claramente patológico? Freud, cuando introduce el término en los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), establece el papel que desempeñan las formaciones reactivas en el desarrollo de todo individuo humano, en cuanto se construyen durante el período de latencia: «[...] las excitaciones sexuales despiertan contrafuerzas (mociones reactivas), que, para poder reprimir eficazmente este displacer (resultado de la actividad sexual) establecen los diques psíquicos [...]; repugnancia, pudor, moralidad» (4 a). En este sentido, pues, Freud subrayó el papel que desempeña el proceso de formación reactiva, junto a la sublimación, en la edificación de las características y de las virtudes humanas (4 b). Cuando se introduzca el concepto de superyó*, una parte importante en su génesis se atribuirá al mecanismo de la formación reactiva (5).

FORMACIÓN DE SÍNTOMA

= *Al.*: Symtombildung. — *Fr.*: formation de symptôme. — *Ing.*: symptom-formation. — *It.*: formazione di sintomo. — *Por.*: formação de sintoma.

Término utilizado para designar el hecho de que el síntoma psiconeurótico es el resultado de un proceso especial, de una elaboración psíquica.

Este término, que se encuentra repetidas veces a lo largo de toda la obra de Freud, subraya el hecho de que la formación de los síntomas psiconeuróticos debe considerarse como una fase específica en la génesis de la neurosis. Al principio, Freud parece haber dudado en considerarla como fase esencialmente diferente a la de defensa, pero, finalmente, asimila la formación de síntoma al retorno de lo reprimido y la considera como un proceso distinto; siendo los factores que dan al síntoma su forma específica relativamente independientes de los factores que se hallan en juego en el conflicto defensivo «¿[...] coincide el mecanismo de la formación de síntoma con el de la represión? Es más probable que sean muy diferentes y que no sea la represión en sí la que produce formaciones substitutivas y síntomas, sino que éstos sean los indicios de un retorno de lo reprimido y deban su existencia a otros

procesos completamente distintos» (1) (véase: Retorno de lo reprimido; Elección de la neurosis).

En sentido amplio, la formación de síntoma comprende no sólo el retorno de lo reprimido en forma de «formaciones substitutivas»* o de «formaciones de compromiso»*, sino también las «formaciones reactivas»* (2).

En relación con estos varios términos, hagamos observar que la palabra alemana *Bildung* (formación) designa, en el empleo freudiano, tanto el proceso como el resultado de éste.

FORMACIÓN SUSTITUTIVA

= *Al.*: Ersatzbildung. — *Fr.*: formation substitutive. — *Ing.*: substitutive formation. — *It.*: formazione sostitutiva. — *Por.*: formação substitutiva.

Designa los síntomas o formaciones equivalentes, como los actos fallidos, los chistes, etc., en tanto que reemplazan los contenidos inconscientes.

Esta sustitución debe entenderse en un doble sentido: *económico*, por cuanto el síntoma aporta una satisfacción que reemplaza al deseo inconsciente; *simbólico*, al ser sustituido el contenido inconsciente por otro siguiendo ciertas líneas asociativas.

Cuando Freud, en *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926) vuelve a examinar en su conjunto el problema de la formación de los síntomas neuróticos asimila éstos a formaciones substitutivas «[...] que reemplazan el proceso pulsional que ha sufrido la acción [de la defensa]» (1). Esta idea es muy antigua en Freud; se encuentra ya en sus primeros trabajos, expresada también por el término *Surrogat* (sucedáneo), por ejemplo, en *Las psiconeurosis de defensa* (*Die Abwehr-Neuropsychosen*, 1894) (2).

¿En qué consiste la sustitución? Ante todo puede entenderse, dentro de la teoría económica de la libido, como sustitución de una satisfacción, ligada a una reducción de las tensiones, por otra. Pero no puede comprenderse esta sustitución dentro de un registro puramente cuantitativo; en efecto, el psicoanálisis muestra la existencia de conexiones asociativas entre el síntoma y lo que éste sustituye: *Ersatz* adquiere entonces el sentido de sustitución simbólica, producto del desplazamiento y de la condensación que determinan la singularidad del síntoma.

El término «formación substitutiva» debe relacionarse con los de formación transaccional* y formación reactiva*. Todo síntoma, en cuanto es producto del conflicto defensivo, constituye una formación transaccional. En la medida en que es principalmente el deseo el que busca su satisfacción en el síntoma, éste aparece sobre todo como formación substitutiva; por el contrario, en las formaciones reactivas lo que prevalece es el proceso defensivo.

FRUSTRACIÓN

= *Al.*: Versagung. — *Fr.*: frustration. — *Ing.*: frustration. — *It.*: frustrazione. — *Por.*: frustração.

Condición del sujeto que ve rehusada o se rehúsa la satisfacción de una demanda pulsional.

El uso, reforzado por el auge del concepto de frustración en la literatura de lengua inglesa, ha hecho que el término alemán *Versagung* se traduzca la mayoría de las veces por frustración. Pero esta traducción requiere algunas observaciones:

1) La psicología contemporánea, de modo especial en las investigaciones acerca del aprendizaje, tiende a asociar frustración y gratificación y a definir las como la condición de un organismo sometido respectivamente a la ausencia o a la presencia de un estímulo agradable. Esta concepción puede relacionarse con algunos puntos de vista de Freud, especialmente aquellos en los que parece asimilar la frustración a la ausencia de un objeto externo susceptible de satisfacer la pulsión. En este sentido, en su trabajo *Formulaciones sobre los dos principios del funcionamiento psíquico* (*Formulierungen über die zwei Prinzipien des psychischen Geschehens*, 1911), contrapone las pulsiones de autoconservación, que reclaman un objeto exterior, a las pulsiones sexuales, que pueden satisfacerse durante mucho tiempo en forma autoerótica y en forma de fantasías: solamente los primeros podrían ser frustrados (1).

2) Pero la mayoría de las veces el término freudiano *Versagung* posee otras implicaciones: designa, no solamente un dato fáctico, sino una relación que implica el acto de rehusar (como indica la raíz *sagen*, que significa *decir*) por parte del agente y una exigencia más o menos formulada como demanda por parte del sujeto.

3) El término «frustración» parece indicar que el sujeto es frustrado pasivamente, mientras que *Versagung* no designa en absoluto *quién* rehúsa. En algunos casos parece predominar el sentido reflexivo de *privarse de* (renunciar).

Estas reservas (α) nos parecen justificadas por los diversos textos que Freud dedicó al concepto *Versagung*. En *Sobre los tipos de adquisición de las neurosis* (*Über neurotische Erkrankungsstypen*, 1912), Freud habla de *Versagung* para designar todo obstáculo (externo o interno) a la satisfacción libidinal. Diferenciando entre el caso en el que la neurosis es desencadenada por una carencia en la realidad (por ejemplo, pérdida de un objeto amoroso) y aquel en que el sujeto, a consecuencia de conflictos internos o de una fijación, se rehúsa a las satisfacciones que la realidad le ofrece, Freud considera que *Versagung* es un concepto capaz de englobarlos. Relacionando los distintos modos de formación de la neurosis, se deduciría, por consiguiente, la idea de que lo que se ha modificado es una *relación*, un cierto equilibrio que dependía a la vez de las circunstancias exteriores y de las peculiaridades de la persona.

En las *Lecciones de introducción al psicoanálisis* (*Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, 1916-1917) Freud subraya que una privación externa no es por sí misma patógena, salvo cuando afecta a «la única satisfacción que el sujeto exige» (2).

Los casos paradójicos de «individuos que enferman en el momento de alcanzar el éxito» (3) patentizan el papel preponderante de la «frustración interna»; aquí se ha dado un paso más: lo que el sujeto se rehúsa es la satisfacción efectiva de su deseo.

De estos textos se desprende que lo que interviene en la frustración, según Freud, no es tanto la carencia de un objeto real como la respuesta a una exigencia que implica una determinada forma de satisfacción o que no puede recibir satisfacción de ninguna clase.

Desde un punto de vista técnico, la idea de que la neurosis viene condicionada por la *Versagung* constituye la base de la regla de abstinencia*; conviene rehusar al paciente las satisfacciones substitutivas que podrían apaciguar su exigencia libidinal: el analista debe mantener la frustración (4).

(*) Dada la generalidad de su empleo y la dificultad de encontrar un equivalente válido para todos los casos, independientemente del contexto, conservamos el vocablo *frustración* como traducción de *Versagung*.

FUENTE DE LA PULSIÓN

= *Al.*: Triebquelle. — *Fr.*: source de la pulsion. — *Ing.*: source of the instinct. — *It.*: fonte dell'istinto o della pulsione. — *Por.*: fonte do impulso o da pulsão.

Origen interno específico de cada pulsión determinada, ya sea el lugar donde aparece la excitación (zona erógena, órgano, aparato), ya sea el proceso somático que se produciría en aquella parte del cuerpo y se percibiría como excitación.

El sentido de la palabra *fuerza* se va diferenciando, dentro de la obra de Freud, a partir de su empleo metafórico corriente. En los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), Freud enumera, bajo el epígrafe «fuentes de la sexualidad infantil», fenómenos muy distintos, pero que finalmente se clasifican en dos grupos: excitación de zonas erógenas por diversos estímulos, y «fuentes indirectas», tales como: «la excitación mecánica», «la actividad muscular», «los procesos afectivos», «el trabajo intelectual» (1). Este último tipo de fuentes no da origen a una pulsión parcial determinada, sino que contribuye a aumentar «la excitación sexual» en general.

Dado que Freud efectúa en este artículo una enumeración exhaustiva de los factores internos y externos que desencadenan la excitación sexual, parece perder validez la idea de que la pulsión corresponde a una tensión de origen interno. Esta última idea se hallaba presente desde el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895) (2): el aflujo de excitaciones endógenas (*endogene Reize*) somete al organismo a una tensión de la cual no puede escapar, como escapa, por medio de la huida de las excitaciones externas.

En *Las pulsiones y sus destinos* (*Triebe und Triebschicksale*, 1915),

Freud procede a un análisis más metódico de los diversos aspectos de la pulsión parcial: fuente y empuje, fin y objeto. Esta distinción es válida para todas las pulsiones, pero se aplica especialmente a las pulsiones sexuales.

Aquí, la fuente adquiere un sentido preciso que enlaza con los puntos de vista del primer escrito metapsicológico de 1895: es la fuente interior del organismo, la «fuente orgánica» (*Organquelle*), «fuente somática» (*somatische Quelle*) (3 a). Entonces el término «fuente» designa, en ocasiones, el órgano mismo que es asiento de la excitación. Pero, de un modo más preciso, Freud reserva este término para designar el proceso orgánico, físico-químico, que se encuentra en el origen de esta excitación. La fuente es, por consiguiente, el momento somático, no psíquico, «[...] cuya excitación [*Reiz*] está representada en la vida psíquica por la pulsión» (3 b). Este proceso somático es inaccesible a la psicología y casi siempre desconocido, pero sería específico de cada pulsión parcial* y determinaría su fin* particular.

Freud se propone asignar a cada pulsión una fuente determinada: además de las zonas erógenas*, que constituyen las fuentes de pulsiones bien definidas, la musculatura sería la fuente de la pulsión de apoderamiento*, el ojo, la fuente de la «pulsión de ver» (*Schautrieb*) (3 c).

Dentro de esta evolución, el concepto de fuente se fue precisando cada vez más hasta volverse unívoco: la especificidad de las pulsiones sexuales se atribuye, en último análisis, a la especificidad de un proceso orgánico. En una sistematización coherente, sería preciso asimismo atribuir cada pulsión de autoconservación a una fuente distinta. Cabe preguntarse si esta fijación de la terminología no ha zanjado al mismo tiempo en forma unilateral el problema teórico del origen de las pulsiones sexuales. Así, en los *Tres ensayos*, la enumeración de las «fuentes de la sexualidad infantil» conducía al concepto de que la pulsión sexual surge como efecto paralelo, como producto marginal (*Nebenwirkung, Nebenprodukt*) (1 b) de diversas actividades no sexuales: tal es el caso de las fuentes llamadas «indirectas», pero lo mismo sucede en el funcionamiento de las zonas erógenas (a excepción de la zona genital), en las que la pulsión sexual se apoya (véase: Apoyo) en un funcionamiento ligado a la autoconservación. El carácter común a todas estas «fuentes» lo constituye, por tanto, el hecho de que no engendran la pulsión sexual como su producto natural y específico, en forma similar a como un órgano segrega su producto, sino como un efecto sobreañadido de una función vital. Es el conjunto de esta función vital (que a su vez puede comprender una fuente, un empuje, un fin y un objeto) lo que constituiría el origen, la «fuente», en sentido amplio, de la pulsión sexual.

La libido se califica de oral, anal, etc., por el modo de relación que le proporciona una determinada actividad vital (así, por ejemplo, amar, en la fase oral, se constituye en la forma comer-ser comido).

G

GENITAL (AMOR)

= *Al.*: genitale Liebe. — *Fr.*: amour génital. — *Ing.*: genital love. — *It.*: amore genitale. — *Por.*: amor genital.

Término frecuentemente utilizado en el lenguaje psicoanalítico contemporáneo para designar la forma de amor a la que llegaría el sujeto al completar su desarrollo psicosexual, lo que supone no solamente la entrada en la fase genital, sino también la superación del complejo de Edipo.

La expresión «amor genital» no se encuentra en los trabajos de Freud. En cambio, sí se halla la idea de una forma completa de la sexualidad e incluso de una «actitud completamente normal en el amor» (1 a), en la cual confluyen la corriente de la sensualidad y la de la «ternura» (*Zärtlichkeit*). Su separación viene ilustrada, según Freud, por el ejemplo, trivial en clínica psicoanalítica, del hombre incapaz de desear a la mujer que ama (a la cual idealiza) ni amar a la que desea (prostituta).

La evolución de la corriente sensual, descrita en los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905) conduce a la *organización genital**: con la pubertad «[...] aparece un nuevo fin sexual, a cuya realización contribuyen todas las pulsiones parciales, mientras que las zonas erógenas se subordinan a la primacía de la zona genital [...]. La pulsión sexual se pone ahora al servicio de la función de reproducción» (2).

En cuanto a la ternura, Freud hace remontar su origen a la relación primitiva del niño con la madre, a la elección de objeto primaria, en la cual la satisfacción sexual y la satisfacción de las necesidades vitales funcionaban indisolublemente en apoyo* (véase: Ternura).

M. Balint, en un artículo dedicado al amor genital (3 a), hace observar que se habla del mismo sobre todo en términos negativos, de igual modo que para la fase *post-ambivalente** de Abraham, que se define fundamentalmente por la ausencia de rasgos de las fases anteriores.

Si se intenta definir positivamente el amor genital, resulta difícil escapar a los criterios normativos e incluso a un lenguaje claramente moralizante: comprensión y respeto del otro, ofrecimiento ideal del matrimonio, etc.

El concepto de amor genital, desde el punto de vista de la teoría psicoanalítica, plantea cierto número de preguntas y observaciones:

1) La satisfacción genital (la del sujeto, del compañero o recíproca) no implica en modo alguno la existencia de amor. Y a la inversa, ¿no supone el amor un lazo que sobrevive a la satisfacción genital? (3 b).

2) Una concepción psicoanalítica del amor, aunque excluya toda referencia normativa, no debe ignorar lo que el psicoanálisis ha descubierto sobre la génesis del amor:

- en cuanto a la relación de objeto: incorporación, control, unión* con el odio (4);
- en cuanto a los modos de satisfacción pregenitales, con los que se halla indisolublemente mezclada la satisfacción genital;
- en cuanto al objeto: el «pleno amor de objeto» del que habla Freud ¿no va siempre marcado por el narcisismo originario, tanto si se trata del tipo de elección objetual anaclítica* como del tipo de elección objetual propiamente narcisista?* No olvidemos que es «la vida amorosa del género humano» la que proporcionó a Freud un motivo para introducir el concepto de narcisismo (5).

3) La utilización actual del término «amor genital» se acompaña a menudo de la idea de una satisfacción completa de las pulsiones, e incluso de la resolución de todo conflicto (se ha llegado a escribir: «La relación genital, para decirlo de una vez, carece de historia») (6). A esta concepción se opone indiscutiblemente la teoría freudiana de la sexualidad; véanse, por ejemplo, las siguientes líneas: «Hemos de contar con la posibilidad de que exista, en la naturaleza misma de la pulsión sexual, algo desfavorable a la realización de la satisfacción completa» (1 b).

4) De un modo general, con el término «amor genital», ¿no se confunden varios planos cuya concordancia no está garantizada: el del desarrollo libidinal, que debe conducir a la síntesis de las pulsiones parciales bajo la primacía de los órganos genitales; el de la relación de objeto, que supone la superación del Edipo; y, finalmente, el del encuentro singular? Por lo demás, sorprende que los autores que invocan el amor genital no escapen a la siguiente contradicción: el objeto de amor se concibe a la vez como *intercambiable* (puesto que lo «genital» encuentra necesariamente un objeto amoroso) y *único* (dado que lo «genital» toma en consideración la singularidad del otro).

H

HISTERIA O HISTERISMO

= *Al.*: Hysterie. — *Fr.*: hystérie. — *Ing.*: hysteria. — *It.*: isteria o isterismo. — *Por.*: histeria.

Clase de neurosis que ofrece cuadros clínicos muy variados. Las dos formas sintomatológicas mejor aisladas son la *histeria de conversión*, en la cual el conflicto psíquico se simboliza en los más diversos síntomas corporales, paroxísticos (ejemplo: crisis emocional con teatralidad) o duraderos (ejemplo: anestias, parálisis histéricas, sensación de «bolo» faríngeo, etc.), y la *histeria de angustia*, en la cual la angustia se halla fijada de forma más o menos estable a un determinado objeto exterior (fobias).

En la medida en que Freud descubrió en la histeria de conversión rasgos etio-patogénicos fundamentales, el psicoanálisis logró relacionar con una misma estructura histérica diversos cuadros clínicos que se traducen en la organización de la personalidad y el modo de existencia, incluso en ausencia de síntomas fóbicos y de conversiones manifiestas.

La especificidad de la histeria se busca en el predominio de cierto tipo de identificación, de ciertos mecanismos (especialmente la represión, a menudo manifiesta) y en el afloramiento del conflicto edípico que se desarrolla principalmente en los registros libidinales fálico y oral.

La noción de enfermedad histérica es muy antigua, puesto que se remonta a Hipócrates. Su delimitación ha seguido los avatares de la historia de la medicina. Acerca de este punto sólo podemos remitir al lector a la abundante literatura existente sobre el tema (1, 2 a).

A finales del siglo XIX, especialmente por influencia de Charcot, pasó a primer plano el problema planteado por la histeria al pensamiento médico y al método anatomoclínico imperante. De un modo muy esquemático, puede decirse que se buscó la solución en dos direcciones: por una parte, ante la ausencia de toda lesión orgánica, atribuir los síntomas histéricos a la sugestión, a la autosugestión, o incluso a la simulación (línea de pensamiento que será recogida y sistematizada por Babinski); por otra, conceder a la histeria la denominación de enfermedad como las otras, tan definida y precisa en sus síntomas como, por ejemplo, una afección neurológica (trabajos de Charcot). El camino seguido por

Breuer y Freud (y, desde otro punto de vista, por Janet) les condujo a superar esta oposición. Al igual que Charcot, cuya influencia sobre Freud es bien conocida, éste considera la histeria como una enfermedad psíquica bien definida, que exige una etiología específica. Por otra parte, intentando establecer el «mecanismo psíquico», se adhiere a toda una corriente que considera la histeria como una «enfermedad por representación» (2 b). Ya es sabido que el hallazgo de la etiología psíquica de la histeria corre parejas con los principales descubrimientos del psicoanálisis (inconsciente, fantasía, conflicto defensivo y represión, identificación, transferencia, etc.).

Después de Freud, los psicoanalistas no han dejado de considerar la neurosis histérica y la neurosis obsesiva como las dos vertientes principales del campo de las neurosis (α), lo cual no implica que, como estructuras, puedan combinarse en un determinado cuadro clínico.

Freud relacionó con la estructura histérica y denominó *histeria de angustia* a un tipo de neurosis cuyos síntomas más destacados son las fobias (véase: *Histeria de angustia*).

(*) ¿Debe admitirse la existencia, como entidad específica, de una *psicosis histérica*, que da lugar a alucinaciones, a menudo visuales, vividas dramáticamente por el paciente? Freud, por lo menos al principio, la consideró como un cuadro independiente (3), y algunos casos de los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895) plantean, para el lector, este problema nosográfico.

HISTERIA DE ANGUSTIA

= *Al.*: Angsthysterie. — *Fr.*: hystérie d'angoisse. — *Ing.*: anxiety hysteria. — *It.*: isteria d'angoscia. — *Por.*: histeria de angustia.

Término introducido por Freud para aislar una neurosis cuyo síntoma central es la fobia y con el fin de subrayar su similitud estructural con la histeria de conversión.

El término «histeria de angustia» fue introducido en la literatura psicoanalítica por W. Stekel en *Los estados de angustia neurótica y su tratamiento* (*Nervöse Angstzustände und ihre Behandlung*, 1908) basándose en una indicación de Freud (1).

Esta innovación terminológica se justifica del siguiente modo:

a) Se encuentran síntomas fóbicos en diversas afecciones neuróticas y psicóticas. Se observan en la neurosis obsesiva y en la esquizofrenia; incluso en la neurosis de angustia*, según Freud, pueden encontrarse algunos síntomas de tipo fóbico.

Por ello, en *El pequeño Hans*, Freud indica que no es posible considerar la fobia como un «proceso patológico independiente» (2 a).

b) Existe, no obstante, una neurosis en la que la fobia constituye el síntoma central. Al principio, Freud no la aisló: en sus primeras concepciones las fobias se relacionaban, bien con la neurosis obsesiva, bien con la neurosis de angustia como neurosis actual (3). El análisis del pequeño Hans le proporcionó la ocasión para especificar la neurosis fó-

bica y señalar su similitud estructural con la histeria de conversión. En efecto, tanto en uno como en el otro caso, la acción de la represión tiende esencialmente a separar el afecto de la representación. Con todo, Freud subraya una diferencia esencial: en la histeria de angustia «[...] la libido que la represión ha separado del material patógeno no es *convertida* [...], sino liberada en forma de angustia» (2 b). La formación de los síntomas fóbicos tiene su origen «[...] en un trabajo psíquico que se ejerce desde un principio con el fin de ligar de nuevo psíquicamente la angustia que ha quedado libre» (2 c). «La histeria de angustia se desarrolla cada vez más en el sentido de la "fobia"» (2 d).

Este texto atestigua que, en rigor, no es posible considerar como sinónimos los términos «histeria de angustia» y «neurosis fóbica». El término «histeria de angustia», menos descriptivo, orienta la atención hacia el mecanismo constitutivo de la neurosis en cuestión y pone el acento en el hecho de que el desplazamiento sobre un objeto fóbico es secundario a la aparición de una angustia libre, no ligada a un objeto.

HISTERIA DE CONVERSIÓN

= *Al.*: Konversionshysterie. — *Fr.*: hystérie de conversion. — *Ing.*: conversion hysteria. — *It.*: isteria di conversione. — *Por.*: histeria de conversão.

Forma de histeria que se caracteriza por el predominio de los síntomas de conversión.

En sus primeros trabajos, Freud no utilizaba la expresión «histeria de conversión», por cuanto el mecanismo de la conversión caracterizaba entonces la histeria en general. Cuando, con motivo del análisis del *Pequeño Hans*, Freud relaciona con la histeria un síndrome fóbico, que denomina histeria de angustia*, aparece el término «histeria de conversión» para designar una de las formas de la histeria: «Existe una histeria pura de conversión sin angustia alguna, al igual que existe una histeria de angustia simple, que se manifiesta por sensaciones de angustia y fobias sin que se asocie la conversión» (1).

HISTERIA DE DEFENSA

= *Al.*: Abwehrhysterie. — *Fr.*: hystérie de défense. — *Ing.*: defence hysteria. — *It.*: isteria da difesa. — *Por.*: histeria de defesa.

Forma de histeria que Freud, en los años 1894-1895, diferenció de las otras dos formas de histeria: la histeria hipnoide y la histeria de retención.

Se caracteriza por la actividad de defensa que el sujeto ejerce frente a las representaciones susceptibles de provocar afectos displacenteros.

Desde que Freud reconoció la intervención de la defensa en toda histeria, dejó de utilizar el término «histeria de defensa», con la distinción implícita en él.

En *Las psiconeurosis de defensa* (*Die Abwehr-Neuropsychosen*, 1894), Freud introdujo, desde un punto de vista patogenético, la distinción entre tres formas de histeria (hipnoide, de retención y de defensa) y con-

sideró especialmente como su aportación personal la histeria de defensa, la cual convierte en el prototipo de las psiconeurosis de defensa* (1).

Se observará que, a partir de la *Comunicación preliminar (Vorläufige Mitteilung, 1893)* de Breuer y Freud, la imposibilidad de abreactación* (característica de la histeria) se relaciona con dos series de condiciones: por una parte, un estado específico en el que se halla el sujeto en el momento del trauma (estado hipnoide)*, y, por otra, a condiciones ligadas a la propia naturaleza del trauma*: condiciones externas o acción intencional (*absichtlich*) del sujeto que se defiende frente a contenidos «penosos» (2 a). En esta primera fase de la teoría, la defensa, la retención y el estado hipnoide aparecen como factores etiológicos que contribuyen a la producción de la histeria. En la medida en que uno de ellos se considera como el más importante, se cree, por influencia de Breuer, que el estado hipnoide constituye «[...] el fenómeno fundamental de esta neurosis» (2 b).

En *Las psiconeurosis de defensa* Freud especifica este conjunto de condiciones hasta el punto de distinguir tres tipos de histerias; pero, de hecho, sólo se interesa por la histeria de defensa.

En una tercera fase (*Estudios sobre la histeria [Studien über Hysterie, 1895]*), Freud sigue conservando esta distinción, pero, al parecer, ésta le sirve sobre todo para promover, a expensas de la preponderancia del estado hipnoide, la noción de defensa. Así, Freud hace observar: «Curiosamente, en mi propia experiencia no he encontrado la verdadera histeria hipnoide; todos los casos que yo he tratado han aparecido como histeria de defensa» (2 c). Asimismo, duda de la existencia de una histeria de retención independiente y establece la hipótesis de que «[...] en la base de la histeria de retención interviene un elemento de defensa que ha transformado todo el proceso en fenómeno histérico» (2 d).

Observemos, finalmente, que el término «histeria de defensa» desaparece después de los *Estudios sobre la histeria*. Todo ocurrió, pues, como si sólo hubiera sido introducido para hacer prevalecer la noción de defensa sobre la de estado hipnoide. Una vez logrado este resultado (considerar la defensa como el proceso fundamental de la histeria y extender el modelo del conflicto defensivo a las otras neurosis) el término «histeria de defensa» pierde evidentemente su razón de ser.

HISTERIA HIPNOIDE

= *Al.*: Hypnoidhysterie. — *Fr.*: hystérie hypnoïde. — *Ing.*: hypnoid hysteria. — *It.*: isteria ipnoïda. — *Por.*: histeria hipnóide.

Término utilizado por Breuer y Freud en los años 1894-1895: forma de histeria que tendría su origen en los estados hipnoides; el sujeto no puede integrar en su persona y en su historia las representaciones que aparecen durante estos estados. Aquéllas forman entonces un grupo psíquico separado, inconsciente, capaz de provocar efectos patógenos.

Remitimos al lector al artículo «Estado hipnoide» donde exponemos el fundamento teórico de este término. Observemos que el término «his-

teria hipnoide» no se encuentra en los textos escritos exclusivamente por Breuer; por ello parece lógico pensar que se trata de una denominación creada por Freud. En efecto, para Breuer toda histeria es «hipnoide» puesto que tiene su origen fundamental en el estado hipnoide; para Freud, en cambio, la histeria hipnoide es sólo una forma de histeria, junto a la histeria de retención* y, sobre todo, a la histeria de defensa*: distinción que le permitirá primeramente delimitar, y más tarde rechazar el papel del estado hipnoide en relación con el de la defensa.

HISTERIA DE RETENCIÓN

= *Al.*: Retentionshysterie. — *Fr.*: hystérie de rétention. — *Ing.*: retention hysteria. — *It.*: isteria da ritenzione. — *Por.*: histeria de retenção.

Forma de histeria que Breuer y Freud diferenciaron, en los años 1894-1895, de las otras formas: la histeria hipnoide y la histeria de defensa.

Su patogenia se caracteriza por el hecho de que los afectos no han podido ser descargados por abreacción, sobre todo en razón de circunstancias exteriores desfavorables.

En *Las psiconeurosis de defensa* (*Die Abwehr-Neuropsychosen*, 1894) Freud aísla la histeria de retención como una forma de histeria.

En la *Comunicación preliminar* (*Vorläufige Mitteilung*, 1893) ya se hallaba presente, si no el término, por lo menos el concepto de retención para designar una serie de condiciones etiológicas en las que, a diferencia de lo que ocurre en el estado hipnoide, es la *naturaleza* del trauma lo que imposibilita la abreacción: el trauma choca, ya con condiciones sociales que impiden su abreacción, ya con una defensa del propio sujeto (1 a).

Más descriptiva que explicativa, la noción de retención había de desaparecer pronto; en efecto, cuando quiere explicar el fenómeno de la retención, Freud encuentra la defensa. Esto es lo que ilustra, en la experiencia terapéutica, una observación de Freud (el *Caso Rosalia* [1 b]), a la cual alude sin duda al escribir: «En un caso que yo consideraba como de histeria de retención típica, contaba con obtener un éxito fácil y seguro, pero éste no se produjo, por más que el trabajo resultara realmente fácil. Por ello supongo, con todas las reservas inherentes a la ignorancia, que en la base de la histeria de retención actúa también un elemento de defensa que ha transformado todo el proceso en fenómeno histérico» (1 c).

HISTERIA TRAUMÁTICA

= *Al.*: traumatische Hysterie. — *Fr.*: hystérie traumatique. — *Ing.*: traumatic hysteria. — *It.*: isteria traumatica. — *Por.*: histeria traumática.

Tipo de histeria descrito por Charcot: en ella los síntomas somáticos, en especial la parálisis, aparecen, a menudo, tras un período de latencia, consecutivamente a un traumatismo físico, pero sin que éste pueda explicar mecánicamente tales síntomas.

Charcot, en sus trabajos sobre la histeria, entre 1880 y 1890, estudia ciertas parálisis hísticas consecutivas a traumatismos físicos lo bastante importantes para que el sujeto sienta en peligro su vida, pero sin que lleguen a producir una pérdida de conciencia. Tales traumatismos no explican neurológicamente la parálisis. Charcot observa también que ésta se instaura después de un período, más o menos largo, de «incubación», de «elaboración»* psíquica.

Charcot tuvo la idea de reproducir experimentalmente, bajo hipnosis, parálisis del mismo tipo utilizando un traumatismo mínimo o la simple sugestión. De este modo aportó la prueba de que los síntomas en cuestión habían sido provocados, no por el *shock* físico, sino por las representaciones ligadas al mismo y que sobrevenían durante un estado psíquico particular.

Freud señaló la continuidad existente entre esta explicación y las primeras explicaciones que Breuer y él mismo dieron de la histeria: «*Existe una completa analogía entre la parálisis traumática y la histeria común, no traumática*». «La única diferencia estriba en que, en el primer caso, ha actuado un traumatismo importante, mientras que en el segundo raramente puede señalarse un *único* acontecimiento de importancia, sino más bien una *serie* de impresiones afectivas [...]. Incluso en el caso del gran traumatismo mecánico de la histeria traumática, lo que produce el resultado no es el factor mecánico, sino el afecto de susto, el traumatismo *psíquico*» (1).

Como es sabido, el esquema de la histeria hipnoide* recoge los dos elementos ya señalados por Charcot: el traumatismo* psíquico y el estado psíquico especial (estado hipnoide*, afecto de susto*) durante el cual aquél acontece.

HOSPITALISMO

= *Al.*: Hospitalismus. — *Fr.*: hospitalisme. — *Ing.*: hospitalism. — *It.*: ospedalismo. — *Por.*: hospitalismo.

Término utilizado desde los trabajos de René Spitz para designar el conjunto de las perturbaciones somáticas y psíquicas provocadas en los niños (durante los 18 primeros meses de la vida) por la permanencia prolongada en una institución hospitalaria, donde se encuentran completamente privados de su madre.

Remitimos al lector a los trabajos especializados sobre la materia (1), y de un modo particular a los de Spitz, que son los más representativos (2). Éstos se basan en numerosas y detenidas observaciones, así como en la comparación de diversos grupos de niños (niños criados en orfelinato, en guardería con presencia parcial de la madre, por su madre, etcétera).

Es precisamente en los niños criados en ausencia completa de su madre, en una institución donde los cuidados les son administrados en forma anónima, sin que pueda establecerse un lazo afectivo, cuando se constatan los graves trastornos que Spitz agrupó bajo el nombre de *hospitalismo*: retardo del desarrollo corporal, de la habilidad manual, de la

adaptación al medio ambiente, del lenguaje; disminución de la resistencia a las enfermedades; en los casos más graves, marasmo y muerte.

Los efectos del hospitalismo tienen consecuencias duraderas o incluso irreversibles. Spitz, después de haber descrito el hospitalismo, intentó situarlo en el conjunto de las perturbaciones provocadas por un trastorno de las relaciones madre-hijo; lo define por una carencia afectiva *total* diferenciándolo así de la depresión anaclítica*; ésta es consecutiva a una privación afectiva *parcial* en un niño que hasta entonces había disfrutado de una relación normal con su madre, y puede desaparecer al volver a encontrar a la madre (3).

HUELLA MNÉMICA

= *Al.*: Erinnerungsspur o Erinnerungsrest. — *Fr.*: trace mnésique. — *Ing.*: mnemonic trace o memory trace. — *It.*: traccia mnemonica. — *Por.*: traço o vestígio mnémico.

Término utilizado por Freud, a lo largo de toda su obra, para designar la forma en que se inscriben los acontecimientos en la memoria. Las huellas mnémicas se depositan, según Freud, en diferentes sistemas; persisten de un modo permanente, pero sólo son reactivadas una vez catectizadas.

El concepto psicofisiológico de huella mnémica, de constante empleo en los textos metapsicológicos, implica una concepción de la memoria que Freud nunca expuso de un modo global. Es por ello que se presta a interpretaciones erróneas: un término como el de huella mnémica no sería otra cosa que el heredero de un pensamiento neurofisiológico periclitado. Sin pretender exponer aquí una teoría freudiana de la memoria, recordaremos las exigencias de principio que se hallan subyacentes al hecho de que Freud tomase este término de huella mnémica: Freud se propone situar la memoria dentro de una tópica* y explicar su funcionamiento en términos económicos.

1) La necesidad de definir todo sistema psíquico por una función y hacer de la Percepción-Conciencia la función de un sistema particular (véase: Conciencia) conduce al postulado de una incompatibilidad entre la conciencia y la memoria: «No nos resulta fácil creer que persistan huellas duraderas de la excitación también en el sistema Percepción-Conciencia. Si permanecieran siempre conscientes, limitarían pronto la capacidad del sistema de recibir nuevas excitaciones; pero si, por el contrario, se volvieran inconscientes, nos hallaríamos en la obligación de explicar la existencia de procesos inconscientes en un sistema cuyo funcionamiento se acompaña, por otra parte, del fenómeno de la conciencia. Por así decirlo, nada habríamos cambiado ni ganado con nuestra hipótesis que localiza el hecho de volverse consciente en un sistema particular» (1). Es ésta una idea que se remonta a los orígenes del psicoanálisis. Breuer la expresa por vez primera en los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895): «Resulta imposible que un solo y único órgano cumpla estas dos condiciones contradictorias. El espejo de un telescopio de reflexión no puede al mismo tiempo ser una placa fotográfica» (2). Freud intentó ilustrar esta concepción tópica mediante

comparación con el funcionamiento de un «bloc de notas mágico» (3).

2) Freud introduce distinciones tópicas en el seno de la misma memoria. Un acontecimiento determinado es inscrito en diferentes «sistemas mnémicos». Freud propuso varios modelos, más o menos figurados, de esta estratificación de la memoria en sistemas. En los *Estudios sobre la histeria*, compara la organización de la memoria con complicados archivos en los que se ordenan los recuerdos según distintos modos de clasificación: orden cronológico, ligazón en cadenas asociativas, grado de accesibilidad a la conciencia (4). En la carta a W. Fliess del 6-XII-1896 y en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), se vuelve a exponer, en una forma más doctrinal, esta concepción de una sucesión ordenada de inscripciones en sistemas mnémicos: la distinción entre preconscious e inconsciente se asimila a una distinción entre dos sistemas mnémicos. Todos los sistemas mnémicos son inconscientes en sentido «descriptivo», pero las huellas del sistema *Ics* son incapaces de llegar como tales a la conciencia, mientras que los recuerdos preconscious (la memoria, en el sentido usual del término) pueden actualizarse en una determinada conducta.

3) La concepción freudiana de la amnesia infantil* puede aclarar la teoría metapsicológica de las huellas mnémicas. Ya es sabido que, para Freud, si no recordamos los acontecimientos de los primeros años de la vida, ello no es debido a una falta de fijación, sino a la represión. En general, todos los recuerdos quedarían inscritos, pero su evocación dependería de la forma en que actúan sobre ellos las catexis, contracatexis y retiro de las catexis. Esta concepción se basa en la distinción, evidenciada por la clínica, entre la representación y el quantum de afecto*: «En las funciones psíquicas, está justificado diferenciar algo (quantum de afecto, suma de excitación) [...] que puede aumentar, disminuir, desplazarse, descargarse y que se extiende sobre las huellas mnémicas de las representaciones en forma comparable a como lo hace una carga eléctrica en la superficie de los cuerpos» (5).

Como puede verse, la concepción freudiana de la huella mnémica difiere claramente de una concepción empirista del engrama definido como impresión que se asemeja a la realidad. En efecto:

1.º La huella mnémica se inscribe siempre en sistemas, en relación con otras huellas. Freud intentó incluso distinguir los diferentes sistemas en los que un mismo objeto inscribe sus huellas, según los tipos de asociaciones (por simultaneidad, causalidad, etc.) (6, 7a). Por lo que respecta a la evocación, un recuerdo puede ser reactualizado dentro de un determinado contexto asociativo, mientras que, tomado en otro contexto, resultará inaccesible a la conciencia (véase: Complejo).

2.º Freud tiende incluso a negar a las huellas mnémicas toda cualidad sensorial: «Cuando los recuerdos vuelven a ser conscientes, no comportan cualidad sensorial, o muy poca en comparación con las percepciones» (7b).

En el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895), cuya orientación neurofisiológica justificaría, en apariencia, la asi-

milación de la huella mnémica a la imagen «simulacro», es donde se patentizaría mejor la originalidad de la teoría freudiana de la memoria. En efecto, en dicho texto Freud intenta explicar la inscripción del recuerdo en el aparato neuronal sin recurrir a una semejanza entre las huellas y los objetos. La huella mnémica no es más que una disposición especial de facilitaciones* que hacen que una determinada vía sea seguida con preferencia a otra. Tal funcionamiento de la memoria podría relacionarse con lo que se llama «memoria» en la teoría de las máquinas cibernéticas, construidas según el principio de oposiciones binarias, de igual modo que el aparato neurónico, según Freud, se caracteriza por bifurcaciones sucesivas.

Conviene señalar, sin embargo, que la forma en que Freud, en sus escritos ulteriores, habla de las huellas mnémicas (utilizando a menudo como sinónimo el término «imagen mnémica») muestra que se vio inducido, cuando no aludía al proceso de su formación, a hablar de ellas como de reproducciones de las cosas en el sentido de una psicología empirista.

HUIDA EN LA ENFERMEDAD

= *Al.*: Flucht in die Krankheit. — *Fr.*: fuite dans la maladie. — *Ing.*: flight into illness. — *It.*: fuga nella malattia. — *Por.*: fuga para a doença o refúgio na doença.

Expresión figurada que designa el hecho de que el sujeto busca en la neurosis un medio para escapar a sus conflictos psíquicos.

Esta expresión ha encontrado gran resonancia con la difusión del psicoanálisis; actualmente se extiende no sólo al campo de las neurosis, sino también al de las enfermedades orgánicas en las que puede ponerse en evidencia un componente psicológico.

Primeramente se encuentran en Freud expresiones tales como «huida en la psicosis» (1); «huida en la enfermedad neurótica» (2); y más tarde la de «huida en la enfermedad» (3 y 4).

El concepto dinámico «huida en la enfermedad» expresa la misma idea que la noción económica beneficio de la enfermedad. Ahora bien, ¿tienen estos conceptos la misma extensión? Sobre este punto resulta difícil definirse, tanto más cuanto que la distinción, dentro del beneficio de la enfermedad, entre una parte primaria y una parte secundaria, tampoco resulta fácil de establecer (véase: Beneficio). Parece que Freud sitúa la huida en la enfermedad en el lado del beneficio primario; pero sucede que la expresión se emplea también en un sentido más amplio. Sea como fuere, ilustra el hecho de que el sujeto intenta evitar una situación conflictual generadora de tensión y lograr una reducción de ésta mediante la formación de síntomas.

I

IDEAL DEL YO

= *Al.*: Ichideal. — *Fr.*: idéal du moi. — *Ing.*: ego ideal. — *It.*: ideale dell'io. — *Por.*: ideal do ego.

Término utilizado por Freud en su segunda teoría del aparato psíquico: instancia de la personalidad que resulta de la convergencia del narcisismo (idealización del yo) y de las identificaciones con los padres, con sus substitutos y con los ideales colectivos. Como instancia diferenciada, el ideal del yo constituye un modelo al que el sujeto intenta adecuarse.

En Freud resulta difícil delimitar un sentido unívoco del término «ideal del yo». Las variaciones de este concepto obedecen a que se halla íntimamente ligado a la elaboración progresiva de la noción de superyó y, de un modo más general, de la segunda teoría del aparato psíquico. Así, en *El yo y el Ello* (*Das Ich und das Es*, 1923) se tratan como sinónimos ideal del yo y superyó, mientras que en otros trabajos la función del ideal se atribuye a una instancia diferenciada o, por lo menos, a una subestructura particular existente dentro del superyó (*véase esta palabra*).

En la *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914) aparece el término «ideal del yo» para designar una formación intrapsíquica relativamente autónoma que sirve de referencia al yo para apreciar sus realizaciones efectivas. Su origen es principalmente narcisista: «Lo que [el hombre] proyecta ante sí como su ideal es el substitutivo del narcisismo perdido de su infancia; en aquel entonces él mismo era su propio ideal» (1 a). Este estado narcisista, que Freud compara a un verdadero delirio de grandezas, es abandonado, especialmente a causa de la crítica que los padres ejercen acerca del niño. Se observará que ésta, interiorizada en forma de una instancia psíquica particular, instancia de censura y de autoobservación, se distingue, a lo largo de todo el texto, del ideal del yo: ella «[...] observa sin cesar al yo actual y lo compara con el ideal» (1 b).

En *Psicología de las masas y análisis del yo* (*Massenpsychologie und Ich-Analyse*, 1921) se sitúa en primer plano la función del ideal del yo. Freud ve en él una formación claramente diferenciada del yo, que permite explicar en especial la fascinación amorosa, la dependencia frente al hipnotizador y la sumisión al líder: casos todos en los que una persona ajena es colocada por el sujeto en el lugar de su ideal del yo.

Este proceso se encuentra en el origen de la constitución del grupo humano. La eficacia del ideal colectivo proviene de la convergencia de los «ideal del yo» individuales: «[...] cierto número de individuos han colocado un mismo objeto en el lugar de su ideal del yo, a consecuencia de lo cual se han identificado entre sí en su yo» (2 a); y a la inversa, aquéllos son los depositarios, en virtud de identificaciones con los padres, educadores, etc., de cierto número de ideales colectivos: «Cada individuo forma parte de varios grupos, se halla ligado desde varios lados por identificación y ha construido su ideal del yo según los modelos más diversos» (2 b).

En *El yo y el ello*, donde figura por vez primera el término «superyó», éste se considera como sinónimo de ideal del yo; se trata de una sola instancia, que se forma por identificación con los padres correlativamente con la declinación del Edipo y que reúne las funciones de prohibición y de ideal. «Las relaciones [del superyó] con el yo no se limitan únicamente a este precepto: "tú debes ser así" [como el padre]; incluyen también esta prohibición: "tú no tienes derecho a ser así" [como el padre], es decir, a hacer todo lo que él hace; muchas cosas le están reservadas» (3).

En las *Nuevas lecciones de introducción al psicoanálisis* (*Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, 1932), se efectúa una nueva distinción: el superyó aparece como una estructura global que implica tres funciones: «autoobservación, conciencia moral y función de ideal» (4). La distinción entre estas dos últimas funciones queda especialmente ilustrada en las diferencias que Freud intenta establecer entre sentimiento de culpabilidad y sentimiento de inferioridad. Estos dos sentimientos son el resultado de una tensión entre el yo y el superyó, pero el primero guarda relación con la conciencia moral, y el segundo con el ideal del yo, en tanto que es amado más que temido.

La literatura psicoanalítica atestigua que el término «superyó» no ha desplazado al de ideal del yo. La mayoría de los autores no los confunden.

Existe un relativo acuerdo en cuanto a lo que se designa por «ideal del yo»; en cambio, las concepciones difieren en cuanto a su relación con el superyó y la conciencia moral. El problema se complica aún más por el hecho de que los autores llaman superyó, como Freud en las *Nuevas lecciones*, tanto a una estructura de conjunto que comprende diversas subestructuras, como más específicamente a la «voz de la conciencia» en su función prohibitiva.

Así, por ejemplo, para Nunberg, el ideal del yo y la instancia prohibitiva se hallan claramente separados. Los distingue en cuanto a las motivaciones que inducen en el yo: «Mientras el yo obedece al superyó

por miedo al castigo, se somete al ideal del yo por amor» (5); y también en cuanto a su origen (el ideal del yo se formaría principalmente sobre la imagen de los objetos amados, y el superyó sobre la de los personajes temidos).

Aunque tal distinción parece bien fundada desde un punto de vista descriptivo, resulta difícil de mantener en forma rigurosa desde el punto de vista metapsicológico. Muchos autores, siguiendo la indicación dada por Freud en *El yo y el ello* (texto citado más arriba), subrayan la imbricación de los dos aspectos del ideal y de la prohibición. Así, D. Lagache habla de un sistema superyó-ideal del yo, en cuyo interior establece una relación estructural: «[...] el superyó corresponde a la autoridad, y el ideal del yo a la manera en que el sujeto debe comportarse para responder a lo que espera la autoridad» (6).

IDEALIZACIÓN

= *Al.*: Idealisierung. — *Fr.*: idéalisation. — *Ing.*: idealization. — *It.*: idealizzazione. — *Por.*: idealização.

Proceso psíquico en virtud del cual se llevan a la perfección las cualidades y el valor del objeto. La identificación con el objeto idealizado contribuye a la formación y al enriquecimiento de las instancias llamadas ideales de la persona (yo ideal, ideal del yo).

Al establecer el concepto de narcisismo* Freud se vio inducido a definir la idealización, cuya intervención había puesto de manifiesto, de un modo especial, en la vida amorosa (sobreestimación sexual). La diferencia de la sublimación*: ésta «[...] es un proceso que afecta a la libido objetal y consiste en que la pulsión se dirige hacia otro fin alejado de la satisfacción sexual [...]. La idealización es un proceso concerniente al objeto y, en virtud del cual, éste es engrandecido y exaltado psíquicamente sin que se cambie su naturaleza. La idealización es posible tanto en el ámbito de la libido del yo como en el de la libido objetal» (1).

La idealización, en especial la de los padres, interviene necesariamente en la constitución, dentro del sujeto, de las instancias ideales (véase: Yo ideal; Ideal del yo). Pero no es sinónimo de la *formación de los ideales* de la persona; en efecto, puede afectar a un objeto independiente: por ejemplo, idealización de un objeto amado. Pero se observará que, incluso en este caso, se halla siempre fuertemente marcada por el narcisismo: «Vemos que el objeto es tratado como el yo propio y que, por consiguiente, en la pasión amorosa se derrama sobre el objeto una cantidad importante de libido narcisista» (2).

El papel defensivo de la idealización ha sido subrayado por numerosos autores, especialmente por Melanie Klein. Según esta autora, la idealización del objeto constituiría, en esencia, una defensa contra las pulsiones destructoras; en este sentido iría paralela a una *escisión* llevada al extremo entre un objeto* «bueno» idealizado y dotado de todas las

cualidades (por ejemplo, pecho materno siempre disponible e inagotable) y un objeto malo cuyos rasgos perseguidores se llevan igualmente al paroxismo (3).

IDENTIDAD DE PERCEPCIÓN — IDENTIDAD DE PENSAMIENTO

= *Al.*: Wahrnehmungsidentität - Denkidentität. — *Fr.*: identité de perception - identité de pensée. — *Ing.*: perceptual identity - thought identity. — *It.*: identità di percezione - identità di pensiero. — *Por.*: identidade de percepção (o perceptual) - identidade de pensamento.

Términos utilizados por Freud para designar aquello hacia lo que tienden, respectivamente, el proceso primario y el proceso secundario. El proceso primario tiende a encontrar una percepción idéntica a la imagen del objeto resultante de la experiencia de satisfacción. En el proceso secundario, la identidad buscada es la de los pensamientos entre sí.

Estos términos no aparecen hasta el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900). Se refieren a la concepción freudiana de la experiencia de satisfacción*. El proceso primario y el proceso secundario pueden definirse en términos puramente económicos: descarga inmediata en el primer caso, inhibición, aplazamiento de la satisfacción y desvío en el segundo. La noción de identidad de percepción nos lleva fuera del registro económico: aquí se trata de equivalencias que se establecen entre representaciones.

La experiencia de satisfacción constituye el origen de la búsqueda de la identidad de percepción. Ella liga a una descarga eminentemente satisfactoria la representación de un objeto electivo. A partir de entonces el sujeto «repetirá la percepción ligada a la satisfacción de la necesidad» (1 a). La alucinación primitiva es la vía más corta para obtener la identidad de percepción. De un modo más general puede decirse que el proceso primario funciona según este modelo; Freud mostró en otro capítulo de *La interpretación de los sueños* que la relación de identidad entre dos imágenes («identificación») es, entre las relaciones lógicas, la que concuerda mejor con el funcionamiento mental propio del sueño (1 b).

La identidad de pensamiento guarda una relación doble con la identidad de percepción:

1.º Constituye una modificación de ésta, en el sentido de que tiende a liberar los procesos psíquicos de la regulación exclusiva por el principio de placer: «El pensamiento debe interesarse por las vías de ligazón entre las representaciones sin dejarse confundir por su intensidad» (1 c). En este sentido, tal modificación representaría el surgimiento de lo que la lógica llama el principio de identidad.

2.º Sigue estando al servicio de la identidad de percepción: «[...] toda la actividad de pensamiento complicado que se extiende de la imagen mnémica al establecimiento de la identidad de percepción por el mundo exterior es siempre un desvío, que la experiencia ha hecho necesario, en el camino que conduce al cumplimiento de deseo» (1 d).

Si bien los términos que hemos definido aquí ya no figuran en los

demás escritos freudianos, la idea de contraponer, desde el punto de vista del pensamiento y del juicio, los procesos primario y secundario, sigue ocupando un lugar central en la teoría. Se encuentra de nuevo, entre otras, en la contraposición entre representaciones de cosa y representaciones de palabra*.

En Francia, Daniel Lagache ha subrayado en muchas ocasiones el gran interés que presenta la oposición establecida por Freud entre identidad de percepción e identidad de pensamiento: en ella ve especialmente un medio para diferenciar las compulsiones defensivas, en las que el yo sigue bajo el dominio de la identidad de percepción, y los mecanismos de desprendimiento* que hacen intervenir una conciencia atenta, discriminativa, capaz de resistir las interferencias de las ideas y de los afectos displacenteros: «[...] la identificación objetivante, que mantiene la identidad propia de cada objeto de pensamiento, debe oponerse a la identificación sincrética [...]» (2).

Observemos, además, que la distinción entre estos dos modos de «identidad» no puede reducirse a la tradicional oposición entre afectividad y razón, o incluso entre «lógica afectiva» y lógica de la razón. En efecto, ¿no va destinada toda *La interpretación de los sueños* a establecer, en contra de los prejuicios «científicos», que el sueño sigue unas leyes que constituyen un primer modo de funcionamiento del *logos*?

IDENTIFICACIÓN

= *Al.*: Identifizierung. — *Fr.*: identification. — *Ing.*: identification. — *It.*: identificazione. — *Por.*: identificação.

Proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de éste. La personalidad se constituye y se diferencia mediante una serie de identificaciones.

1.º Dado que la palabra «identificación» forma parte tanto del lenguaje corriente como del lenguaje filosófico, conviene precisar ante todo, desde un punto de vista semántico, los límites de su utilización en el vocabulario del psicoanálisis.

El sustantivo *identificación* puede tomarse en un sentido transitivo, correspondiente al verbo *identificar*, o en un sentido reflexivo, correspondiente al verbo *identificarse*. Esta distinción se encuentra en los dos sentidos del término que diferencia Lalande:

A) «Acción de identificar, es decir, de reconocer como idéntico; ya sea numéricamente, como por ejemplo "la identificación de un criminal", ya sea en su naturaleza, como por ejemplo cuando se reconoce un objeto como perteneciente a una determinada clase [...], o también cuando se reconoce una clase de hechos como asimilable a otra [...].»

B) «Acto en virtud del cual un individuo se vuelve idéntico a otro, o en virtud del cual dos seres se vuelven idénticos (en pensamiento o de hecho, totalmente o *secundum quid*)» (1).

Estas dos acepciones se encuentran en Freud. Este describe como típico del trabajo del sueño el proceso que traduce la relación de similitud, el «como si», por la substitución de una imagen por otra o «identificación» (2 a). Esto corresponde ciertamente al sentido A) de Lalonde, pero la identificación no posee aquí un valor cognitivo: constituye un proceso activo que reemplaza una identidad parcial o una similitud latente por una identidad total.

Pero el término, en su empleo psicoanalítico, corresponde principalmente al sentido de «identificarse».

2.º La identificación (en el sentido de identificarse) reúne en su empleo corriente toda una serie de conceptos psicológicos, tales como: imitación, *Einfühlung* (empatía), simpatía, contagio mental, proyección, etcétera.

Para aclarar las ideas, se ha propuesto distinguir en este campo, según el sentido en que se efectúa la identificación, entre una identificación heteropática (Scheler) y centrípeta (Wallon), en la cual es el sujeto quien identifica su propia persona a otra, y una identificación idiopática y centrífuga en la que el sujeto identifica al otro con la propia persona. Por último, en los casos en que coexisten ambos movimientos, nos hallaríamos en presencia de una forma de identificación más compleja, invocada en ocasiones para explicar la formación del «nosotros».

El concepto de identificación ha adquirido progresivamente en la obra de Freud el valor central que más que un mecanismo psicológico entre otros, hace de él la operación en virtud de la cual se constituye el sujeto humano. Esta evolución cursa paralelamente al hecho de situar en primer plano el complejo de Edipo en sus efectos estructurales, así como a la modificación aportada por la segunda teoría del aparato psíquico, en la cual las instancias que se diferencian a partir del ello vienen definidas por las identificaciones de las cuales derivan.

Sin embargo, la identificación fue utilizada muy pronto por Freud, sobre todo en relación con los síntomas histéricos. Los hechos llamados de imitación, de contagio mental, se conocían ciertamente desde mucho tiempo antes, pero Freud va más lejos al explicarlos por la existencia de un elemento inconsciente común a las personas entre las que se produce el fenómeno: «[...] la identificación no es una simple imitación, sino una apropiación basada en la presunción de una etiología común; expresa un "como si" y se refiere a un elemento común que existe en el inconsciente (2 b). Este elemento común es un fantasma: así la paciente agorafóbica se identifica inconscientemente con "una mujer de la calle", y su síntoma constituye una defensa contra esta identificación y contra el deseo sexual que ella supone» (3 a). Por último, Freud observa muy pronto que pueden coexistir varias identificaciones: «[...] el hecho de la identificación autoriza quizás a un empleo *literal* de la expresión: pluralidad de las personas psíquicas» (3 b).

Ulteriormente la noción de identificación se enriqueció con diversas aportaciones:

1.º El concepto de incorporación oral fue establecido durante los años 1912-1915 (*Tótem y tabú* [*Totem und Tabu*], *Duelo y melancolía* [*Trauer und Melancholie*]). Freud muestra especialmente su función en la melancolía, en la cual el sujeto se identifica según un modo oral con el objeto perdido, por regresión a la relación objetal típica de la fase oral (véase: Incorporación; Canibalístico).

2.º Se establece el concepto de narcisismo*. En *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914) Freud inicia la exposición de la dialéctica que enlaza la elección objetal narcisista* (el objeto se elige sobre el modelo de la propia persona) con la identificación (el sujeto, o alguna de sus instancias, se constituyen según el modelo de sus objetos anteriores: padres, personas del ambiente).

3.º Los efectos del complejo de Edipo* en la estructuración del sujeto se describen en términos de identificación: las catexis sobre los padres son abandonadas y substituidas por identificaciones (4).

Una vez establecida la fórmula generalizada del Edipo, Freud muestra que estas identificaciones forman una estructura compleja, en la medida que el padre y la madre son, cada uno de ellos, a la vez objeto de amor y de rivalidad. Por lo demás, es probable que la presencia de esta ambivalencia con respecto al objeto sea esencial para la constitución de toda identificación.

4.º La elaboración de la segunda teoría del aparato psíquico viene a demostrar el enriquecimiento y la importancia creciente del concepto de identificación: las instancias de la persona ya no se describen en términos del sistema donde se inscriben imágenes, recuerdos, «contenidos» psíquicos, sino como los restos de diversos tipos de las relaciones de objeto.

Este enriquecimiento del concepto de identificación no ha conducido, ni en Freud ni en la teoría psicoanalítica, a una sistematización que ordene sus modalidades. El propio Freud se declara insatisfecho de sus formulaciones a este respecto (5 a). La exposición más completa que intentó dar se encuentra en el capítulo VII de *Psicología de las masas y análisis del yo* (*Massenpsychologie und Ich-Analyse*, 1921). En este trabajo distingue finalmente tres modos de identificación:

a) como forma originaria del lazo afectivo con el objeto. Se trata aquí de una identificación preedípica, marcada por la relación canibalística, que desde un principio es ambivalente (véase: Identificación primaria);

b) como substitutivo regresivo de una elección objetal abandonada;

c) en ausencia de toda catexis sexual del otro, el sujeto puede, no obstante, identificarse a éste en la medida en que tienen un elemento en común (por ejemplo, deseo de ser amado): por desplazamiento, la identificación se producirá sobre otro punto (identificación histérica).

Freud también indica que, en ciertos casos, la identificación afecta, no al conjunto del objeto, sino a un «rasgo único» de éste (6).

Finalmente, el estudio de la hipnosis, de la pasión amorosa y de la psicología de los grupos le lleva a contraponer la identificación que constituye o enriquece una instancia de la personalidad con el proceso

inverso, en el cual es el objeto el que se «pone en lugar» de una instancia, por ejemplo en el caso del líder que viene a reemplazar el ideal del yo de los miembros de un grupo. Se observará que, en este caso, existe también una identificación recíproca de los individuos entre sí, pero ésta exige, como condición, tal «puesta en lugar de [...]». Aquí pueden encontrarse, ordenadas desde un punto de vista estructural, las distinciones que hemos establecido más arriba: identificación centrípeta, centrífuga y recíproca.

El término «identificación» debe diferenciarse de las palabras afines como incorporación*, introyección*, interiorización*.

Incorporación e introyección constituyen prototipos de la identificación o, por lo menos, de algunas de sus modalidades en las que el proceso mental es vivido y simbolizado como una operación corporal (ingerir, devorar, guardar dentro de sí, etc.).

La distinción entre identificación e interiorización es más compleja, ya que hace intervenir opciones teóricas referentes a la naturaleza de *aquello a lo cual* el sujeto se asimila. Desde un punto de vista meramente conceptual, puede decirse que la identificación se efectúa con objetos: persona («asimilación del yo a un yo ajeno») (5 b), o rasgo de una persona, objetos parciales, mientras que la interiorización es la de una *relación* intersubjetiva. Falta saber cuál de estos dos procesos es el primero. Se observará que generalmente la identificación de un sujeto A con un sujeto B no es global, sino *secundam quid*, lo que remite a un determinado aspecto de la *relación* con él: yo no me identifico con mi jefe, sino con un determinado rasgo suyo que está ligado a mi relación sadomasoquista con él. Pero, por otra parte, la identificación permanece siempre marcada por sus prototipos primitivos: la incorporación se refiere a *cosas*, confundiendo la relación con el objeto en el que se encarna; el objeto con el que el niño mantiene una relación de agresividad se convierte, como substancialmente, en el «objeto malo», el cual es entonces introyectado. Por otra parte, y éste es un hecho esencial, el conjunto de las identificaciones de un sujeto no forma un sistema relacional coherente; así, por ejemplo, dentro de una instancia como el superyó, se encuentran exigencias diversas, conflictuales, heteróclitas. Asimismo el ideal del yo se forma por identificaciones con los ideales culturales, que no siempre se hallan en armonía entre sí.

IDENTIFICACION CON EL AGRESOR

= *Al.*: Identifizierung mit dem Angreifer. — *Fr.*: identification a l'agresseur. — *Ing.*: identification with the aggressor. — *It.*: identificazione con l'aggressore. — *Por.*: identificação ao agressor.

Mecanismo de defensa aislado y descrito por Anna Freud (1936): el sujeto, enfrentado a un peligro exterior (representado típicamente por una crítica procedente de una autoridad), se identifica con su agresor, ya sea reasumiendo por su cuenta la agresión en la misma forma, ya sea imitando física o moralmente a la persona del agresor, ya sea adoptando ciertos símbolos de poder que lo designan. Según Anna Freud, este mecanismo sería el preponderante en la constitución de la fase

preliminar del superyó, permaneciendo entonces la agresión dirigida hacia el exterior y no volviéndose todavía contra el sujeto en forma de autocrítica.

La expresión «identificación con el agresor» no figura en los escritos de Freud, si bien éste ya había descrito su mecanismo, especialmente refiriéndose a ciertos juegos infantiles en el capítulo III de *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920).

Ferenczi utiliza la expresión «identificación con el agresor» en un sentido muy especial: la agresión a que se hace referencia es el atentado sexual del adulto, que vive en un mundo de pasión y de culpabilidad, sobre el niño que se supone inocente (véase: Seducción). El comportamiento descrito como el resultado del miedo es una sumisión total a la voluntad del agresor; el cambio provocado en la personalidad es «[...] la introyección del sentimiento de culpabilidad del adulto» (1).

Anna Freud ve actuar la identificación con el agresor en diversas circunstancias: agresión física, crítica, etc., pudiendo intervenir la identificación antes o después de la agresión temida. El comportamiento que se observa es el resultado de una inversión de los papeles: el agredido se convierte en agresor.

Los autores que atribuyen a este mecanismo un importante papel en el desarrollo de la persona valoran de distinto modo su alcance, especialmente en la constitución del superyó. Según Anna Freud, el sujeto pasa por una primera fase en la cual se invierte el conjunto de la relación agresiva: el agresor es introyectado, mientras que la persona atacada, criticada, culpable, es proyectada al exterior. Sólo en un segundo tiempo la agresión se volverá hacia el interior, interiorizándose el conjunto de la relación.

Daniel Lagache sitúa más bien la identificación con el agresor en el origen de la formación del yo ideal*; dentro del conflicto de demandas entre el niño y el adulto, el sujeto se identifica con el adulto dotado de omnipotencia, lo que implica el desconocimiento del otro, su sumisión, incluso su abolición (2).

René Spitz, en *El no y el sí* (*No and Yes*, 1957), hace gran uso de la noción de identificación con el agresor. Según él, la vuelta de la agresión contra el agresor es el mecanismo preponderante en la adquisición del «no», verbal y mediante gestos, que sitúa alrededor del 15.º mes.

¿Qué papel corresponde a la identificación con el agresor en el conjunto de la teoría psicoanalítica? ¿Se trata de un mecanismo muy especial o, por el contrario, comprende una parte importante de lo que usualmente se describe como identificación? Especialmente, ¿cómo se articula con lo que clásicamente se designa como identificación con el rival en la situación edípica? Al parecer, los autores que han situado en primer plano este concepto, no han formulado el problema en estos términos. Con todo, sorprende el hecho de que las observaciones presentadas situen generalmente este mecanismo dentro de una relación, no triangular, sino dual, cuyo fondo, como ha subrayado en repetidas ocasiones Daniel Lagache, es de naturaleza sadomasoquista.

IDENTIFICACIÓN PRIMARIA

= *Al.*: primäre Identifizierung. — *Fr.*: identification primaire. — *Ing.*: primary identification. — *It.*: identificazione primaria. — *Por.*: identificação primária.

Modo primitivo de constitución del sujeto sobre el modelo del otro, que no es secundario a una relación previamente establecida en la cual el objeto se presentaría desde un principio como independiente. La identificación primaria está en íntima correlación con la relación llamada incorporación oral.

El concepto de identificación primaria, aunque forma parte de la terminología analítica, tiene acepciones bastante diferentes según las reconstrucciones que efectúan los autores de los primeros tiempos de la existencia individual.

La identificación primaria se contrapone a las identificaciones secundarias, que se superpondrán a aquélla, no solamente por ser la primera cronológicamente, sino porque no se establece consecutivamente a una relación de objeto propiamente dicha, sino que es «[...] la forma más primitiva de lazo afectivo con un objeto» (1 a). «Al comienzo, en la fase oral primitiva del individuo, la catexis de objeto y la identificación no pueden quizá distinguirse entre sí» (2 a).

Esta forma de ligazón del niño con otra persona se ha descrito como primera relación con la madre, antes de que se establezca sólidamente la diferenciación entre el ego y el alter ego. Esta relación vendría evidentemente marcada por el proceso de la incorporación. Con todo, conviene señalar que, en rigor, resulta difícil adscribir la identificación primaria a un estado absolutamente indiferenciado o anobjetal.

Es interesante observar que Freud, que rara vez utiliza la expresión «identificación primaria» (2 b), designa por ella misma una identificación con el padre «de la prehistoria personal» tomado por el niño como ideal o prototipo (*Vorbild*). Se trataría «de una identificación directa e inmediata, que se sitúa antes de toda catexis de objeto» (2 b-1 b).

IDENTIFICACIÓN PROYECTIVA

= *Al.*: Projektionsidentifizierung. — *Fr.*: identification projective. — *Ing.*: projective identification. — *It.*: identificazione proiettiva. — *Por.*: identificação projetiva.

Término introducido por Melanie Klein para designar un mecanismo que se traduce por fantasías en las que el sujeto introduce su propia persona (*his self*), en su totalidad o en parte, en el interior del objeto para dañarlo, poseerlo y controlarlo.

El término «identificación proyectiva» ha sido utilizado por Melanie Klein en un sentido muy especial, distinto del que sugiere a primera vista la asociación de las dos palabras, es decir, una atribución a otro de ciertos rasgos de sí mismo o de una semejanza global consigo mismo.

Melanie Klein describió, en *El psicoanálisis de los niños* (*Die Psychoanalyse des Kindes*, 1932), fantasías de ataque contra el interior del

cuerpo materno y de intrusión sádica dentro de éste (1). Pero sólo más tarde (1946) introdujo este término para designar «una forma particular de identificación que establece el prototipo de una relación de objeto agresiva» (2 a).

Este mecanismo, que guarda estrecha relación con la posición esquizoparanoide*, consiste en una proyección fantaseada al interior del cuerpo materno de partes escindidas de la propia persona del sujeto, o incluso de éste en su totalidad (y no solamente de objetos parciales malos) con el fin de dañar y controlar a la madre desde su interior. Esta fantasía es fuente de angustias tales como la de hallarse aprisionado y perseguido en el interior del cuerpo materno; o también la identificación proyectiva puede acarrear, a cambio, que la introyección sea sentida «[...] como una penetración forzada desde el exterior al interior en castigo por una proyección violenta» (2 b). Otro peligro es que el yo se encuentre debilitado y empobrecido en la medida en que puede perder, en la identificación proyectiva, partes «buenas» de sí mismo; de este modo, una instancia como el ideal del yo podría entonces convertirse en exterior al sujeto (2 c).

M. Klein y Joan Riviere afirman que las fantasías de identificación proyectiva actúan en diversos estados patológicos, como la despersonalización y la claustrofobia.

La identificación proyectiva aparece, pues, como una modalidad de la proyección*. Si M. Klein habla aquí de identificación, lo hace en cuanto es proyectada la propia persona. La utilización kleiniana del término concuerda con el sentido estricto que tiende a reservarse en psicoanálisis al término «proyección»: expulsión al exterior de lo que el sujeto rechaza en sí, proyección de lo malo.

Tal acepción deja sin resolver el problema de saber si es posible distinguir en la identificación* ciertas modalidades en las que es el sujeto quien se asimila al otro, y algunas modalidades en las que es el otro el que es asimilado al sujeto. El agrupar estas últimas bajo el título de identificación proyectiva supone una atenuación del concepto psicoanalítico de proyección. En consecuencia, puede considerarse preferible una distinción como la de identificación centripeta e identificación centrífuga.

IMAGINARIO (s. y adj.)

= *Al.*: Imaginäre. — *Fr.*: imaginaire. — *Ing.*: imagynary. — *It.*: immaginario. — *Por.*: imaginário.

En la acepción dada a este término por J. Lacan (utilizándose casi siempre como sustantivo): uno de los tres registros fundamentales (lo real, lo simbólico, lo imaginario) del campo psicoanalítico. Este registro se caracteriza por el predominio de la relación con la imagen del semejante.

La noción «imaginario» se comprende ante todo en relación con una de las primeras elaboraciones teóricas de Lacan respecto a la *fase del*

*espejo**. En la obra dedicada a ésta, el autor pone en evidencia la idea de que el yo del pequeño ser humano, debido particularmente a su prematuridad biológica, se constituye a partir de la imagen de su semejante (yo especular).

Considerando esta experiencia princeps, puede calificarse de imaginario:

a) desde el punto de vista intrasubjetivo: la relación fundamentalmente narcisista del sujeto para con su yo (1);

b) desde el punto de vista intersubjetivo: una relación llamada *dual* basada en (y captada por) la imagen de un semejante (atracción erótica, tensión agresiva). Para Lacan sólo existe el semejante (otro que sea yo) porque el yo es originalmente otro (2);

c) en cuanto al mundo circundante (*Umwelt*): una relación del tipo de las que han sido descritas en etología animal (Lorenz, Tinbergen) y que señalan la prevalencia de una determinada *Gestalt* en el desencadenamiento de los comportamientos;

d) en cuanto a las significaciones: un tipo de aprehensión en el que desempeñan un papel determinante factores tales como la semejanza, el homeomorfismo, lo que demuestra una especie de coalescencia entre el significante y el significado.

El uso especial que efectúa Lacan de la palabra *imaginario* no deja, sin embargo, de hallarse en relación con el sentido usual de este término: puesto que toda conducta, toda relación imaginaria está, según Lacan, esencialmente dedicada al engaño (α).

Lacan insiste en la diferencia, la oposición existente entre lo imaginario y lo simbólico, mostrando que la intersubjetividad no se reduce a este conjunto de relaciones que él agrupa bajo el término «imaginario» y que es importante no confundir ambos «registros», durante la cura analítica (3).

(*) Consúltase el método de los simulacros en etología (utilización de estímulos-señales artificiales como desencadenantes de ciclos instintivos) que demuestran experimentalmente lo dicho.

IMAGO

(La misma palabra latina ha sido adoptada en los diferentes idiomas).

Prototipo Inconsciente de personajes que orienta electivamente la forma en que el sujeto aprehende a los demás; se elabora a partir de las primeras relaciones intersubjetivas reales y fantaseadas con el ambiente familiar.

El concepto de *imago* lo debemos a Jung (*Metamorfosis y símbolos de la libido* [Wandlungen und Symbole der Libido, 1911]), que describe la imago materna, paterna, fraterna.

La imago y el complejo son conceptos afines; ambos guardan relación con el mismo campo: las relaciones del niño con su ambiente familiar y social. Pero el complejo designa el efecto que ejerce sobre el

sujeto el conjunto de la situación interpersonal, mientras que la imago designa la pervivencia imaginaria de alguno de los participantes en aquella situación.

Con frecuencia se define la imago como una «representación inconsciente»; pero es necesario ver en ella, más que una imagen, un esquema imaginario adquirido, un clisé estático a través del cual el sujeto se enfrenta a otro. Por consiguiente, la imago puede objetivarse tanto en sentimientos y conductas como en imágenes. Añadamos que no debe entenderse como un reflejo de lo real, ni siquiera más o menos deformado; es por ello que la imago de un padre terrible puede muy bien corresponder a un padre real débil.

IMAGO DE LOS PADRES ACOPLADOS

= *Al.*: vereinigte Eltern, vereinigte Eltern-Imago. — *Fr.*: parent(s) combiné(s). — *Ing.*: combined parents, combined parent-figure. — *It.*: figura parentale combinata. — *Por.*: país unificados, imago de país unificados.

Término introducido por Melanie Klein para designar una teoría sexual infantil que se expresa en diversas fantasías que representan a los padres como unidos en una relación sexual ininterrumpida: la madre conteniendo el pene del padre o al padre en su totalidad; el padre conteniendo el pecho de la madre o a la madre en su totalidad; los padres inseparablemente confundidos en un coito.

Se trataría de fantasías muy arcaicas e intensamente ansiógenas.

La noción de «imago de los padres acoplados» es inseparable de la concepción kleiniana del complejo de Edipo (1): «Se trata de una teoría sexual constituida en una fase genética muy precoz, según la cual la madre incorporaría el pene del padre durante el coito, aunque en definitiva la mujer que posee un pene representa a los padres en coito» (2 a).

La fantasía de la «mujer provista de pene» no constituye un descubrimiento de Melanie Klein; Freud la describe ya en 1908 en *Las teorías sexuales infantiles (Über infantile Sexualtheorien)* (3). Pero, para Freud, esta fantasía forma parte de la teoría sexual infantil que desconoce la diferencia de los sexos y la castración de la mujer. Melanie Klein, en *El psicoanálisis del niño (Die Psychoanalyse des Kindes, 1932)* le atribuye una génesis muy distinta; la hace derivar de fantasías muy precoces: escena originaria* fuertemente teñida de sadismo, interiorización del pene del padre, representación del cuerpo materno como receptáculo de objetos* «buenos» y, sobre todo, «malos». «La fantasía de un pene paterno contenido en el interior de la madre determina en el niño otra fantasía, la de la «mujer con pene». La teoría sexual de la madre fálica, provista de un pene femenino, se remonta a angustias más primitivas, modificadas por desplazamiento, e inspiradas por los peligros que presentan los penes incorporados por la madre y las relaciones sexuales entre los padres. Según mis observaciones, «la mujer con pene» representa siempre la «mujer con pene paterno»» (2 b). La fantasía de la «imago de los padres acoplados» ligada al sadismo infantil arcaico, tiene un gran valor ansiógeno.

En un artículo ulterior, M. Klein relaciona la noción de «imago de los padres acoplados» con una actitud fundamental del niño: «Constituye una característica de las emociones intensas y de la actividad del niño pequeño el atribuir necesariamente a sus padres un estado de gratificación mutua de tipo oral, anal y genital» (4).

INCONSCIENTE (s. y adj.)

= *Al.*: Das Unbewusste, unbewusst. — *Fr.*: inconscient. — *Ing.*: unconscious. — *It.*: inconscio. — *Por.*: inconsciente.

A) El adjetivo *inconsciente* se utiliza en ocasiones para connotar el conjunto de los contenidos no presentes en el campo actual de la conciencia, y esto en un sentido «descriptivo» y no «tópico», es decir, sin efectuar una discriminación entre los contenidos de los sistemas preconscious y consciente.

B) En sentido tópico, la palabra *inconsciente* designa uno de los sistemas definidos por Freud dentro del marco de su primera teoría del aparato psíquico; está constituido por contenidos reprimidos, a los que ha sido rehusado el acceso al sistema preconscious-consciente* por la acción de la represión* (represión originaria* y represión con posterioridad*).

Los caracteres esenciales del inconsciente como sistema (o *Ics*) pueden resumirse del siguiente modo:

- a) sus «contenidos» son «representantes»* de las pulsiones;
- b) estos contenidos están regidos por los mecanismos específicos del proceso primario*, especialmente la condensación* y el desplazamiento*;
- c) fuertemente catectizados de energía pulsional, buscan retornar a la conciencia y a la acción (retorno de lo reprimido*); pero sólo pueden encontrar acceso al sistema *Pcs-Cs* en la formación de compromiso*, después de haber sido sometidos a las deformaciones de la censura*;
- d) son especialmente los deseos infantiles los que experimentan una fijación* en el inconsciente.

La abreviatura *Ics* (*Ubw*, del alemán *Unbewusst*) designa el inconsciente en su forma substantiva como sistema; *ics* (*ubw*) es la abreviatura del adjetivo *inconsciente* (*unbewusst*), en tanto que éste califica, en sentido estricto, los contenidos del citado sistema.

C) Dentro del marco de la segunda tópica freudiana, la palabra *inconsciente* se emplea sobre todo como adjetivo; en efecto, *inconsciente* no es ya lo propio de una instancia particular, puesto que califica al ello y a una parte del yo y del superyó. Pero conviene observar:

- a) que los caracteres atribuidos, en la primera tópica, al sistema *Ics*, se atribuyen, de un modo general, al ello en la segunda tópica;
- b) que la diferencia entre el preconscious y el inconsciente, si bien ya no se basa en una distinción intersistémica, persiste como una distinción intrasistémica (por ser el yo y el superyó en parte preconscious y en parte *inconscientes*).

Si se hubiera de resumir en una palabra el descubrimiento freudiano, ésta sería indiscutiblemente el término «inconsciente». Por ello, no nos proponemos, dentro de los límites de la presente obra, exponer este descubrimiento en sus antecedentes prefreudianos, en su génesis y en sus elaboraciones sucesivas por el propio Freud. Nos limitaremos, en un deseo de clarificación, a subrayar algunos rasgos esenciales que, con frecuencia, la misma difusión del término ha ido borrando.

1.º El inconsciente freudiano es ante todo e indisolublemente una noción tópica* y dinámica*, deducida de la experiencia de la cura. Esta ha mostrado que el psiquismo no es reductible a lo consciente y que ciertos «contenidos» sólo se vuelven accesibles a la conciencia una vez se han superado las resistencias; la cura ha revelado que la vida psíquica está «[...] saturada de pensamientos eficientes, aunque inconscientes, y que de éstos emanan los síntomas» (1); ha conducido a suponer la existencia de «grupos psíquicos separados» y, de un modo más general, a admitir la existencia del inconsciente como un «lugar psíquico» particular que es preciso representarse, no como una segunda conciencia, sino como un sistema que tiene contenidos, mecanismos y simplemente una «energía» específica.

2.º ¿Cuáles son estos contenidos?

a) Freud, en su artículo sobre *El inconsciente* (*Das Unbewusste*, 1915) los denomina «representantes de la pulsión». En efecto, la pulsión, situada en el límite entre lo somático y lo psíquico, se encuentra más allá de la oposición entre consciente e inconsciente; por una parte, no puede jamás devenir objeto de conciencia, y, por otra, sólo se halla presente en el inconsciente por medio de sus representantes, esencialmente el «representante representativo*». Añadamos que uno de los primeros modelos teóricos freudianos define el aparato psíquico como una sucesión de inscripciones (*Niederschriften*) de signos (2), idea proseguida y discutida en los textos ulteriores. Las representaciones inconscientes se hallan ordenadas en forma de fantasías, guiones imaginarios a los cuales se fija la pulsión, y que pueden concebirse como verdaderas escenificaciones del deseo* (véase: Fantasía).

b) La mayor parte de los textos freudianos anteriores a la segunda tópica asimilan lo inconsciente a lo *reprimido*. Observemos, sin embargo, que esta asimilación no se halla exenta de restricciones; más de un texto reserva un lugar para contenidos no adquiridos por el individuo, sino de origen filogenético, que constituirían el «núcleo del inconsciente» (3 a).

Tal idea culmina en la noción de fantasías originarias* como esquemas preindividuales que vienen a informar las experiencias sexuales infantiles del sujeto (a).

c) También clásicamente se ha asimilado el inconsciente a lo *infantil* que hay en nosotros, pero también aquí se impone una reserva. No todas las experiencias infantiles, aunque vividas naturalmente en la forma que la fenomenología designa como conciencia irreflexiva, están destinadas a confundirse con el inconsciente del individuo. Según Freud, es la *represión* infantil la que da lugar a la primera escisión entre el inconsciente y el sistema *Pcs-Cs*. El inconsciente freudiano es algo que se *constituye*, incluso aunque la primera fase de la represión originaria pueda considerarse como mítica; no se trata de un vivir indiferenciado.

3.º Ya es sabido que el sueño fue para Freud el «camino real» hacia el descubrimiento del inconsciente. Los mecanismos (desplazamiento, condensación, simbolismo) deducidos del sueño en *La interpretación de*

los sueños (*Die Traumdeutung*, 1900) y constitutivos del *proceso primario* se vuelven a encontrar en otras formaciones del inconsciente (actos fallidos, equivocaciones orales, etc.), que equivalen a los síntomas por su estructura de compromiso y su función de «cumplimiento de deseo»*.

Cuando Freud intenta definir el inconsciente como sistema, resume sus caracteres específicos del siguiente modo (3 b): proceso primario (movilidad de las catexis, característica de la energía libre)*; ausencia de negación, de duda, de grado en la certidumbre; indiferencia a la realidad, y regulación por el solo principio del placer-displacer (tendiendo éste a restablecer por la vía más corta la identidad de percepción)*.

4.º Finalmente, Freud intentó basar la cohesión propia del sistema *Ics* y su distinción radical respecto del sistema *Pcs* en la noción económica de una «energía de catexis» propia de cada sistema. La energía inconsciente se aplicaría a representaciones, produciendo su catexis o retirándose de ellas, y el paso de un elemento de un sistema al otro se produciría por retiro de la catexis procedente del primero y nueva catexis por parte del segundo.

Pero esta energía inconsciente (y aquí radica una dificultad de la concepción freudiana) tan pronto aparece o bien como una fuerza de atracción ejercida sobre las representaciones y oponiéndose a la toma de conciencia (como en la teoría de la represión, según la cual la atracción por los elementos ya reprimidos colabora con la represión ejercida por el sistema superior) (4) o bien en forma de una fuerza que tiende a hacer emerger sus «derivados»* a la conciencia y que sólo resultaría contenida mediante la vigilancia de la censura (3 c).

5.º Las consideraciones tópicas no deben hacer perder de vista el valor dinámico del inconsciente freudiano, tantas veces subrayado por su autor: por el contrario, es preciso ver en las distinciones tópicas un medio para explicar el conflicto, la repetición y las resistencias.

Ya es sabido que, a partir de 1920, la teoría freudiana del aparato psíquico fue profundamente modificada y se introdujeron en ellas nuevas distinciones tópicas, que ya no coinciden con las del inconsciente, preconsciente y consciente. En efecto, si bien en la instancia del ello se vuelven a encontrar las principales características del sistema *Ics*, en las otras instancias (yo y superyó) se reconocen también un origen y una parte inconscientes (véanse: Ello; Yo; Superyó; Tópica).

(*) Aunque Freud no estableció una relación entre las fantasías originarias (*Urphantasien*) y la hipótesis de la represión originaria (*Urverdrängung*), no puede dejar de observarse que cumplen casi la misma función en cuanto al origen último del inconsciente.

INCORPORACIÓN

= *Al.*: Einverleibung. — *Fr.*: incorporation. — *Ing.*: incorporation. — *It.*: incorporazione. — *Por.*: incorporação.

Proceso en virtud del cual el sujeto, de un modo más o menos fantasmático, introduce y guarda un objeto dentro de su cuerpo. La incorporación constituye un fin pulsional y un modo de relación de objeto característico de la fase oral; si bien

guarda una relación privilegiada con la actividad bucal y la ingestión de alimento, también puede vivirse en relación con otras zonas erógenas y otras funciones. Constituye el prototipo corporal de la introyección y de la identificación.

Al elaborar la noción de fase oral (1915) Freud introduce el término «incorporación» (1), que hace recaer el acento en la relación con el objeto, mientras que anteriormente, sobre todo en la primera edición de los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), Freud describía la actividad oral bajo el aspecto relativamente limitado del placer de la succión.

En la incorporación se imbrican varios fines pulsionales. Freud, en 1915, dentro de lo que entonces era su teoría de las pulsiones (oposición entre pulsiones sexuales y pulsiones del yo o de autoconservación) subraya que las dos actividades (sexual y alimentaria) se encuentran allí íntimamente mezcladas. Dentro de la última teoría de las pulsiones (oposición entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte) se pondrá en evidencia sobre todo la unión de la libido y la agresividad: «En la fase de organización oral de la libido, el dominio amoroso sobre el objeto coincide todavía con el aniquilamiento de éste» (2). Esta concepción será desarrollada por Abraham y ulteriormente por M. Klein (véase: Fase oral-sádica).

De hecho, en la incorporación se hallan presentes tres significaciones: darse un placer haciendo penetrar un objeto dentro de sí; destruir este objeto; asimilarse las cualidades de este objeto conservándolo dentro de sí. Este último aspecto es el que hace de la incorporación la idea matriz de la introyección y de la identificación.

La incorporación no se limita a la actividad oral propiamente dicha ni a la fase oral, aun cuando la oralidad constituye el modelo de toda incorporación. En efecto, otras zonas erógenas y otras funciones pueden ser su soporte (incorporación por la piel, la respiración, la visión, la audición). Asimismo existe una incorporación anal, en la medida que la cavidad rectal es asimilada a una boca, y una incorporación genital, manifestada especialmente en el fantasma de retención del pene dentro del cuerpo.

Abraham, y más tarde M. Klein, han señalado que el proceso de incorporación o el canibalismo* pueden ser también parciales, es decir, referirse a objetos parciales*.

INERVACIÓN

= *Al.*: Innervation. — *Fr.*: innervation. — *Ing.*: innervation. — *It.*: innervazione. — *Por.*: inervação.

Término utilizado por Freud en sus primeros trabajos para designar el hecho de que cierta energía es transportada a una determinada parte del cuerpo, produciendo allí fenómenos motores o sensitivos.

La Inervación, fenómeno fisiológico, podría producirse por conversión de energía psíquica en energía nerviosa.

Este término puede presentar dificultad para el lector de Freud. En efecto, en la actualidad se utiliza, por lo general, para designar un hecho anatómico (trayecto de un nervio que va a parar a un determinado órgano), mientras que Freud designa por inervación un proceso fisiológico, la transmisión, casi siempre en sentido eferente, de la energía a lo largo de una vía nerviosa. Véase, por ejemplo, el siguiente pasaje a propósito de la histeria: «[...] el afecto arrancado [de la representación] se utiliza para una inervación somática: conversión de la excitación» (1).

INSTANCIA

= Al.: Instanz. — Fr.: instance. — Ing.: agency. — It.: istanza. — Por.: instância.

Alguna de las diferentes subestructuras, dentro de una concepción a la vez tónica y dinámica del aparato psíquico. Ejemplos: instancia de la censura (primera tónica), instancia del superyó (segunda tónica).

En las diferentes exposiciones que dio de su concepción del aparato psíquico*, Freud utiliza la mayoría de las veces, para designar sus partes o subestructuras, los términos «sistema» o «instancia». Más raramente se encuentran las palabras «organización» (*Organisation*), «formación» (*Bildung*) y «provincia» (*Provinz*).

El primer término introducido por Freud fue el de *sistema* (1); se refiere a un esquema esencialmente tónico* del psiquismo, concibiéndose éste como una sucesión de dispositivos atravesados por las excitaciones, al modo como la luz pasa a través de los diferentes «sistemas» de un aparato óptico. El término «instancia» fue introducido en *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900) como sinónimo de sistema (2a). Freud lo utilizó hasta en sus últimos trabajos (3).

Aun cuando estos dos términos se emplean a menudo indistintamente, se observará que «sistema» se refiere a una concepción más exclusivamente tónica, siendo «instancia» un término de significado a la vez tónico y dinámico. Así, por ejemplo, Freud habla de sistemas mnémicos (2b), de sistema percepción-conciencia, y no de instancia en estos casos. En cambio, habla preferentemente de instancias para referirse al superyó o a la censura, en cuanto ejercen una acción positiva y no son simplemente atravesados por las excitaciones; así, el superyó se considera como el heredero de la «instancia parental» (4). Observemos, por lo demás, que el término mismo «instancia» fue introducido por Freud en *La interpretación de los sueños* por comparación con los tribunales o las autoridades que juzgan acerca de lo que conviene dejar pasar (2c).

En la medida en que es posible mantener tal diferencia, el término «sistema» correspondería mejor al espíritu de la primera tónica freudiana, y el de instancia a la segunda concepción del aparato psíquico, que es a la vez más dinámica y más estructural.

INSTINTO

= *Al.*: Instinkt. — *Fr.*: instinct. — *Ing.*: instinct. — *It.*: istinto. — *Por.*: instinto.

A) Clásicamente, esquema de comportamiento heredado, propio de una especie animal, que varía poco de uno a otro individuo, se desarrolla según una secuencia temporal poco susceptible de perturbarse y que parece responder a una finalidad.

B) Término utilizado por algunos autores psicoanalíticos franceses como traducción o equivalente del término freudiano *Trieb*, para el cual, en una terminología coherente, conviene recurrir al término francés «pulsión»*.

La concepción freudiana del *Trieb* como una fuerza que empuja relativamente indeterminada, en cuanto al comportamiento que origina y al objeto que proporciona la satisfacción, difiere notablemente de las teorías del instinto, tanto en su forma clásica como en la renovación aportada por las investigaciones contemporáneas (concepto de *pattern* de comportamientos, de mecanismos innatos de desencadenamiento, de estímulos-señales específicos, etc.). El término «instinto» tiene implicaciones claramente definidas, que están muy alejadas del concepto freudiano de pulsión.

Por lo demás, se observará que Freud utiliza en varias ocasiones el término *Instinkt* en sentido clásico (véase definición A), hablando de «instinto de los animales», de «conocimiento instintivo de peligros» (1), etcétera.

Es más, cuando se pregunta «[...] si existen en el hombre formaciones psíquicas hereditarias, algo similar al instinto de los animales» (2), no ve este equivalente en la pulsión, sino en aquellos «esquemas filogenéticos hereditarios» (3) que son las fantasías originarias (por ejemplo, escena originaria, castración) (véase: Fantasías originarias).

Vemos, pues, que Freud utiliza dos términos que pueden contraponerse claramente, incluso aunque él no hizo intervenir de forma explícita esta oposición en su teoría. En la literatura psicoanalítica, la oposición no se ha mantenido siempre, sino todo lo contrario. La elección del término *instinto* como equivalente de *Trieb* no es solamente una inexactitud de traducción; además ofrece el peligro de introducir una confusión entre la teoría freudiana de las pulsiones y las concepciones psicológicas del instinto animal y de velar la originalidad de la concepción freudiana, en especial la tesis del carácter relativamente indeterminado del empuje motivante, los conceptos de contingencia del objeto* y de la variabilidad de los fines*.

INTELECTUALIZACIÓN

= *Al.*: Intellektualisierung. — *Fr.*: intellectualisation. — *Ing.*: intellectualization. — *It.*: intellettualizzazione. — *Por.*: intelectualização.

Proceso en virtud del cual el sujeto intenta dar una formulación discursiva a sus conflictos y a sus emociones, con el fin de controlarlos.

La mayoría de las veces, el término se toma en sentido peyorativo; designa, especialmente durante la cura, el predominio otorgado al pensamiento abstracto sobre la emergencia y el reconocimiento de los afectos y de los fantasmas.

El término «intelectualización» no se encuentra en Freud y, en el conjunto de la literatura psicoanalítica, hallamos pocos desarrollos teóricos acerca de este proceso. Uno de los textos más explícitos es el de Anna Freud, que describe la intelectualización en el adolescente como un mecanismo de defensa, pero considerándolo como la exacerbación de un proceso normal mediante el cual el «yo» intenta «controlar las pulsiones asociándolos a ideas que puede manejar conscientemente [...]»: la intelectualización constituye, según esta autora, «[...] uno de los poderes adquiridos n. generales, más antiguos y más necesarios del yo humano» (1).

Este término se emplea sobre todo para designar una forma de resistencia hallada en la cura. Puede ser más o menos patente, pero constituye siempre un medio para evitar las implicaciones de la regla fundamental.

Así, un determinado paciente sólo presenta sus problemas en términos racionales y generales (ante una elección amorosa, disertará sobre las ventajas relativas del matrimonio y del amor libre). Otro, aunque evoca bien su historia, su carácter, sus propios conflictos, los formula desde un principio en términos de una reconstrucción coherente que incluso puede tomar del lenguaje psicoanalítico (por ejemplo, hablando de su «oposición a la autoridad» en lugar de referirse a las relaciones con su padre). Un tipo más sutil de intelectualización debe relacionarse con lo que K. Abraham describió en 1919 en *Una forma particular de resistencia neurótica al método psicoanalítico (Über eine besondere Form des neurotischen Widerstandes gegen die psychoanalytische Methodik)*: algunos pacientes parecen efectuar un «buen trabajo» analítico y aplicar la regla, comunicando recuerdos, sueños, incluso experiencias afectivas. Pero todo sucede como si hablasen según un programa e intentasen comportarse como modelo de un analizado, dando ellos mismos sus interpretaciones y evitando así toda irrupción del inconsciente o toda intervención del analista, que se perciben como intrusiones peligrosas.

El término «intelectualización» reclama algunas reservas:

1) como muestra nuestro último ejemplo, no siempre es fácil distinguir este modo de resistencia del tiempo necesario y fecundo en que el sujeto da forma y asimila los descubrimientos anteriores y las interpretaciones que se le han suministrado (véase: Trabajo elaborativo);

2) el término «intelectualización» se refiere a la oposición, heredada de la psicología de las «facultades», entre lo intelectual y lo afectivo. Ofrece el peligro, una vez denunciada la intelectualización, de conducir a una valoración excesiva de lo «vívido afectivo» en la cura analítica, la cual se confunde entonces con el método catártico. Fenichel contrapone estas dos modalidades simétricas de la resistencia: «[...] el paciente se muestra siempre razonable y rehúsa pactar con la lógica particular de las emociones; [...] el paciente se halla constantemente sumergido en un mundo oscuro de emociones, sin poder liberarse de él [...]» (2).

La intelectualización debe relacionarse con otros mecanismos descritos en psicoanálisis, principalmente con la racionalización*. Una de las finalidades primordiales de la intelectualización consiste en mantener a distancia y neutralizar los afectos. A este respecto, la racionalización ocupa un lugar distinto: no implica una evitación sistemática de los afectos, pero atribuye a éstos motivaciones más plausibles que verdaderas, dándoles una justificación de tipo racional o ideal (por ejemplo, un comportamiento sádico, en tiempo de guerra, justificado por las necesidades de la lucha, el amor a la patria, etc.).

INTERÉS (DEL YO)

= AL.: Interesse, Ichinteresse. — Fr.: intérêt o intérêt du moi. — Ing.: interest, ego interest. — It.: interesse (dell'io). — Por.: interesse (do ego).

Término utilizado por Freud en el marco de su primer dualismo pulsional: energía de las pulsiones de autoconservación, en contraposición a la libido o energía de las pulsiones sexuales.

El sentido específico del término «interés», que es el que indicamos en la definición, se establece en los escritos freudianos durante los años 1911-1914. Ya es sabido que la libido* designa la energía de catexis de las pulsiones sexuales; paralelamente existe, según Freud, una energía de catexis de las pulsiones de autoconservación.

En algunas ocasiones, la palabra *interés*, tomada en un sentido general parecido al usual, abarca el conjunto de estos dos tipos de catexis, como por ejemplo, en el siguiente pasaje en el que Freud introduce la expresión: el paranoico retira «[...] quizá no solamente su catexis libidinal, sino también su interés en general, y por consiguiente las catexis procedentes del yo» (1). La tesis de Jung (α), que rehúsa distinguir entre libido e «interés psíquico en general» conduce a Freud a subrayar esta oposición, reservando el término «interés» exclusivamente para las catexis procedentes de las pulsiones de autoconservación o pulsiones del yo (2) (véase: Egoísmo).

Este empleo específico se encuentra, por ejemplo, en las *Lecciones de introducción al psicoanálisis* (*Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, 1917) (3).

(*) Según Jung, el término «interés» habría sido propuesto por Claparède, precisamente como sinónimo de libido (4).

INTERIORIZACIÓN

= AL.: Verinnerlichung. — Fr.: intériorisation. — Ing.: internalization. — It.: interiorizzazione. — Por.: interiorização.

A) Término utilizado a menudo como sinónimo de introyección*.

B) En un sentido más específico, proceso en virtud del cual las relaciones intersubjetivas se transforman en relaciones intrasubjetivas (interiorización de un conflicto, de una prohibición, etc.).

El término «interiorización» es de empleo frecuente en psicoanálisis. A menudo se toma, especialmente por la escuela kleiniana, en el sentido de introyección, es decir, del paso fantaseado de un *objeto* «bueno» o «malo», total o parcial, al interior del sujeto.

En un sentido más específico, se habla de interiorización cuando el proceso hace referencia a *relaciones*. Así, por ejemplo, se dirá que la relación de autoridad entre el padre y el niño se interioriza en la relación entre superyó y yo. Este proceso supone, dentro del psiquismo, una diferenciación estructural tal que permita vivir a nivel intrapsíquico relaciones y conflictos. De este modo, la interiorización es correlativa de las concepciones tópicas de Freud, especialmente de la segunda teoría del aparato psíquico.

Con afán de precisión terminológica, hemos distinguido en nuestra definición dos sentidos, A y B. De hecho, se hallan muy ligados entre sí: cuando declina el Edipo, puede decirse que el sujeto introyecta la imago paterna e interioriza el conflicto de autoridad con el padre.

INTERPRETACIÓN

= *Al.*: Deutung. — *Fr.*: interprétation. — *Ing.*: interpretation. — *It.*: interpretazio-ne. — *Por.*: interpretação.

A) Deducción, por medio de la investigación analítica, del sentido latente existente en las manifestaciones verbales y de comportamiento de un sujeto. La interpretación saca a la luz las modalidades del conflicto defensivo y apunta, en último término, al deseo que se formula en toda producción del inconsciente.

B) En la cura, comunicación hecha al sujeto con miras a hacerle accesible este sentido latente, según las reglas impuestas por la dirección y la evolución de la cura.

La interpretación se halla en el núcleo de la doctrina y de la técnica freudianas. Se podría caracterizar al psicoanálisis por la interpretación, es decir, por la puesta en evidencia del sentido latente de un material.

El primer ejemplo y el modelo de la interpretación lo ha constituido la actitud freudiana con respecto al sueño. Las teorías «científicas» del sueño intentaban explicarlo, como fenómeno de la vida mental, invocando un descenso de la actividad psíquica, una relajación de las asociaciones; algunas definían ciertamente el sueño como una actividad específica, pero ninguna de estas teorías tomaba en consideración su contenido y *a fortiori* la relación existente entre éste y la historia personal del individuo. En contraste con ello, los métodos de interpretación del tipo «la clave de los sueños» (Antigüedad, Oriente) no descuidaban el contenido del sueño, sino que le atribuían una significación. En este sentido, Freud declara adscribirse a esta tradición. Pero él hace recaer el acento en la inserción singular del simbolismo en la persona y, en este sentido, su método se aparta de las claves de los sueños (1 a).

Para Freud, la interpretación deduce, a partir de la narración que efectúa el sujeto (*contenido manifiesto**), el sentido del sueño, tal como se formula en el *contenido latente**, al cual conducen las asociaciones libres. El objetivo último de la interpretación es el deseo inconsciente y el fantasma que lo encarna.

Por supuesto, el término «interpretación» no se reserva exclusivamente para designar esta importante producción del inconsciente que es el sueño. Se aplica también a las restantes producciones del inconsciente (actos fallidos, síntomas, etc.) y, de un modo más general, a todo aquello que, dentro de las manifestaciones verbales y el comportamiento del sujeto, lleva el sello del conflicto defensivo.

Dado que la comunicación de la interpretación es por excelencia el modo de acción del analista, el término empleado aisladamente tiene asimismo el sentido técnico de *interpretación comunicada* al paciente.

La interpretación, en este sentido técnico, se halla presente desde los orígenes del psicoanálisis. Con todo, se observará que en la época de los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895), en la medida en que el principal objetivo consistía en hacer surgir de nuevo los *recuerdos* patógenos inconscientes, la interpretación no se había deducido todavía como el principal modo de la acción terapéutica (por lo demás, la propia palabra no se encuentra todavía en dicho texto).

La interpretación adquiere verdadera importancia a partir del momento en que comienza a definirse la técnica psicoanalítica. La interpretación se integra entonces en la dinámica de la cura, como ilustra el artículo sobre *El manejo de la interpretación de los sueños en psicoanálisis* (*Die Handhabung der Traumdeutung in der Psychoanalyse*, 1911): «Sostengo, pues, que la interpretación de los sueños no se debe practicar, en el curso del tratamiento analítico, como un arte en sí, sino que su uso queda sometido a las reglas técnicas que rigen todo el conjunto del tratamiento» (2). La consideración de estas «reglas técnicas» debe regir el nivel (más o menos «profundo»), el tipo (interpretación de las resistencias, de la transferencia, etc.) y el orden eventual de las interpretaciones.

No pretendemos tratar aquí de los problemas que plantea la interpretación, y que han sido objeto de numerosas discusiones técnicas: criterios, forma y formulación, oportunidad, «profundidad», orden, etcétera (α). Indicaremos solamente que la interpretación no cubre el conjunto de las *intervenciones* del analista en la cura (como, por ejemplo, el alentar al paciente a hablar, el darle seguridad, la explicación de un mecanismo o de un símbolo, las órdenes, las construcciones*, etc.), aunque todas ellas puedan adquirir valor interpretativo dentro de la situación analítica.

Señalemos, desde el punto de vista terminológico, que la palabra *interpretación* no es exactamente superponible al término alemán *Deutung*. La interpretación hace pensar más bien en todo lo que hay de subjetivo, de forzado y arbitrario, en el sentido que se da a un acontecimiento, a una palabra. *Deutung* tiene un sentido más próximo a explicación, esclarecimiento, y está menos impregnado, para la conciencia lingüística común, del matiz peyorativo que puede presentar el término español (β). Freud escribe: «la *Deutung* de un sueño consiste en determinar su *Bedeutung*, su significación» (1 b).

También es preciso señalar que Freud no dejó de indicar el paren-

tesco existente entre la interpretación, en el sentido analítico del término, y otros procesos mentales en lo que se manifiesta una actividad interpretativa.

Así, por ejemplo, la elaboración secundaria* constituye, por parte del sujeto que sueña, una «primera interpretación» destinada a proporcionar cierta coherencia a los elementos que son el producto del trabajo del sueño: «[...] algunos sueños han experimentado hasta el fondo una elaboración realizada por una función psíquica análoga al pensamiento durante la vigilia; parecen tener un sentido, pero este sentido es lo más alejado que pueda darse de la verdadera significación (*Bedeutung*) del sueño [...]. Se trata de sueños que, por así decirlo, ya han sido interpretados antes de que nosotros los sometamos, en estado de vigilia, a la interpretación» (1 c). En la elaboración secundaria, el sujeto trata el contenido del sueño de igual forma que todo contenido perceptivo inédito: tendiendo a reducirlo a lo ya conocido por medio de ciertas «representaciones de espera» (*Erwartungsvorstellungen*) (3). Freud también señala las relaciones existentes entre la interpretación paranoica (o incluso la interpretación de los signos en la superstición) y la interpretación analítica (4 a). En efecto, para los paranoicos todo es interpretable: «[...] atribuyen la mayor significación a los pequeños detalles que ordinariamente desatendemos en el comportamiento de los demás, interpretan a fondo (*ausdeuten*) y extraen conclusiones de gran alcance» (4 b). En sus interpretaciones del comportamiento de otro individuo, los paranoicos demuestran, con frecuencia, una mayor penetración que el sujeto normal. Pero esta lucidez de la que el paranoico da pruebas con respecto a los demás tiene como contrapartida un profundo desconocimiento de su propio inconsciente.

(a) El lector podrá orientarse acerca de estos problemas consultando la obra de Edward Glover *The technique of Psycho-Analysis* (1955), y especialmente la encuesta realizada por este autor entre los psicoanalistas.

(b) Por lo demás, se observará que la psiquiatría alemana apenas utiliza la expresión «delirio de interpretación» para designar el delirio paranoico.

INTERPRETACION ANAGÓGICA

= *Al.*: anagogische Deutung. — *Fr.*: interprétation anagogique. — *Ing.*: anagogic interpretation. — *It.*: interpretazione anagogica. — *Por.*: interpretação anagógica.

Término utilizado por Silberer: modo de interpretación de las formaciones simbólicas (mitos, sueños, etc.), que explicitaría su significación moral universal. Por consiguiente, dado que orienta el símbolo hacia «ideales elevados», se opondría a la Interpretación analítica, que reduciría los símbolos a su contenido particular y sexual.

El concepto de interpretación anagógica (del griego ἀναγω = conducir hacia lo alto) pertenece al lenguaje teológico, donde designa la interpretación «que se eleva del sentido literal a un sentido espiritual» (Litttré). Aparece como la fase más evolucionada del pensamiento de Silberer acerca del simbolismo. Ha sido desarrollado en *Problemas de la mística y de su simbolismo* (*Probleme der Mystik und ihrer Symbo-*

lik, 1914). En las parábolas, los ritos, los mitos, etc., encuentra Silberer una doble determinación: por ejemplo, el mismo símbolo que representa en psicoanálisis la muerte del padre se interpreta anagógicamente como «muerte del viejo Adán» en nosotros (1 a). Esta oposición correspondería a la existente entre «fenómeno material» y «fenómeno funcional» (véase este término) en el sentido amplio que finalmente le confirió Silberer.

La diferencia entre «funcional» y «anagógico» estriba únicamente en que el «[...] verdadero fenómeno funcional describe el estado o el proceso psíquico actual, mientras que la imagen anagógica parece indicar un estado o un proceso que ha de vivirse [*erlebt werden soll*]» (1 b). La interpretación anagógica tendería, por consiguiente, hacia la formación de nuevos símbolos funcionales cada vez más universales, que vendrían a representar los grandes problemas éticos del alma humana. Por lo demás, Silberer cree constatar una tal evolución en los sueños durante el tratamiento psicoanalítico (1 c).

Freud y Jones criticaron esta concepción. Freud sólo ve en la interpretación anagógica un retorno a las ideas pre-psicoanalíticas, que toman como sentido último de los símbolos lo que en realidad deriva de éstos por formación reactiva, racionalización, etc. (2). Jones relaciona la interpretación anagógica con la significación «prospectiva» atribuida por Jung al simbolismo: «Se admite que el símbolo es la expresión de un esfuerzo con vistas a un ideal moral elevado, esfuerzo que, al no alcanzar este ideal, se detiene en el símbolo; no obstante, se supone que el ideal final se halla implícito en el símbolo y es simbolizado por éste» (3).

INTROVERSIÓN

= *Al.*: Introversion. — *Fr.*: introversion. — *Ing.*: introversion. — *It.*: introversione. — *Por.*: introversão.

Término introducido por Jung para designar, de un modo general, el desprendimiento de la libido de sus objetos exteriores y su retirada hacia el mundo interno del sujeto.

Freud recogió el término, pero limitando su utilización a una retirada de la libido que conduce a la catexis de formaciones intrapsíquicas imaginarias, lo cual se debería diferenciar de una retirada de la libido hacia el yo (narcisismo secundario).

El término «introversión» aparece por vez primera en Jung en 1910 en *Sobre los conflictos del alma infantil* (*Über Konflikte der kindlichen Seele*). Se vuelve a encontrar en muchos textos posteriores de este autor, especialmente en *Metamorfosis y símbolos de la libido* (*Wandlungen und Symbole der Libido*, 1913). Luego el concepto alcanzó gran difusión en las tipologías postjunguianas (oposición entre los tipos introvertido y extravertido).

Freud, si bien admitió el término «introversión», efectuó desde un principio algunas reservas en cuanto a la extensión que debe darse a este concepto.

Para Freud, la introversión designa la retirada de la libido hacia objetos imaginarios o fantasmas; en este sentido, la introversión constituye una fase de la formación de los síntomas neuróticos, fase consecutiva a la frustración y que puede conducir a la regresión. La libido «[...] se aparta de la realidad, que ha perdido su valor para el individuo, a consecuencia de la frustración persistente que origina, y se vuelve hacia la vida fantasmática, donde crea nuevas formaciones de deseo y reaviva las huellas de formación de deseo anteriores y olvidadas» (1).

En *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914), Freud critica el uso, en su opinión demasiado extenso, que se efectúa de la palabra *introversión* y que conduce a Jung a considerar la psicosis como una neurosis de introversión. Freud opone el concepto de narcisismo (secundario), como retiro de la libido hacia el yo, al de introversión como retiro de la libido hacia las fantasías, y considera la psicosis como neurosis narcisista*.

INTROYECCIÓN

= *Al.*: Introjektion. — *Fr.*: introjection. — *Ing.*: introjection. — *It.*: introiezione. — *Por.*: introyecção.

Proceso puesto en evidencia por la investigación analítica: el sujeto hace pasar, en forma fantaseada, del «afuera» al «adentro» objetos y cualidades inherentes a estos objetos.

La introyección está próxima a la incorporación, que constituye el prototipo corporal de aquella, pero no implica necesariamente una referencia al límite corporal (introyección en el yo, en el ideal del yo, etc.).

Guarda íntima relación con la identificación.

El término «introyección», creado por simetría con el de proyección, fue introducido por Sandor Ferenczi. En *Introyección y transferencia* (*Introjektion und Übertragung*, 1909) escribe este autor: «Así como el paranoico expulsa de su yo las tendencias que se han vuelto displacenteras, el neurótico busca la solución haciendo entrar en su yo la mayor parte posible del mundo exterior y convirtiéndola en objeto de fantasmas inconscientes. Por consiguiente, puede darse a este proceso, en contraste con la proyección, el nombre de introyección» (1a). Con todo, resulta difícil desprender, del conjunto de este artículo, una acepción precisa de la noción de introyección, ya que Ferenczi parece utilizarlo en un sentido amplio, el de una «pasión por la transferencia», que conduce al neurótico a «atenuar sus afectos libremente flotantes ampliando el círculo de sus intereses» (1b). Llama introyección a un tipo de comportamiento (principalmente en el histérico) que también podría denominarse proyección.

Freud adopta el término «introyección» y lo opone claramente a la proyección. El texto más explícito a este respecto es *Las pulsiones y sus destinos* (*Trieb und Tribschicksale*, 1915), donde se considera el origen de la oposición sujeto (yo)-objeto (mundo exterior) como correlativa a la oposición placer-displacer: el «yo-placer purificado» se forma por una introyección de todo lo que es fuente de placer y por una proyección

afuera de todo lo que es motivo de displacer (véase: Yo-placer — Yo-realidad). La misma oposición se vuelve a encontrar en *La negación* (*Die Verneinung*, 1925): «[...] el yo-placer originario quiere [...] introyectar todo lo bueno y expulsar de sí todo lo malo» (2 a).

La introyección se caracteriza además por su relación con la incorporación oral. Por otra parte, ambos términos se utilizan a menudo como sinónimos por Freud y otros muchos autores. Freud muestra cómo la oposición introyección-proyección se actualiza primeramente en forma oral antes de generalizarse. Este proceso «[...] se expresa así en el lenguaje de las pulsiones más antiguas, orales: quiero comérmelo o quiero escupirlo; y, traducido en una expresión más general: quiero introducir esto en mí y expulsar aquello de mí» (2 b).

Conviene, pues, mantener una distinción, por lo demás sugerida por este último pasaje, entre incorporación e introyección. En psicoanálisis, el límite corporal constituye el prototipo de toda separación entre un interior y un exterior; el proceso de incorporación se relaciona explícitamente con esta envoltura corporal. La noción de introyección es más amplia: no se trata aquí sólo del interior del cuerpo, sino del interior del aparato psíquico, de una instancia, etc. Así, se habla de introyección en el yo, en el ideal del yo, etc.

La introyección fue puesta en evidencia primeramente por Freud en el análisis de la melancolía (3), y luego reconocida como un proceso más general (4). Desde este punto de vista, ha renovado la teoría freudiana de la identificación*.

En la medida en que la introyección permanece marcada por su prototipo corporal, se traduce por fantasmas referentes a objetos, sean éstos parciales o totales. Este concepto desempeña un papel muy importante en los trabajos de autores como Abraham y, sobre todo, M. Klein, que ha descrito el ir y venir fantasmático de los objetos «buenos» y «malos» (introyección, proyección, reintroyección). Estos autores hablan principalmente de *objetos* introyectados y parece, en efecto, que el término debería reservarse a aquellos casos en que intervienen objetos o cualidades inherentes a éstos. En rigor no podría hablarse, como hace Freud, de «introyección de la agresividad» (3); en este caso resultaría preferible la expresión «vuelta hacia la propia persona»*.

J

JUICIO DE CONDENACIÓN

= *Al.*: Verurteilung o Urteilsverwerfung. — *Fr.*: jugement de condamnation. — *Ing.*: judgment of condemnation. — *It.*: rifiuto da parte del giudizio; condanna. — *Por.*: julgamento de condenação.

Operación o actitud mediante la cual el sujeto, aun cuando toma conciencia de un deseo, se prohíbe su realización, principalmente por razones morales o de oportunidad. Freud ve en ello un modo de defensa más elaborado y más adaptado que la represión. Daniel Lagache ha propuesto considerarlo como un proceso de «desprendimiento» del yo, que actúa especialmente en la cura analítica.

En varias ocasiones se encuentra, en los escritos de Freud, el término *Verurteilung* y el de *Urteilsverwerfung*, que él mismo consideró como sinónimos (1 a). Según Freud, el juicio de condenación se incluiría dentro de una escala de defensas, que iría desde la más elemental a la más elaborada: reflejo de defensa mediante la huida (peligro externo), represión (peligro interno), juicio de condenación (1 b). ¿Cómo puede definirse este último en relación con la represión? Unas veces aparece dotado de la misma finalidad que ésta: «[...] un buen método a adoptar contra una moción pulsional» (1 c). Otras veces se define como una modificación afortunada de la represión: «El individuo, en el pasado, sólo lograba reprimir la pulsión perturbadora, porque él mismo era entonces débil e imperfectamente organizado. Ahora que es maduro y fuerte, quizá llegará a dominar sin perjuicios lo que le es hostil» (2).

Es este aspecto positivo del juicio de condenación el que subraya Freud en las últimas páginas del *Análisis de una fobia en un niño de cinco años* (*Analyse der Phobie eines fünfjährigen Knaben*, 1909). Allí se pregunta Freud acerca de los posibles efectos de la toma de conciencia por el pequeño Hans de sus deseos edípicos, incestuosos y agresivos. Si el análisis no ha precipitado a Hans en el camino de la satisfacción inmediata de estos deseos, es porque «[...] reemplaza el proceso de la represión, que es automático y excesivo, por un control mesurado e intencional con la ayuda de las instancias psíquicas superiores. En una palabra: reemplaza la represión por el juicio de condenación» (3).

Observemos, a este respecto, que el juicio de condenación adquiere aquí sin duda, a los ojos de Freud, tanto más valor cuanto que es correlativo, en esta etapa de la vida de Hans, de la función estructurante de la prohibición del incesto y de la entrada en el período de latencia.

Sea como fuere, el juicio de condenación sigue siendo para Freud una transformación de la negación* y continúa llevando la marca de la represión, a la que substituye: «El juicio de condenación es el substitutivo intelectual de la represión; su «no» es la marca de ésta, un certificado de origen como, por así decirlo, un *Made in Germany*» (4 a). En el juicio de condenación se expresa eminentemente, según Freud, la contradicción inherente a la función misma del juicio: ésta «[...] sólo se ha vuelto posible por la creación del símbolo de la negación, que confiere al pensamiento un primer grado de independencia respecto a las consecuencias de la represión, y por tanto también respecto a la compulsión del principio de placer» (4 b); pero, sobre todo cuando dice no, el juicio cumple una función esencialmente defensiva: «[...] la negación [es la] sucesora de la expulsión» (4 c).

Según Daniel Lagache, mediante la referencia al juicio de condenación, se podría aclarar la dificultad inherente a la concepción freudiana de la noción de defensa y señalar mejor la distinción entre las compulsiones defensivas y los mecanismos de desprendimiento*, dentro de los cuales puede encontrar su puesto el juicio de condenación. En el caso del pequeño Hans, la esperanza de volverse mayor, expresada desde el principio por la idea de que su pene, «con sus raíces en el cuerpo», aumentaría de tamaño, constituye uno de los mecanismos concretos mediante los cuales el yo se desprende del conflicto edípico y de la angustia de castración. De un modo más general, Daniel Lagache ve en este proceso uno de los resultados de la cura analítica: aplazamiento de la satisfacción, modificación de las metas y de los objetos, consideración de las posibilidades que ofrece la realidad al sujeto y de los diferentes valores implicados, compatibilidad con el conjunto de las exigencias del sujeto.

L

LATENCIA (PERIODO DE —)

= *Alt.*: Latenzperiode o Latenzzeit, a veces Aufschubperiode. — *Fr.*: période de latence. — *Ing.*: latence period. — *It.*: periodo di latenza. — *Por.*: período de latência.

Período comprendido entre la declinación de la sexualidad infantil (quinto o sexto año) y el comienzo de la pubertad, y que representa una etapa de detención en la evolución de la sexualidad. Durante él se observa, desde este punto de vista, una disminución de las actividades sexuales, la desexualización de las relaciones de objeto y de los sentimientos (especialmente el predominio de la ternura sobre los deseos sexuales) y la aparición de sentimientos como el pudor y el asco y de aspiraciones morales y estéticas. Según la teoría psicoanalítica, el período de latencia tiene su origen en la declinación del complejo de Edipo; corresponde a una intensificación de la represión (que provoca una amnesia que abarca los primeros años), una transformación de las catexis de objetos en identificaciones con los padres y un desarrollo de las sublimaciones.

La idea de un período de latencia sexual (*a*) puede comprenderse ante todo, desde un punto de vista biológico, como una etapa de detención predeterminada entre dos «empujes» de la libido (*β*) y que, por lo tanto, no requeriría ninguna explicación psicológica en cuanto a su génesis. En tal caso puede describirse principalmente en cuanto a sus efectos, como sucede en los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905) (1 *a*).

Esta concepción es la que tiene en cuenta Freud cuando articula el período de latencia con la declinación del complejo de Edipo: «[...] el complejo de Edipo debe desaparecer porque ha llegado el momento de su disolución, como cae la primera dentición cuando los dientes definitivos empujan para salir» (2 *a*). Pero, así como el «empuje» puberal, que señala el final del período de latencia, es incontestable, no se ve tan claro a qué predeterminación biológica correspondería la entrada en el período de latencia. Por otra parte, tampoco se debería «[...] exigir una plena concordancia entre la formación anatómica y el desarrollo psicológico» (1 *b*).

Así, Freud se vio inducido a invocar, para explicar la declinación del Edipo, «la imposibilidad interna» (2 b) de éste, una especie de discordancia entre la estructura edípica y la inmadurez biológica: «[...] la ausencia persistente de la satisfacción esperada, la perpetua frustración del niño que espera, obligan al pequeño enamorado a renunciar a un sentimiento sin esperanza» (2 c).

En definitiva, la entrada en el período de latencia sólo se comprendería en relación con la evolución del complejo de Edipo y las modalidades de su resolución en los dos sexos (véase: Complejo de Edipo; Complejo de castración).

Secundariamente, las formaciones sociales, uniendo su acción a la del superyó, vienen a reforzar la latencia sexual: ésta «[...] sólo puede provocar una interrupción completa de la vida sexual en las organizaciones culturales que en su programa incluyen una *repression* de la sexualidad infantil. No es éste el caso de la mayor parte de los pueblos primitivos» (3).

Se observará que Freud habla de *período* de latencia, no de fase*, lo cual debe interpretarse del siguiente modo: durante el período considerado, si bien pueden observarse manifestaciones sexuales, no se puede hablar en rigor de una nueva *organización* de la sexualidad.

(*) Freud declara haber tomado este término de Wilhelm Fliess.

(#) En una carta a Fliess (4) se encuentra una primera referencia de Freud a períodos de la vida (*Lebensalter*) y a épocas de transición (*Übergangszeiten*) «durante las cuales, en general, se produce la represión».

LIBIDO

Energía postulada por Freud como substrato de las transformaciones de la pulsión sexual en cuanto al objeto (desplazamiento de las catexis), en cuanto al fin (por ejemplo, sublimación) y en cuanto a la fuente de la excitación sexual (diversidad de las zonas erógenas).

En Jung, el concepto «libido» se amplía hasta designar «la energía psíquica» en general, presente en todo lo que es «tendencia a», *appetitus*.

El término «libido» significa en latín deseo, ganas. Freud declara haberlo tomado de A. Moll (*Untersuchungen über die Libido sexualis*, volumen I, 1898). De hecho, se encuentra repetidas veces en las cartas y manuscritos dirigidos a Fliess, y por vez primera en el *Manuscrito E* (fecha probable: junio de 1894).

Resulta difícil dar una definición satisfactoria de la libido. Por una parte, la teoría de la libido ha evolucionado con las diferentes etapas de la teoría de las pulsiones; por otra, el concepto mismo dista de haber recibido una definición unívoca (α). Con todo, Freud le atribuyó siempre dos características originales:

1.ª Desde un punto de vista *cualitativo*, la libido no es reductible, como quería Jung, a una energía mental inespecífica. Si bien puede ser «desexualizada», especialmente en las catexis narcisistas, ello ocurre siempre secundariamente y por una renunciación a la meta específicamente sexual.

Por otra parte, la libido no incluye nunca todo el campo pulsional. En una primera concepción, se opone a las pulsiones de autoconservación*. Cuando éstas, en la última concepción de Freud, aparecen como de naturaleza libidinal, la oposición se desplaza para convertirse en la existente entre la libido y las pulsiones de muerte. Así, pues, se mantiene siempre el carácter sexual de la libido y no se acepta jamás el monismo junguiano.

2.^a La libido se considera siempre, sobre todo, como un concepto *cuantitativo*: «[...] permite medir los procesos y transformaciones en el ámbito de la excitación sexual» (1 a). «Su producción, su aumento y su disminución, su distribución y su desplazamiento deberían proporcionarnos los medios para explicar los fenómenos psicosexuales» (1 b).

Estas dos características quedan subrayadas en la siguiente definición de Freud: «Libido es una expresión tomada de la teoría de la afectividad. Llamamos así la energía, considerada como una magnitud cuantitativa (aunque actualmente no pueda medirse), de las pulsiones que tienen relación con todo aquello que puede designarse con la palabra *amor*» (2).

Así como la pulsión sexual se sitúa en el límite somato-psíquico, la libido designa su aspecto psíquico; es «la manifestación dinámica, en la vida psíquica, de la pulsión sexual» (3). Como energía claramente diferenciada de la excitación sexual somática, es introducido el concepto de libido por Freud en sus primeros escritos sobre la neurosis de angustia* (1896): una insuficiencia de «libido psíquica» hace que la tensión se mantenga en el plano somático, donde se traduce sin elaboración psíquica en síntomas. Si «[...] faltan parcialmente ciertas condiciones psíquicas» (4), la excitación sexual endógena no es controlada, la tensión no puede ser utilizada psíquicamente, hay una escisión entre lo somático y lo psíquico y aparece la angustia.

En la primera edición de los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), la libido (homóloga, respecto al amor, del hambre respecto al instinto de nutrición) permanece próxima al deseo sexual que busca la satisfacción y permite reconocer sus transformaciones: sólo se habla entonces de libido *objetal*; vemos cómo ésta se concentra sobre objetos, se fija en ellos o los abandona, substituyendo un objeto por otro.

Dado que la pulsión sexual representa una fuerza que ejerce un «empuje», Freud define la libido como la energía de esta pulsión. Este aspecto cuantitativo es el que prevalecerá en lo que será, a partir de la concepción del narcisismo y de una libido del yo, la «teoría de la libido».

En efecto, el concepto «libido del yo» implica una generalización de la economía libidinal, que engloba todo el movimiento de catexis y contracatexis y atenúa el aspecto de significaciones subjetivas que podía evocar la palabra *libido*; como dice el propio Freud, la teoría se vuelve aquí francamente especulativa. Cabe preguntarse si, al introducir, en *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), el concepto de Eros* como principio fundamental de las pulsiones de vida, tendencia de los organismos a mantener la cohesión de la substancia

viva y a crear nuevas unidades, Freud no intentó encontrar también a nivel de un mito biológico la dimensión subjetiva y cualitativa inherente desde un principio a la noción de libido.

(a) Acerca de la evolución de la teoría de la libido, véase el artículo *Libidotheorie*, de 1922, y el cap. XXVI de las *Lecciones de introducción al psicoanálisis* (*Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, 1916-1917).

LIBIDO DEL YO — LIBIDO OBJETAL

= Al.: Ichlibido - Objektlibido. — Fr.: libido du moi - libido d'objet. — Ing.: ego-libido - object-libido. — It.: libido dell'io - libido oggettuale. — Por.: libido do ego - libido objetal.

Términos introducidos por Freud para distinguir dos modos de catexis de la libido: ésta puede tomar como objeto la propia persona (libido del yo o narcisista) o un objeto exterior (libido objetal). Según Freud, existe un equilibrio energético entre estos dos modos de catexis, disminuyendo la libido objetal cuando aumenta la libido del yo, y a la inversa.

Fue especialmente el estudio de las psicosis el que condujo a Freud a reconocer que el sujeto podía tomar su propia persona como objeto de amor (véase: Narcisismo), lo que, en términos energéticos, significa que la libido puede catectizarse tanto sobre el yo como sobre un objeto exterior. Aquí se encuentra el origen de la distinción entre libido del yo y libido objetal. Los problemas económicos planteados por esta distinción se abordan en *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914).

La libido, según Freud, comenzaría por catectizarse sobre el yo (narcisismo primario)*, antes de ser enviada, a partir del yo, hacia los objetos exteriores: «Nos representamos así una catexis libidinal primitiva del yo; más tarde, una parte es cedida a los objetos, pero fundamentalmente la catexis del yo persiste y se comporta, respecto a las catexis de objeto, como el cuerpo de un protozoo respecto a los seudópodos que ha emitido» (1 a).

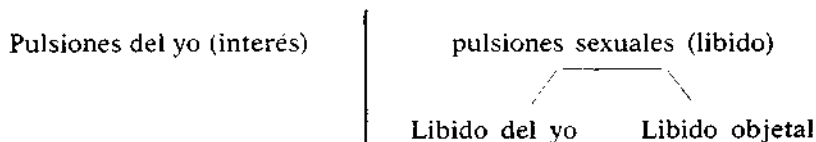
La retirada de la libido objetal hacia el yo constituye el narcisismo secundario, que se observa especialmente en los estados psicóticos (hipocondría, delirio de grandezas).

Desde el punto de vista terminológico, se observará: 1) Que la palabra *objeto*, en la expresión *libido objetal*, se toma en el sentido restringido de objeto exterior y no incluye el yo, que, en un sentido más amplio, puede calificarse también de objeto de la pulsión (véase: Objeto); 2) Que la preposición *de* en las expresiones *libido del yo*, *libido de objeto*, indica la relación de la libido con su punto de destino y no con su punto de partida.

Esta segunda observación nos conduce a dificultades que ya no son meramente terminológicas.

Freud sólo reconoció, en un principio, una gran dualidad pulsional: pulsiones sexuales* - pulsiones del yo* (o de autoconservación)*. La energía de los primeros se designa como *libido*, y la energía de los segundos

como energía de las pulsiones del yo o interés*. La nueva distinción introducida aparece ante todo como una subdivisión de las pulsiones sexuales en función de su objeto de catexis:



Con todo, si bien desde un punto de vista conceptual la distinción entre pulsiones del yo y libido del yo es clara, deja de serlo en los estados narcisistas (sueño, enfermedad somática): «Libido e interés del yo tienen aquí el mismo destino y de nuevo resulta imposible distinguirlos entre sí» (1 b). Freud no admite el monismo pulsional de Jung (α).

Una dificultad similar la plantea el empleo, frecuente en Freud, de expresiones tales como: «[...] la libido es enviada a partir del yo sobre los objetos». ¿No nos induce esto a pensar que la «libido del yo» encuentra en el yo no sólo su objeto, sino también su fuente, de forma que se borraría la distinción entre libido del yo y pulsiones del yo? El problema es tanto más difícil de resolver cuanto que Freud introduce el concepto de libido del yo en la misma época en que elabora la concepción propiamente tópica del yo. Esta ambigüedad se refleja también en las expresiones en que Freud califica el yo de «gran reservorio de la libido». La interpretación más coherente que puede proponerse del pensamiento freudiano acerca de este punto es la siguiente: la libido, como energía pulsional, tiene su fuente en las diversas zonas erógenas; el yo, como persona total, almacena esta energía libidinal, de la cual es el primer objeto; pero, a continuación, el «reservorio» se comporta, respecto a los objetos exteriores, como una fuente, puesto que de él emanan todas las catexis.

(*) Esto se desprende del examen que hace Freud de las tesis de Jung en 1914 (1 c). En una exposición retrospectiva que efectúa Freud de la evolución de la teoría de la libido en «*Psicoanálisis*» y «*Teoría de la libido*» («*Psychoanalyse*» und «*Libidotheorie*», 1923) (2) reinterpreta este momento de su pensamiento en el sentido de una reducción de las pulsiones del yo a la libido del yo, como si en 1914 se hubiera acercado a los puntos de vista de Jung. Observemos que en 1922 Freud ya ha elaborado una nueva teoría de las pulsiones, en la cual éstas se someten a una nueva clasificación a partir de la oposición entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte. De ello resultaría, a nuestro modo de ver, que Freud presta menos atención entonces a las distinciones introducidas en 1914 y luego reafirmadas en 1917 en las *Lecciones de introducción al psicoanálisis* (*Vorlesungen zur Einführung in die Psycholyse*) (3).

LIBIDO NARCISISTA

= *Al.*: Narzisstische Libido. — *Fr.*: libido narcissique. — *Ing.*: narcissistic libido. — *It.*: libido narcisistica. — *Por.*: libido narcisica.

Véase: **Libido del yo — Libido objetal.**

LIGAZÓN

= *Al.*: Bindung. — *Fr.*: liaison. — *Ing.*: binding. — *It.*: legame. — *Por.*: ligação.

Término utilizado por Freud para designar, de un modo muy general y en registros relativamente distintos (tanto a nivel biológico como en el aparato psíquico), una operación que tiende a limitar el libre flujo de las excitaciones, a unir las representaciones entre sí, a constituir y mantener formas relativamente estables.

Aunque el término «ligazón» debe relacionarse con la oposición energía libre — energía ligada, su sentido no se agota en esta acepción puramente económica: más allá de su significación propiamente técnica, este término, que se encuentra en diferentes momentos de la obra de Freud, señala una exigencia constante de la conceptualización. Más que enumerar sus usos, preferimos situar su alcance en tres momentos de la metapsicología, en la que desempeña un importante papel.

I. En el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895), *Bindung* designa ante todo el hecho de que la energía del aparato neuronal pasa del estado libre al estado de energía ligada, o también que se encuentra en este último estado. Esta ligazón implica, según Freud, la existencia de una masa de neuronas bien unidas, entre las cuales existen buenas facilitaciones*, el yo: «El mismo yo es una masa de neuronas de este tipo, que mantienen su catexis, es decir, que se encuentran en el estado de ligazón, lo cual indudablemente sólo puede producirse por su acción recíproca» (1 a).

Esta misma masa ligada ejerce sobre otros procesos un efecto de inhibición o de ligazón. Así, por ejemplo, cuando Freud se pregunta por el destino de algunos recuerdos referentes a experiencias dolorosas (*Schmerzserlebnisse*), que, al ser evocados de nuevo, «[...] despiertan a la vez afecto y displacer», los califica de «indomados» (*ungebündigt*): «Si el curso del pensamiento choca con alguna de estas imágenes mnémicas todavía indomadas, se comprueba la aparición de sus indicios de cualidad, a menudo de naturaleza sensorial, de una sensación de displacer y de tendencias a la descarga, elementos cuya combinación caracteriza un determinado afecto; el curso del pensamiento queda así roto». Para que un recuerdo de este tipo pueda ser «domado» es preciso que se establezca «[...] una relación con el yo o con las catexis del yo [...]»; es necesaria una ligazón particularmente fuerte y repetida proveniente del yo para contrarrestar la facilitación que conduce al displacer» (1 b).

Nos parece que aquí se deben subrayar dos ideas:

1.ª Es condición para la ligazón energética el establecimiento de relaciones, de facilitaciones, con un sistema ya catectizado y que forme un todo: se trata de una «[...] inclusión de nuevas neuronas» en el yo (1 c).

2.ª La *Bindung* tiene, a todo lo largo del *Proyecto*, su polo opuesto, la *Entbindung* (literalmente, «desligazón»); este último término designa el proceso desencadenante, de liberación brusca de energía, por ejem-

plo, la que se produce en los músculos o en las glándulas, cuando la magnitud cuantitativa del efecto es muy superior a la de la energía desencadenante. El término se encuentra principalmente en las formas *Unlustentbindung* (liberación de displacer), *Lustentbindung* (liberación de placer), *Sexualentbindung* (liberación [de excitación] sexual), *Affektentbindung* (liberación de afecto) y, en otros textos, *Angstentbindung* (liberación de angustia). En todos estos casos, lo que se designa es una brusca aparición de una energía libre que tiende en forma incoercible a la descarga.

El hecho de relacionar estos diferentes términos no deja de sorprender por la concepción económica que implican; en efecto, el utilizar el mismo término para calificar tanto la liberación de placer como la de displacer equivale en apariencia a atacar la idea fundamental de que placer y displacer son dos procesos inversos que se refieren a una misma energía (disminución de la tensión en el primer caso, aumento en el segundo), a menos de suponer, lo que no concuerda en modo alguno con la hipótesis freudiana, que placer y displacer corresponden respectivamente a dos energías cualitativamente distintas.

Para superar esta dificultad, parece singularmente útil la oposición *Entbindung-Bindung*. Al oponerse a la ligazón del yo, toda liberación de proceso primario, tanto en el sentido de aumento como de disminución del nivel *absoluto* de tensión, vulnera el nivel relativamente constante del yo. Cabe pensar que, para Freud, es sobre todo la liberación de excitación sexual la que pone en peligro de este modo la función de ligazón del yo (véase: Posterioridad; Seducción).

II. Con la obra *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), el problema de la ligazón no solamente pasa al primer plano de la reflexión de Freud, sino que su planteamiento se vuelve más complejo. Freud recurre de nuevo a la noción de ligazón a propósito de la repetición del traumatismo por el sujeto, que se toma como modelo de la repetición de experiencias displacenteras. Recoge la concepción ya presente desde el *Proyecto*, según la cual es un sistema ya fuertemente catectizado el capaz de ligar psíquicamente un aflujo de energía. Pero el caso del trauma como amplia efracción de los límites del yo permite captar esta capacidad de ligazón en el momento mismo en que se encuentra amenazada. De ello resulta una situación inesperada de la ligazón con relación al principio del placer y al proceso primario. Si bien generalmente la ligazón se concibe como una influencia del yo sobre el proceso primario, es decir, como la introducción de la inhibición característica del proceso secundario y del principio de realidad, Freud se ve inducido aquí a preguntarse si en ciertos casos el «dominio [mismo] del principio de placer» no supone la ejecución previa de la «[...] tarea [...] de controlar o ligar la excitación, tarea que prevalecería, sin duda, no en oposición con el principio de placer, sino independientemente de éste y en parte sin tenerlo en cuenta» (2).

Incluso aunque esta ligazón actúe finalmente en beneficio del yo, parece que Freud le atribuye, no obstante, una significación propia, en la medida en que ve en ella el fundamento de la compulsión a la repeti-

ción y hace de ésta, en último análisis, la marca misma de lo pulsional. Queda, pues, sin responder la cuestión de la existencia de dos tipos de ligazón: una, reconocida desde bastante tiempo antes, que es coextensiva a la noción de yo: otra, más próxima a las leyes que regulan el deseo inconsciente y la disposición de las fantasías, leyes que son las del proceso primario: la energía libre misma, tal como se la descubre en psicoanálisis, no es una descarga masiva de excitación, sino una circulación a lo largo de cadenas de representaciones, que implican la existencia de «lazos» asociativos.

III. Finalmente, dentro de la última teoría de las pulsiones, la ligazón se convierte en la característica fundamental de las pulsiones de vida, en oposición a las pulsiones de muerte: «El fin del Eros consiste en establecer unidades cada vez mayores, y por consiguiente conservar; es la ligazón. El fin de la otra pulsión es, por el contrario, romper las relaciones, y por consiguiente destruir las cosas» (3).

En la última formulación de la teoría, la instancia del yo y la energía pulsional que tiene a su disposición quedan situadas fundamentalmente en el lado de las pulsiones de vida: «Sirviendo para instaurar este conjunto unificado que caracteriza el yo o la tendencia de éste [esta energía] se atendería siempre a la intención principal del Eros, que es unir y ligar» (4).

Creemos finalmente que la problemática psicoanalítica de la ligazón podría plantearse a partir de tres direcciones semánticas que evoca dicho término: la idea de relación entre varios términos ligados, por ejemplo, dentro de una cadena asociativa (*Verbindung*), la idea de un conjunto en el que se mantiene una cierta cohesión, de una forma definida por ciertos límites o fronteras (compárese con la palabra inglesa *boundary*, en la que se vuelve a encontrar la raíz *bind*), y en fin, la idea de una fijación sobre un lugar de una cierta cantidad de energía que ya no puede fluir libremente.

M

MASCULINIDAD — FEMINIDAD

= *Al.*: Männlichkeit - Weiblichkeit. — *Fr.*: masculinité - féminité. — *Ing.*: masculinity - femininity. — *It.*: mascolinità - femminilità. — *Por.*: masculinidade - feminidade.

Oposición recogida por el psicoanálisis y de la que éste ha mostrado que, en realidad, es mucho más compleja de lo que generalmente se cree: el modo de situarse el sujeto humano en relación con su sexo biológico constituye el término aleatorio de un proceso conflictual.

Freud subrayó la diversidad de significaciones inherentes a los términos «masculino» y «femenino»: significación *biológica*, que remite al sujeto a los caracteres sexuales primarios y secundarios; en este campo los conceptos tienen un sentido muy preciso, pero el psicoanálisis ha puesto de manifiesto que estos datos biológicos no bastan para explicar el comportamiento psicosexual. Significación *sociológica*, variable según las funciones reales y simbólicas atribuidas al hombre y a la mujer en la civilización que se considere. Finalmente, significación *psicosexual*, necesariamente imbricada con las anteriores, especialmente con la significación social. Todo esto equivale a señalar que estas nociones son problemáticas y con cuánta prudencia deben ser consideradas; así, una mujer que ejerza una actividad profesional que requiera cualidades de autonomía, carácter, iniciativa, etc., no será necesariamente más masculina que otra. De un modo general puede decirse que lo decisivo, en la apreciación de una conducta con respecto al par masculinidad-feminidad, son las fantasías subyacentes, que sólo pueden descubrirse mediante la investigación psicoanalítica.

El concepto de bisexualidad*, tanto si se intenta basarlo en un substrato biológico como si es interpretado en términos de identificaciones y de posiciones edípicas, implica en todo ser humano una síntesis, más o menos armónica y mejor o peor aceptada, de rasgos masculinos y femeninos.

Finalmente, desde el punto de vista del desarrollo del individuo, el

psicoanálisis pone de manifiesto que la oposición masculino-femenino no existe desde un principio para el niño, sino que va precedida por fases en las que desempeñan una función preponderante las oposiciones activo-pasivo (véase: Actividad-Pasividad) y, a continuación, fálico-castrado, siendo esto válido para ambos sexos (véase: Fase fálica).

Así, por ejemplo, dentro de esta perspectiva, Freud sólo habla de feminidad cuando la niña ha logrado, por lo menos en parte, realizar la doble tarea de cambiar de zona erógena directriz (del clitoris a la vagina) y de cambiar de objeto de amor (de la madre al padre) (1).

MASOQUISMO

= *Al.*: Masochismus. — *Fr.*: masochisme. — *Ing.*: masochism. — *It.*: masochismo. — *Por.*: masoquismo.

Perversión sexual en la cual la satisfacción va ligada al sufrimiento o a la humillación experimentados por el sujeto.

Freud extiende la noción de masoquismo más allá de la perversión descrita por los sexólogos: por una parte, al reconocer elementos masoquistas en numerosos comportamientos sexuales, y rudimentos del mismo en la sexualidad infantil, y, por otra, al describir formas que de él derivan, especialmente el «masoquismo moral», en el cual el sujeto, debido a un sentimiento de culpabilidad inconsciente, busca la posición de víctima, sin que en ello se halle directamente implicado un placer sexual.

Krafft-Ebing fue el primero en describir, de forma muy completa, la perversión sexual a la que dio un nombre derivado del de Sacher Masoch. «Se mencionan allí todas las manifestaciones clínicas: dolor físico por pinchazo, golpes, flagelación; humillación moral por actitud de sumisión servil a la mujer, acompañada del castigo corporal considerado indispensable. El papel de los fantasmas masoquistas no le pasó desapercibido a Krafft-Ebing. Señala, además, este autor las relaciones entre el masoquismo y la perversión opuesta, el sadismo, y no vacila en considerar el conjunto del masoquismo como un aumento patológico de elementos psíquicos femeninos, como un refuerzo morboso de ciertos rasgos del alma de la mujer» (1 a).

En lo referente a la íntima ligazón entre el masoquismo y el sadismo, y a la función que Freud atribuye a este par antitético en la vida psíquica, remitimos al lector al artículo *sadomasoquismo*. Aquí nos limitaremos a efectuar algunas observaciones acerca de las distinciones conceptuales propuestas por Freud y continuadas en psicoanálisis.

En *El problema económico del masoquismo* (*Das ökonomische Problem des Masochismus*, 1924), Freud distingue tres formas de masoquismo: erógeno, femenino y moral. Así como el concepto de «masoquismo moral» es fácil de delimitar (véase *definición y los artículos siguientes*: Necesidad de castigo; Sentimiento de culpabilidad; Superyó; Neurosis de fracaso; Reacción terapéutica negativa), las otras dos formas pueden prestarse a equívocos.

1.º Se tiene la tendencia a designar con el término «masoquismo erótico» la perversión sexual masoquista (1 b). Si bien puede parecer legítima esta denominación (por cuanto el perverso masoquista busca la excitación *erótica* en el dolor), no corresponde a lo que Freud parecía querer designar con ella: para él no se trata de una forma clínicamente delimitable del masoquismo, sino de una condición que se halla en la base de la perversión masoquista y que se encuentra también en el masoquismo moral: la ligazón del placer sexual al dolor.

2.º El término «masoquismo femenino» hace pensar ante todo en el «masoquismo de la mujer». Es cierto que Freud designó con dicho término la «expresión de la esencia femenina», pero, dentro de la teoría de la bisexualidad, el masoquismo femenino representa una posibilidad inmanente en todo ser humano. Es más, con esta denominación describe Freud, en el hombre, lo que constituye la esencia misma de la perversión masoquista: «Si se tiene ocasión de estudiar casos en los que los fantasmas masoquistas se hayan elaborado de forma especialmente rica, fácilmente se descubre que colocan al sujeto en una situación característica de la feminidad [...]» (2).

Otros dos conceptos clásicos son los de *masoquismo primario* y *masoquismo secundario*.

Freud entiende por masoquismo primario un estado en el que la pulsión de muerte todavía se dirige sobre el propio sujeto, aunque ligada por la libido y unida a ésta. Este masoquismo se denomina «primario» porque no sigue a una fase en que la agresividad se dirigiría hacia un objeto exterior, y también para diferenciarlo de un masoquismo secundario, consistente en una vuelta del sadismo hacia la propia persona, que se añade al masoquismo primario.

La idea de un masoquismo irreducible a una vuelta del sadismo hacia la propia persona sólo fue admitida por Freud una vez establecida la hipótesis de la pulsión de muerte*.

MATERIAL (s. m.)

= *Al.*: Material. — *Fr.*: matériel. — *Ing.*: material. — *It.*: materiale. — *Por.*: material.

Término utilizado corrientemente en psicoanálisis para designar el conjunto de palabras y comportamientos del paciente, en cuanto constituyen una especie de materia prima que se ofrece para las interpretaciones y construcciones.

El término «material» es complementario de los de interpretación* y construcción*, que designan una elaboración de los datos en bruto proporcionados por el paciente.

Freud comparó a menudo el trabajo analítico con el del arqueólogo que, a partir de los fragmentos descubiertos en las excavaciones, reconstruye un edificio desaparecido. También se hace alusión a la imagen de los estratos cuando se habla de material más o menos «profundo», según criterios genéticos y estructurales.

En ocasiones, como por ejemplo en *Las construcciones en análisis* (*Konstruktionen der Analyse*, 1937), Freud se vio inducido a diferenciar claramente, dentro del trabajo analítico, el aporte del material y la elaboración de éste. Esta distinción es evidentemente esquemática:

1) Resulta imposible distinguir, en la historia de la cura, dos tiempos sucesivos: aporte de material y elaboración del mismo. Lo que se comprueba es una interacción constante. Así, por ejemplo, se reconoce que una interpretación hace que aparezca un nuevo material (recuerdos, fantasías).

2) Tampoco resulta posible definir el aporte de material y la elaboración del mismo como dos funciones atribuidas respectivamente, una al analizado, y la otra al analista. En efecto, el analizado puede tomar parte activa en la interpretación del material, debe integrar las interpretaciones (véase: Trabajo elaborativo), etc.

Con las reservas citadas, la noción de material subraya un aspecto esencial de las producciones de origen inconsciente, a saber: su alteridad con respecto al sujeto consciente, ya sea porque el analizado las considere, desde un principio, como relativamente extrañas a su personalidad y constituyendo, por este mismo hecho, un *material*, ya sea porque, como uno de los primeros efectos del trabajo analítico y de la aplicación de la regla fundamental*, se dé cuenta del aspecto sintomático, incoercible, de un determinado comportamiento y lo considere entonces como irreductible a sus motivaciones conscientes, como un *material* a analizar.

El término, aparte de su empleo corriente con un sentido relativamente atenuado, adquiere su sentido pleno al relacionarlo con el realismo freudiano del inconsciente: para Freud existen «contenidos» inconscientes, un material patógeno inconsciente (1).

MATERNALIZACIÓN

= *Al.*: Bemuttern o mütterliches Betreuen. — *Fr.*: maternage. — *Ing.*: mothering. — *It.*: maternage. — *Por.*: maternagem.

Técnica de psicoterapia de las psicosis, especialmente de la esquizofrenia, que tiende a establecer, entre el terapeuta y el paciente, de un modo tanto simbólico como real, una relación análoga a la que existiría entre una «buena madre» y su hijo.

La técnica de la maternalización se basa en una concepción etiológica de la psicosis que relaciona esta enfermedad con las frustraciones precoces, sobre todo orales, sufridas por el sujeto durante su primera infancia de parte de la madre.

En sentido amplio, se ha hablado de maternalización para designar «el conjunto de cuidados prodigados al *infans* dentro del clima de ternura activa, oblativa, atenta y continuada que caracteriza el sentimiento maternal» (1 a); pero la mayoría de las veces dicho término sirve para calificar únicamente la técnica psicoterápica.

Esta es, sobre todo, reparadora. Pero, si bien tiende a proporcionar al paciente las satisfacciones reales en las que se vio frustrado en su relación con la madre, representa ante todo una comprensión de las necesidades fundamentales. Como indica Racamier (1 b), conviene reconocer las necesidades subyacentes a las defensas psicóticas, determinar cuáles son las que precisan ser electivamente satisfechas («necesidades básicas») y, sobre todo, responder a éstas en forma distinta a la interpretación analítica clásica.

En cuanto a la naturaleza de esta respuesta, cada uno de los autores que han trabajado en esta técnica durante los últimos veinte años (entre otros, G. Schwing, J. N. Rosen, M.-A. Sèchehayé) tiene su propia concepción. No podemos describir aquí las diversas técnicas (e intuiciones) que pueden incluirse bajo la denominación general de maternalización. Indiquemos únicamente:

1.º Que no se trata de reconstruir en toda su realidad una relación lactante-madre.

2.º Que la maternalización, según insisten todos los autores, exige del terapeuta, más que una actitud maternal, un verdadero compromiso afectivo: «*La relación de maternalización nace del encuentro entre un paciente profunda y vitalmente ávido de ser pasivamente colmado de satisfacciones, y un terapeuta que no sólo sea capaz de comprenderlo, sino que además sienta el deseo de ir hacia él como una madre hacia un lactante abandonado*» (1 c).

Por último, una teoría de la maternalización debería tener en cuenta la parte respectiva que, en la acción psicoterápica, corresponde a la satisfacción real, al don simbólico y a la interpretación.

MECANISMOS DE DEFENSA

= Al.: Abwehrmechanismen. — Fr.: mécanismes de défense. — Ing.: mechanisms of defence. — It.: meccanismi di difesa. — Por.: mecanismos de defesa.

Diferentes tipos de operaciones en las cuales puede especificarse la defensa. Los mecanismos preponderantes varían según el tipo de afección que se considere, según la etapa genética, según el grado de elaboración del conflicto defensivo, etc.

Existe acuerdo en afirmar que los mecanismos de defensa son utilizados por el yo, pero permanece sin resolver el problema teórico de saber si su puesta en marcha presupone siempre la existencia de un yo organizado que sea el soporte de los mismos.

El término «mecanismo» fue utilizado desde un principio por Freud para indicar el hecho de que los fenómenos psíquicos muestran una disposición susceptible de observación y de análisis científico; mencionemos únicamente el título de la *Comunicación preliminar* (Vorläufige Mitteilung, 1893) de Breuer y Freud: *El mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos* (Über den psychischen Mechanismus hysterischer Phänomene).

En la misma época en que establece el concepto de defensa y lo sitúa en el origen de los fenómenos histéricos (véase: Histeria de defensa),

Freud intenta especificar otras afecciones psiconeuróticas por el modo particular en que actúa en ellas la defensa: «[...] diferentes afecciones neuróticas provienen de los distintos procedimientos que utiliza el "yo" para liberarse de [su] incompatibilidad [con una representación]» (1).

Así, en las *Nuevas observaciones sobre las psiconeurosis de defensa* (*Weitere Beobachtungen über die Abwehr-Neuropsychosen*, 1896), distingue los mecanismos de la conversión histérica, de la sustitución obsesiva, de la proyección paranoica.

El término «mecanismo» sigue apareciendo esporádicamente a todo lo largo de la obra de Freud. El de «mecanismo de defensa» figura, por ejemplo, en los escritos metapsicológicos de 1915, en dos acepciones algo distintas: ya sea para designar el conjunto del proceso defensivo característico de una determinada neurosis (2), ya sea para indicar la utilización defensiva de tal o cual «destino pulsional»: represión, vuelta hacia la propia persona, transformación en lo contrario (3).

En *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926), Freud justifica lo que él llama su «restauración del antiguo concepto de defensa» (4 a) invocando la necesidad de poseer un concepto global que incluya, además de la represión, otros «métodos de defensa», subrayando la posibilidad de establecer «una íntima conexión entre formas particulares de defensa y determinadas afecciones», y emitiendo por último la hipótesis de que «[...] el aparato psíquico, antes de que exista una neta separación entre el yo y el ello, antes de la formación de un superyó, utiliza métodos de defensa distintos de los que emplea una vez alcanzados estos estadios de organización» (4 b).

Aun cuando Freud parece subestimar aquí el hecho de que estas ideas han estado constantemente presentes en su obra, lo cierto es que, a partir de 1926, el estudio de los mecanismos de defensa se convirtió en un tema importante de la investigación psicoanalítica, sobre todo con la obra que Anna Freud consagró a los mismos. Basándose en ejemplos concretos, esta autora se dedica a describir la variedad, complejidad y extensión de los mecanismos de defensa, mostrando en especial cómo el fin defensivo puede utilizar las más variadas actividades (fantasía, actividad intelectual), y cómo la defensa puede afectar no sólo a las exigencias pulsionales, sino también a todo aquello que puede suscitar un desarrollo de angustia: emociones, situaciones, exigencias del superyó, etc. Se observará que Anna Freud no pretende efectuar una exposición exhaustiva ni sistemática, especialmente en la enumeración que hace, de pasada, de los mecanismos de defensa: represión*, regresión*, formación reactiva*, aislamiento*, anulación retroactiva*, proyección*, introyección*, vuelta hacia la propia persona*, transformación en lo contrario*, sublimación*.

Hubieran podido describirse otros muchos procedimientos defensivos. La misma Anna Freud alude, dentro de este tema, a la negación por la fantasía, la idealización*, la identificación con el agresor*, etc. Melanie Klein describe lo que ella considera como defensas muy primarias: escisión del objeto*, identificación proyectiva*, negación de la realidad psíquica, control omnipotente del objeto, etc.

El empleo generalizado del concepto de mecanismo de defensa suscita algunas preguntas: al referir a una función única operaciones tan dispares como, por ejemplo, la racionalización*, en la que intervienen mecanismos intelectuales complejos, y la vuelta hacia la propia persona*, que es un «destino» del fin pulsional, y al designar con la misma palabra de defensa operaciones verdaderamente compulsivas, como la anulación retroactiva, y la búsqueda de una vía de «desprendimiento», como son ciertas sublimaciones (véase: Mecanismos de desprendimiento), ¿se utiliza un concepto verdaderamente operacional?

No son pocos los autores que, al hablar de «mecanismos de defensa del yo», reconocen la existencia de diferencias: «Junto a técnicas como el aislamiento y la anulación retroactiva, encontramos verdaderos procesos instintivos como la regresión, la transformación en lo contrario, la vuelta hacia la propia persona» (5 a). Es necesario entonces mostrar cómo un mismo proceso puede funcionar a varios niveles: así, por ejemplo, la introyección, que es ante todo un modo de relación de la pulsión con su objeto y que tiene su prototipo corporal en la incorporación, puede ser utilizada *secundariamente* como defensa por el yo (especialmente, defensa maníaca).

Tampoco puede omitirse otra distinción teórica fundamental: la que especifica la represión de todos los demás mecanismos defensivos, especificidad que Freud siempre mantuvo, incluso después de haber dicho que la represión era un caso particular de defensa (6); no tanto por el hecho de que, como indica Anna Freud, se caracterizaría esencialmente por una contracatexis permanente y sería a la vez «el más eficaz y el más peligroso» de los mecanismos de defensa, como por ser constitutiva del inconsciente como tal (véase: Represión).

Por último, al centrar la teoría sobre el concepto de defensa del yo, con facilidad se tiende a contraponer a ésta la reivindicación pulsional pura, la cual, por principio, sería totalmente ajena a toda dialéctica: «Si las exigencias del yo o las de las fuerzas exteriores representadas por el yo no ejercieran una presión, la pulsión no tendría más que un único destino: el de la satisfacción» (5 b).

Se consideraría entonces la pulsión como un término totalmente positivo, que no estaría marcado por ninguna prohibición. Ahora bien, los *mecanismos* del proceso primario mismo (desplazamiento, condensación, etcétera), con lo que implican de estructuración del juego pulsional, ¿no se hallan en contradicción con dicha concepción?

MECANISMOS DE DESPRENDIMIENTO

= *Al.*: Abarbeitungsmechanismen. — *Fr.*: mécanismes de dégageant. — *Ing.*: working-off mechanisms. — *It.*: meccanismi di disimpegno. — *Por.*: mecanismos de desimpedimento.

Concepto introducido por Edward Bibring (1943) y recogido por Daniel Lagache (1956), en su elaboración de la teoría psicoanalítica del yo, para explicar la resolución del conflicto defensivo, especialmente en la cura. D. Lagache opone los mecanismos de desprendimiento a los mecanismos de defensa: así como éstos sólo

tienen por finalidad la reducción urgente de las tensiones internas, según el principio de *displacer-placer*, aquéllos tienden a la realización de las posibilidades, aunque sea a costa de un aumento de tensión. Esta oposición se basa en que los mecanismos de defensa (o compulsiones defensivas) son automáticos e inconscientes, permanecen bajo el dominio del proceso primario y tienden a la identidad de percepción, mientras que los mecanismos de desprendimiento obedecen al principio de la identidad de los pensamientos y permiten al sujeto liberarse progresivamente de la repetición y de sus identificaciones alienantes.

E. Bibring propuso describir como *working-off mechanisms* ciertos mecanismos del yo que convendría diferenciar de los mecanismos de defensa, y ello en relación con su concepción de la compulsión a la repetición*. En efecto, según este autor, la repetición de las experiencias penosas bajo el control del yo permitiría lograr una reducción o asimilación progresiva de las tensiones: «Los mecanismos de desprendimiento del yo no tienen por finalidad provocar la descarga (abreacción) ni hacer que la tensión deje de ser peligrosa (mecanismos de defensa); su función consiste en disolver progresivamente la tensión modificando las condiciones internas que la originan» (1). Bibring describe diferentes métodos de desprendimiento, como el desprendimiento de la libido (trabajo del duelo*), la familiarización con la situación ansiógena, etc.

Dentro de la misma línea de pensamiento, Daniel Lagache ha subrayado la extensión abusiva del concepto de mecanismo de defensa, que es invocado tanto para explicar las compulsiones automáticas e inconscientes que el psicoanálisis intenta eliminar, como para designar, con el nombre de «defensa exitosa», operaciones que tienen por objeto precisamente la abolición de estas compulsiones.

Daniel Lagache sitúa la noción de mecanismo de desprendimiento dentro del marco de una oposición entre la conciencia y el Yo: la conciencia (Yo-sujeto) puede identificarse con el Yo-objeto, alienarse en éste (narcisismo) o, por el contrario, objetivar el yo y de este modo desprenderse de él (2).

El concepto es recogido y desarrollado en la elaboración de conjunto que D. Lagache ha dado de la estructura de la personalidad; en ella especifica las modalidades del desprendimiento refiriéndose a la experiencia de la cura: «[...] el paso de la repetición en acto a la rememoración pensada y hablada [...]; el paso de la identificación, en virtud de la cual el sujeto se confunde con lo vivido por él, a la objetivación, mediante la cual toma distancia con respecto a lo vivido; el paso de la disociación a la integración; la separación del objeto imaginario, completado por el cambio de objeto; la familiarización con las situaciones fóbicas, que reemplaza la expectación ansiosa de la situación traumática y fantaseada; la substitución de la inhibición por el control, de la obediencia por la experiencia. En todos estos ejemplos, la operación defensiva sólo es neutralizada en la medida en que una operación de desprendimiento viene a sustituirla» (3 a).

Así, pues, distinguiremos una actividad defensiva del Yo con respecto a las pulsiones del Ello, y una actividad de desprendimiento del Yo con respecto a sus propias operaciones defensivas. Si, a pesar de todo, es posible atribuir al Yo funciones tan antinómicas, es debido a que todas ellas tienen en común la capacidad de elección y de rechazo (3 b).

METAPSICOLOGÍA

= AL.: Metapsychologie. — Fr.: métapsychologie. — Ing.: metapsychology. — It.: metapsicologia. — Por.: metapsicología.

Término creado por Freud para designar la psicología por él fundada, considerada en su dimensión más teórica. La metapsicología elabora un conjunto de modelos conceptuales más o menos distantes de la experiencia, tales como la ficción de un aparato psíquico dividido en instancias, la teoría de las pulsiones, el proceso de la represión, etc.

La metapsicología considera tres puntos de vista: dinámico, tópico y económico.

El término «metapsicología» se encuentra episódicamente en las cartas de Freud a Fliess. Es utilizado por Freud para definir la originalidad de su propia tentativa de edificar una psicología «[...] que conduzca al otro lado de la conciencia», con respecto a las psicologías clásicas de la conciencia (1 a). Se apreciará la analogía existente entre los términos «metapsicología» y «metafísica», analogía que probablemente fue intencional por parte de Freud, puesto que se sabe, por su propio testimonio, hasta qué punto era intensa su vocación filosófica: «Espero que querrás prestar atención a algunas cuestiones metapsicológicas [...]. Durante mi juventud, sólo aspiraba al conocimiento filosófico, y ahora estoy a punto de realizar este deseo, al pasar de la medicina a la psicología» (1 b).

Pero la reflexión de Freud acerca de las relaciones entre la metafísica y la metapsicología va más allá de esta simple comparación; en un pasaje significativo, define la metapsicología como una tentativa científica de rectificar las construcciones «metafísicas»; éstas, como las creencias supersticiosas o ciertos delirios paranoicos, proyectan hacia fuerzas exteriores lo que es en realidad propio del inconsciente: «[...] gran parte de la concepción mitológica del mundo, que se extiende hasta las religiones más modernas, no es otra cosa que *psicología proyectada hacia el mundo exterior*. El oscuro conocimiento (podríamos decir la percepción endopsíquica) de los factores psíquicos y de lo que acaece en el inconsciente, se refleja [...] en la construcción de una *realidad suprasensible* que la ciencia debe transformar en *psicología del inconsciente* [...]. Cabría en lo posible dedicarse [...] a convertir la *metafísica* en *metapsicología*» (2).

Freud volverá a utilizar, mucho después, el término «metapsicología», para dar de él una definición precisa: «Propongo que se hable de exposición [*Darstellung*] *metapsicológica* cuando se pasa a describir un proceso psíquico en sus relaciones *dinámicas, tópicas y económicas*» (3) (α). ¿Deben considerarse como metapsicológicos todos los estudios teóricos que hacen intervenir conceptos e hipótesis inherentes a estos tres registros, o sería preferible designar así los textos que, de un modo más fundamental, elaboran o explican las hipótesis subyacentes a la psicología psicoanalítica: «principios» (*Prinzipien*), «conceptos fundamentales» (*Grundbegriffe*), «modelos» teóricos (*Darstellungen, Fiktionen, Vorbilder*)? Así, un cierto número de textos más propiamente metapsicológicos jalonan la obra de Freud, especialmente el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895), el capítulo VII de *La inter-*

pretación de los sueños (*Die Traumdeutung*, 1900), *Formulaciones sobre los dos principios del funcionamiento psíquico* (*Formulierungen über die zwei Prinzipien des psychischen Geschehens*, 1911), *Más allá del principio de placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), *El yo y el ello* (*Das Ich und das Es*, 1923), *Esquema del psicoanálisis* (*Abriss der Psychoanalyse*, 1938). Por último, en 1915, Freud concibió y realizó parcialmente el proyecto de escribir unos *Elementos para una metapsicología* (*Zur Vorbereitung einer Metapsychologie*) con la intención «[...] de esclarecer y dar profundidad a las hipótesis teóricas que pueden servir de fundamento a un sistema psicoanalítico» (4) (β).

(α) A los puntos de vista tópico, dinámico y económico, distinguidos por Freud, Hartmann, Kris y Loewenstein han propuesto añadir el punto de vista *genético* (véase: Fase). David Rapaport ha añadido un punto de vista de *adaptación*.

(β) Se publicaron cinco de los artículos previstos, y otros siete habrían sido escritos y destruidos.

MOCIÓN PULSIONAL

= *Al.*: Triebregung. — *Fr.*: motion pulsionnelle. — *Ing.*: instinctual impulse. — *It.*: moto pulsionale o instintivo. — *Por.*: moção impulsora o pulsional.

Término utilizado por Freud para designar la pulsión bajo su aspecto dinámico, es decir, en tanto que se actualiza y se especifica en una determinada estimulación interna.

El término *Triebregung* aparece por vez primera en *Las pulsiones y sus destinos* (*Triebe und Triebschicksale*, 1915), pero la idea que expresa es muy antigua en Freud. Así, en el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895), habla de estímulos endógenos (*endogene Reize*) para designar exactamente la misma cosa.

Existe muy poca diferencia entre *Triebregung* y *Trieb* (pulsión): con frecuencia Freud emplea un término por otro. Con todo, si resulta posible efectuar una distinción tras la lectura del conjunto de los textos freudianos, sería la siguiente: la moción pulsional es la pulsión en acto, considerada en el momento en que una modificación orgánica la pone en movimiento.

Así, pues, según Freud, la moción pulsional se sitúa al mismo nivel que la pulsión; cuando la pulsión se concibe como una modificación biológica y, por consiguiente, estrictamente hablando, más acá de la distinción consciente-inconsciente, esto mismo es válido para la moción pulsional: «Cuando hablamos de una moción pulsional inconsciente o de una moción pulsional reprimida, se trata de un modo de hablar inexacto, aunque sin importancia. En realidad, sólo podemos referirnos a una moción pulsional cuyo representante representativo es inconsciente y, en efecto, no puede tratarse de otra cosa» (1).

A nuestro juicio no conviene traducir *Triebregung*, como a menudo se hace, por «emoción pulsional», término perteneciente al registro de los afectos, lo que no sucede con el término alemán ni con el equivalente adoptado en inglés de *instinctual impulse*. Proponemos volver a utilizar

el antiguo término «moción», tomado de la psicología moral, que nos parece más próximo al término *Regung*, sustantivo derivado del verbo *regen*, «mover», y a sus empleos freudianos. Observemos que *motion pulsionnelle* se inscribe en la serie de términos psicológicos usuales *motivo*, *móvil*, *motivación*, todos los cuales hacen intervenir la noción de movimiento.

Añadamos que *Regung* se encuentra también en Freud aparte de la expresión *Triebregung*, por ejemplo en *Wunschregung*, *Affektregung*, con el mismo matiz de movimiento interno.

N

NARCISISMO

= *Al.*: Narzissmus. — *Fr.*: narcissisme. — *Ing.*: narcissism. — *It.*: narcisismo. — *Por.*: narcisismo.

En alusión al mito de Narciso, amor a la imagen de sí mismo.

1. La noción de narcisismo (α) aparece por vez primera en Freud en 1910, para explicar la elección de objeto en los homosexuales; éstos «[...] se toman a sí mismos como objeto sexual; parten del narcisismo y buscan jóvenes que se les parezcan para poder amarlos como su madre los amó a ellos» (1 a).

El descubrimiento del narcisismo condujo a Freud a establecer (en el *Caso Schreber*, 1911) la existencia de una fase de la evolución sexual intermedia entre el autoerotismo y el amor objetal. «El sujeto comienza tomándose a sí mismo, a su propio cuerpo, como objeto de amor» (2), lo que permite una primera unificación de las pulsiones sexuales. Estos mismos puntos de vista se expresan en *Tótem y tabú* (*Totem und Tabu*, 1913).

2. Vemos, pues, que Freud ya utilizaba el concepto de narcisismo antes de «introducirlo» mediante un estudio especial (*Introducción al narcisismo* [*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914]). Pero, en este trabajo, introduce el concepto en el conjunto de la teoría psicoanalítica, considerando especialmente las catexis libidinales. En efecto, la psicosis («reurosis narcisista»*) pone en evidencia la posibilidad de la libido de recargar el yo retirando la catexis del objeto; esto implica que «[...] fundamentalmente, la catexis del yo persiste y se comporta, respecto a las catexis de objeto, como el cuerpo de un animal unicelular respecto a los pseudópodos que emite» (3 a). Aludiendo a una especie de principio de conservación de la energía libidinal, Freud establece la existencia de un equilibrio entre la «libido del yo» (catectizada en el yo) y la «libido de objeto»: «cuanto más aumenta una, más se empobrece la otra» (3 b). «El yo debe considerarse como un gran reservorio de libido de donde ésta es enviada hacia los

objetos, y que se halla siempre dispuesto a absorber la libido que retorna a partir de los objetos» (4). Dentro de una concepción energética que reconoce la permanencia de una catexis libidinal del yo, nos vemos conducidos a una definición *estructural* del narcisismo: éste ya no aparece como una fase evolutiva, sino como un estancamiento de la libido, que ninguna catexis de objeto permite sobrepasar completamente.

3. Este proceso de retiro de la catexis del objeto y retorno sobre el sujeto había sido ya destacado por K. Abraham en 1908 basándose en el ejemplo de la demencia precoz: «La característica psicosexual de la demencia precoz es el retorno del paciente al autoerotismo [...]. El enfermo mental transfiere sobre sí, como único objeto sexual, la totalidad de la libido que la persona normal orienta sobre todos los objetos animados o inanimados de su ambiente» (5). Freud hizo suyas estas concepciones de Abraham: «[...] ellas se han mantenido en el psicoanálisis y se han convertido en la base de nuestra actitud hacia las psicosis» (6). Pero añadió la idea (que permite diferenciar el narcisismo del autoerotismo*) de que el yo no existe desde un principio como unidad y que exige, para constituirse, «una nueva acción psíquica» (3 c).

Si deseamos conservar la distinción entre un estado en el que las pulsiones sexuales se satisfacen en forma anárquica, independientemente unas de otras, y el narcisismo, en el cual es el yo en su totalidad lo que se toma como objeto de amor, nos veremos inducidos a hacer coincidir el predominio del narcisismo infantil con los momentos formadores del yo.

Acerca de este punto, la teoría psicoanalítica no es unívoca. Desde un punto de vista genético, puede concebirse la constitución del yo como unidad psíquica correlativamente a la constitución del esquema corporal. Así, puede pensarse que tal unidad viene precipitada por una cierta imagen que el sujeto adquiere de sí mismo basándose en el modelo de otro y que es precisamente el yo. El narcisismo sería la captación amorosa del sujeto por esta imagen. J. Lacan ha relacionado este primer momento de la formación del yo con la experiencia narcisista fundamental que designa con el nombre de fase del espejo* (7). Desde este punto de vista, según el cual el yo se define por una identificación con la imagen de otro, el narcisismo (incluso el «primario») no es un estado en el que faltaría toda relación intersubjetiva, sino la interiorización de una relación. Esta misma concepción es la que se desprende de un texto como *Duelo y melancolía* (*Trauer und Melancholie*, 1916), en el que Freud parece no ver en el narcisismo nada más que una «identificación narcisista» con el objeto (8).

Pero, con la elaboración de la segunda teoría del aparato psíquico, tal concepción se esfuma. Freud contraponen globalmente un estado narcisista primario (anobjetal) a las relaciones de objeto. Este estado primitivo, que entonces llama narcisismo primario, se caracterizaría por la ausencia de total relación con el ambiente, por una indiferenciación entre el yo y el ello, y su prototipo lo constituiría la vida intrauterina, de la cual el sueño representaría una reproducción más o menos perfecta (9).

Con todo, no se abandona la idea de un narcisismo simultáneo a la formación del yo por identificación con otro, pero éste se denomina entonces «narcisismo secundario» y no «narcisismo primario»: «La libido que afluye al yo por las identificaciones [...] representa su "narcisismo secundario"» (10 a). «El narcisismo del yo es un narcisismo secundario, retirado a los objetos» (10 b).

Esta profunda modificación de los puntos de vista de Freud es paralela a la introducción del concepto de ello* como instancia separada, de la que emanan las otras instancias por diferenciación, de una evolución del concepto de yo*, que hace recaer el acento, no sólo sobre las identificaciones que lo originan, sino sobre su función adaptatriz como aparato diferenciado, y, finalmente, de la desaparición de la distinción entre autoerotismo* y narcisismo. Tomada literalmente, tal concepción ofrece un doble peligro: el de contradecir la experiencia, afirmando que el recién nacido carecería de una apertura perceptiva hacia el mundo exterior, y el de renovar, por lo demás en términos ingenuos, la aporía idealista, agravada aquí por una formulación «biológica»: ¿cómo pasar de una mónada cerrada sobre sí misma al reconocimiento progresivo del objeto?

(*) En las primeras líneas de *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914), Freud afirma haber tomado este término de P. Näcke (1899), que lo utilizó para describir una perversión. En una nota añadida en 1920 a los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*), modifica esta afirmación: el creador del término sería H. Ellis (1 b). En realidad, Näcke creó la palabra *Narzissmus*, si bien lo hizo para comentar los puntos de vista de H. Ellis, que, en 1898 (*Autoerotism, a psychological Study*), fue el primero en describir una conducta perversa en relación con el mito de Narciso.

NARCISISMO PRIMARIO, NARCISISMO SECUNDARIO

= *Al.*: primärer Narzissmus, sekundärer Narzissmus. — *Fr.*: narcissisme primaire, narcissisme secondaire. — *Ing.*: primary narcissism, secondary narcissism. — *It.*: narcisismo primario, narcisismo secundario. — *Por.*: narcisismo primário, narcisismo secundário.

El narcisismo primario designa un estado precoz en el que el niño catectiza toda su libido sobre sí mismo. El narcisismo secundario designa una vuelta sobre el yo de la libido, retirada de sus catexis objetales.

Estos términos tienen, en la literatura psicoanalítica, e incluso en la misma obra de Freud, acepciones muy diversas, lo que impide dar una definición unívoca más precisa que la que proponemos.

1.º La expresión «narcisismo secundario» ofrece menos dificultad que la de narcisismo primario. Freud la utiliza, desde *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914), para designar estados tales como el narcisismo esquizofrénico: «[...] nos vemos inducidos, por consiguiente, a considerar este narcisismo, que ha aparecido haciendo refluir de nuevo las catexis de objeto, como un estado secundario construido sobre la base de un narcisismo primario que ha sido empañado

por múltiples influencias» (1). Para Freud, el narcisismo secundario no designa únicamente ciertos estados extremos de regresión; constituye también una estructura permanente del sujeto: a) En el plano económico, las catexis de objeto no suprimen las catexis del yo, sino que existe un verdadero equilibrio energético entre estos dos tipos de catexis; b) En el plano tópico, el ideal del yo representa una formación narcisista que jamás es abandonada.

2.º El concepto de narcisismo primario experimenta variaciones extremas de uno a otro autor. Se trata aquí de definir una fase hipotética de la libido infantil, y las divergencias existentes se refieren, de un modo complejo, a la descripción de dicho estado, a su situación cronológica y, para algunos autores, incluso a su existencia.

Para Freud, el narcisismo primario designa, de un modo general, el primer narcisismo, el del niño que se toma a sí mismo como objeto de amor antes de elegir objetos exteriores. Tal estado correspondería a la creencia del niño en la omnipotencia de sus pensamientos (2).

Si se intenta precisar el momento de la constitución de tal estado, se encuentran, ya en Freud, algunas variaciones. En los textos del período 1910-1915 (3), esta fase se localiza entre la del autoerotismo primitivo y la del amor de objeto, y parece ser coetánea a la aparición de una primera unificación del sujeto, de un yo. Más tarde, con la elaboración de la segunda tópica, Freud designa con la noción de narcisismo primario un primer estado de la vida, anterior incluso a la constitución de un yo, y cuyo arquetipo sería la vida intrauterina (4). Desaparece entonces la distinción entre el autoerotismo* y el narcisismo. Desde el punto de vista tópico, resulta difícil comprender qué es lo que se catectiza en el narcisismo primario así entendido.

Esta última acepción del narcisismo primario es la que prevalece corrientemente en nuestros días en el pensamiento psicoanalítico, lo que conduce a limitar la significación y el alcance de la discusión: se acepte o no el concepto, con él se designa siempre un estado rigurosamente «anobjetal» o, por lo menos, «indiferenciado», sin escisión entre un sujeto y un mundo exterior.

Dos tipos de objeciones pueden oponerse a esta concepción del narcisismo:

— Desde el punto de vista terminológico, esta acepción prescinde de la referencia a una imagen de sí mismo, a una relación especular, como la que etimológicamente presupone el término «narcisismo». A nuestro juicio, pues, el término «narcisismo primario» es inadecuado para designar una fase descrita como anobjetal.

— Desde el punto de vista de los hechos: la existencia de esta fase es muy problemática, y algunos autores estiman que, en el lactante, existen desde un principio relaciones de objeto, un «amor objetal primario» (5), de forma que rechazan como mítica la noción de un narcisismo primario, entendido como una primera fase anobjetal de la vida extrauterina. Según Melanie Klein, no puede hablarse de fase narcisista, puesto que, desde el origen, se instituyen relaciones objetales, pero sólo

de «estados» narcisistas caracterizados por un retorno de la libido hacia objetos interiorizados.

Partiendo de estas críticas, parece posible devolver su sentido a lo que fue la intención de Freud cuando, recogiendo la noción de narcisismo introducida en patología por H. Ellis, la amplía hasta hacer de ella una fase necesaria en la evolución que conduce desde el funcionamiento anárquico, autoerótico, de las pulsiones parciales, hasta la elección de objeto. Nada parece oponerse a que se designe con el término «narcisismo primario» una fase precoz o ciertos momentos fundadores, caracterizados por la aparición simultánea de un primer esbozo de yo* y su catexis por la libido, lo que no implica que este primer narcisismo sea el primer estado del ser humano, ni que, desde el punto de vista económico, este predominio del amor a sí mismo excluya toda catexis objetal (véase: Narcisismo).

NECESIDAD DE CASTIGO

= *Al.*: Strafbedürfnis. — *Fr.*: besoin de punition. — *Ing.*: need for punishment. — *It.*: bisogno di punizione. — *Por.*: necessidade de castigo o de punição.

Exigencia interna que, según Freud, se hallaría en el origen del comportamiento de ciertos sujetos en los que la investigación psicoanalítica pone de manifiesto que buscan situaciones penosas o humillantes y se complacen en ellas (masoquismo moral). Lo que hay de irreductible en tales comportamientos debería relacionarse, en último análisis, con la pulsión de muerte.

La existencia de fenómenos que implican un autocastigo pronto despertó el interés de Freud: *sueños* de castigo, que son como un tributo pagado a la censura por la realización de un deseo (1), y sobre todo los síntomas de la *neurosis obsesiva*. Desde sus primeros estudios sobre esta enfermedad, Freud describió los autorreproches; más tarde, en *Observaciones sobre un caso de neurosis obsesiva* (*Bemerkungen über einen Fall von Zwangsneurose*, 1909), los comportamientos autopunitivos; generalmente es el conjunto de la sintomatología, con el sufrimiento que implica, lo que hace del obsesivo su propio verdugo.

La clínica de la *melancolía* pone de relieve la violencia de una compulsión al autocastigo que puede llegar al suicidio. Pero es también una aportación de Freud y del psicoanálisis el atribuir a una motivación autopunitiva ciertos comportamientos en los que el castigo parece ser solamente una consecuencia no deseada de ciertas *acciones agresivas y delictivas* (2). En este sentido puede hablarse de «criminales por autocastigo», sin que deba verse en este proceso la motivación única de un fenómeno siempre complejo.

Finalmente, en la *cura*, Freud se vio inducido a conceder una atención creciente a lo que él llamó reacción terapéutica negativa*: el analista tiene la impresión, escribe Freud, «[...] de una fuerza que se defiende por todos los medios contra la curación y que no quiere en absoluto desprenderse de la enfermedad y del sufrimiento» (3 a).

La profundización, dentro de la segunda teoría del aparato psíquico, en los problemas metapsicológicos planteados por estos fenómenos, los

progresos de la reflexión sobre el sadismo-masoquismo, y finalmente la introducción de la pulsión de muerte, conducirían a Freud a perfilar y diferenciar mejor los comportamientos autopunitivos.

1.º El propio Freud opuso ciertos reparos a la expresión *sentimiento de culpabilidad** *inconsciente*, pareciéndole, en este sentido, más apropiado el término «necesidad de castigo» (4 a).

2.º Desde un punto de vista tópico, Freud explica las conductas autopunitivas por la tensión entre un superyó singularmente exigente y el yo.

3.º Pero el empleo del término «necesidad de castigo» pone de relieve lo que puede haber de irreductible en la fuerza que impulsa a ciertos individuos a sufrir, al mismo tiempo que la paradoja de la satisfacción que encuentran en su sufrimiento. Freud distingue dos casos: ciertas personas dan la impresión «[...] de hallarse bajo el dominio de una conciencia moral singularmente intensa, aun cuando una tal supermoral no sea en ellas consciente. Una investigación más profunda nos muestra de modo claro la diferencia existente entre tal prolongación inconsciente de la moral y el masoquismo moral. En el primer caso, el acento recae sobre el sadismo reforzado del superyó, al cual se somete el yo; en el segundo caso, en cambio, recae en el masoquismo del yo, que reclama el castigo, tanto si éste viene del superyó como de los poderes parentales externos» (4 b). Así, pues, el sadismo del superyó y el masoquismo del yo no pueden considerarse simplemente como las dos vertientes simétricas de una misma tensión.

4.º En esta línea de pensamiento, Freud, en *Análisis terminable e interminable* (*Die endliche und die unendliche Analyse*, 1937), llegó a establecer la hipótesis de que no era posible explicar íntegramente la necesidad de castigo, como expresión de la pulsión de muerte, por la relación conflictual entre el superyó y el yo. Si bien una parte de la pulsión de muerte se halla ciertamente «ligada psíquicamente por el superyó», otras pueden «[...] actuar, no se sabe dónde, en forma libre o ligada» (3 b).

NEGACIÓN

= *Al.*: Verneinung. — *Fr.*: (dé)négalion. — *Ing.*: negation. — *It.*: negazione. — *Por.*: negação.

Procedimiento en virtud del cual el sujeto, a pesar de formular uno de sus deseos, pensamientos o sentimientos hasta entonces reprimidos, sigue defendiéndose negando que le pertenezca.

Esta palabra requiere ante todo algunas observaciones de orden terminológico.

1) En la conciencia lingüística común, no siempre existen en todos los idiomas claras distinciones entre los términos que significan la acción de negar, y menos aún existen correspondencias bi-unívocas entre los distintos términos de una lengua a otra.

En alemán, *Verneinung* designa la *negation* en el sentido lógico o

gramatical del término (no existe un verbo *neinen* o *beneinen*), pero también la *denegation* en sentido psicológico (rechazo de una afirmación que yo he enunciado o que se me atribuye; por ejemplo: no, yo no he dicho esto; yo no he pensado esto). *Verleugnen* (o *leugnen*) tiene un sentido que se aproxima al de *verneinen* en esta última acepción: renegar, desdecir, desmentir.

En francés, puede distinguirse, por una parte, la *negación* (*négation*) en sentido gramatical o lógico, y por otra parte la *denegación* (*dénégation*, *déni*), que implica oposición o repulsa.

2) En el empleo que hace Freud: al parecer podemos distinguir dos usos diferentes de *verneinen* y *verleugnen*. En efecto, la palabra *verleugnen* tiende a reservarla Freud, hacia el fin de su obra, para designar el rechazo de la percepción de un hecho que se impone en el mundo exterior; en inglés, los editores de la *Standard Edition*, que han reconocido el sentido específico que adquiere en Freud la palabra *Verleugnung*, han decidido traducirla por *disavowal* (1). Nosotros proponemos en francés traducirla por «*déni*» (*renegación*) (véase esta palabra).

En cuanto al empleo que hace Freud de la palabra *Verneinung*, resulta inevitable para el lector francés la ambigüedad *negation-denegation*. Posiblemente esta misma ambigüedad sea uno de los ejes de la riqueza del artículo que Freud dedicó a la *Verneinung*. Al traductor le resulta imposible en cada pasaje elegir entre «*negation*» o «*denegation*»; como solución nosotros proponemos transcribir la *Verneinung* por «(dé)*négation*». En castellano utilizaremos *negación*.

Observemos que también se encuentra algunas veces en las obras de Freud la palabra alemana de origen latino *Negation* (2).

Estas distinciones terminológicas y conceptuales que proponemos no siempre se han efectuado hasta ahora en la literatura psicoanalítica y en las traducciones. Así, el traductor francés de *El Yo y los mecanismos de defensa* (*Das Ich und die Abwehrmechanismen*, 1936) de Anna Freud transcribe por «negación» (*négation*) el término *Verleugnung*, que esta autora utiliza en un sentido similar al que le dio S. Freud.

Freud puso en evidencia el procedimiento de negación en la experiencia de la cura. Muy pronto encontró en las histéricas que trataba una forma especial de resistencia: «[...] cuanto más se profundiza, más difícilmente se aceptan los recuerdos que surgen, hasta el momento en que, en las proximidades del núcleo, nos hallamos con que el paciente niega incluso su reactualización» (3). El *Análisis de un caso de neurosis obsesiva* proporciona un buen ejemplo de negación: el paciente, siendo niño, había pensado que conseguiría el amor de una niña a condición de que le ocurriera una desgracia: «[...] se le impuso la idea de que esta desgracia podría ser la muerte de su padre. Rechazó inmediatamente tal idea con toda energía; todavía hoy se defiende contra la posibilidad de haber experimentado semejante "deseo". Según él, había sido una simple "asociación de ideas". —Yo le objeto: si no fue un deseo, ¿por qué se rebela contra él? —Simplemente por el contenido de esta representación, de que mi padre pudiera morir» (4 a). La prosecución del análisis vino a demostrar que existía ciertamente un deseo hostil hacia su padre:

«[...] al primer "no" de rechazo se sumó pronto una confirmación, al principio indirecta» (4 b).

La idea de que la toma de conciencia de lo reprimido se manifiesta a menudo, durante la cura, por la negación, constituye el punto de partida del artículo que Freud consagra a ésta en 1925. «No hay mejor prueba de que se ha logrado descubrir el inconsciente, que el hecho de ver cómo el analizado reacciona con estas palabras: "Yo no he pensado esto" o bien "jamás he pensado en esto"» (5 a).

La negación posee el mismo valor de confirmación cuando se opone a la interpretación del analista. De ahí nace una objeción de principio que no escapó a Freud, que se pregunta —en *Las construcciones en análisis* (*Konstruktionen in der Analyse*, 1937)—: ¿tal hipótesis no ofrece el peligro de asegurar siempre el triunfo del analista? «[...] cuando el analizado asiente, tiene razón, pero cuando nos contradice, esto es un signo de su resistencia y también nos da la razón» (6 a).

El propio Freud dio una respuesta matizada a tales críticas, incitando al analista a buscar la confirmación en el contexto y en la evolución de la cura (6 b). A pesar de todo, la negación sigue poseyendo para Freud el valor de un indicador que señala el momento en que empiezan a resurgir una idea o un deseo inconscientes, y esto tanto en la cura como fuera de ella.

En *La negación* (*Die Verneinung*, 1925), Freud dio de este fenómeno una explicación metapsicológica muy precisa, que desarrolla tres afirmaciones estrechamente solidarias entre sí:

1) «la negación constituye un medio de adquirir conocimiento de lo reprimido [...];

2) «[...] lo que se elimina es sólo una de las consecuencias del proceso de represión, a saber, el hecho de que el contenido representativo no llegue a la conciencia. Como resultado, tiene lugar una especie de aceptación intelectual de lo reprimido, mientras que persiste lo fundamental de la represión;

3) «mediante el símbolo de la negación, el pensamiento se libera de las limitaciones de la represión [...]» (5 b).

Esta última proposición muestra que, para Freud, la negación en sentido psicoanalítico y la negación en sentido lógico y lingüístico (el «símbolo de la negación») tienen el mismo origen, lo cual constituye la tesis principal de su trabajo.

NEURASTENIA

= Al.: Neurasthenie. — Fr.: neurasthénie. — Ing.: neurasthenia. — It.: nevrastenia. — Por.: neurastenia.

Afección descrita por el médico americano George Beard (1839-1883), cuyo cuadro clínico gira en torno a una fatiga física de origen «nervioso» y que comprende síntomas de los más diversos registros.

Freud fue uno de los primeros en señalar la excesiva extensión adquirida por este síndrome, que, en parte, debe ser dividido en otras entidades clínicas. No obstante, sigue manteniendo la neurastenia como una neurosis autónoma; la define

por la impresión de fatiga física, las cefaleas, la dispepsia, la constipación, las parestesias espinales, el empobrecimiento de la actividad sexual. La incluye en el grupo de las neurosis actuales, junto a la neurosis de angustia, y busca su etiología en su funcionamiento sexual incapaz de resolver en forma adecuada la tensión libidinal (masturbación).

G. Beard creó el término «neurastenia» (etimológicamente, debilidad nerviosa). En lo que respecta al cuadro clínico así designado, remitimos al lector a los trabajos de dicho autor (1).

Freud se interesó en especial por la neurastenia al principio de su obra, lo que le condujo a delimitar y subdividir el grupo de las neurosis actuales (véase este término) (2, 3). Pero, también ulteriormente, siguió sosteniendo la especificidad de esta neurosis (4).

NEUROSIS

= Al.: Neurose. — Fr.: névrose. — Ing.: neurosis. — It.: nevrosi. — Por.: neurose.

Afección psicógena cuyos síntomas son la expresión simbólica de un conflicto psíquico que tiene sus raíces en la historia infantil del sujeto y constituyen compromisos entre el deseo y la defensa.

La extensión del concepto de neurosis ha variado; actualmente el término, cuando se utiliza solo, tiende a reservarse a aquellas formas clínicas que pueden relacionarse con la neurosis obsesiva, la histeria y la neurosis fóbica. Así, la nosografía distingue neurosis, psicosis, perversiones y afecciones psicósomáticas, mientras que se discute la posición nosográfica de las denominadas «neurosis actuales», «neurosis traumáticas» y «neurosis de carácter».

Al parecer, el término «neurosis» fue introducido por William Cullen (médico escocés) en un tratado de medicina aparecido en 1777 (*First Lines of the Practice of Physic*). La segunda parte de su obra se titula *Neurosis or Nervous Diseases* y trata no solamente de las enfermedades mentales o «vesanias», sino también de la dispepsia, las palpitaciones cardíacas, el cólico, la hipocondría y la histeria.

Durante el siglo XIX se incluirán, por lo general, bajo la denominación de neurosis toda una serie de afecciones que se podrían caracterizar como sigue:

a) se les reconoce una localización orgánica precisa (de donde los nombres de «neurosis digestiva», «neurosis cardíaca», «neurosis gástrica», etc.) o se les supone una tal localización en el caso de la histeria (útero, tubo digestivo) y de la hipocondría;

b) se trata de afecciones funcionales, es decir, «sin inflamación ni lesión estructural» (1) del órgano interesado;

c) se consideran como enfermedades del sistema nervioso.

Al parecer, la noción de neurosis en el siglo XIX debe relacionarse, desde un punto de vista de la comprensión, con los conceptos modernos

de afección psicosomática y de neurosis de órgano. Pero, desde el punto de vista de la extensión nosográfica, el término incluiría afecciones que hoy en día se reparten en los tres campos de la *neurosis* (por ejemplo, histeria), de lo *psicosomático* (neurastenia, afecciones digestivas) y de la *neurología* (epilepsia, enfermedad de Parkinson).

El análisis de la transformación que experimentó el concepto de neurosis a finales del siglo XIX exigiría una extensa investigación histórica, tanto más cuanto que esta evolución difiere de un país a otro. Digamos únicamente, para fijar las ideas, que en dicho período la mayoría de los autores se percataron del carácter heterogéneo de las afecciones clasificadas bajo la denominación de «neurosis» (α).

De esta amalgama se desprenden progresivamente afecciones en las cuales se supone con fundamento la existencia de una lesión del sistema nervioso (epilepsia, enfermedad de Parkinson, corea)...

Por otro lado, en la frontera móvil que lo separa de las enfermedades mentales, el grupo de las neurosis tiende a anexionarse cuadros clínicos (obsesiones, fobias) que algunos autores todavía clasificaban entre las «psicosis», las «demencias» o los «delirios».

La posición de Pierre Janet atestigua el resultado de esta evolución en Francia a finales del siglo pasado; Janet distingue fundamentalmente dos grandes tipos de neurosis: la histeria y la psicastenia (esta última concuerda en gran parte con lo que Freud designa como neurosis obsesiva).

¿Cuál es la posición de Freud en esta época (1895-1900)? Al parecer, encuentra, en la cultura psiquiátrica de lengua alemana, una distinción relativamente bien establecida, desde el punto de vista clínico, entre psicosis* y neurosis. Exceptuando algunas raras ambigüedades en su terminología, con estos dos términos designa afecciones que todavía hoy se clasifican bajo los mismos nombres.

Pero la principal preocupación de Freud no consistía entonces en delimitar la neurosis de la psicosis, sino en poner en evidencia el mecanismo psicógeno en toda una serie de afecciones. De ello resulta que el eje de su clasificación pasa entre las neurosis actuales*, cuya etiología se busca en una disfunción somática de la sexualidad, y las psiconeurosis*, en las cuales el factor determinante es el conflicto psíquico. Este grupo, llamado de las «psiconeurosis de defensa»*, incluye neurosis, como la histeria, y psicosis que en ocasiones se designan con el término «psicosis de defensa», como la paranoia (2, 3).

A continuación, dentro de la misma perspectiva, Freud intentará imponer el término «psiconeurosis (o neurosis) narcisista»* para designar lo que en psiquiatría, en la misma época, se denominaban psicosis. Finalmente, vuelve a la clasificación psiquiátrica usual y reserva la noción de neurosis narcisista para designar la psicosis maniaco-depresiva (4). Recordemos, finalmente, que Freud diferenció muy pronto, y de modo claro, el campo de las neurosis del de las perversiones*.

En resumen, en el siguiente cuadro podríamos esquematizar la evolución, en extensión, del concepto de neurosis en la nosografía psicoanalítica.

1915	Neurosis actuales	Psiconeurosis		
		de transferencia	narcisistas	
1924	Neurosis actuales	Neurosis	Neurosis narcisistas	Psicosis
Clasificación actual	Afecciones psico-somáticas	Neurosis	Psicosis	
			maniaco-depresiva	paranoia esquizofrenia

Aun cuando las subdivisiones, dentro del grupo de las neurosis, varían según los autores (así, la fobia puede incluirse en la histeria o considerarse como una afección específica), actualmente se constata una gran unanimidad respecto de la delimitación clínica del conjunto de síndromes considerados como neuróticos. El reconocimiento, por la clínica contemporánea, de los «casos-límite»* indica que, por lo menos teóricamente, el campo de la neurosis se considera como bien definido. Puede decirse que el pensamiento psicoanalítico se halla en gran parte de acuerdo con la delimitación clínica adoptada por la inmensa mayoría de escuelas psiquiátricas.

En cuanto a una definición en «comprensión» del concepto de neurosis, aquélla puede concebirse teóricamente, ya a nivel de la sintomatología, como la agrupación de cierto número de características que permitieran distinguir los síntomas neuróticos de los psicóticos o perversos, ya a nivel de la estructura.

De hecho, la mayoría de las tentativas de definición propuestas en psiquiatría oscilan entre estos dos niveles, siempre y cuando no se limiten a establecer una simple distinción de grado entre perturbaciones «más graves» y perturbaciones «menos graves». A título de ejemplo, citaremos el siguiente ensayo de definición, tomado de un manual reciente: «La fisonomía clínica de las neurosis se caracteriza:

»a) Por los *síntomas neuróticos*. Se trata de trastornos de la conducta, de los sentimientos o de las ideas que *manifiestan* una defensa contra la angustia y constituyen, en relación con este conflicto interno, una transacción de la cual el sujeto obtiene, en su posición neurótica, cierto beneficio (beneficio secundario de la neurosis).

»b) Por el *carácter neurótico del Yo*. Este no encuentra, en la identificación con su propio personaje, buenas relaciones con los demás y un equilibrio interior satisfactorio» (5).

Si se intenta establecer, con vistas a la comprensión del concepto, la especificidad de la neurosis tal como la establece la clínica, la tarea tiende a confundirse con la propia teoría psicoanalítica, en la medida en que

ésta se ha constituido fundamentalmente como una teoría del conflicto neurótico y de sus modalidades.

Difícilmente se puede considerar como perfecta la diferenciación entre las estructuras psicóticas, perversas y neuróticas. Es por ello que nuestra definición corre el inevitable peligro de resultar demasiado extensa, por cuanto puede aplicarse también, al menos parcialmente, a las perversiones y a las psicosis.

(*) Véase, por ejemplo, A. Axelfeld: «Todo el grupo de las neurosis se ha fundado sobre una concepción negativa; surgió de la época en que la anatomía patológica, encargada de explicar las enfermedades por las alteraciones de los órganos, se encontró frente a cierto número de estados morbosos cuya causa se le escapaba» (7).

NEUROSIS DE ABANDONO

= *Al.*: Verlassenheitsneurose. — *Fr.*: névrose d'abandon. — *Ing.*: neurosis of abandonment. — *It.*: nevrosi d'abbandono. — *Por.*: neurose de abandono.

Término introducido por psicoanalistas suizos (Charles Odier, Germaine Guex) para designar un cuadro clínico en el que predominan la angustia del abandono y la necesidad de seguridad. Se trata de una neurosis cuya etiología sería preedíptica. No correspondería necesariamente a un abandono sufrido en la infancia. Los individuos que presentan esta neurosis se denominan «abandónicos».

En su obra *La névrose d'abandon* (1), Germaine Guex considera necesario aislar este tipo de neurosis, que no entraría en ninguno de los cuadros clásicos de la nosografía (α).

La sintomatología del abandonónico no presenta a primera vista nada rigurosamente específico: angustia, agresividad, masoquismo, sentimiento de minusvalía; de hecho, estos síntomas no se relacionarían con los conflictos habitualmente evidenciados por el psicoanálisis (especialmente con los conflictos edípicos), sino con una inseguridad afectiva fundamental.

La necesidad ilimitada de amor, que se manifiesta de un modo polimorfo que a menudo la hace difícil de reconocer, significaría una búsqueda de la seguridad perdida, cuyo prototipo sería una fusión primitiva del niño con la madre. No correspondería necesariamente a un abandono real por la madre, abandono cuyas consecuencias fueron estudiadas por Spitz (véase: Hospitalismo; Depresión anaclítica), sino esencialmente a una actitud afectiva de la madre, que es sentida como que le rehúsa el amor (por ejemplo, «falsa presencia» de la madre). Finalmente, según Germaine Guex, debería invocarse un factor constitucional psico-orgánico («glotonería» afectiva, intolerancia a las frustraciones, desequilibrio neurovegetativo).

Germaine Guex estima que el abandonónico ha permanecido más acá del Edipo, el cual constituía para él una amenaza excesiva a su seguridad; la neurosis de abandono debería relacionarse con una «perturbación del yo» que a menudo sólo se pone de manifiesto durante la cura psicoanalítica.

Observemos que el término «abandónico» se utiliza, en forma des-

criptiva, incluso por autores que no han adoptado, ni desde un punto de vista nosográfico, ni desde un punto de vista etiológico, las concepciones (aquí muy resumidas) de Germaine Guex.

(*) En una comunicación personal, G. Guex nos indicó que sería preferible hablar de *síndrome* que de *neurosis* de abandono.

NEUROSIS ACTUAL

= *Al.*: Aktualneurose. — *Fr.*: névrose actuelle. — *Ing.*: actual neurosis. — *It.*: nevrosi attuale. — *Por.*: neurose atual.

Tipo de neurosis que Freud distingue de las psiconeurosis:

a) el origen de las neurosis actuales no debe buscarse en los conflictos infantiles, sino en el presente;

b) los síntomas no constituyen una expresión simbólica y sobredeterminada, sino que resultan directamente de la falta o inadecuación de la satisfacción sexual.

Primeramente Freud incluyó en las neurosis actuales la neurosis de angustia y la neurastenia, y más tarde propuso añadir la hipocondría.

El término «neurosis actual» aparece en 1898 en la obra de Freud para designar la neurosis de angustia y la neurastenia (1 a), pero el concepto de una especificidad de estas afecciones con respecto a las restantes neurosis fue elaborado ya antes de sus investigaciones sobre la etiología de las neurosis, tanto en la correspondencia con Fliess (2) como en las publicaciones de los años 1894-1896 (3).

1. La diferenciación entre neurosis actuales y psiconeurosis es fundamentalmente de tipo etiológico y patogenético: la causa es sexual en ambos tipos de neurosis, pero, en el caso de las neurosis actuales, debe buscarse en «desórdenes de la vida sexual actual» y no en «acontecimientos importantes de la vida pasada» (4). La palabra «actual» debe interpretarse, por tanto, sobre todo en el sentido de una «actualidad» en el tiempo (1 b). Por otra parte, esta etiología es somática y no psíquica: «La fuente de excitación, el factor desencadenante del trastorno, se halla en la esfera somática, mientras que, en la histeria y la neurosis obsesiva, se encuentra en la esfera psíquica» (5). Este factor sería, en la neurosis de angustia, la falta de descarga de la excitación sexual, y, en la neurastenia, un alivio inadecuado de ésta (por ejemplo, masturbación).

Por último, el mecanismo de formación de los síntomas sería somático (por ejemplo, transformación directa de la excitación en angustia) y no simbólico. El término «actual» viene a significar aquí la ausencia de esta mediación que se encuentra en la formación de los síntomas psiconeuróticos (desplazamiento, condensación, etc.).

Desde el punto de vista terapéutico, estos puntos de vista conducen a la idea de que las neurosis actuales no surgen del psicoanálisis, puesto que en ellas los síntomas no proceden de una significación susceptible de ser aclarada (6).

Freud no abandonó jamás estos puntos de vista acerca de la especificidad de las neurosis actuales. Los expresó de nuevo en distintas ocasiones, indicando que el mecanismo de formación de los síntomas debería buscarse en el campo de la química (intoxicación por productos del metabolismo de las sustancias sexuales) (7).

2. Entre psiconeurosis y neurosis actuales no existe solamente una oposición global; en varias ocasiones Freud intentó establecer correspondencias individuales entre, por una parte, la neurastenia y la neurosis de angustia y, por otra, las diversas neurosis de transferencia. Cuando, más tarde, introduce la hipocondría como tercera neurosis actual (8), la hace corresponder a las parafrenias o psiconeurosis narcisistas (esquizofrenia y paranoia). Estas correspondencias vienen justificadas, no sólo por analogías estructurales, sino también por el hecho de que «[...] el síntoma de la neurosis actual es, a menudo, el núcleo y la fase precursora del síntoma psiconeurótico» (9). La idea de que la psiconeurosis es desencadenada por una frustración que conduce a un estancamiento de la libido viene de nuevo a poner en evidencia este elemento actual (10).

Actualmente tiende a desaparecer de la nosografía la noción de neurosis actual, en la medida en que, sea cual fuere el valor desencadenante que posean los factores actuales, se encuentra siempre en los síntomas la expresión simbólica de conflictos más antiguos. Con esta salvedad, la idea de conflicto y de síntomas actuales conserva su valor y reclama las siguientes observaciones:

1.ª la distinción entre conflictos de origen infantil, reactualizados, y conflictos determinados en su mayor parte por la situación actual se impone en la práctica psicoanalítica: así, la existencia de un conflicto actual agudo constituye a menudo un obstáculo al curso de la cura psicoanalítica;

2.ª en toda psiconeurosis, junto a los síntomas cuya significación puede ser aclarada, existe un cortejo más o menos importante de síntomas del tipo de los descritos por Freud dentro del marco de las neurosis actuales: fatigas no justificadas, dolores vagos, etc. Dado que el conflicto defensivo impide la realización del deseo inconsciente, se concibe que esta libido no satisfecha se encuentre en el origen de cierto número de síntomas inespecíficos;

3.ª en la misma dirección se observará que, en las concepciones de Freud, los síntomas «actuales» son ante todo de tipo somático, y que la antigua noción de neurosis actual conduce directamente a las concepciones modernas sobre las afecciones psicósomáticas;

4.ª por último, se observará que Freud sólo considera, en su teoría, la no-satisfacción de las pulsiones sexuales. Se debería tener en cuenta igualmente, en la génesis de síntomas neuróticos actuales y psicósomáticos, la supresión de la agresividad.

NEUROSIS DE ANGUSTIA

= *Al.*: Angstneurose. — *Fr.*: névrose d'angoisse. — *Ing.*: anxiety neurosis. — *It.*: nevrosi d'angoscia. — *Por.*: neurose de angústia.

Tipo de enfermedad que Freud aisló y diferenció:

a) desde el punto de vista sintomatológico, de la neurastenia, por el predominio de la angustia (expectación ansiosa, ataques de angustia o equivalentes somáticos de ésta);

b) desde el punto de vista etiológico, de la histeria: la neurosis de angustia es una neurosis actual caracterizada específicamente por la acumulación de excitación sexual que se transformaría directamente en síntoma sin mediación psíquica.

El problema del origen de la angustia y de sus relaciones con la excitación sexual y la libido preocupó a Freud desde 1893, como pone de manifiesto su correspondencia con Fliess. Este problema lo trata sistemáticamente en su artículo *Sobre la justificación de separar de la neurastenia cierto complejo de síntomas a título de «neurosis de angustia»* (*Über die Berechtigung, von der Neurasthenie einen bestimmten Symptomenkomplex als «Angstneurose» abzutrennen*, 1895).

Desde el punto de vista nosográfico, aísla del síndrome clásicamente descrito como neurastenia una afección centrada en torno al síntoma fundamental de la angustia. Sobre un fondo de «excitabilidad general» destacan diferentes formas de angustia: angustia crónica o expectación ansiosa, susceptible de ligarse a todo contenido representativo capaz de ofrecerle un soporte; ataque de angustia pura (por ejemplo: *pavor nocturnus*), acompañado de o reemplazado por diversos equivalentes somáticos (vértigo, disnea, trastornos cardíacos, sudoración, etc.); síntomas fóbicos, en los que el afecto de angustia se halla ligado a una representación, pero sin que pueda reconocerse en ésta un substitutivo simbólico en una representación reprimida.

Freud relaciona la neurosis de angustia con etiologías específicas, cuyos factores más corrientes son:

a) acumulación de tensión sexual;

b) ausencia o insuficiencia de «elaboración psíquica» de la excitación sexual somática, la cual no puede transformarse en «libido psíquica» (véase: Libido) más que entrando en conexión con grupos preestablecidos de representaciones sexuales. Cuando la excitación sexual no es controlada de este modo, se deriva directamente hacia el plano somático en forma de angustia (α).

Freud considera como condiciones para esta insuficiente elaboración psíquica, ya «[...] un desarrollo insuficiente de la sexualidad psíquica, ya una tentativa de supresión de ésta, ya su degradación, ya, por último, la instauración de una separación, que se ha vuelto habitual, entre la sexualidad psíquica y la sexualidad física» (1 a).

Freud intentó poner de manifiesto cómo intervienen estos mecanismos en las diferentes formas etiológicas que enumera: angustia de las

vírgenes, angustia de la abstinencia sexual, angustia provocada por el *coitus interruptus*, etc.

Señaló los puntos de contacto que ofrecen las patologías y, hasta cierto punto, los mecanismos de la neurosis de angustia y de la histeria: en ambos casos «[...] se produce una especie de "conversión" [...]. Con todo, en la histeria, es una excitación psíquica la que toma una falsa vía exclusivamente hacia lo somático, mientras que aquí (en la neurosis de angustia) se trata de una tensión física que no puede pasar a lo psíquico y permanece entonces en una vía física. Ambos procesos se asocian con gran frecuencia» (1 b).

Aunque, como puede verse, Freud indicase lo que puede haber de psíquico en las condiciones de aparición de la neurosis de angustia, subrayando la afinidad de ésta con la histeria y su posible asociación en forma de «neurosis mixta», no por ello dejó de sostener siempre la especificidad de la neurosis de angustia como neurosis actual.

En la actualidad, los psicoanalistas no aceptan sin reservas la noción de neurosis actual*; sin embargo, el cuadro clínico de la neurosis de angustia (acerca de la cual se olvida a menudo que fue Freud quien la separó de la neurastenia) sigue conservando su valor nosográfico en clínica: neurosis en la que predomina una angustia masiva, sin objeto claramente manifiesto, y en la que es patente el papel desempeñado por los factores actuales.

En este sentido, se diferencia claramente de la *histeria de angustia** o neurosis fóbica, en la cual la angustia se ha fijado sobre un objeto substitutivo.

(*) Conviene hacer observar que no son éstas las primeras concepciones de Freud acerca de la angustia. El mismo indica que su concepción de un mecanismo actual, somático, de la angustia vino a limitar su teoría, en un principio puramente psicógena, de la histeria. Véase una nota a propósito del *Caso Emmy* en los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*, 1895): «En aquel entonces [o sea, en 1889], yo tendía a admitir la existencia de un origen psíquico de todos los síntomas de una histeria. En la actualidad [o sea, en 1895] consideraría neurótica [neurótica se toma aquí en su primer sentido de perturbación en el funcionamiento del sistema nervioso] la tendencia a la angustia que presentaba esta mujer, la cual vivía en abstinencia (neurosis de angustia)» (2).

NEUROSIS DE CARÁCTER

= *Al.*: Charakterneurose. — *Fr.*: névrose de caractère. — *Ing.*: character neurosis. — *It.*: nevrosi del carattere. — *Por.*: neurose de caráter.

Tipo de neurosis en la cual el conflicto defensivo no se traduce por la formación de síntomas claramente aislables, sino por rasgos de carácter, formas de comportamiento o incluso una organización patológica del conjunto de la personalidad.

El término «neurosis de carácter» se ha convertido en una expresión de empleo corriente en el psicoanálisis contemporáneo, sin que, no obstante, posea un sentido muy preciso.

Si este concepto sigue estando mal delimitado, ello es debido, sin duda, a que plantea no sólo problemas nosográficos (¿es posible la di-

ferenciación de una neurosis de carácter?) sino también psicológicos (origen, fundamento, función de lo que la psicología llama carácter) y técnicos (¿qué lugar debe darse al análisis de las defensas llamadas «de carácter»?).

En efecto, esta noción tiene sus antecedentes en trabajos psicoanalíticos de inspiración diversa:

1) estudios sobre la génesis de ciertos rasgos o de ciertos tipos de carácter, especialmente en relación con la evolución libidinal (1);

2) las concepciones teóricas y técnicas de W. Reich sobre la «coraza caracterológica» y la necesidad, especialmente en los casos rebeldes al análisis clásico, de poner de manifiesto e interpretar las actitudes defensivas que se repiten, sea cual fuere el contenido verbalizado (2).

Si nos atenemos a una orientación nosográfica, que necesariamente evoca el mismo término «neurosis de carácter», aparece en seguida la confusión y multiplicidad de sentidos posibles:

1) La expresión se utiliza a menudo en forma poco rigurosa para designar todo cuadro neurótico que en un primer examen, no revela síntomas, sino únicamente formas de comportamiento que implican dificultades repetidas o constantes en la relación con el ambiente.

2) Una caracterología de inspiración psicoanalítica relaciona diferentes tipos de carácter, ya con las grandes enfermedades psiconeuróticas (caracteres obsesivo, fóbico, paranoico, etc.), ya con las diversas fases de la evolución libidinal (caracteres oral, anal, uretral, fálico-narcisista, genital, reagrupados a veces en la gran oposición carácter genital — carácter pregenital). Desde este punto de vista, puede hablarse de neurosis de carácter para designar toda neurosis aparentemente asintomática, en la cual lo que revela la organización patológica es el tipo de carácter.

Pero, si vamos más lejos y recurrimos, como se hace, cada vez más, actualmente, al concepto de estructura, tenderemos a superar la oposición entre neurosis con o sin síntomas y haremos recaer el acento, más que en las expresiones manifiestas del conflicto (síntomas, rasgos de carácter), en el modo de organización del deseo y de la defensa (α).

3) Los mecanismos más a menudo invocados para explicar la formación del carácter son la sublimación* y la formación reactiva*. Las formaciones reactivas «evitan las represiones secundarias realizando, de una vez por todas, una modificación definitiva de la personalidad» (3). En la medida en que predominen las formaciones reactivas, el carácter mismo puede aparecer como una formación esencialmente defensiva, destinada a proteger al individuo no sólo contra la amenaza pulsional, sino también contra la aparición de síntomas.

Desde un punto de vista descriptivo, la defensa caracterológica se diferencia del síntoma, sobre todo, por su relativa integración en el yo: desconocimiento del aspecto patológico del rasgo de carácter, racionalización, generalización, en un esquema de comportamiento, de una defensa originariamente dirigida contra un peligro específico. En estos mecanismos específicos pueden reconocerse otros tantos rasgos caracteris-

ticos de la estructura obsesiva (4). En este sentido, la neurosis de carácter indicaría, ante todo, una forma particularmente frecuente de neurosis obsesiva en la que prevalece el mecanismo de la formación reactiva, mientras que los síntomas (obsesiones, compulsiones) son discretos o esporádicos.

4) Por último, en oposición al polimorfismo de los «caracteres neuróticos», se ha intentado designar como neurosis de carácter una estructura psicopatológica original. Así, Henri Sauguet reserva «[...] el término "neurosis de carácter" para los casos en los que la infiltración del yo es tan importante que determina una organización que recuerda la de la estructura prepsicótica» (5).

Esta concepción puede considerarse enlazada con una serie de trabajos psicoanalíticos (Alexander, Ferenczi, Glover) que intentan situar las anomalías del carácter entre los síntomas neuróticos y las afecciones psicóticas (6).

(*) Dentro de una concepción estructural del aparato psíquico, resulta interesante distinguir claramente los conceptos «estructura» y «carácter». Este último, según una fórmula de D. Lagache, podría definirse como la proyección sobre el sistema del yo de las relaciones entre los diversos sistemas y en el interior de los sistemas: dentro de esta perspectiva, se tenderá a descubrir, en un determinado rasgo de carácter que aparece como una disposición inherente a la persona, el predominio de cierta instancia (por ejemplo, yo-ideal).

NEUROSIS DE DESTINO

= *Al.*: Schicksalsneurose. — *Fr.*: névrose de destinée. — *Ing.*: fate neurosis. — *It.*: nevrosi di destino. — *Por.*: neurose de destino.

Designa una forma de existencia caracterizada por el retorno periódico de las mismas concatenaciones de acontecimientos, generalmente desgraciados, concatenaciones a las cuales parece hallarse sometido el sujeto como a una fatalidad exterior, mientras que, según el psicoanálisis, se deben buscar los factores de este fenómeno en el inconsciente y, específicamente, en la compulsión a la repetición.

Al final del capítulo III de *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920) (1) Freud menciona, como ejemplo de repetición, el caso de las personas que «[...] dan la impresión de un destino que las persigue, de una orientación demoníaca de su existencia» (bienhechores pagados con ingratitud, amigos traicionados, etc.). Señalemos, por lo demás, que, a propósito de estos casos, habla de compulsión de destino (*Schicksalszwang*), no de neurosis de destino. Con todo, esta última denominación ha prevalecido, sin duda con motivo de la extensión del psicoanálisis a las neurosis llamadas asintomáticas (neurosis de carácter*, de fracaso*, etc.). Sea como fuere, la denominación no posee valor nosográfico, sino descriptivo.

La idea de neurosis de destino fácilmente puede tomarse en un sentido muy amplio: el curso de toda existencia sería «[...] trazado de antemano por el sujeto». Pero, al generalizarlo, el concepto peligra de perder incluso su valor descriptivo. Designaría todo aquello que la conducta de un individuo ofrece de recurrente, de constante.

Permaneciendo fiel a lo que indica Freud en el pasaje citado, parece posible dar al término «neurosis de destino» un sentido más preciso, que la diferencia especialmente de la neurosis de carácter. En efecto, los ejemplos dados por Freud indican que sólo recurre al concepto «compulsión de destino» para explicar experiencias relativamente específicas:

- a) se repiten a pesar de su carácter displacentero;
- b) se desarrollan según un guión inmutable, constituyendo una secuencia de acontecimientos que puede exigir un largo desarrollo temporal;
- c) aparecen como una fatalidad externa de la que el individuo, aparentemente con razón, se siente víctima (ejemplo de una mujer que, casada tres veces consecutivas, vio a sus maridos caer enfermos poco después de la boda y hubo de cuidarlos hasta su muerte).

La repetición se advierte aquí en un ciclo aislable de acontecimientos. Como indicación, podría decirse que, en el caso de la neurosis de destino, el sujeto no tiene acceso a un deseo inconsciente que le vuelve a él desde el exterior (de ahí el aspecto «demoníaco» subrayado por Freud), mientras que, en la neurosis de carácter, lo que interviene y se descubre en el mantenimiento rígido de una forma (rasgos de carácter) es la repetición compulsiva de los mecanismos de defensa y de los esquemas de comportamiento.

NEUROSIS FAMILIAR

= *Al.*: Familienneurose. — *Fr.*: névrose familiale. — *Ing.*: family neurosis. — *It.*: nevrosi familiare. — *Por.*: neurose familiar.

Término utilizado para designar el hecho de que, en una determinada familia, las neurosis individuales se complementan, se condicionan recíprocamente, y para poner en evidencia la influencia patógena que puede ejercer sobre los niños la estructura familiar, principalmente la de la pareja parental.

La noción de neurosis ha sido utilizada, sobre todo, por los psicoanalistas de lengua francesa, siguiendo a René Laforgue (1). Según manifiestan los mismos autores que utilizan esta expresión, la neurosis familiar no constituye una entidad nosológica.

Este término reúne en forma casi gráfica cierto número de adquisiciones fundamentales del psicoanálisis: el papel central que, en la constitución del sujeto, desempeña la identificación con los padres; el complejo de Edipo como complejo nuclear de la neurosis; la importancia que posee, en la formación del Edipo, la relación de los padres entre sí, etcétera. René Laforgue insiste especialmente en la influencia patógena que posee una pareja parental constituida en función de una cierta complementariedad neurótica (por ejemplo, pareja sadomasoquista).

Pero al hablar de neurosis familiar equivale a subrayar, no tanto la importancia del ambiente, como el papel desempeñado por cada miembro de la familia dentro de una red de interrelaciones inconscientes (lo

que a menudo se denomina la «constelación» familiar). El término adquiere valor sobre todo en el abordaje psicoterápico de los niños, que desde un principio se hallan situados dentro de esta «constelación». Desde el punto de vista práctico, esto puede conducir al psicoterapeuta, no sólo a intentar actuar directamente sobre el ambiente, sino incluso a relacionar la neurosis familiar con la petición, formulada por los padres, de que su hijo sea tratado (el niño considerado como «síntoma» de los padres).

Según R. Laforgue, el concepto de neurosis familiar derivaría de la concepción freudiana del superyó, tal como se expresa en las siguientes líneas: «El superyó del niño no se forma a imagen de los padres, sino a imagen del superyó de éstos; se llena del mismo contenido, se convierte en el representante de la tradición, de todos los juicios de valor, que de este modo perduran a través de las generaciones» (2).

El término «neurosis familiar» apenas se utiliza ya en psicoanálisis; aunque ofrece el interés de llamar la atención sobre las funciones complementarias de los diversos sujetos dentro de un campo inconsciente, no debe inducirnos a minimizar el papel de las fantasías propias de cada sujeto, a expensas de una manipulación de la situación real considerada como factor determinante de la neurosis.

NEUROSIS FÓBICA

= *Al.*: Phobische Neurose. — *Fr.*: névrose phobique. — *Ing.*: phobic neurosis. — *It.*: nevrosi fobica. — *Por.*: neurose fóbica.

Véase: **Histeria de angustia.**

NEUROSIS DE FRACASO

= *Al.*: Misserfolgsneurose. — *Fr.*: névrose (o syndrome) d'échec. — *Ing.*: failure-neurosis. — *It.*: nevrosi di scacco. — *Por.*: neurose de fracasso.

Término introducido por René Laforgue y cuya acepción es muy amplia: designa la estructura psicológica de toda una gama de individuos, desde los que, de un modo general, parecen ser los artífices de su propia desgracia, hasta aquellos que no pueden soportar el conseguir precisamente lo que parecen desear ardientemente.

Al hablar de neurosis de fracaso, los psicoanalistas piensan en el fracaso como consecuencia del desequilibrio neurótico y no como factor desencadenante (trastorno reactivo al fracaso real).

El concepto de neurosis de fracaso va asociado al nombre de René Laforgue, que ha consagrado numerosos trabajos a estudiar la función del superyó, los mecanismos de autocastigo y la psicopatología del fracaso (1). Este autor ha agrupado todos los síndromes de fracaso que pueden observarse en la vida afectiva y social, en el individuo y en un grupo social (familia, clase, grupo étnico), y ha buscado el factor común a todos ellos en la acción del superyó.

En psicoanálisis, la noción de neurosis de fracaso se utiliza más en un sentido descriptivo que nosográfico.

De un modo general, el fracaso es el precio pagado por toda neurosis en la medida que el síntoma implica una limitación de las posibilidades del sujeto, un bloqueo parcial de su energía. Pero sólo se hablará de neurosis de fracaso en los casos en que el fracaso no es el producto de añadidura del síntoma (como en el fóbico, que ve disminuir sus posibilidades de desplazamiento a causa de sus medidas de protección), sino que constituye el síntoma mismo y exige una explicación específica.

En *Varios tipos de carácter descubiertos en la labor psicoanalítica* (*Einige Charaktertypen aus der Psychoanalytischen Arbeit*, 1916), Freud había llamado la atención acerca de este tipo especial de individuos que «[...] fracasan ante el éxito»; el problema del fracaso por autocastigo se examina allí en un sentido más restringido que en los trabajos de René Laforgue:

a) se trata de individuos que no soportan la satisfacción en un punto preciso, evidentemente ligado a su deseo inconsciente;

b) el caso de estos individuos pone de manifiesto la siguiente paradoja: mientras la frustración* externa no era patógena, la posibilidad ofrecida por la realidad de satisfacer el deseo resulta intolerable y desencadena la «frustración interna»: el sujeto se priva a sí mismo la satisfacción (2);

c) este mecanismo no constituye para Freud una neurosis ni tampoco un síndrome, sino una forma de desencadenamiento de la neurosis y el primer síntoma de la enfermedad.

En *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), Freud relaciona algunos tipos de fracaso neurótico con la compulsión a la repetición, especialmente lo que él llama compulsiones de destino (véase: Neurosis de destino).

NEUROSIS MIXTA

= *Al.*: Gemischte Neurose. — *Fr.*: névrose mixte. — *Ing.*: mixed neurosis. — *It.*: nevrosi mista. — *Por.*: neurose mista.

Forma de neurosis caracterizada por la coexistencia de síntomas que provenían, según Freud, de neurosis etiológicamente distintas.

En Freud, el término «neurosis mixta» se encuentra sobre todo en sus primeros escritos (1), donde lo utiliza para explicar el hecho de que los síntomas psiconeuróticos se asocian a menudo a síntomas actuales, o también que los síntomas de una determinada psiconeurosis se asocian a los de otra distinta.

El término no se limita a designar un cuadro clínico complejo. Para Freud, en los casos de neurosis mixta, es posible, por lo menos idealmente, relacionar cada tipo de síntoma existente con un mecanismo específico: «Cada vez que nos hallamos en presencia de una neurosis mixta,

se puede mostrar la existencia de una mezcla de varias etiologías específicas» (2).

Las neurosis rara vez se presentan en estado puro: este hecho ha sido ampliamente reconocido por la clínica psicoanalítica. Así, por ejemplo, se insiste en la existencia de rasgos histéricos en la raíz de toda neurosis obsesiva (3) y de un núcleo actual en toda psiconeurosis (véase: Neurosis actual). Los llamados, desde Freud, *casos-límites*, como afecciones en las que intervienen simultáneamente componentes neuróticos y psicóticos, atestiguan también la imbricación de las estructuras psicopatológicas.

Pero la noción de neurosis mixta no debe inducir a rechazar toda clasificación nosográfica (4). Por el contrario, implica la posibilidad, en un caso clínico complejo, de determinar la parte que corresponde a una cierta estructura o mecanismo.

NEUROSIS NARCISISTA

= *Al.*: Narzisstische Neurose. — *Fr.*: névrose narcissique. — *Ing.*: narcissistic neurosis. — *It.*: nevrosi narcisistica. — *Por.*: neurose narcísica.

Término que actualmente tiende a desaparecer del lenguaje psiquiátrico y psicoanalítico, pero que se encuentra en los escritos de Freud para designar una enfermedad mental caracterizada por el retiro de la libido sobre el yo. De este modo se contraponen a las neurosis de transferencia*.

Desde el punto de vista nosográfico, el grupo de las neurosis narcisistas abarca el conjunto de las psicosis funcionales (cuyos síntomas no son los efectos de una lesión somática).

La puesta en evidencia del narcisismo, a la que Freud se vio conducido especialmente por la aplicación de las concepciones psicoanalíticas a las psicosis, se halla en el origen del término «neurosis narcisista» (1). Freud recurre a él casi siempre para contraponerlo al de neurosis de transferencia.

Esta oposición es a la vez de orden técnico (dificultad o imposibilidad de transferencia libidinal) y teórico (retiro de la libido sobre el yo). En otras palabras, se trata de estructuras en las que prevalece la relación narcisista. En este sentido, Freud considera equivalentes las neurosis narcisistas y las psicosis, que él todavía llama parafrenias*.

Más tarde, especialmente en el artículo *Neurosis y psicosis (Neurose und Psychose, 1924)*, limitará el empleo del término «neurosis narcisista» a las afecciones de tipo melancólico, diferenciándolas así tanto de las neurosis de transferencia como de las psicosis (2).

En la actualidad el término tiende a desaparecer.

NEUROSIS OBSESIVA

= *Al.*: Zwangsneurose. — *Fr.*: névrose obsessionnelle. — *Ing.*: obsessional neurosis. — *It.*: nevrosi ossessiva. — *Por.*: neurose obsessiva.

Clase de neurosis que fue aislada por Freud y constituye uno de los grandes cuadros de la clínica psicoanalítica.

En su forma más típica, el conflicto psíquico se expresa por los síntomas llamados compulsivos*: ideas obsesivas, compulsión a realizar actos indeseables, lucha contra estos pensamientos y tendencias, ceremoniales conjuratorios, etc., y por un tipo de pensamiento caracterizado especialmente por la rumiación mental, la duda, los escrúpulos, y que conduce a inhibiciones del pensamiento y de la acción.

Freud aisló sucesivamente la especificidad etiopatogénica de la neurosis obsesiva desde el punto de vista de los mecanismos (desplazamiento* del afecto hacia representaciones más o menos alejadas del conflicto original, aislamiento*, anulación retroactiva*), desde el punto de vista de la vida pulsional (ambivalencia*, fijación a la fase anal* y regresión*) y, por último, desde el punto de vista tópico (relación sadomasoquista interiorizada en forma de tensión entre el yo y un superyó singularmente cruel). Esta puesta en evidencia de la dinámica subyacente a la neurosis obsesiva y, por otra parte, la descripción del carácter anal y de las formaciones reactivas* que lo constituyen, permiten relacionar con la neurosis obsesiva ciertos cuadros clínicos en los que los síntomas obsesivos, propiamente dichos, no son evidentes a primera vista.

Ante todo conviene subrayar que la neurosis obsesiva, que hoy día constituye una entidad nosográfica universalmente admitida, fue aislada por Freud en los años 1894-1895: «He debido comenzar mi trabajo por una innovación nosográfica. Al lado de la histeria, he hallado razones para situar la neurosis obsesiva [*Zwangsneurose*] como afección autónoma e independiente, aunque la mayor parte de autores clasifican las obsesiones entre los síndromes de la degeneración mental o los confunden con la neurastenia» (1 a). Freud comenzó por analizar el mecanismo psicológico de las obsesiones (*Zwangsvorstellungen*) (2), y luego reunió (3, 1 b), en una afección psiconeurótica, síntomas descritos desde hacía mucho tiempo (sentimientos, ideas, conductas compulsivas, etc.), pero relacionados con cuadros nosográficos muy distintos («degeneración» de Magnan, «constitución emotiva» de Dyré, «neurastenia» de Beard, etc.). Poco después de Freud, Janet describió, con el nombre de psicastenia, una neurosis parecida a la que Freud designa como neurosis obsesiva, pero centrando su descripción en torno a una concepción etiológica distinta: lo que para Janet es fundamental y condiciona la misma lucha obsesiva es un estado deficitario, la debilidad de la síntesis mental, una astenia psíquica, mientras que, para Freud, las dudas e inhibiciones son consecuencias de un conflicto que moviliza y bloquea las energías del sujeto (4).

En lo sucesivo se fue afirmando cada vez más, en la teoría psicoanalítica, la especificidad de la neurosis obsesiva.

Las adquisiciones del psicoanálisis han hecho recaer el acento preferentemente sobre la estructura obsesiva (más que sobre los síntomas), lo que, desde el punto de vista terminológico, invita a preguntarse acerca del valor descriptivo del término neurosis obsesiva.

Señalemos ante todo que este término no es un equivalente exacto del alemán *Zwangsneurose*, puesto que *Zwang* no sólo designa las compulsiones del pensamiento u obsesiones (*Zwangsvorstellungen*), sino también los actos (*Zwangshandlungen*) y afectos compulsivos (*Zwangsauf-fekte*) (véase: Compulsión) (α). Por otra parte, el término neurosis obsesiva orienta la atención hacia un síntoma, bien importante, más que hacia la estructura. Ahora bien, con frecuencia se habla de estructura, de carácter, de enfermos obsesivos en ausencia de obsesiones típicas. En

este sentido se constata, por lo demás, una tendencia, en el uso terminológico actual, a reservar el término «obsesivo» al enfermo que presenta obsesiones características.

(a) El propio Freud tradujo *Zwangsneurose* por «névrose des obsessions» (1 c) o «d'obsessions» (1 d).

NEUROSIS DE TRANSFERENCIA

= *Alt.*: Übertragungsneurose. — *Fr.*: névrose de transfert. — *Ing.*: transference neurosis. — *It.*: nevrosi di transfert. — *Por.*: neurose de transferencia.

A) En sentido nosográfico, tipo de neurosis (histeria de angustia*, histeria de conversión*, neurosis obsesiva*) que Freud diferencia de las neurosis narcisistas* dentro del grupo de las psiconeurosis*. Se diferencian de las neurosis narcisistas por el hecho de que la libido está siempre desplazada sobre objetos reales o imaginarios, en lugar de estar retirada de éstos sobre el yo. De ello resulta que son más accesibles al tratamiento psicoanalítico, ya que se prestan a la constitución, durante la cura, de una neurosis de transferencia en el sentido B.

B) Dentro de la teoría de la cura psicoanalítica, neurosis artificial en la cual tienden a organizarse las manifestaciones de transferencia. Se constituye en torno a la relación con el analista; representa una nueva edición de la neurosis clínica; su esclarecimiento conduce al descubrimiento de la neurosis infantil.

A) En el sentido A, el término «neurosis de transferencia» fue introducido por Jung, en oposición al de «psicosis» (1). En esta última, la libido se encuentra «introvertida» (Jung) o catectizada sobre el yo (Abraham [2]; Freud [3]), lo que reduce la capacidad de los pacientes para transferir su libido sobre objetos y, en consecuencia, los hace poco accesibles a una cura cuyo resorte fundamental es la transferencia. Es por ello que las neurosis que constituyeron el primer objeto de la cura psicoanalítica se definen como trastornos en los que existe esta capacidad de transferencia, y se designan con el término neurosis de transferencia».

Freud establece (por ejemplo, en las *Lecciones de introducción al psicoanálisis* [*Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, 1916-1917]) una clasificación que puede resumirse así: las neurosis de transferencia y las neurosis narcisistas forman dos categorías opuestas entre sí, dentro del grupo de las psiconeurosis. Por otra parte, éstas, en la medida en que sus síntomas son la expresión simbólica de un conflicto psíquico, se contraponen al grupo de las neurosis actuales*, cuyo mecanismo sería fundamentalmente somático.

Señalemos que, si bien sigue siendo válida la distinción de las dos clases de psiconeurosis, ya no se admite que puedan distinguirse entre sí por la simple presencia o ausencia de transferencia. En efecto, actualmente se admite que, en las psiconeurosis, la ausencia aparente de transferencia, la mayoría de las veces, no es otra cosa que uno de los aspectos del modo de transferencia (que puede ser muy intensa) propio de los psicóticos.

B) En *Recuerdo, repetición y trabajo elaborativo* (*Erinnern, Wiederholen und Durcharbeiten*, 1914) Freud introduce la noción de neurosis de transferencia (en el sentido B) en relación con la idea de que el pa-

ciente *repite* en la transferencia sus conflictos infantiles. «Supuesto que el paciente respete las condiciones de existencia del tratamiento, llegamos generalmente a conceder a todos los síntomas de la enfermedad una nueva significación transferencial, a reemplazar su neurosis corriente por una neurosis de transferencia, de la cual puede ser curado por la labor terapéutica» (4 a).

Según este pasaje, parece que la diferencia entre las reacciones de transferencia y la neurosis de transferencia propiamente dicha puede concebirse como sigue: en la neurosis de transferencia, todo el comportamiento patológico del paciente viene a centrarse ahora en la relación con su analista. De la neurosis de transferencia puede decirse que, por una parte, coordina las reacciones de transferencia, al principio difusas («transferencia flotante» según Glover) y, por otra, permite al conjunto de los síntomas y de las conductas patológicas del paciente adoptar una nueva función al referirse a la situación analítica. Según Freud, la instauración de la neurosis de transferencia constituye un elemento positivo en la dinámica de la cura: «El nuevo estado ha adquirido todas las características de la enfermedad, pero representa una enfermedad artificial que es plenamente accesible a nuestro control» (4 b).

Dentro de esta perspectiva, la secuencia siguiente puede considerarse como el modelo ideal de la cura: la neurosis clínica se transforma en neurosis de transferencia, cuyo esclarecimiento conduce al descubrimiento de la neurosis infantil (α).

Con todo, es preciso indicar que, más tarde, Freud, cuando acentúa el alcance de la compulsión a la repetición, da una concepción menos unilateral de la neurosis de transferencia, subrayando el peligro que ofrece el dejarla desarrollarse. «El médico se esfuerza en limitar todo lo posible el ámbito de esta neurosis de transferencia, en impulsar el máximo posible de contenido hacia la vía del recuerdo y abandonar lo menos posible a la repetición [...]. Por lo general el médico no puede ahorrar al analizado esta fase de la cura. Se ve forzado a permitirle revivir cierto fragmento de su vida olvidada, pero debe velar para que el paciente conserve una cierta capacidad de dominar la situación, que le permita, pese a todo, reconocer, en lo que aparece como una realidad, el reflejo renovado de un pasado olvidado» (5).

(α) Señalemos que S. Rado, en su comunicación al Congreso de Salzburgo (1924) sobre la teoría de la cura, *El principio económico en la técnica psicoanalítica* (*The Economic Principle in Psychoanalytic Technique*) (6), describió la «neurosis terapéutica» en las técnicas preanalíticas (hipnosis y catarsis) y la diferenciación de la que aparece en la cura psicoanalítica; sólo en ésta puede ser analizada y disuelta la neurosis de transferencia.

NEUROSIS TRAUMÁTICA

= *Al.*: Traumatische Neurose. — *Fr.*: névrose traumatique. — *Ing.*: traumatic neurosis. — *It.*: nevrose traumatica. — *Por.*: neurose traumática.

Tipo de neurosis en la que los síntomas aparecen consecutivamente a un choque emotivo, generalmente ligado a una situación en la que el sujeto ha sentido ame-

nazada su vida. Se manifiesta, en el momento del choque, por una crisis de ansiedad paroxística, que puede provocar estados de agitación, estupor o confusión mental. Su evolución ulterior, casi siempre después de un intervalo libre, permitiría distinguir esquemáticamente dos casos:

a) el trauma actúa como elemento desencadenante, revelador de una estructura neurótica preexistente;

b) el trauma posee una parte determinante en el contenido mismo del síntoma (repetición mental del acontecimiento traumático, pesadillas repetitivas, trastornos del sueño, etc.), que aparece como un intento reiterado de «llgar» y descargar por abreacción el trauma; tal «fijación al trauma» se acompaña de una inhibición, más o menos generalizada, de la actividad del sujeto.

Generalmente la denominación de neurosis traumática es reservada por Freud y los psicoanalistas para designar este último cuadro.

El término «neurosis traumática» es anterior al psicoanálisis (α) y sigue utilizándose en psiquiatría en forma variable, en virtud de las ambigüedades del concepto de traumatismo y de la diversidad de opciones teóricas que permiten tales ambigüedades.

El concepto de traumatismo es ante todo somático; designa entonces «[...] las lesiones producidas accidentalmente, de forma instantánea, por agentes mecánicos cuya acción vulnerante es superior a la resistencia de los tejidos u órganos sobre los que actúan» (1); los traumatismos se dividen en heridas y contusiones (o traumatismos cerrados), según que exista o no efracción del revestimiento cutáneo.

En neuropsiquiatría se habla de traumatismo con dos acepciones muy distintas:

1) se aplica al caso particular del sistema nervioso central el concepto quirúrgico de traumatismo, cuyas consecuencias pueden abarcar desde las lesiones evidentes de la sustancia nerviosa hasta las supuestas lesiones microscópicas (por ejemplo, noción de «conmoción»);

2) se transpone metafóricamente al plano psíquico el concepto de traumatismo, el cual, entonces, designa todo acontecimiento que hace efracción bruscamente en la organización psíquica del individuo. La mayor parte de las situaciones generadoras de neurosis traumáticas (accidentes, batallas, explosiones, etc.) plantean a los psiquiatras, en la práctica, un problema de diagnóstico (¿existe o no lesión neurológica?) y, desde un punto de vista teórico, permiten una gran libertad para estimar, según las preferencias de cada uno, la causa última del trastorno. En una posición extrema, algunos autores llegan a clasificar el cuadro clínico de las neurosis traumáticas dentro del grupo de los «traumatismos cráneo-cerebrales» (2) (véase: Trauma psíquico).

Si nos limitamos al campo del traumatismo tal como se entiende en psicoanálisis, el término «neurosis traumática» puede tomarse bajo dos perspectivas bastante distintas.

I. En relación con lo que Freud denomina una «serie complementaria»* en el desencadenamiento de la neurosis, deben tomarse en consideración factores que varían en razón inversa entre sí: predisposición y

traumatismo. En este sentido, se encuentra toda una gama entre los casos en que un acontecimiento mínimo adquiere valor desencadenante, debido a la débil tolerancia del sujeto frente a toda excitación o frente a una determinada excitación especial, y los casos en que un acontecimiento de una intensidad objetivamente excepcional viene a perturbar bruscamente el equilibrio del sujeto.

A este respecto deben efectuarse varias observaciones:

- 1) el concepto de trauma se vuelve puramente relativo;
- 2) el problema trauma-predisposición tiende a confundirse con el de los papeles respectivos de los factores actuales y del conflicto preexistente (véase: *Neurosis actual*);
- 3) en los casos en que se comprueba con evidencia la existencia de un traumatismo importante en el origen de los síntomas, los psicoanalistas se dedicarán a investigar, en la historia del sujeto, los conflictos neuróticos que el acontecimiento no habría hecho más que precipitar. En favor de este punto de vista conviene señalar que, con frecuencia, los trastornos desencadenados por un trauma (guerra, accidente, etc.) se asemejan a los hallados en las neurosis de transferencia clásicas;
- 4) singularmente interesantes, desde esta perspectiva, son los casos en los que un acontecimiento exterior viene a realizar un deseo reprimido del sujeto, a poner en escena una fantasía inconsciente. En estos casos, la neurosis que se desencadena se caracteriza por rasgos que la asemejan a las neurosis traumáticas: repetición mental, sueños reiterativos, etc. (3);
- 5) dentro de la misma línea de pensamiento, se ha intentado relacionar la ocurrencia misma del acontecimiento traumático con una predisposición neurótica especial. Algunos individuos parecen buscar inconscientemente la situación traumatizante, aunque la temen; según Fenichel, de este modo repetirían un trauma infantil con la finalidad de descargarlo por abreacción: «[...] el Yo desea la repetición para resolver una tensión penosa pero la repetición es en sí misma penosa [...]. El enfermo ha entrado en un círculo vicioso. No logra jamás controlar el traumatismo por medio de sus repeticiones, ya que cada tentativa aporta una nueva experiencia traumática» (4 a). En estos individuos, descritos como «traumatófilos», Fenichel ve un caso típico de «asociación de neurosis traumáticas y de psiconeurosis» (4 b). Por lo demás, se observará a este respecto que K. Abraham, que introdujo el término «traumatofilia», relacionaba incluso los traumas sexuales de la infancia con una predisposición traumatofílica preexistente (5).

II. Vemos, pues, cómo la investigación psicoanalítica conduce a poner en tela de juicio la noción de neurosis traumática: pone en duda el papel determinante del acontecimiento traumático, por una parte al subrayar la relatividad del mismo con respecto a la tolerancia del sujeto, y por otra parte insertando la experiencia traumática en la historia y la organización particulares del individuo. Desde este punto de vista, el concepto de neurosis traumática sería sólo una primera aproximación,

puramente descriptiva, que no resistiría a un análisis profundo de los factores que intervienen.

¿No es necesario, sin embargo, conservar un puesto aparte, desde el punto de vista nosográfico y etiológico, para aquellas neurosis en las que un traumatismo, por su misma naturaleza e intensidad, sería con mucho el factor predominante en su desencadenamiento, y en las cuales los mecanismos que intervienen y la sintomatología serían relativamente específicos con respecto a los de las psiconeurosis?

Tal parece ser la posición de Freud, según se desprende principalmente de su obra *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920): «El cuadro sintomatológico de la neurosis traumática se acerca al de la histeria por su riqueza en síntomas motores similares; pero, por regla general, lo sobrepasa por sus signos, muy acentuados, de sufrimiento subjetivo (que recuerdan la hipocondría o la melancolía) y por las manifestaciones de una debilitación y perturbación mucho más generales de las funciones psíquicas» (6 a). Cuando Freud habla de neurosis traumática, insiste en el carácter a la vez somático («conmoción» [*Erschütterung*] del organismo, que provoca una afluencia de excitación) y psíquico (*Schreck*: susto) del trauma (7). Según Freud, es este susto, «[...] estado que sobreviene cuando uno entra en una situación peligrosa sin estar preparado para ella» (6 b), el factor determinante de la neurosis traumática.

Frente a la afluencia de excitación, que irrumpe y pone en peligro su integridad, el sujeto no puede reaccionar mediante una descarga adecuada ni por medio de una elaboración psíquica. Desbordado en sus funciones de ligazón, repetirá de forma compulsiva, especialmente en los sueños (β), la situación traumatizante, a fin de intentar ligarla (véase: Compulsión a la repetición; Ligazón).

Con todo, Freud no dejó de señalar la posible existencia de conexiones entre las neurosis traumáticas y las neurosis de transferencia (8). Deja sin contestar la pregunta de la especificidad de las neurosis traumáticas, como lo atestiguan las siguientes líneas del *Esquema del psicoanálisis* (*Abriss der Psychoanalyse*, 1938): «Es posible que lo que llamamos neurosis traumáticas (desencadenadas por un susto demasiado intenso o choques somáticos graves, tales como choques de trenes, desprendimientos, etc.), constituyan una excepción; pero, hasta ahora, sus relaciones con el factor infantil han escapado a nuestras investigaciones» (9).

(a) Habría sido introducido por Oppenheim (según la *Encyclopédie médico-chirurgicale: Psychiatrie*, 37520 C 10, pág. 6).

(β) «La vida onírica de las neurosis traumáticas se caracteriza por devolver constantemente al paciente a la situación de su accidente, situación de la que despierta con un nuevo susto» (6 c).

NEUTRALIDAD

= *Al.*: Neutralität. — *Fr.*: neutralité. — *Ing.*: neutrality. — *It.*: neutralità. — *Por.*: neutralidade.

Una de las cualidades que definen la actitud del analista durante la cura. El analista debe ser *neutral* en cuanto a los valores religiosos, morales y sociales, es decir, no dirigir la cura en función de un ideal cualquiera, y abstenerse de todo consejo; *neutral* con respecto a las manifestaciones transferenciales, lo que habitualmente se expresa por la fórmula «no entrar en el juego del paciente»; por último, *neutral* en cuanto al discurso del analizado, es decir, no conceder *a priori* una importancia preferente, en virtud de prejuicios teóricos, a un determinado fragmento o a un determinado tipo de significaciones.

En la misma medida en que la técnica psicoanalítica se desprendió de los métodos de sugestión, que implican una influencia deliberada del terapeuta sobre su paciente, se vio abocada a la idea de neutralidad. En los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysteria*, 1895) se encuentran vestigios de una parte de esta evolución. Observemos que, hacia el final de esta obra, Freud escribe, refiriéndose a la acción del terapeuta: «Actuamos, en la medida de lo posible, como aclaradores (*Aufklärer*), cuando una ignorancia ha engendrado un temor, como maestros representantes de una concepción del mundo más libre y más elevada, como confesores que, con la perduración de su simpatía y de su estima después de la confesión, ofrecen al enfermo una especie de absolución» (1).

En sus *Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico* (*Ratschläge für den Arzt bei der psychoanalytischen Behandlung*, 1912) es donde Freud da la idea más precisa de lo que puede entenderse por neutralidad. En este trabajo denuncia «el orgullo terapéutico» y «el orgullo educativo»; considera «contraindicado dar al paciente instrucciones tales como la de reunir sus recuerdos, pensar en un determinado período de su vida, etc.» (2 d). El analista, al igual que el cirujano, no debe tener más objetivo que «[...] llevar a buen término, tan hábilmente como le sea posible, su operación» (2 b).

En *La iniciación del tratamiento* (*Zur Einleitung der Behandlung*, 1913) Freud sostiene que el establecimiento de una transferencia segura depende de la neutralidad analítica: «Este primer resultado puede malograrse adoptando una actitud distinta a la de la simpatía comprensiva, por ejemplo una actitud moralizadora, o comportándose como el representante o mandatario de un tercero [...]» (3). La idea de neutralidad se expresa también con gran fuerza en el siguiente pasaje de *Los caminos de la terapia psicoanalítica* (*Wege der psychoanalytischen Therapie*, 1918), que apunta a la escuela de Jung: «Hemos rehusado categóricamente considerar como un bien propio al paciente que pide nuestra ayuda y se pone en nuestras manos. No intentamos formar su destino ni inculcarle nuestros ideales, ni modelarlo a nuestra imagen con el orgullo de un creador» (4).

Se observará que la expresión «neutralidad benevolente», tomada sin duda del lenguaje diplomático y que se ha vuelto tradicional para definir la actitud del analista, no se encuentra en Freud. Debe añadirse que la

exigencia de neutralidad es estrictamente relativa a la cura: constituye una recomendación técnica. No implica ni garantiza una «objetividad» suprema de quien ejerce la profesión de psicoanalista (5). La neutralidad no alude a la persona real del analista, sino a su función: el que da las interpretaciones y soporta la transferencia debería ser neutral, es decir, no intervenir como individualidad psicosocial; se trata, evidentemente, de una exigencia límite.

El conjunto de recomendaciones relativas a la neutralidad, aunque no siempre se siga, no suele ser discutido por los analistas. Con todo, incluso los psicoanalistas más clásicos pueden sentirse inducidos a no considerar deseable o posible una neutralidad absoluta en determinados casos (especialmente en la angustia de los niños, en las psicosis y en ciertas perversiones).

NOVELA FAMILIAR

= *Al.*: Familienroman. — *Fr.*: roman familial. — *Ing.*: family romance. — *It.*: romanzo familiare. — *Por.*: romance familiar.

Expresión creada por Freud para designar fantasías mediante las que el sujeto modifica imaginariamente sus lazos con sus padres (imaginando, por ejemplo, que es un niño encontrado). Tales fantasías tienen su fundamento en el complejo de Edipo.

Antes de dedicarles un artículo, en 1909 (α), Freud ya había establecido, en varias ocasiones, la existencia de fantasías mediante las cuales el sujeto se crea una familia, inventa con tal motivo una especie de novela (1). Tales fantasías se observan de un modo muy manifiesto en los delirios paranoicos; pronto Freud las encontró también, con distintas variantes, en los neuróticos: el niño imagina que nació, no de sus verdaderos padres, sino de padres importantes, o bien de un padre importante, y atribuye entonces a su madre aventuras amorosas secretas; otras veces él es ciertamente hijo legítimo, pero sus hermanos y hermanas son bastardos.

Tales fantasías se atribuyen a la situación edípica; surgen por la presión que ejerce el complejo de Edipo*. Sus motivaciones precisas son numerosas y mixtas: deseo de rebajar a los padres en un aspecto y ensalzarlos en otro, deseo de grandeza, intento de soslayar la barrera contra el incesto, expresión de la rivalidad fraterna, etc.

(α) Primeramente integrado en la obra de Otto Rank, *El mito del nacimiento del héroe* (*Der Mythos von der Geburt des Helden*, 1909).

O

OBJETO

= *Al.*: Objekt. — *Fr.*: objet. — *Ing.*: object. — *It.*: oggetto. — *Por.*: objeto.

La noción de objeto se considera en psicoanálisis bajo tres aspectos principales:

A) Como correlato de la pulsión: es aquello en lo cual y mediante lo cual la pulsión busca alcanzar su fin, es decir, cierto tipo de satisfacción. Puede tratarse de una persona o de un objeto parcial, de un objeto real o de un objeto fantaseado.

B) Como correlato del amor (o del odio): se trata entonces de la relación de la persona total, o de la instancia del yo, con un objeto al que se apunta como totalidad (persona, entidad, ideal, etc.). (el adjetivo correspondiente sería «objetal»).

C) En el sentido tradicional de la filosofía y de la psicología del conocimiento, como correlato del sujeto que percibe y conoce: es lo que se ofrece con caracteres fijos y permanentes, reconocibles por la universalidad de los sujetos, con independencia de los deseos y de las opiniones de los individuos (el adjetivo correspondiente sería «objetivo»).

En los escritos psicoanalíticos, la palabra *objeto* tanto se encuentra sola como en numerosas expresiones, tales como elección de objeto*, amor de objeto*, pérdida del objeto*, relación de objeto*, etc., que pueden desorientar al lector no especialista. Objeto se toma en un sentido comparable al que le atribuía el lenguaje clásico («objeto de mi pasión, de mi resentimiento, objeto amado», etc.). No debe evocar la idea de «cosa», de objeto inanimado y manipulable, tal como corrientemente se contrapone a las ideas de ser vivo o de persona.

I. Estas diferentes utilizaciones de la palabra *objeto* en psicoanálisis tienen su origen en la concepción freudiana de la pulsión. Freud, al analizar la noción de pulsión, distinguió entre el objeto y el fin*: «Introducimos dos términos: llamamos objeto sexual a la persona que ejerce la atracción sexual, y fin sexual a la acción empujada por la pulsión» (1). A lo largo de toda su obra conserva esta distinción y la reafirma especialmente en la definición más completa que dio de la pulsión: «[...] el objeto de la pulsión es aquello en lo cual y mediante lo cual la pulsión

puede alcanzar su fin» (2 a); al mismo tiempo, el objeto se define como medio contingente de la satisfacción: «Es el elemento más variable en la pulsión, no se halla originariamente ligado a ésta, sino que se adapta a ella en función de su aptitud para permitir la satisfacción» (2 b). Esta tesis fundamental y constante de Freud, la de la contingencia del objeto, no significa que cualquier objeto pueda satisfacer la pulsión, sino que el objeto pulsional, a menudo muy definido por rasgos singulares, viene determinado por la historia (principalmente la historia infantil) de cada individuo. El objeto es lo que, en la pulsión, se halla menos constitucionalmente determinado.

Esta concepción no ha dejado de despertar objeciones. El planteamiento del problema podría resumirse refiriéndose a la distinción efectuada por Fairbairn (3): ¿va la libido a la búsqueda del placer (*pleasure-seeking*) o del objeto (*object-seeking*)? Para Freud, es indudable que la libido, aunque muy pronto experimente la impronta de un determinado objeto (véase: Experiencia de satisfacción), en su origen se halla totalmente orientada hacia la satisfacción, la resolución de la tensión por las vías más cortas según las modalidades apropiadas a la actividad de cada zona erógena. Con todo, no es ajena al pensamiento de Freud la idea, subrayada por la noción de relación de objeto, de que existe una íntima relación entre la naturaleza y los «destinos» del fin y del objeto (*para la discusión de este punto, véase: Relación de objeto*).

Por otra parte, la concepción freudiana del objeto pulsional se constituyó en los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905) a partir del análisis de las pulsiones sexuales. ¿Cuál es el objeto de las otras pulsiones, y especialmente, dentro del marco del primer dualismo freudiano, el de las pulsiones de autoconservación*? En lo que respecta a estas últimas, el objeto (por ejemplo, el alimento) se halla claramente más especificado, por las exigencias de las necesidades vitales.

Sin embargo, la distinción entre pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación no debe conducir a establecer una oposición demasiado rígida en cuanto a las características de sus objetos respectivos: contingente en un caso, rigurosamente determinado y especificado biológicamente en el otro. El propio Freud mostró que las pulsiones sexuales funcionaban apoyándose en las pulsiones de autoconservación, lo que significa especialmente que éstas señalan a las primeras el camino hacia el objeto.

El recurrir a esta noción de apoyo* permite aclarar el complejo problema del objeto pulsional. Refiriéndonos, por ejemplo, a la fase oral, el objeto es, en el lenguaje de la pulsión de autoconservación, lo que alimenta; en el de la pulsión oral, lo que se incorpora, con toda la dimensión fantasmática que comporta la incorporación. El análisis de los fantasmas orales muestra que esta actividad de incorporación puede referirse a objetos completamente distintos de los de la alimentación, caracterizando entonces la «relación de objeto oral».

II. La noción de objeto en psicoanálisis no debe entenderse únicamente en relación con la pulsión —en la medida en que es posible captar

el funcionamiento de ésta en estado puro—. Designa también lo que constituye para el sujeto objeto de atracción, objeto de amor, casi siempre una persona. Sólo la investigación analítica permite descubrir, más allá de esta relación global del yo con sus objetos de amor, el funcionamiento propio de las pulsiones en su polimorfismo, sus variaciones, sus correlatos fantaseados. En los primeros tiempos en que Freud analiza los conceptos de sexualidad y de pulsión, no se halla explícitamente presente el problema de articular entre sí el objeto de la pulsión y el objeto de amor, y es lógico que así sea; en efecto, los *Tres ensayos*, en su primera edición (1905) giran en torno a la gran oposición que existiría entre el funcionamiento de la sexualidad infantil y el de la sexualidad postpuberal. La primera se define como esencialmente autoerótica*, y, en esta etapa del pensamiento de Freud, no se insiste en el problema de su relación con un objeto distinto del propio cuerpo, aunque fuera fantaseado. La pulsión, en el niño, se define como *parcial*, y ello más en razón de su modo de satisfacción (placer en el propio lugar de origen, placer de órgano*) que en función del tipo de objeto al cual tendería. Solamente en la pubertad interviene una *elección* de objeto, cuyos «modelos» o «bosquejos» pueden encontrarse ciertamente en la infancia, lo que permite a la vida sexual, al tiempo que se unifica, orientarse definitivamente hacia otro individuo.

Ya es sabido que, entre 1905 y 1924, se fue atenuando progresivamente la oposición entre autoerotismo infantil y elección objetual puberal. Se describen una serie de fases pregenitales de la libido, todas las cuales implican un tipo original de «relaciones de objeto». El equívoco que podía implicar el concepto de autoerotismo (el cual podía entenderse como implicando que el sujeto ignoraría al principio todo objeto exterior, real o incluso fantaseado) se disipa. Las pulsiones parciales, cuyo funcionamiento caracteriza el autoerotismo, se denominan parciales en la medida que su satisfacción va ligada, no sólo a una zona erógena determinada, sino a lo que la teoría psicoanalítica llamará objetos parciales*. Entre estos objetos se establecen equivalencias simbólicas, evidenciadas por Freud en *Sobre las transposiciones de las pulsiones y especialmente del erotismo anal* (*Über Triebumsetzungen, insbesondere der Analerotik*, 1917), intercambios que hacen pasar la vida pulsional por una serie de avatares. La problemática de los objetos parciales da lugar a un desmantelamiento de lo que tenía de global la noción, relativamente indiferenciada, de objeto sexual en los comienzos del pensamiento freudiano. En efecto, nos vemos inducidos entonces a separar un objeto propiamente pulsional y un objeto de amor. El primero se define esencialmente como capaz de procurar la satisfacción a la pulsión de que se trate. Puede tratarse de una persona, pero no es indispensable que sea así, ya que la satisfacción puede ser especialmente proporcionada por una parte del cuerpo. El acento recae entonces sobre la contingencia del objeto, en tanto que éste está subordinado a la satisfacción. En cuanto a la relación con el objeto de amor, hace intervenir, al igual que el odio, otro par de términos: «[...] los términos "amor" y "odio" no deben utilizarse para las relaciones de las pulsiones con sus objetos, sino reservarse para designar las relaciones del yo total con los objetos» (2 c).

A este respecto se observará, desde un punto de vista terminológico, que Freud, al tiempo que puso en evidencia las relaciones con el objeto parcial, reservó la expresión de elección de objeto para designar la relación de la persona con sus objetos de amor, que son esencialmente, en sí mismo, personas totales.

De esta oposición entre objeto parcial (objeto pulsional y, esencialmente, objeto pregenital) y objeto total (objeto de amor y, esencialmente, objeto genital), podría deducirse, dentro de un enfoque genético del desarrollo psicosexual, que el sujeto pasaría de uno a otro mediante una integración progresiva de sus pulsiones parciales dentro de la organización genital, siendo ésta correlativa de una consideración creciente del objeto en la diversidad y riqueza de sus cualidades, en su independencia. El objeto de amor ya no es sólo el correlato de la pulsión, destinado a consumarse.

La distinción entre el objeto pulsional parcial y el objeto de amor, cualquiera que sea su indiscutible alcance, no implica necesariamente tal concepción. Por una parte, el objeto parcial puede considerarse como uno de los polos irreductibles, irrebasables, de la pulsión sexual. Por otra parte, la investigación analítica muestra que el objeto total, lejos de aparecer como un perfeccionamiento final, nunca carece de implicaciones narcisistas; en el origen de su constitución interviene más una especie de precipitación, en una forma modelada sobre el yo (α), de los distintos objetos parciales, que una feliz síntesis de éstos.

Entre el objeto de la elección anaclítica*, en el que la sexualidad se esfuma en beneficio de las funciones de autoconservación, y el objeto de la elección narcisista*, especie de duplicado del yo, entre «la madre que alimenta, el padre que protege» y «lo que se es, lo que se ha sido o lo que se quisiera ser», un texto como *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914) hace difícil establecer la posición específica del objeto de amor.

III. Por último, la teoría psicoanalítica alude también a la noción de objeto en su sentido filosófico tradicional, es decir, asociada a un sujeto que percibe y conoce. Es evidente que se plantea el problema de la articulación entre el objeto así concebido y el objeto sexual. Si se concibe una evolución del objeto pulsional, y *a fortiori* si se considera que ésta desemboca en la constitución de un objeto de amor genital, definido por su riqueza, su autonomía, su carácter de totalidad, necesariamente se relacionará con la edificación progresiva del objeto de la percepción: la «objetividad» y la objetividad no carecen de relaciones. Más de un autor se ha impuesto la tarea de armonizar las concepciones psicoanalíticas acerca de la evolución de las relaciones de objeto con los datos de una psicología genética del conocimiento, e incluso de esbozar una «teoría psicoanalítica del conocimiento». (*Acerca de las indicaciones dadas por Freud, véase: Yo-placer — yo-realidad; Prueba de realidad.*)

(*) En el narcisismo, el mismo yo se define como *objeto* de amor; incluso puede considerarse como el prototipo del objeto de amor, según ilustra especialmente la elección narcisista. Sin embargo, en el mismo texto en que Freud enuncia esta

teoría, introduce la distinción, que se ha hecho clásica: libido del yo - libido de objeto*; objeto, en esta expresión, se toma en el sentido limitativo de objeto exterior.

OBJETO «BUENO», OBJETO «MALO»

= *Al.*: «gutes» Objekt, «böses» Objekt. — *Fr.*: «bon» objet, «mauvais» objet. — *Ing.*: «good» object, «bad» object. — *It.*: oggetto «buono», oggetto «cattivo». — *Por.*: objeto «bom», objeto «mau».

Términos introducidos por Melanie Klein para designar los primeros objetos pulsionales, parciales o totales, tal como aparecen en la vida de fantasía del niño. Las cualidades de «bueno» y de «malo» se les atribuyen, no solamente por su carácter gratificador o frustrante, sino sobre todo porque sobre ellos se proyectan las pulsiones libidinales o destructores del sujeto. Según M. Klein, el objeto parcial (pecho, pene) se halla escindido en un objeto «bueno» y un objeto «malo», constituyendo esta escisión el primer modo de defensa contra la angustia. El objeto total será igualmente escindido (madre «buena» y madre «mala», etc.).

Los objetos «buenos» y «malos» se hallan sometidos a los procesos de introyección* y de proyección*.

La dialéctica de los objetos «buenos» y «malos» ocupa un lugar central en la teoría psicoanalítica de M. Klein, deducida del análisis de las fantasías más arcaicas.

No pretendemos exponer aquí toda esta complicada dialéctica; nos limitaremos a señalar algunas características principales de los conceptos objeto «bueno» y «malo» y a aclarar ciertas ambigüedades.

1) Las comillas que a menudo se encuentran en los trabajos de M. Klein tienen por objeto subrayar el carácter fantaseado de las cualidades del objeto «bueno» y objeto «malo».

Se trata, en efecto, de «imágenes» o «[...] imágenes, deformadas por la fantasía, de los objetos reales en los cuales se basan» (1). Esta deformación resulta de dos factores: por una parte, la gratificación por el pecho hace de éste un pecho «bueno», y a la inversa, la imagen de un pecho «malo» se forma correlativamente a la retirada o al rechazo del pecho. Por otra parte, el niño proyecta su amor sobre el pecho gratificador y, especialmente, su agresividad sobre el pecho malo. Aunque estos dos factores constituyen un círculo vicioso («el pecho me odia y me priva porque yo lo odio, y recíprocamente») (2), M. Klein insiste sobre todo en el factor proyectivo.

2) En el origen de la dialéctica entre objetos buenos y malos se hallaría la dualidad de las pulsiones de vida* y de muerte*, tal como Melanie Klein la ve actuar en su carácter irreductible desde el origen de la existencia del individuo. Según M. Klein, es precisamente al principio de la vida cuando el sadismo se halla en su «cenit», y el equilibrio entre libido y destructividad estaría entonces más bien desviado a favor de esta última.

3) En la medida que, desde el origen, se hallan presentes los dos tipos de pulsiones y se dirigen sobre un mismo objeto real (el pecho), puede hablarse de ambivalencia*. Pero la ambivalencia, que es ansió-

gena para el niño, es contrarrestada desde un principio por el mecanismo de *escisión del objeto** y de los afectos relativos al mismo.

4) El carácter fantaseado de estos objetos no debe hacer perder de vista el hecho de que son tratados como si ofrecieran una consistencia *real* (en el sentido en que habla Freud de *realidad* psíquica). M. Klein los describe como contenidos en el «interior» de la madre; define su introyección y su proyección como operaciones que actúan, no sobre las cualidades buenas o malas, sino sobre los objetos, que implican de modo inseparable esas cualidades. Es más, el *objeto*, bueno o malo, se halla dotado, en la fantasía, de poderes similares a los de una persona («pecho malo perseguidor», «pecho bueno protector», ataque del cuerpo materno por los objetos malos, lucha entre los objetos buenos y malos dentro del cuerpo, etc.).

El pecho es el primer objeto así escindido. Todos los objetos parciales experimentan una escisión análoga (pene, heces, niño, etc.). Del mismo modo los objetos totales, cuando el niño es capaz de aprehenderlos. «El pecho bueno (externo e interno) se convierte en el prototipo de todos los objetos protectores y gratificadores, y el pecho malo en el de todos los objetos perseguidores externos e internos» (3).

Observemos finalmente que la concepción kleiniana de la escisión del objeto en «bueno» y «malo» debe relacionarse con algunas indicaciones dadas por Freud, especialmente en *Las pulsiones y sus destinos* (1915) y *La negación* (1925). (Véase: Yo-placer, yo-realidad.)

OBJETO PARCIAL

= *Al.*: Partialobjekt. — *Fr.*: objet partiel. — *Ing.*: part-object. — *It.*: oggetto parziale. — *Por.*: objeto parcial.

Tipo de objetos a los que apuntan las pulsiones parciales, sin que esto implique que se tome como objeto de amor a una persona en su conjunto. Se trata principalmente de partes del cuerpo, reales o fantasmáticas (pecho, heces, pene) y de sus equivalentes simbólicos. Incluso una persona puede identificarse o ser identificada con un objeto parcial.

Los psicoanalistas kleinianos han introducido este término atribuyéndole un papel primordial en la teoría psicoanalítica de la relación de objeto.

Pero la idea de que el objeto de la pulsión no es necesariamente la persona total ya se encuentra, de modo explícito, presente en Freud. Sin duda, cuando Freud habla de elección de objeto, de amor de objeto, se refiere por lo general a una persona total, pero cuando estudia el objeto al que apuntan las pulsiones parciales, se trata ciertamente de un objeto parcial (pecho, alimento, heces, etc.) (1). Es más, Freud puso en evidencia las equivalencias y las relaciones que se establecen entre diversos objetos parciales (niño = pene = heces = dinero = regalo), especialmente en el artículo *Sobre las transposiciones de las pulsiones y especialmente del erotismo anal* (*Über Triebumsetzungen, insbesondere der Analerotik*, 1917). Asimismo indica cómo la mujer pasa del deseo del

pene al deseo del hombre, con la posibilidad de una «regresión pasajera del hombre al pene, como objeto de su deseo» (2). Finalmente, en el terreno de la sintomatología, el fetichismo atestigua la posible fijación de la pulsión sexual a un objeto parcial: ya es sabido que Freud define el fetiche como un substitutivo del pene de la madre (3).

En cuanto a la idea, ya clásica, de la identificación de una persona total con un objeto parcial, especialmente con el falo (4, 5), la encontramos episódicamente indicada por Freud (véase: Falo).

Con Karl Abraham pasa a primer plano, en la evolución de las relaciones de objeto, la oposición parcial-total. Dentro de la perspectiva, fundamentalmente genética, de este autor, existe una correspondencia entre la evolución del objeto y la de los fines libidinales que caracterizan las diferentes fases psicosexuales (6). El amor parcial de objeto constituye una de las etapas del «desarrollo del amor de objeto».

Los trabajos de Melanie Klein se sitúan en el camino abierto por Abraham. La noción de objeto parcial se halla en el centro de la reconstrucción que ella efectúa del mundo fantaseado del niño. Sin pretender resumir aquí esta teoría, indicaremos simplemente los pares antitéticos entre los cuales se establece la dialéctica de las fantasías: objeto* bueno - objeto malo; introyección*-proyección*; parcial-total (véanse estos términos, así como: Posición paranoide y Posición depresiva).

De todos modos, se observará que, para Abraham, la evolución de la relación de objeto no debe interpretarse únicamente en el sentido de un progreso de lo parcial a lo total; dicho autor la concibe de un modo mucho más complejo. Así, por ejemplo, la misma fase de amor parcial va precedida por un tipo de relaciones que implican una incorporación total del objeto.

El objeto parcial (aunque este término parece no figurar en los escritos de Abraham) es sobre todo lo que se somete al proceso de incorporación.

Con Melanie Klein, en la expresión «objeto parcial», el término *objeto* adquiere todo el valor que le ha otorgado el psicoanálisis: aunque parcial, el objeto (pecho u otra parte del cuerpo) posee en la fantasía caracteres similares a los de una persona (por ejemplo, persecutorio, asegurador, benévolo, etc.).

Señalemos, por último, que, para los kleinianos, la relación con los objetos parciales no califica únicamente una fase de la evolución psicosexual (posición paranoide), sino que sigue desempeñando un importante papel cuando ya se ha establecido la relación con los objetos totales. Jacques Lacan insiste igualmente sobre este punto. Pero, en este autor, el aspecto propiamente genético del objeto parcial pasa a segundo plano. Lacan ha intentado dar al objeto un lugar privilegiado en una *tópica* del deseo (7).

OBJETO TRANSICIONAL

= *Al.*: Übergangsobjekt. — *Fr.*: objet transitionnel. — *Ing.*: transitional object. — *It.*: oggetto transizionale. — *Por.*: objeto transicional.

Término introducido por D. W. Winnicott para designar un objeto material que posee un valor electivo para el lactante y el niño pequeño, especialmente en el momento de dormirse (por ejemplo, un ángulo del cubrecama, una toalla que chupetea).

El recurrir a objetos de este tipo constituye, según el autor, un fenómeno normal que permite al niño efectuar la transición entre la primera relación oral con la madre y la «verdadera relación de objetos».

Lo esencial de las ideas de Winnicott acerca del objeto transicional se encuentra en un artículo titulado *Objetos transicionales y fenómenos transicionales* (*Transitional Objects and Transitional Phenomena*, 1953).

1.º En el plano de la descripción clínica, el autor pone de manifiesto un comportamiento frecuentemente observado en el niño y lo denomina relación con el objeto transicional.

Es frecuente ver al niño, entre los cuatro y doce meses, aficionarse a un objeto particular, como un pedazo de lana, el ángulo de un cubrecama o de un edredón, etc., que chupa, aprieta contra sí mismo y se muestra indispensable sobre todo en el momento de dormirse. Este «objeto transicional» conserva su valor durante mucho tiempo, antes de perderlo progresivamente; también puede reaparecer más tarde, sobre todo cuando se aproxima una fase de depresión.

Winnicott clasifica dentro de este grupo ciertos gestos y diversas actividades bucales (por ejemplo, gorjeos) que denomina *fenómenos transicionales*.

2.º Desde el punto de vista genético, el objeto transicional se sitúa «entre el pulgar y el oso felpudo» (1 a). En efecto, si bien constituye «una parte casi inseparable del niño» (1 b), diferenciándose así del futuro juguete, es también la primera «posesión de algo que es no yo» (*not-me-possession*).

Desde el punto de vista libidinal, la actividad sigue siendo de tipo oral. Lo que varía es la posición del objeto. En la primera actividad oral (relación con el pecho) existe lo que Winnicott denomina una «creatividad primaria»: «Este pecho es constantemente recreado por el niño en virtud de su capacidad de amor o, por así decirlo, en virtud de su necesidad [...]. La madre sitúa el pecho real en el lugar mismo en que el niño está dispuesto a crearlo y en el momento adecuado» (1 c). Más tarde funcionará la prueba de realidad*. Entre estos dos tiempos se sitúa la relación con el objeto transicional, que se halla a mitad de camino entre lo subjetivo y lo objetivo: «Desde nuestro punto de vista, el objeto viene del exterior: pero el niño no lo concibe así. Tampoco viene del interior: no es una alucinación» (1 d).

3.º El objeto transicional, si bien constituye un momento de paso hacia la percepción de un objeto netamente diferenciado del sujeto y hacia una «relación de objeto propiamente dicha», no ve, sin embargo, su función totalmente abolida al continuar el desarrollo del individuo. «El objeto transicional y el fenómeno transicional proporcionan, desde un principio, a todo ser humano algo que seguirá siendo siempre importante para él, a saber, un campo neutro de experiencia que no será puesto en duda» (1 e). Pertenecen, según Winnicott, al terreno de la *ilusión*: «Este campo intermedio de experiencia, del cual no necesita justificar la per-

tenencia a la realidad interior ni a la realidad exterior (y compartida), constituye la parte más importante de la experiencia del niño. Se prolongará, a lo largo de toda la vida, en la experiencia intensa que corresponde a la esfera de las artes, de la religión, de la vida imaginativa, de la creación científica» (1 f).

ORGANIZACIÓN DE LA LIBIDO

= *Al.*: Organisation der Libido. — *Fr.*: organisation de la libido. — *Ing.*: organization of the libido. — *It.*: organizzazione della libido. — *Por.*: organização da libido.

Coordinación relativa de las pulsiones parciales, caracterizadas por la primacía de una zona erógena y un modo específico de relación de objeto. Consideradas en una sucesión temporal, las organizaciones de la libido definen fases de la evolución psicosexual infantil.

La evolución de los puntos de vista de Freud acerca de la organización de la libido puede concebirse del siguiente modo: en la primera edición de los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), se describen las actividades orales o anales como actividades sexuales precoces, pero sin mencionar a este respecto una organización; el niño no sale de la anarquía de las pulsiones parciales hasta haber conseguido la primacía de la zona genital. Si bien la idea central de los *Tres ensayos* es ciertamente la de señalar la existencia de una función sexual más amplia que la función genital, ésta posee el privilegio de ser la única capaz de *organizar* aquélla. Esquematizando las modificaciones aportadas por la pubertad, Freud escribe en 1905: «La pulsión sexual ha sido hasta aquí predominantemente autoerótica; ahora encuentra el objeto sexual. Hasta este momento su actividad provenía de cierto número de pulsiones y de zonas erógenas separadas, que, independientemente unas de otras, buscaban un placer determinado como único fin sexual. Ahora aparece un nuevo fin sexual, y todas las pulsiones parciales actúan en conjunto para alcanzarlo, mientras que las zonas erógenas se subordinan a la primacía de la zona genital» (1 a). Se observará que, en aquellas fechas, Freud no hablaba de organización pregenital y que, en definitiva, lo que permite la coordinación de las pulsiones es el descubrimiento del objeto.

También por parte del objeto Freud descubre a continuación un modo de organización de la sexualidad que él intercala entre el estado desorganizado de las pulsiones (autoerotismo) y la plena elección de objeto: el narcisismo*. El objeto es entonces el yo* como unidad.

En 1913, en el artículo sobre *La predisposición a la neurosis obsesiva* (*Die Disposition zur Zwangsneurose*), Freud introduce el concepto de organización pregenital: aquí la unificación de las pulsiones se encuentra en el predominio de una actividad sexual ligada a una zona erógena determinada. Describe primeramente la organización anal (1913, artículo citado), luego la oral (edición de 1915 de los *Tres ensayos*) (1 b) y finalmente, la fálica (en 1923, en *La organización genital infantil* [*Die infan-*

tile Genitalorganisation])). Señalemos, no obstante, que, tras haber descrito estas tres organizaciones, Freud reafirmará que «[...] la plena organización no se alcanza hasta la pubertad, en una cuarta fase, la fase genital» (2).

Al intentar definir los modos de organización pregenitales de la sexualidad, Freud siguió dos caminos entre los cuales no puede establecerse una rigurosa correspondencia. Según uno de estos caminos, la función de organizador la cumple el *objeto*: los distintos modos de organización se suceden entonces según una serie que va desde el autoerotismo al objeto heterosexual, pasando por el narcisismo y la elección objetal homosexual; según el otro camino, cada organización se centra sobre un *modo específico de actividad sexual* que depende de una zona erógena determinada.

Desde esta segunda perspectiva, ¿cómo comprender esta primacía de una zona erógena y de la actividad correspondiente a ella?

A nivel de la organización oral, la primacía de la actividad (oral) puede entenderse en el sentido de una relación casi exclusiva con el medio ambiente. Pero ¿ocurre lo mismo en cuanto a las organizaciones ulteriores, que no suprimen el funcionamiento de las actividades no predominantes? ¿Qué significa, por ejemplo, hablar de una primacía de la analidad? Ésta no puede entenderse como una suspensión, ni siquiera como el paso a segundo plano, de toda la sexualidad oral; de hecho, ésta se encuentra integrada a la organización anal, y los intercambios orales se impregnan de las significaciones ligadas a la actividad anal.

P

PANTALLA DEL SUEÑO

= *Al.*: Traumbintergrund. — *Fr.*: écran du rêve. — *Ing.*: dream screen. — *It.*: schermo del sogno. — *Por.*: tela do sonho.

Concepto introducido por B. D. Lewin (1): todo sueño se proyectaría sobre una pantalla blanca, generalmente inadvertida por el que sueña, y que simbolizaría el pecho materno tal como lo experimenta de una forma alucinada el niño en el sueño que sigue a la toma de alimento; la pantalla satisfaría el deseo de dormir. En algunos sueños (*sueño blanco*), aparecería sola, realizando una regresión al narcisismo primario.

PAR ANTITÉTICO

= *Al.*: Gegensatzpaar. — *Fr.*: couple d'opposés. — *Ing.*: pair of opposites. — *It.*: coppia d'opposti. — *Por.*: par antitético.

Término frecuentemente utilizado por Freud para designar algunas grandes oposiciones básicas, ora al nivel de las manifestaciones psicológicas o psicopatológicas (por ejemplo: sadismo-masiquismo, voyeurismo-exhibicionismo), ora al nivel meta-psicológico (por ejemplo: pulsiones de vida — pulsiones de muerte).

Este término aparece en los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905) con el fin de poner en evidencia un carácter fundamental de algunas perversiones: «Comprobamos que ciertas inclinaciones perversas se presentan regularmente en forma de *pares antitéticos*, lo que [...] reviste una gran importancia teórica» (1 a). Así, por ejemplo, el estudio del sadismo muestra la presencia, junto con las tendencias sádicas, que son las que predominan, de un placer masoquista; asimismo el voyeurismo y el exhibicionismo se hallan íntimamente acoplados, como formas activa y pasiva de la misma pulsión parcial*. Estos pares antitéticos, aunque son particularmente visibles en las perversiones, se encuentran de modo regular en el psicoanálisis de las neurosis (1 b).

Aparte de estos datos clínicos, el concepto de par antitético forma parte de una exigencia constante en el pensamiento de Freud: un dualismo fundamental que permitiría, en un último análisis, explicar el conflicto.

En las diversas etapas de la evolución de la doctrina freudiana, y cualquiera que sea la forma que adopte este dualismo, encontramos términos tales como: par antitético, oposición (*Gegensätzlichkeit*), polaridad (*Polarität*) (2), etc. Este concepto lo hallamos, no sólo al nivel descriptivo, sino también a diversos niveles de teorización: en las tres oposiciones que caracterizan las posiciones libidinales sucesivas del sujeto, activo-pasivo, fálico-castrado y masculino-femenino, en el concepto de ambivalencia*, en el par placer-displacer y, de un modo más radical, a nivel del dualismo pulsional (amor y hambre, pulsiones de vida y pulsiones de muerte).

Se observará que los términos así emparejados pertenecen a un mismo nivel y son irreductibles entre sí; no pueden engendrarse mutuamente por una dialéctica, sino que se hallan en el origen de todo conflicto y constituyen el motor de toda dialéctica.

PARAFRENIA

= *Al.*: Paraphrenie. — *Fr.*: paraphrénie. — *Ing.*: paraphrenia. — *It.*: parafrènia. — *Por.*: parafrènia.

A) Término propuesto por Kraepelin para designar psicosis delirantes crónicas que, como la paranoia, no se acompañan de debilitación intelectual ni evolucionan hacia la demencia, pero se asemejan a la esquizofrenia por sus construcciones delirantes ricas y mal sistematizadas, a base de alucinaciones y fabulaciones.

B) Término propuesto por Freud para designar, sea la esquizofrenia («parafrènia propiamente dicha»), sea el grupo paranoia-esquizofrenia.

En la actualidad, la acepción de Kraepelin ha prevalecido totalmente sobre la propuesta por Freud.

Kraepelin propuso el término «parafrènia» antes que Freud (entre 1900 y 1907). En cuanto a su concepción nosológica, hoy ya clásica, de la parafrènia, remitimos al lector a los manuales de psiquiatría.

Freud intentó utilizar el término en un sentido totalmente distinto. Consideraba inadecuado el término «demencia precoz», como también el de esquizofrenia*. Creía preferible utilizar el nombre de *parafrènia*, que no implica las mismas opciones en cuanto al mecanismo profundo de la enfermedad; por otra parte, *parafrènia* se asemeja a *paranoia*, subrayando así el parentesco existente entre ambas afecciones (1).

Más tarde, en *Introducción al narcisismo* (*Zur Einführung des Narzissmus*, 1914), Freud vuelve a utilizar el término parafrènia en un sentido más general, para designar el grupo paranoia-esquizofrenia, si bien sigue designando la esquizofrenia como «parafrènia propiamente dicha» (*eigentliche Paraphrenie*) (2).

Freud renunció rápidamente a su sugerencia terminológica, sin duda ante el éxito del término bleuleriano de esquizofrenia.

PARANOIA

= *Al.*: Paranoia. — *Fr.*: paranoïa. — *Ing.*: paranoia. — *It.*: paranoia. — *Por.*: paranoia.

Psicosis crónica caracterizada por un delirio más o menos sistematizado, el predominio de la interpretación, la ausencia de debilitación intelectual, y que generalmente no evoluciona hacia la deterioración.

Freud incluye en la paranoia no sólo el delirio de persecución, sino también la erotomanía, el delirio celotípico y el delirio de grandezas.

El término «paranoia» es una palabra griega que significa locura, desorden del espíritu. Su empleo en psiquiatría es muy antiguo. La complicada historia de esta palabra se ha descrito a menudo en los tratados de psiquiatría, a los que nos permitimos remitir al lector (1). Es sabido que la paranoia, que en la psiquiatría alemana del siglo XIX tendía a englobar el conjunto de los delirios, experimentó una mayor precisión y limitación de su extensión durante el siglo XX, principalmente por la influencia de Kraepelin. Sin embargo, todavía hoy persisten divergencias entre las distintas escuelas en cuanto a la extensión de este cuadro nosográfico.

No parece que el psicoanálisis haya ejercido una influencia directa en esta evolución; pero ejerció una influencia indirecta, en la medida en que contribuyó, por intermedio de Bleuler, a definir el campo limítrofe de la esquizofrenia.

Para el lector de Freud puede resultar útil ver cómo se inserta en esta evolución el empleo freudiano de la palabra *paranoia*. En sus cartas a Fliess y en sus primeros trabajos publicados, Freud parece mantenerse dentro de la acepción prekraepeliana y considerar la paranoia como una entidad muy extensa que agrupa la mayoría de los delirios crónicos. En sus escritos publicados a partir de 1911, adopta la gran distinción de Kraepelin entre paranoia y demencia precoz: «Considero plenamente justificado el paso dado por Kraepelin, que ha reunido en una nueva unidad clínica, con la catatonia y otras formas patológicas, una gran parte de lo que anteriormente se denominaba paranoia» (2a). Ya es sabido que Kraepelin reconocía, junto a las formas hebefrénica y catatónica de la demencia precoz, una forma paranoide en la que existe un delirio, aunque poco sistematizado, que se acompaña de inefectividad y que evoluciona hacia la demencia terminal. Freud, al adoptar esta terminología, se verá inducido a modificar, en uno de sus primeros escritos, un diagnóstico de «paranoia crónica» en *dementia paranoides* (3).

Freud, en concordancia con Kraepelin, mantuvo siempre como independiente del grupo de las demencias precoces, el conjunto de los delirios sistematizados, reuniéndolos bajo la denominación de paranoia: engloba en ella no sólo el delirio de persecución, sino también la erotomanía, el delirio celotípico y el delirio de grandezas. Su posición difiere claramente de la de su discípulo Bleuler, que incluye la paranoia en el grupo de las esquizofrenias, por encontrar en ella el mismo trastorno fundamental y primario: la «disociación» (4) (véase: Esquizofrenia).

Esta última tendencia prevalece sobre todo en la escuela psiquiátrica americana de inspiración psicoanalítica.

La posición de Freud presenta algunos matices. Si bien en varias ocasiones intentó diferenciar la paranoia de la esquizofrenia, en lo referente a los puntos de fijación y a los mecanismos que intervienen, también admite que «[...] los síntomas paranoicos y esquizofrénicos se pueden asociar en todas las proporciones» (2 b), y ofrece una explicación genética de tales estructuras complejas. Si tomamos como referencia la distinción introducida por Kraepelin, la posición de Freud aparece como opuesta a la de Bleuler. Kraepelin distingue claramente la paranoia, por una parte, y la forma paranoide de la demencia precoz, por otra; Bleuler incluye la paranoia en la demencia precoz o grupo de las esquizofrenias; Freud, por su parte, incluiría en la paranoia algunas formas llamadas paranoides de la demencia precoz, especialmente por considerar que la «sistematización» del delirio no constituye un buen criterio para definir la paranoia. Como indica claramente el estudio del *Caso Schreber* (e incluso su título), la «demencia paranoide» del presidente Schreber para Freud es esencialmente una «paranoia».

No aspiramos a exponer aquí una teoría freudiana de la paranoia. Indicaremos solamente que la paranoia se define, en sus distintas modalidades delirantes, por su carácter de defensa contra la homosexualidad (2 c, 5, 6). Cuando predomina este mecanismo en un delirio llamado paranoide, esto constituye para Freud una razón suficiente para relacionarlo con la paranoia, incluso en ausencia de «sistematización».

Aunque elaborada sobre bases bastante distintas, la posición de Melanie Klein entronca con esta tendencia de Freud a hallar un fundamento común para la esquizofrenia paranoide y la paranoia. Ello explica, en parte, la aparente ambigüedad del término «posición paranoide»*. La posición paranoide se centra en el fantasma de persecución por los «objetos malos» parciales, y M. Klein encuentra esta misma fantasía en los delirios, tanto paranoides como paranoicos.

PARANOIDE

= *Al.*: paranoide. — *Fr.*: paranoïde. — *Ing.*: paranoid. — *It.*: paranoide. — *Por.*: paranoïde.

Véase: **Posición paranoide** y el comentario de **Paranoia**.

PENSAMIENTOS (LATENTES) DEL SUEÑO

= *Al.*: (latente) Traumgedanken. — *Fr.*: pensées (latentes) du rêve. — *Ing.*: (latent) dream-thoughts. — *It.*: pensieri (latenti) del sogno. — *Por.*: pensamentos (latentes) do sonho.

Véase: **Contenido latente**.

PERCEPCIÓN-CONCIENCIA (Pc-Cs)

= *Al.*: Wahrnehmung-Bewusstsein. — *Fr.*: perception-conscience. — *Ing.*: perception-consciousness. — *It.*: percezione-coscienza. — *Por.*: percepção-consciência.

Véase: **Conciencia**, sentido B.

PERVERSIÓN

= *Al.*: Perversion. — *Fr.*: perversion. — *Ing.*: perversion. — *It.*: perversione. — *Por.*: perversão.

Desviación con respecto al acto sexual «normal», definido como coito dirigido a obtener el orgasmo por penetración genital, con una persona del sexo opuesto.

Se dice que existe perversión: cuando el orgasmo se obtiene con otros objetos sexuales (homosexualidad, pederastia, bestialidad, etc.) o por medio de otras zonas corporales (por ejemplo, coito anal); cuando el orgasmo se subordina imperiosamente a ciertas condiciones extrínsecas (fetichismo, transvestismo, voyeurismo y exhibicionismo, sadomasoquismo); éstas pueden incluso proporcionar por sí solas el placer sexual.

De un modo más general, se designa como perversión el conjunto del comportamiento psicosexual que acompaña a tales atipias en la obtención del placer sexual.

1. Resulta difícil concebir la noción de perversión si no es por referencia a una norma. Antes de Freud, e incluso en nuestros días, el término se utiliza para designar «desviaciones» del instinto* definido como un comportamiento preformado, propio de una determinada especie y relativamente invariable en cuanto a su realización y a su objeto.

Los autores que admiten una pluralidad de instintos se ven inducidos, por consiguiente, a otorgar al concepto de perversión una gran extensión y a multiplicar sus formas: persiones del «sentido moral» (delincuencia), de los «instintos sociales» (proxenetismo), del instinto de nutrición (bulimia, dipsomanía) (1). En el mismo orden de ideas, es corriente hablar de persiones, o más bien de perversidad, para calificar el carácter y el comportamiento de ciertos sujetos que indica una crueldad o malignidad especiales (α).

En psicoanálisis sólo se habla de perversión en relación con la sexualidad. Aunque Freud reconoce la existencia de otras pulsiones además de las sexuales, no habla de perversión en relación con ellas. En la esfera de lo que llama las pulsiones de autoconservación, como el hambre, describe, sin utilizar el término «perversión», trastornos de la nutrición, que muchos autores designan como persiones del instinto de nutrición. Para Freud, tales trastornos se deben a la repercusión de la sexualidad en la función de la alimentación (libidinización); podría decirse, pues, que ésta ha sido «pervertida» por la sexualidad.

2. El estudio sistemático de las persiones sexuales estaba a la orden del día cuando Freud comenzó a elaborar su teoría de la sexualidad (*Psychopathia sexualis* de Krafft-Ebing, 1893; *Studies in the Psychology of Sex*, de Havelock Ellis, 1897). Si estos trabajos describían ya el conjunto de las persiones sexuales del adulto, la originalidad de

Freud consistió en encontrar, en el hecho de la perversión, un punto de apoyo para poner en tela de juicio la definición tradicional de la sexualidad, que resume del siguiente modo: «[...] la pulsión sexual falta en el niño, aparece en el momento de la pubertad, en íntima relación con el proceso de maduración, se manifiesta en forma de una atracción irresistible ejercida por uno de los sexos sobre el otro, y su fin sería la unión sexual o, por lo menos, los actos que tienden a este fin» (2 a). La frecuencia de los comportamientos perversos definidos, y sobre todo la persistencia de tendencias perversas, subyacentes en el síntoma neurótico o integradas en el acto sexual normal en forma de «placer preliminar», conducen a la idea de que «[...] la predisposición a la perversión no es algo raro y especial, sino una parte de la constitución llamada normal» (2 b); lo viene a confirmar y explicar la existencia de una sexualidad infantil. Ésta, en la medida en que se halla sometida al juego de las pulsiones parciales*, íntimamente ligada a la diversidad de las zonas erógenas, y en tanto que se desarrolla antes de establecerse las funciones genitales propiamente dichas, puede describirse como «disposición perversa polimorfa». Desde este punto de vista, la perversión adulta aparece como la persistencia o reaparición de un componente parcial de la sexualidad. Ulteriormente, el reconocimiento por Freud, dentro de la sexualidad infantil, de fases de organización* libidinal y de una evolución en la elección de objeto, permitirá precisar esta definición (fijación a una fase, a un tipo de elección objetal): la perversión sería una regresión* a una fijación anterior de la libido.

3. Son evidentes las consecuencias que la concepción freudiana de la sexualidad puede tener sobre la definición misma del término «perversión». La sexualidad llamada normal no es un don de la naturaleza humana: «[...] el interés sexual exclusivo del hombre hacia la mujer no es una cosa obvia [...] sino un problema que necesita ser aclarado» (2 c). Así, por ejemplo, una perversión como la homosexualidad aparece ante todo como una *variante* de la vida sexual: «El psicoanálisis se niega en absoluto a admitir que los homosexuales constituyan un grupo dotado de características particulares, que puedan aislarse de las de los restantes individuos [...]. Ha establecido que todos los individuos, sin excepción, son capaces de elegir un objeto del mismo sexo, y que todos ellos han efectuado esta elección en su inconsciente» (2 d). Podría incluso irse más lejos en este sentido y definir la sexualidad humana como «perversa», en la medida en que nunca se desprende de sus orígenes, que le hacen buscar la satisfacción, no en una actividad específica, sino en la «ganancia de placer» que va unida a funciones o actividades dependientes de otras pulsiones (véase: Apoyo). En el ejercicio mismo del acto genital, basta que el juego se adhiera excesivamente al placer preliminar para que se deslice hacia la perversión (2 e).

4. Dicho esto, Freud y todos los psicoanalistas hablan ciertamente de sexualidad «normal». Incluso aunque la disposición perversa polimorfa caracterice toda sexualidad infantil, y aunque la mayoría de las perversiones se encuentren en el desarrollo psicosexual de todo individuo, y la culminación de este desarrollo (la organización genital) no sea algo «obvio» y dependa de un ordenamiento, no de la naturaleza,

sino de la historia personal, todo ello no impide que el concepto mismo de desarrollo suponga una norma.

¿Equivale esto a decir que Freud vuelve a encontrar, al fundarla en bases genéticas, la concepción normativa de la sexualidad que pone vigorosamente en tela de juicio al principio de sus *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905)? ¿Clasifica como perversiones lo que desde siempre se ha reconocido como tales?

Ante todo, hagamos observar que si existe una norma para Freud, ésta no se busca jamás en el consenso social, como tampoco se reduce la perversión a una desviación con respecto a la tendencia central del grupo social: la homosexualidad no es anormal porque sea condenada, y no deja de ser una perversión en aquellas sociedades o grupos en que se encuentra muy extendida y admitida.

¿Es, entonces, el establecimiento de la organización genital el que instauro la normalidad, en la medida en que unifica la sexualidad y subordina al acto genital las actividades sexuales parciales que se convierten en simples preparativos? Esta es la tesis explícita de los *Tres ensayos*, tesis que ya no será nunca totalmente abandonada, ni siquiera cuando el descubrimiento de las «organizaciones»* pregenitales sucesivas venga a disminuir la distancia existente entre la sexualidad infantil y la adulta; en efecto, la «[...] plena organización sólo se alcanza con la fase genital» (3 a).

Es lícito, sin embargo, preguntarse si es solamente su carácter unificador, su valor de «totalidad», en contraposición a las pulsiones «parciales», lo que confiere a la genitalidad su papel normativo. Numerosas perversiones, como el fetichismo, la mayoría de las formas de homosexualidad, e incluso el incesto consumado, suponen, en efecto, una organización bajo la primacía de la zona genital. ¿No indica esto que la norma debe buscarse en algo aparte del funcionamiento genital propiamente dicho? Conviene recordar que el paso a la plena organización genital supone, según Freud, la superación del complejo de Edipo, la asunción del complejo de castración y la aceptación de la prohibición del incesto. Por lo demás, las últimas investigaciones de Freud sobre la perversión muestran cómo el fetichismo va ligado a la *renegación de la castración*.

5. Ya son conocidas las famosas fórmulas que relacionan y contraponen a la vez la perversión y la neurosis: «La neurosis es una perversión negativa», es el «negativo de la perversión» (2 f). Estas fórmulas se expresan con demasiada frecuencia en su forma inversa (*perversión, negativo de la neurosis*), que hace de la perversión la manifestación en bruto, no reprimida, de la sexualidad infantil. Sin embargo, las investigaciones de Freud y de los psicoanalistas acerca de las perversiones muestran que éstas constituyen afecciones altamente diferenciadas. Freud las contrapone, con frecuencia, a las neurosis por la ausencia del mecanismo de la represión. Pero él se dedicó a mostrar que intervienen otros modos de defensa. Sus últimos trabajos, especialmente sobre el fetichismo (3 b, 4), subrayan la complejidad de tales mecanismos: *renegación de la realidad*, *escisión** (*Spaltung*) del yo, etc., mecanismos que guardan cierta similitud con los de la psicosis.

(*) Se ha hecho observar la ambigüedad del adjetivo «perverso», que corresponde a los dos substantivos «perversidad» y «perversión».

PHANTASME

= *Ing.*: Phantasy.

Grafía propuesta por Suzan Isaacs y adoptada por diversos autores y traductores para designar la fantasía inconsciente y señalar su diferencia con la fantasía consciente (véase: comentario de Fantasía).

PLACER DE ÓRGANO

= *Al.*: Organlust. — *Fr.*: plaisir d'organe. — *Ing.*: organ-pleasure. — *It.*: piacere d'organo. — *Por.*: prazer de órgão.

Modalidad de placer que caracteriza la satisfacción autoerótica de las pulsiones parciales: la excitación de una zona erógena se apacigua en el lugar mismo en que se produce, independientemente de la satisfacción de las otras zonas y sin relación directa con la realización de una función.

El término «placer de órgano» es utilizado por Freud en varias ocasiones; no parece constituir una innovación terminológica por su parte; el término sugiere una oposición con aquel otro, más corriente, de placer de función o placer funcional, que designa la satisfacción ligada a la realización de una función vital (por ejemplo, placer de la alimentación).

El término «placer de órgano» es utilizado por Freud sobre todo cuando intenta profundizar en sus hipótesis relativas al origen y a la naturaleza de la sexualidad*, en el sentido dado a ésta por el psicoanálisis, que la amplía mucho más allá de la función genital. El momento de aparición de la sexualidad se busca en la fase llamada autoerótica*, caracterizada por un funcionamiento independiente de cada pulsión parcial.

En el lactante, el placer propiamente sexual se separa de la función en la que primeramente se apoyaba (véase: Apoyo) y de la que era el «producto marginal» (*Nebenprodukt*), para ser buscado por sí mismo: así, por ejemplo, el chupeteo intenta aliviar una tensión de la zona erógena buco-labial aparte de toda necesidad alimentaria.

En la noción de placer de órgano se condensan los rasgos que, según Freud, definen esencialmente la sexualidad infantil: «[...] aparece apoyándose en una función corporal de importancia vital; todavía no conoce objeto sexual; es autoerótica; su meta sexual viene gobernada por una zona erógena» (1).

En las *Lecciones de introducción al psicoanálisis* (*Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, 1916-1917), Freud se interroga ampliamente sobre la posibilidad de definir la esencia misma de la sexualidad a través de aquellas manifestaciones acerca de las cuales el psicoanálisis ha mostrado su parentesco y continuidad con el placer genital. La definición de estas manifestaciones como «placer de órgano» Freud la presenta como una tentativa de sus interlocutores científicos de definir fi-

siológicamente los placeres infantiles que aquél designa como sexuales. Freud, en este pasaje, critica dicha definición, por cuanto conduciría a negar o limitar el descubrimiento de la sexualidad infantil. Pero, aunque se opone a esta utilización polémica del concepto, la hará suya de buen grado en cuanto hace recaer el acento sobre la originalidad del placer sexual infantil en relación con el placer ligado a las funciones de autoconservación. Así, en *Las pulsiones y sus destinos* (*Triebe und Triebschicksale*, 1915) escribe: «De un modo general, las pulsiones sexuales pueden definirse como sigue: son numerosas, nacen de fuentes orgánicas diversas, actúan en un principio independientemente unas de otras y sólo se reúnen tardíamente en una síntesis más o menos completa. El fin al cual tiende cada una de ellas es la obtención del placer de órgano» (2).

PLASTICIDAD DE LA LIBIDO

= *Al.*: Plastizität der Libido. — *Fr.*: plasticité de la libido. — *Ing.*: plasticity of the libido. — *It.*: plasticità della libido. — *Por.*: plasticidade da libido.

Capacidad de la libido de cambiar más o menos fácilmente de objeto y de modo de satisfacción.

La plasticidad (o libre movilidad, *freie Beweglichkeit*) puede considerarse como una propiedad inversa de la *viscosidad**. Remitimos al lector a nuestro comentario sobre este último término, que se encuentra más a menudo que el de plasticidad en los textos de Freud.

La expresión «plasticidad de la libido» ilustra la idea, fundamental en psicoanálisis, de que la libido es en un principio relativamente indeterminada en cuanto a sus objetos* y siempre es susceptible de cambiarlos.

Plasticidad igualmente en cuanto al fin*: la falta de satisfacción de una determinada pulsión parcial se ve compensada por la satisfacción de otra o por una sublimación. Las pulsiones sexuales «[...] pueden reemplazarse recíprocamente, una puede asumir la intensidad de las otras; cuando la realidad impide la satisfacción de una de ellas, se puede encontrar una compensación en la satisfacción de otra. Podrían compararse a una red de vasos comunicantes llenos de líquido [...]» (1).

La plasticidad varía según el individuo, su edad, su historia. Constituye un factor importante en la indicación y pronóstico de la cura psicoanalítica, puesto que la capacidad de cambio dependería principalmente, según Freud, de la capacidad de modificar las catexis libidinales.

POSICIÓN DEPRESIVA

= *Al.*: depressive Einstellung. — *Fr.*: position dépressive. — *Ing.*: depressive position. — *It.*: posizione depressiva. — *Por.*: posição depressiva.

Según Melanie Klein: tipo de relaciones de objeto consecutivo a la posición paranoide; comienza alrededor del cuarto mes y se supera progresivamente en el curso

del primer año, aun cuando pueda encontrarse también en el curso de toda la infancia y reactivarse en el adulto, especialmente en el duelo y en los estados depresivos.

Se caracteriza por los siguientes rasgos: el niño es, en lo sucesivo, capaz de aprehender a la madre como objeto total; se atenúa la escisión entre objeto «bueno» y «malo», las pulsiones libidinales y hostiles tienden a relacionarse con el mismo objeto; la angustia llamada depresiva se refiere al peligro fantaseado de destruir y perder a la madre a consecuencia del sadismo del sujeto; esta angustia es combatida mediante diversos modos de defensa (defensas maníacas o defensas más adecuadas: repartición, inhibición de la agresividad) y se supera cuando el objeto amado es introyectado en forma estable y aseguradora.

En cuanto a la elección del término «posición» por M. Klein, remitimos al lector a nuestro comentario: Posición paranoide.

La teoría kleiniana de la posición depresiva se sitúa en la línea de los trabajos de Freud, *Duelo y melancolía* (*Trauer und Melancholie*, 1915), y de Abraham, *Ensayo de una historia de la evolución de la libido basada en el psicoanálisis de los trastornos psíquicos* (*Versuch einer Entwicklungsgeschichte der Libido auf Grund der Psychoanalyse seelischer Störungen*), 1924, I parte, titulada *Los estados maniaco-depresivos y las fases pregenitales de organización de la libido* (*Die manisch-depressiven Zustände und die prägenitalen Organisationsstufen der Libido*). Estos autores han situado en primer plano, en la depresión melancólica, los conceptos de pérdida del objeto amado y de introyección, y han buscado para explicarla puntos de fijación en el desarrollo psicosexual (segunda fase oral según Abraham); por último, han subrayado el parentesco existente entre la depresión y procesos normales como el duelo.

La primera originalidad de la aportación kleiniana consiste, a este respecto, en describir una fase del desarrollo infantil como mostrando una profunda analogía con el cuadro clínico de la depresión.

El concepto de posición depresiva fue introducido por M. Klein en 1934 en *Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos* (*A Contribution to the psychogenesis of Manic-Depressive States*) (1). Con anterioridad, Melanie Klein ya había llamado la atención acerca de la frecuencia de los síntomas depresivos en el niño: «[...] en los niños se observa regularmente la transición de la exuberancia al abatimiento, que es característico de los estados depresivos» (2). La exposición más sistemática que dio la autora de la posición depresiva se encontrará en las *Conclusiones teóricas relativas a la vida emocional en la primera infancia* (*Some Theoretical Conclusions regarding the Emotional Life of the Infant*, 1952) (3 a).

La posición depresiva se instaura después de la posición paranoide, hacia la mitad del primer año. Es correlativa de una serie de cambios que afectan, por una parte, al objeto y al yo, y, por otra, a las pulsiones.

1) La persona total de la madre puede ser percibida, tomada como objeto pulsional e introyectada. Los aspectos «bueno» y «malo» ya no se encuentran radicalmente repartidos entre objetos separados por una escisión, sino que son referidos al mismo objeto. Asimismo se reduce la separación entre el objeto fantasmático interno y el objeto externo.

2) Las pulsiones agresivas y libidinales se unen para dirigirse hacia

un mismo objeto, instaurándose así la ambivalencia en el pleno sentido de este término (véase: Ambivalencia): «El amor y el odio se aproximan mucho entre sí, y el pecho "bueno" y "malo", la madre "buena" y "mala" ya no pueden mantenerse tan ampliamente apartados unos de otros como en la fase precedente» (3 b).

Correlativamente con estas modificaciones, cambia el carácter de la angustia: en lo sucesivo se referirá a la pérdida del objeto total interno o externo y encontrará su motivo en el sadismo infantil; aunque éste sea ya, según Melanie Klein, menos intenso que en la fase precedente, ofrece el peligro, en el mundo fantasmático del niño, de destruir, dañar, provocar el abandono. El niño puede intentar responder a esta angustia mediante la defensa maníaca que utiliza, más o menos modificados, los mecanismos de la fase paranoide (negación, idealización, escisión, control omnipotente del objeto). Pero vence y supera efectivamente la angustia depresiva por los dos procesos de la inhibición de la agresividad y de la reparac. del objeto.

Añadamos que, mientras predomina la posición depresiva, la relación con la madre comienza a no ser ya exclusiva, entrando el niño en lo que Melanie Klein ha llamado las fases precoces del Edipo: «[...] la libido y la angustia depresiva se desvían hasta cierto punto de la madre, y este proceso de distribución estimula las relaciones de objeto al mismo tiempo que disminuye la intensidad de los sentimientos depresivos» (3 c).

POSICIÓN PARANOIDE

= *Al.*: paranoide Einstellung. — *Fr.*: position paranoïde. — *Ing.*: paranoid position. — *It.*: posizione paranoide. — *Por.*: posição paranóide.

Según Melanie Klein, modalidad de las relaciones de objeto específica de los cuatro primeros meses de la existencia, pero que puede volver a encontrarse durante la infancia y, en el adulto, especialmente en los estados paranoico y esquizofrénico.

Se caracteriza por los siguientes rasgos: las pulsiones agresivas coexisten desde un principio con las pulsiones libidinales y son singularmente intensas; el objeto es parcial (principalmente el pecho materno) y se halla escindido en dos, el objeto «bueno» y el «malo»; los procesos psíquicos que predominan son la introyección* y la proyección*; la angustia, intensa, es de naturaleza persecutoria (destrucción por el objeto «malo»).

Comencemos por efectuar algunas observaciones terminológicas: el adjetivo *paranoide* se reserva, dentro de la terminología psiquiátrica debida a Kraepelin, para designar una forma de esquizofrenia, delirante como la paranoia, pero que difiere de ésta principalmente por la disociación (1). De todos modos, en el idioma inglés, la distinción entre los adjetivos *paranoid* y *paranotic* es menos neta, pudiendo cada uno de ellos referirse a la paranoia o a la esquizofrenia paranoide (2).

Para M. Klein, aunque no discute la distinción nosográfica entre paranoia y esquizofrenia paranoide, este último adjetivo designa el aspecto persecutorio del delirio que se observa en las dos afecciones; en un principio habló Melanie Klein también de fase persecutoria (*persecutory*

phase). Señalemos, finalmente, que en sus últimos escritos adopta la expresión *posición esquizoparanoide* (*paranoid-schizoid position*), en la cual el segundo calificativo destaca el carácter persecutorio de la ansiedad, y el primero indica el carácter esquizoide de los mecanismos que intervienen.

En cuanto al término «posición» M. Klein dice preferirlo al de fase: «[...] estos conjuntos de ansiedades y defensas, aunque aparecen inicialmente durante las fases más precoces, no se limitan a este período, sino que resurgen durante los primeros años de la infancia y ulteriormente bajo determinadas condiciones» (3 a).

M. Klein establece desde el principio de su obra la existencia de temores persecutorios fantasmáticos, hallados en el análisis de los niños, especialmente los niños psicóticos. Sólo más tarde habla de un «estado paranoide rudimentario», que considera como una etapa precoz del desarrollo (4); lo sitúa entonces en la primera fase anal de Abraham; ulteriormente lo considera como el primer tipo de relación de objeto en la fase oral y lo designa con el nombre de posición paranoide. La descripción más sistemática de ésta, dada por la autora, se encuentra en *Conclusiones teóricas relativas a la vida emocional en la primera infancia* (*Some Theoretical Conclusions regarding the Emotional Life of the Infant*, 1952) (3 b).

Esquemáticamente la posición esquizo-paranoide puede definirse así:

1) desde el punto de vista pulsional, la libido y la agresividad (pulsiones sádico-orales: devorar, desgarrar) se hallan desde un principio presentes y unidos; en este sentido, para M. Klein existe ambivalencia desde la primera fase oral de succión (3 c). Las emociones ligadas a la vida pulsional son intensas (voracidad, angustia, etc.);

2) el objeto es un objeto parcial, siendo el prototipo el pecho materno;

3) este objeto parcial se encuentra escindido desde un principio en objeto «bueno» y «malo», y no sólo en la medida en que el pecho materno gratifica o frustra, sino sobre todo en la medida en que el niño proyecta sobre él su amor o su odio;

4) el objeto bueno y el objeto malo que resultan de la escisión (*splitting*) adquieren una autonomía relativa entre sí y ambos se hallan sometidos a los procesos de introyección y de proyección;

5) el objeto bueno es «idealizado»: es capaz de procurar «una gratificación ilimitada, inmediata, sin fin» (3 d). Su introyección protege al niño contra la ansiedad persecutoria (reaseguramiento). El objeto malo es un perseguidor terrible; su introyección hace correr al niño peligros internos de destrucción;

6) el yo «muy poco integrado» tiene una capacidad limitada de tolerar la angustia. Utiliza como modos de defensa, aparte de la escisión y la idealización, la *negación* (*denial*), que tiende a rehusar toda realidad al objeto persecutorio, y el *control* omnipotente del objeto;

7) «estos primeros objetos introyectados constituyen el núcleo del superyó» (3 e) (véase: Superyó).

Subrayemos, por último, que, en la perspectiva kleiniana, todo individuo pasa normalmente por fases en las que predominan ansiedades y mecanismos psicóticos: posición paranoide, más tarde posición depresiva*. La superación de la posición paranoide depende especialmente de la fuerza relativa de las pulsiones libidinales con respecto a las pulsiones agresivas.

POSTERIORIDAD, POSTERIORMENTE, CON POSTERIORIDAD

= *Al.*: Nachträglichkeit (*subst.*), nachträglich (*adj.* y *adv.*). — *Fr.*: après-coup (*subs. m., adj.* y *adv.*). — *Ing.*: deferred action, deferred (*adj.*). — *It.*: posteriore (*adj.*), posteriormente (*adv.*). — *Por.*: posterioridad, posterior, posteriormente.

Palabra utilizada frecuentemente por Freud en relación con su concepción de la temporalidad y de la causalidad psíquicas: experiencias, impresiones y huellas mnémicas* son modificadas ulteriormente en función de nuevas experiencias o del acceso a un nuevo grado de desarrollo. Entonces pueden adquirir, a la par que un nuevo sentido, una eficacia psíquica.

La palabra *nachträglich* es de uso corriente en Freud, quien con frecuencia la subraya. También se encuentra muy a menudo la forma substantiva *Nachträglichkeit*, lo que viene a demostrar que, para Freud, esta noción de «posterioridad» forma parte de su aparato conceptual, aun cuando no la definiera ni diera de ella una teoría de conjunto. A J. Lacan corresponde el mérito de haber llamado la atención sobre la importancia de este término. Se observará que las traducciones de Freud, al no utilizar un equivalente único, no permiten darse cuenta de su frecuente utilización.

No intentamos proponer aquí una teoría de la posterioridad, sino sólo subrayar brevemente el sentido y el interés que presenta la concepción freudiana de la temporalidad y la causalidad psíquicas.

1.º Ante todo este concepto impide una interpretación sumaria que reduciría la concepción psicoanalítica de la historia del sujeto a un determinismo lineal que tendría en cuenta, únicamente, la acción del pasado sobre el presente. Se suele reprochar al psicoanálisis el reducir el conjunto de las acciones y deseos humanos al pasado infantil; esta tendencia se habría ido agravando con la evolución del psicoanálisis; los analistas se remontarían cada vez más lejos: para ellos, todo el destino del hombre estaría decidido desde los primeros meses de la vida, o incluso ya en la vida intrauterina...

Ahora bien, desde un principio Freud señaló que el individuo modifica con posterioridad los acontecimientos pasados, y que es esta modificación la que le confiere un sentido e incluso una eficacia o un poder patógeno. El 6-XII-1896 escribió a W. Fliess: «[...] trabajo sobre la hipótesis de que nuestro mecanismo psíquico se establece por estratificación: los materiales existentes en forma de huellas mnémicas experimentan de vez en cuando, en función de nuevas condiciones, una reorganización, una reinscripción» (1 a).

2.º Tal idea podría conducir a pensar que todos los fenómenos que se encuentran en psicoanálisis se sitúan bajo el signo de la retroactividad, o incluso de la ilusión retroactiva. Así, Jung, habla de fantasmas retroactivos (*Zurückphantasieren*): según él, el adulto reinterpreta su pasado en sus fantasmas, que constituyen otras tantas expresiones simbólicas de sus problemas actuales. En esta concepción, la reinterpretación constituye para el individuo un medio de huir de las «exigencias de la realidad» presente, refugiándose en un pasado imaginario.

Desde otra perspectiva, el concepto de posterioridad podría evocar también una concepción de la temporalidad que ha sido puesta de relieve por la filosofía y recogida por las diversas tendencias del psicoanálisis existencial: la conciencia constituye su pasado y modifica constantemente el sentido de éste, en función de su «proyecto».

La concepción freudiana de la posterioridad aparece mucho más precisa. A nuestro modo de ver, lo que la define podría agruparse del siguiente modo:

1.º Lo que se elabora retroactivamente no es lo vivido en general, sino electivamente lo que, en el momento de ser vivido, no pudo integrarse plenamente en un contexto significativo. El prototipo de ello lo constituye el acontecimiento traumático.

2.º La modificación con posterioridad viene desencadenada por la aparición de acontecimientos y situaciones, o por una maduración orgánica, que permiten al sujeto alcanzar un nuevo tipo de significaciones y reelaborar sus experiencias anteriores.

3.º La evolución de la sexualidad favorece notablemente, por los desfases temporales que implica en el ser humano, el fenómeno de la posterioridad.

Estos puntos de vista quedan ilustrados por numerosos textos en los que Freud utiliza la palabra *nachträglich*. Singularmente demostrativos son, a nuestro juicio, dos de estos textos.

En el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895), estudiando la represión histérica, Freud se pregunta por qué la represión afecta en forma electiva a la sexualidad. Basándose en un ejemplo, muestra cómo la represión supone dos acontecimientos claramente separados en la serie temporal. El primero en el tiempo está constituido por una escena sexual (seducción por un adulto), pero que entonces no tiene para el niño una significación sexual. El segundo presenta algunas analogías, que pueden ser superficiales, con el primero; pero esta vez, por haberse presentado entre tanto la pubertad, ya es posible la emoción sexual, emoción que el sujeto atribuirá conscientemente a este segundo acontecimiento, mientras que en realidad es provocada por el recuerdo del primero. El yo no puede utilizar aquí sus defensas normales (por ejemplo, evitación por medio de la atención) contra este afecto sexual displacentero: «La atención se dirige hacia las percepciones, por ser éstas las que habitualmente dan lugar a una liberación de displacer. Pero aquí es una huella mnémica y no una percepción la que,

de forma imprevista, libera displacer, y el yo se da cuenta de ello demasiado tarde» (1 b). El yo utiliza entonces la represión, modo de «defensa patológica», en el que actúa según el proceso primario.

Vemos, pues, que la represión halla aquí su condición general en el «retardo de la pubertad» que caracteriza, según Freud, la sexualidad humana: «Todo adolescente guarda huellas mnémicas que sólo pueden ser comprendidas por él al aparecer las sensaciones propiamente sexuales» (1 c). «La aparición tardía de la pubertad posibilita procesos primarios póstumos» (1 d).

Desde este punto de vista, únicamente la segunda escena confiere a la primera su valor patógeno: «Se reprime un recuerdo que sólo posteriormente se volvió traumatizante» (1 c). El concepto de posterioridad va también íntimamente ligado a la primera elaboración freudiana de la noción de defensa*: la teoría de la seducción*.

Podría objetarse que el descubrimiento de la sexualidad infantil, efectuado algún tiempo después por Freud, quita todo valor a esta concepción. La mejor respuesta a tal objeción se hallaría en *Historia de una neurosis infantil*, donde se invoca constantemente el mismo proceso de la posterioridad aunque desplazado a los primeros años de la infancia. Se encuentra en el núcleo del análisis que Freud da del sueño patógeno en sus relaciones con la escena originaria*: el paciente no comprendió el coito «[...] hasta la época del sueño, a los 4 años, y no en la época en que lo observó. A la edad de un año y medio recogió las impresiones que posteriormente, en la época del sueño, pudo comprender, gracias a su desarrollo, a su excitación sexual y a su curiosidad sexual» (2 a). El sueño, en la historia de esta neurosis infantil, es, como muestra Freud, el factor desencadenante de la fobia: «[...] el sueño confiere a la observación del coito una eficacia con posterioridad» (2 b).

En 1917 Freud añadió dos extensas discusiones a la observación de *Historia de una neurosis infantil*, en las que muestra la conmoción que le produjo la tesis de Jung sobre el fantasma retroactivo. Admite que, siendo la escena originaria, en el análisis, el resultado de una reconstrucción, aquélla podría muy bien haber sido construida por el propio sujeto, si bien insiste en que la percepción debió proporcionar por lo menos indicios, aunque sólo fuera una cópula entre canes... Pero, sobre todo, en el mismo momento en que parece transigir en cuanto al apoyo que puede proporcionar una base de realidad (que se muestra tan frágil a la investigación), introduce un concepto nuevo, el de las fantasías originarias, es decir, un más acá, una estructura que fundamenta en último término la fantasía, trascendiendo tanto lo vivido individual como lo imaginado (véase: Fantasías originarias).

Los textos comentados muestran que la concepción freudiana del *Nachträglich* no puede reducirse al concepto de «acción diferida», si se entiende por ésta un intervalo temporal variable, debido a un efecto de sumación, entre las excitaciones y la respuesta. La traducción, adoptada en ocasiones en la *Standard Edition*, de *deferred action*, podría autorizar una tal interpretación. Los editores de la S. E. se basan (2 e) en un pasaje de los *Estudios sobre la histeria* (*Studien über Hysterie*,

1895), en el cual, refiriéndose a la llamada histeria de retención*, Freud habla de «la eliminación con posterioridad de los traumas acumulados» (3 a) durante un cierto período. Aquí la noción de posterioridad podría interpretarse, en un primer análisis, como una descarga retardada, pero se observará que, para Freud, se trata de una verdadera elaboración, de un «trabajo de memoria», que no consiste en la simple descarga de una tensión acumulada, sino en un complicado conjunto de operaciones psicológicas: «Ella [la enferma] vuelve a recorrer diariamente cada una de sus expresiones, llora sobre ellas, se consuela de ellas, podríamos decir a satisfacción [...]» (3 b). A nuestro modo de ver, resulta preferible explicar el concepto de abreacción* por el de posterioridad, que reducir la noción de posterioridad a una teoría estrictamente económica de la abreacción.

PRECONSCIENTE (s. y adj.)

= *Al.*: das Vorbewusste, vorbereusst. — *Fr.*: préconscient. — *Ing.*: preconscious. — *It.*: preconcio. — *Por.*: preconsciente.

A) Término utilizado por Freud dentro del marco de su primera tópic: como sustantivo, designa un sistema del aparato psíquico claramente distinto del sistema inconsciente (*Ics*); como adjetivo, califica las operaciones y los contenidos de este sistema preconciente (*Pcs*). Estos no están presentes en el campo actual de la conciencia y son, por consiguiente, inconscientes en el sentido «descriptivo» (a) del término (véase: Inconsciente, B), pero se diferencian de los contenidos del sistema inconsciente por el hecho de que son accesibles a la conciencia (por ejemplo, conocimientos y recuerdos no actualizados).

Desde el punto de vista metapsicológico, el sistema preconciente se halla regido por el proceso secundario. Está separado del sistema inconsciente por la censura*, que no permite que los contenidos y procesos inconscientes pasen al *Pcs* sin experimentar transformaciones.

B) Dentro de la segunda tópic freudiana, el término «preconciente» se utiliza, sobre todo, como adjetivo, para calificar lo que escapa a la conciencia actual sin ser inconsciente en sentido estricto. Desde el punto de vista sistemático, califica los contenidos y procesos relativos esencialmente al yo y también al superyó.

La distinción entre preconciente e inconsciente es fundamental para Freud. Sin duda, con intención apologética, se apoyó en la existencia indiscutible de una vida psicológica que desborda el campo de la conciencia actual, para defender la posibilidad de un psiquismo inconsciente en general (1 a); y, si se toma la palabra inconsciente en el sentido que Freud llama «descriptivo» (lo que escapa a la conciencia), desaparece la distinción entre preconciente e inconsciente. Asimismo debe entenderse fundamentalmente en sus acepciones tópic (o sistemática) y dinámica.

El concepto fue muy pronto establecido por Freud durante la elaboración de sus puntos de vista metapsicológicos (2 a). En *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), el sistema preconciente se encuentra situado entre el sistema inconsciente y la conciencia; está separado del primero por la censura, que intenta prohibir a los contenidos inconscientes el camino hacia el preconciente y la conciencia; en

el otro extremo, controla el acceso a la conciencia y a la motilidad. En este sentido, se puede unir la conciencia al preconscious; así, Freud habla de sistema *Pcs-Cs*; pero, en otros pasajes de *La interpretación de los sueños*, el preconscious y lo que Freud llama el sistema percepción-conciencia se hallan claramente delimitados entre sí: esta ambigüedad obedecería a que la conciencia no se presta, como Freud señaló anteriormente, a consideraciones estructurales (véase: Conciencia) (1 b).

Freud somete el paso del preconscious al consciente a la acción de una «segunda censura»; pero ésta se diferencia de la censura propiamente dicha (entre *Ics* y *Pcs*) en que selecciona más que deforma, consistiendo su función esencialmente en evitar la aparición en la conciencia de preocupaciones perturbadoras. De este modo favorece el ejercicio de la atención.

El sistema preconscious se define, en relación con el sistema inconsciente, por la forma de su energía (energía «ligada») y por el proceso que en él se realiza (proceso secundario). Observemos, sin embargo, que esta distinción no es absoluta: al igual que ciertos contenidos del inconsciente, como señaló Freud, son modificados por el proceso secundario (por ejemplo, las fantasías), también los elementos preconscious pueden ser regidos por el proceso primario (por ejemplo, restos diurnos en el sueño). De un modo más general, puede reconocerse en las operaciones preconscious, bajo su aspecto defensivo, el dominio del principio de placer y la influencia del proceso primario.

Freud relacionó siempre la diferencia entre *Ics* y *Pcs* al hecho de que la representación preconscious se encuentra ligada al lenguaje verbal, a las «representaciones de palabras»*.

Añadamos que la relación entre el preconscious y el yo es evidentemente muy estrecha. Resulta significativo el hecho de que la primera vez que Freud introduce el preconscious, lo asimila a «nuestro yo oficial» (2 b). Y cuando, en la segunda tónica, define de nuevo el yo, aunque el sistema preconscious no se confunda con el yo, que es parte inconsciente, se encuentra naturalmente englobado en él. Finalmente, en la instancia del superyó, recién desglosada, pueden ponerse en evidencia aspectos preconscious.

¿Qué comprende, en lo vivido por el sujeto y, más especialmente, en la experiencia de la cura, el concepto de preconscious? El ejemplo que más a menudo se da es el de los recuerdos no actualizados, pero que el sujeto puede evocar. De un modo más general, el preconscious designaría lo que se halla *implicitamente* presente en la actividad mental, aunque sin constituir objeto de conciencia; esto es lo que quiere decir Freud cuando define el preconscious como «descriptivamente» inconsciente, pero accesible a la conciencia, mientras que el inconsciente está separado de la conciencia.

En *El inconsciente* (*Das Unbewusste*, 1915), Freud califica el sistema preconscious de «conocimiento consciente» (*bewusste Kenntnis*) (1 c); se trata de palabras significativas que subrayan la distinción con respecto al inconsciente: «conocimiento» implica que se trata de cierto saber concerniente al sujeto y a su mundo personal; «consciente» indica

que estos contenidos y procesos, aunque no conscientes, se adscriben al consciente desde el punto de vista tópico.

La distinción tópica se verifica, desde el punto de vista dinámico, en la cura, especialmente por el siguiente rasgo, en el que insiste D. La-gache: así como la verbalización de contenidos preconcientes puede provocar *reticencias*, que la regla de libre asociación tiene por objeto eliminar, el reconocimiento del inconsciente choca con *resistencias*, ellas mismas inconscientes, y que el análisis debe progresivamente interpretar y vencer (en el bien entendido de que las *reticencias* se basan casi siempre en resistencias).

(*) Esta palabra de Freud no parece una elección muy feliz. En efecto, incluso manteniéndose en el plano de la descripción y sin recurrir a distinciones tópicas, pueden establecerse diferencias entre lo que es preconciente y lo que es inconsciente. La expresión «inconsciente en sentido descriptivo» designa sin discriminación el conjunto de los contenidos y procesos psíquicos que tienen en común el único carácter, negativo, de no ser conscientes.

PREEDÍPICO

= *Al.*: Präoedipal. — *Fr.*: préoedipien. — *Ing.*: preoedipal. — *It.*: preedipico. — *Por.*: pré-edipiano.

Califica el período del desarrollo psicosexual anterior a la instauración del complejo de Edipo; en este período predomina, en ambos sexos, el lazo con la madre.

Este término no aparece hasta muy tardíamente en Freud, cuando éste se ve inducido a precisar la especificidad de la sexualidad femenina y, en particular, a insistir en la importancia, la complejidad y la duración de la relación primaria entre la niña y su madre (1 a). Tal fase existe también en el niño, pero es menos prolongada, menos rica en consecuencias y más difícil de diferenciar del amor edípico, ya que su objeto sigue siendo el mismo.

Desde el punto de vista terminológico, conviene distinguir claramente los términos «preedípico» y «pregenital»*, que con frecuencia se confunden. El primero se refiere a la situación interpersonal (ausencia del triángulo edípico), mientras que el segundo alude al tipo de actividad sexual que interviene. Ciertamente, el desarrollo del Edipo conduce en principio a la instauración de la organización genital, pero sólo una concepción normativa pretende hacer coincidir la genitalidad con la plena elección de objeto correlativa del Edipo. Ahora bien, la experiencia muestra que puede existir una actividad genital satisfactoria sin un Edipo consumado, y también que el conflicto edípico puede desarrollarse en registros sexuales pregenitales.

¿Puede hablarse, en rigor, de fase preedípica, es decir, de una fase en la que existiría exclusivamente una relación dual madre-niño? Esta dificultad no escapó a Freud, quien hace observar que el padre, incluso cuando predomina la relación con la madre, se halla presente como «rival inoportuno»; según él, los hechos podrían describirse diciendo que «[...] la mujer no llega a la situación edípica positiva normal hasta

haber superado un período previo en el que impera el complejo negativo» (1 b), formulación que, en opinión de Freud, tendría la ventaja de mantener la idea de que el Edipo es el complejo nuclear de las neurosis.

Esquemáticamente puede indicarse que, a partir de este matiz de la tesis de Freud, se abren dos direcciones: o bien se pone el acento en la exclusividad de la relación dual, o bien se detectan muy precozmente manifestaciones edípicas, hasta el punto de no poder delimitar una fase propiamente preedípica.

Como ejemplo de la primera dirección puede citarse el trabajo de Ruth Mack Brunswick (2), que es el resultado de una larga colaboración con Freud y que dicha autora considera como expresión del pensamiento de éste:

1) piensa que, si bien el padre está presente en el campo psicológico, no es percibido como un rival;

2) reconoce una especificidad a la fase preedípica, que se dedica a describir, sobre todo, el predominio de la oposición actividad-pasividad.

Por el contrario, la escuela de Melanie Klein, analizando las fantasías más arcaicas, sostiene que en la relación con la madre interviene precozmente el padre, como lo indica especialmente el fantasma del pene paterno guardado en el cuerpo de la madre (véase: Imago de los padres acoplados). Con todo, cabe preguntarse si la presencia de un tercer término (falo) en la relación primitiva madre-niño justifica el describir este período como «fase precoz del Edipo». En efecto, el padre no se halla entonces presente como instancia prohibitiva (véase: Complejo de Edipo). Dentro de esta perspectiva, J. Lacan, examinando las concepciones kleinianas, habla de «triángulo preedípico» para designar la relación madre-niño-falo, interviniendo este último término como objeto fantaseado del desco de la madre (3).

PREGENITAL

= *Al.*: prägenital. — *Fr.*: prégenital. — *Ing.*: pregenital. — *It.*: pregenitale. — *Por.*: pregenital.

Adjetivo que califica las pulsiones, las organizaciones, las fijaciones, etc., que se relacionan con el período del desarrollo psicosexual en el cual no se ha establecido aún la primacía de la zona genital (véase: Organización).

La introducción de este término por Freud en *La predisposición a la neurosis obsesiva* (*Die Disposition zur Zwangsneurose*, 1913) coincide con la de la idea de una organización libidinal anterior a la organización que se efectúa bajo la primacía de los órganos genitales. Ya es sabido que, mucho antes, Freud había reconocido la existencia de una vida sexual infantil anterior al establecimiento de esta primacía. Desde la carta a Fliess del 14-XI-97 (1), habla de zonas sexuales ulteriormente abandonadas; y en los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen*

zur *Sexualtheorie*, 1905), describe el funcionamiento originariamente anárquico de las pulsiones parciales no genitales.

El adjetivo pregenital ha alcanzado gran extensión. En el lenguaje psicoanalítico contemporáneo, no califica solamente pulsiones u organizaciones libidinales, sino fijaciones, regresiones a estos modos precoces del funcionamiento psicosexual. Se habla de neurosis pregenitales cuando predominan tales fijaciones. Se ha llegado incluso a substantivar el adjetivo y a hablar de «pregenital» como un tipo definido de personalidad.

PRINCIPIO DE CONSTANCIA

= *Al.*: Konstanzprinzip. — *Fr.*: principe de constance. — *Ing.*: principle of constance. — *It.*: principio di costanza. — *Por.*: principio de constância.

Principio enunciado por Freud, según el cual el aparato psíquico tiende a mantener la cantidad de excitación en él contenida a un nivel tan bajo o, por lo menos, tan constante como sea posible. Esta constancia se obtiene, por una parte, mediante la descarga de la energía ya existente; por otra, mediante la evitación de lo que pudiera aumentar la cantidad de excitación, y la defensa contra este aumento.

El principio de constancia se halla en la base de la teoría económica freudiana. Se encuentra presente desde los primeros trabajos, y nunca deja de suponerse implícitamente su influencia regulando el funcionamiento del aparato psíquico: éste intentaría mantener constante la suma de las excitaciones en su interior, lo cual lograría poniendo en marcha los mecanismos de evitación frente a las excitaciones externas, y de defensa y descarga (abreacción) frente a los aumentos de tensión de origen interno. Llevadas a su última expresión económica, las más diversas manifestaciones de la vida psíquica deberían interpretarse como tentativas más o menos logradas de mantener o restablecer esta constancia.

El principio de constancia guarda estrecha relación con el principio de placer, en la medida en que el displacer puede considerarse, desde un punto de vista económico, como la percepción subjetiva de un aumento de tensión, y el placer como la disminución de dicha tensión. Sin embargo, la relación entre las sensaciones subjetivas de placer-displacer y los procesos económicos que se considera les sirven de base apareció, a la reflexión de Freud, como muy compleja; así, un aumento de tensión puede acompañarse de una sensación de placer. Tales hechos obligan a establecer que la relación entre el principio de placer y el principio de constancia no es de una simple equivalencia (véase: Principio de placer).

Al situar en los fundamentos de la psicología una ley de constancia, Freud, al igual que Breuer, no hizo más que recoger una exigencia generalmente admitida en los medios científicos de finales del siglo XIX: extender a la psicología y a la psicofisiología los principios más generales de la física, en la medida en que tales principios se hallan en la base de toda ciencia. Pueden observarse varias tentativas, ya anteriores (prin-

principalmente la de Fechner, que atribuye un alcance universal a su «principio de estabilidad» (1), ya contemporáneas a las de Freud, para encontrar en psicofisiología la intervención de una ley de constancia.

Pero, como el propio Freud hizo observar, bajo la aparente sencillez de la palabra constancia «[...] pueden entenderse las cosas más diversas» (2 a).

Cuando se invoca en psicología, basándose en el modelo de la física, un principio de constancia, se hace con diferentes acepciones, que esquemáticamente pueden agruparse como sigue:

1.º Unas veces nos limitamos a aplicar a la psicología el principio de la conservación de la energía, según el cual, en un sistema cerrado, la suma de las energías permanece constante. El someter a este principio los hechos psíquicos lleva a postular la existencia de una energía psíquica o nerviosa, cuya magnitud no varía a través de las distintas transformaciones y desplazamientos que experimenta. Su enunciación conduce a establecer la posibilidad de traducir los hechos psicológicos en lenguaje energético. Se observará que este principio, constitutivo de la teoría económica en psicoanálisis, no se sitúa al mismo nivel que el principio regulador designado por Freud con el término «principio de constancia».

2.º Otras veces el principio de constancia se entiende en un sentido que permite compararlo con el 2.º principio de la termodinámica: dentro de un sistema cerrado, las diferencias de nivel energético tienden a igualarse, de forma que el estado final ideal es el de un equilibrio. Análoga significación reviste el «principio de estabilidad» enunciado por Fechner. En una transposición de este tipo, es preciso definir el sistema que se considera: ¿se trata del aparato psíquico y de la energía que circula por su interior?, ¿se trata del sistema constituido por el conjunto: aparato psíquico-organismo, o incluso del sistema: organismo-medio? En efecto, según los casos, la noción de tendencia a la igualación puede poseer significaciones opuestas. Así, en la última hipótesis, tiene por consecuencia la reducción de la energía interna del organismo hasta conducir a éste al estado inorgánico (véase: Principio de nirvana).

3.º Finalmente, el principio de constancia puede interpretarse en el sentido de una autorregulación: el sistema considerado funciona de tal forma que intenta mantener constante su diferencia de nivel energético con respecto al ambiente. Dentro de esta acepción, el principio de constancia afirma que existen sistemas relativamente cerrados (como el aparato psíquico o el organismo en conjunto) que tienden a mantener y a restablecer, mediante los intercambios con el medio exterior, su configuración y su nivel energético específicos. En este sentido, el concepto constancia se ha relacionado útilmente con el de homeostasis, establecido por el fisiólogo Cannon (α).

De esta pluralidad de acepciones, resulta difícil determinar cuál es la que coincidiría exactamente con lo que entiende Freud por principio de constancia. En efecto, las formulaciones que dio del mismo, y de las cuales el propio Freud manifestó no sentirse satisfecho (3 a), son con

frecuencia ambiguas o incluso contradictorias: «[...] el aparato psíquico tiene la tendencia a mantener lo más baja posible la cantidad de excitación existente en el mismo, o por lo menos a mantenerla constante» (3 b). Freud parece atribuir a una misma tendencia «[...] la reducción, la constancia, la supresión de la tensión de excitación interna» (3 c). Ahora bien, la tendencia a reducir a cero la energía interna de un sistema no parece asimilable a la tendencia, propia de los organismos, a mantener constante, a un nivel que puede ser alto, su equilibrio con el ambiente. En efecto, esta segunda tendencia puede traducirse, según el caso, por una búsqueda de la excitación o también por una descarga de ésta.

Las contradicciones y las imprecisiones, los deslizamientos de sentido que se encuentran en los enunciados freudianos sólo podrán esclarecerse si se intenta establecer, más claramente de lo que lo hizo el propio Freud, a qué experiencia y a qué exigencia teórica responden sus tentativas, más o menos logradas, de enunciar en psicoanálisis una ley de constancia.

El principio de constancia forma parte del aparato teórico que Breuer y Freud elaboran en común alrededor de los años 1892-1895, especialmente para explicar los fenómenos que observaron en la histeria: los síntomas se atribuyen a un defecto de abreacción, y el factor de la cura se busca en una descarga adecuada de los afectos. Con todo, si comparamos dos textos teóricos debidos a la pluma de ambos autores, constataremos, bajo el aparente acuerdo, una clara diferencia de perspectivas.

En las *Consideraciones teóricas de los Estudios sobre la histeria* (*Theoretisches in Studien über Hysterie*, 1895), Breuer considera las condiciones de funcionamiento de un sistema relativamente autónomo dentro del organismo, el sistema nervioso central. Distingue dos tipos de energía en este sistema: una energía quiescente o «excitación tónica intracerebral» y una energía cinética que circula en el aparato. Lo que regula el principio de constancia es el nivel de la excitación tónica: «[...] existe en el organismo una tendencia a mantener constante la excitación intracerebral» (4). Aquí deben subrayarse tres puntos esenciales:

1.º la ley de constancia se concibe como una ley de óptimum. Existe un nivel energético favorable que debe restablecerse por medio de descargas cuando tiende a aumentar, pero también por medio de una recarga (especialmente el sueño) cuando ha descendido demasiado;

2.º la constancia puede hallarse en peligro, ya sea por estados de excitación generalizados y uniformes (por ejemplo, estado de expectación intensa), ya sea por una distribución desigual de la excitación en el interior del sistema (*afectos*);

3.º la existencia y el restablecimiento de un nivel óptimo constituyen la condición que permite una libre circulación de la energía cinética. El funcionamiento sin trabas del pensamiento, un desarrollo normal de las asociaciones de ideas, presuponen que no esté perturbada la autorregulación del sistema.

Freud, en su *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895), estudia también las condiciones de funcionamiento del aparato neuronal. Pero lo que plantea, desde el comienzo, no es un principio de constancia como mantenimiento de cierto nivel energético, sino un principio de inercia* neuronal, en virtud del cual las neuronas tienden a vaciarse de la cantidad de excitación, a evacuarla por completo. En consecuencia, Freud supone ciertamente la existencia de una tendencia a la constancia, pero ve en ella una «función secundaria impuesta por la necesidad de la vida», una modificación del principio de inercia: «[...] el sistema neuronal se ve forzado a abandonar la tendencia originaria a la inercia, es decir, al nivel = 0. Debe decidirse a mantener una provisión de cantidad, para satisfacer las exigencias de la acción específica. Sin embargo, la forma en que lo hace pone de manifiesto la continuación de la misma tendencia, transformada en un esfuerzo por mantener lo más bajo posible dicha cantidad y por defenderse contra sus aumentos, es decir, por mantenerla constante» (2 b). El principio de inercia regula, según Freud, el tipo de funcionamiento primario del aparato, la circulación de la energía libre. La ley de constancia, aun cuando no fue enunciada explícitamente como un principio independiente, corresponde al proceso secundario, en el cual la energía está ligada, mantenida a un determinado nivel.

Como puede verse, a pesar de utilizar un aparato conceptual que puede parecer el mismo, los modelos de Breuer y de Freud son muy distintos. Breuer desarrolla su pensamiento dentro de una perspectiva biológica que no carece de verosimilitud y que anticipa las ideas modernas acerca de la homeostasis y los sistemas de autorregulación (β). En contraposición, la construcción freudiana puede parecer aberrante desde el punto de vista de las ciencias biológicas, en la medida en que pretende *deducir* un organismo, con sus aptitudes vitales, sus funciones adaptativas, sus constantes energéticas, de un principio que es la negación de toda diferencia estable de nivel.

Pero esta divergencia, por lo demás no explicitada, entre Breuer y Freud (γ) es rica en significaciones. En efecto, lo que Freud considera regulado por el principio de inercia es un tipo de proceso cuya existencia se vio inducido a postular por el descubrimiento, a la sazón recentísimo, del inconsciente: el proceso primario*. Éste es descrito desde el *Proyecto* basándose en ejemplos privilegiados, como el sueño y la formación de síntoma, especialmente en el histérico. Lo característico del proceso primario es fundamentalmente una circulación sin trabas, un «desplazamiento fácil» (2 c). En el plano del análisis psicológico, se observa que una representación puede llegar a reemplazar completamente a otra, substrayéndole todas sus propiedades y su eficacia: «[...] la *histérica* que llora por A ignora que lo hace a causa de la asociación A-B, y el propio B no desempeña ningún papel en su vida psíquica. El símbolo ha sustituido aquí por completo a la cosa» (2 d). El fenómeno de un desplazamiento total de la significación de una representación a otra, la comprobación clínica de la intensidad y eficacia que presentan las representaciones sustitutivas, tienen lógicamente su expresión, según Freud, en la formulación económica del principio de inercia. La libre

circulación del sentido y el flujo total de la energía psíquica hasta su completa evacuación son, para Freud, sinónimos. Como puede verse, tal proceso es el opuesto al mantenimiento de la constancia.

Esta última fue invocada en el *Proyecto*, pero en el sentido de venir precisamente a moderar e inhibir la simple tendencia a la descarga absoluta. La función de ligar la energía psíquica y mantenerla a un nivel más elevado se atribuye al yo; éste realiza dicha función porque él mismo constituye un conjunto de representaciones o de neuronas en las que se mantiene un nivel constante de catexis (véase: Yo).

La filiación entre proceso primario y proceso secundario no debe comprenderse, pues, como una sucesión real, en el orden vital, como si, en la historia de los organismos, el principio de constancia hubiera venido a suceder al principio de inercia; sólo puede mantenerse a nivel de un aparato psíquico en el que Freud, desde un principio, reconoció la existencia de dos tipos de procesos, de dos principios de funcionamiento mental (8).

Como es sabido, el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900) se basa en la existencia de tal oposición. En él desarrolla Freud la hipótesis «[...] de un aparato psíquico primitivo, cuyo trabajo viene regulado por la tendencia a evitar la acumulación de excitación y a mantenerse, en lo posible, sin excitación» (5 a). Tal principio, caracterizado por «[...] el libre flujo de las cantidades de excitación», lo denomina Freud «principio de displacer». Preside el funcionamiento del sistema inconsciente. El sistema preconscious-consciente tiene otro modo de funcionamiento: «[...] produce, en virtud de las catexis que de él emanan, una inhibición de este [libre] flujo, una transformación en catexis quiescente, sin duda con elevación del nivel» (5 b). En consecuencia, la oposición entre los modos de funcionamiento de ambos sistemas será asimilada casi siempre por Freud a la oposición entre principio de placer* y principio de realidad*. Pero si, con un deseo de aclaración conceptual, se intenta mantener una distinción entre una tendencia a reducir a cero la cantidad de excitación y una tendencia a mantener ésta a un nivel constante, se aprecia que el principio de placer correspondería a la primera tendencia, mientras que el mantenimiento de la constancia correspondería al principio de realidad.

Hasta 1920, en *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*), Freud no formuló explícitamente un «principio de constancia». A este respecto deben subrayarse varios puntos:

1.º el principio de constancia se presenta como el fundamento económico del principio de placer (3 d);

2.º las definiciones que de él se han propuesto implican siempre un equívoco: el de considerar equivalentes la tendencia a la reducción absoluta y la tendencia a la constancia;

3.º sin embargo, la tendencia al cero, designada con el nombre de principio de nirvana*, se considera fundamental, siendo los demás principios únicamente modificaciones de aquélla;

4.º al mismo tiempo que Freud parece ver actuar en «[...] la vida psi-

quica y quizá [en] la vida nerviosa en general» una única tendencia más o menos modificada, introduce un dualismo fundamental e irreducible a nivel de las pulsiones, tendiendo las pulsiones de muerte* a la reducción absoluta de las tensiones, mientras que, por el contrario, las pulsiones de vida* intentan mantener y crear unidades vitales que suponen un nivel elevado de tensión. Este último dualismo (acerca del cual más de un autor ha subrayado, por lo demás, que debía interpretarse como un dualismo de *principios*) puede esclarecerse al ponerse en relación con algunas oposiciones fundamentales, que se hallan constantemente presentes en el pensamiento freudiano: energía libre-energía ligada*, liberación-ligazón* (*Entbindung-Bindung*), proceso primario-proceso secundario* (véase también: Pulsión de muerte).

Por el contrario, Freud jamás estableció plenamente la oposición que, a nivel de los principios económicos del funcionamiento mental, correspondería a las oposiciones precedentes. Si bien es bosquejada en el *Proyecto*, con la distinción de un principio de inercia y de una tendencia a la constancia, no constituirá la referencia explícita que permitiría quizás evitar la confusión que sigue implícita en la noción de principio de constancia.

(α) W. B. Cannon, en su libro *La sabiduría del cuerpo* (*Wisdom of the Body*, 1932), designó con el nombre de *homeostasis* los procesos fisiológicos mediante los cuales el cuerpo tiende a mantener constante la composición del medio sanguíneo. Describió este proceso para el contenido de la sangre en agua, cloruro sódico, glucosa, proteínas, grasa, calcio, oxígeno, iones hidrógeno (equilibrio ácido-base) y para la temperatura. Esta lista puede evidentemente ampliarse a otros elementos (minerales, hormonas, vitaminas, etc.).

Como puede verse, la idea de la homeostasis es la de un equilibrio dinámico característico del cuerpo vivo y, en modo alguno, la de una reducción de tensión a un nivel mínimo.

(β) Como es sabido, Breuer colaboró en los trabajos del neurofisiólogo Hering sobre uno de los más importantes sistemas de autorregulación del organismo, el de la respiración.

(γ) Podríamos hallar vestigios de la dificultad de ambos autores en ponerse de acuerdo acerca de una formulación del principio de constancia, en las sucesivas elaboraciones que han llegado hasta nosotros de la *Comunicación preliminar* de los *Estudios sobre la histeria*.

En *La teoría del ataque histérico* (*Zur Theorie des hysterischen Anfalles*, 1892), manuscrito enviado a Breuer para su aprobación, así como en una carta dirigida a éste del 29-VI-1892 (6), Freud habla de una tendencia a «[...] mantener constante» lo que puede llamarse la «suma de excitación» en el sistema nervioso.

En la conferencia pronunciada por Freud diez días después de la publicación de la *Comunicación preliminar*, y publicada con el mismo título en *Wiener medizinische Presse*, 1893, n.º 4, Freud se refiere sólo a una tendencia a «[...] disminuir [...] la suma de excitación» (7).

Por último, en la *Comunicación preliminar* de los *Estudios sobre la histeria*, no se enuncia el principio de constancia.

(δ) Cierta esclarecimiento en los problemas sobre los que discrepaban Breuer y Freud, puede lograrse distinguiendo varios planos:

1.º El nivel del *organismo*, regulado por mecanismos homeostáticos y que funciona según un principio único, el principio de constancia. Tal principio no sólo es válido para el organismo en conjunto, sino también para el aparato especializado que es el sistema nervioso. Este sólo puede funcionar si en él se mantienen

y restablecen condiciones constantes. A esto se refería Breuer cuando hablaba de un nivel constante de la excitación tónica intracerebral.

2.º A nivel del *psiquismo* humano, que constituye el objeto de la investigación freudiana:

a) los procesos inconscientes, que, en último término, suponen un deslizamiento indefinido de las significaciones o, expresado en un lenguaje energético, un flujo totalmente libre de la cantidad de excitación;

b) el proceso secundario, tal como se observa en el sistema preconscious-consciente, que supone una ligazón de la energía, la cual está regulada por una cierta «forma» que tiende a mantener y a restablecer sus límites y su nivel energético: el yo.

En un primer análisis podría decirse, pues, que Breuer y Freud no consideran las mismas realidades: Breuer plantea el problema de las condiciones neurofisiológicas de un funcionamiento psíquico normal, mientras que Freud se pregunta cómo está limitado y regulado en el hombre el proceso primario.

A pesar de todo, persiste un equivoco en Freud, tanto en el *Proyecto* como en algunas obras posteriores, como *Más allá del principio del placer*: se trata del equivoco entre la deducción del proceso psíquico secundario a partir del proceso primario, y una génesis casi mítica del organismo como forma constante y que tiende a perseverar en el ser a partir de un estado puramente inorgánico.

Este equivoco fundamental del pensamiento freudiano sólo podrá interpretarse, a nuestro modo de ver, si se comprende al yo como una «forma», una *Gestalt* construida sobre el modelo del organismo o, si se prefiere, como una metáfora realizada del organismo.

PRINCIPIO DE INERCIA (NEURÓNICA)

= *Al.*: Prinzip der Neuronenträgheit o Trägheitsprinzip. — *Fr.*: principe d'inertie neuronique. — *Ing.*: principle of neuronie inertia. — *It.*: principio dell'inerzia neuronica. — *Por.*: principio de inercia neurónica.

Principio de funcionamiento del sistema neurónico, postulado por Freud en el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895): las neuronas tienden a evacuar completamente las cantidades de energía que reciben.

En el *Proyecto de psicología científica*, Freud enuncia un principio de inercia como principio de funcionamiento de lo que él llama entonces sistema neurónico. No utilizará esta expresión en los textos metapsicológicos ulteriores. Esta noción pertenece al período de elaboración de la concepción freudiana del aparato psíquico. Es sabido que Freud describe en el *Proyecto* un sistema neurónico que comporta dos conceptos fundamentales: el de neurona y el de cantidad. Se supone que la cantidad circula por el sistema, siguiendo una determinada vía entre las bifurcaciones sucesivas de las neuronas en función de la resistencia («barrera de contacto») o de la facilitación* que exista en el paso de un elemento neurónico a otro. Es evidente la analogía existente entre esta descripción, efectuada en un lenguaje neurofisiológico, y las descripciones ulteriores del aparato psíquico que también hacen intervenir dos elementos: las representaciones agrupadas en cadenas o en sistemas y la energía psíquica.

El antiguo concepto de principio de inercia tiene el interés de que

contribuye a precisar el sentido de los principios económicos fundamentales que presiden el funcionamiento del aparato psíquico.

La inercia, en física, consiste en que «[...] un punto libre de toda conexión mecánica y que no esté sometido a ninguna acción conserva indefinidamente la misma velocidad en magnitud y en dirección (incluido el caso en que esta velocidad es nula, es decir, en que el cuerpo está en reposo) (1).

1. El principio enunciado por Freud respecto al sistema neurónico presenta una indudable analogía con el principio físico de inercia. Se formula así: «Las neuronas tienden a desembarazarse de la cantidad» (2).

El modelo de un funcionamiento de este tipo lo proporciona cierta concepción del reflejo: en el arco reflejo se considera que la cantidad de excitación recibida por la neurona sensitiva se descarga totalmente en el extremo motor. De un modo más general, para Freud, el aparato neurónico se comporta como si tendiera no sólo a descargar las excitaciones, sino también a mantenerse alejado de las fuentes de excitación. Respecto de las excitaciones internas, el principio de inercia ya no puede funcionar sin experimentar una profunda modificación; en efecto, para que exista descarga adecuada, es necesaria una acción específica*, que, para llevarse a cabo, exige una cierta reserva de energía.

2. Es bastante laxa la relación existente entre el empleo freudiano de la noción de principio de inercia y el que se hace en física:

a) En física, la inercia constituye una propiedad de los cuerpos en movimiento, mientras que, para Freud, no es una propiedad del *móvil* considerado, es decir, la excitación, sino una tendencia activa del *sistema* en el cual se desplazan las cantidades.

b) En física el principio de inercia constituye una ley universal, inherente a los fenómenos considerados y que puede verse actuar incluso en las manifestaciones que, para el observador corriente, la contradicen. Por ejemplo, el movimiento de un proyectil tiende aparentemente a detenerse por sí mismo, pero la física muestra que este paro es debido a la resistencia del aire y que, hecha abstracción de este factor contingente, no se discute en absoluto la validez de la ley de inercia. Por el contrario, en las transposiciones psicofisiológicas de Freud, el principio de inercia ya no es constitutivo del orden natural considerado; puede ser contrarrestado por otro modo de funcionamiento que limita su campo de aplicación. Así, la formación de grupos de neuronas de catexis constante supone la regulación por una ley (ley de constancia) que se opone al flujo libre de la energía. Sólo mediante una especie de deducción que apela a una finalidad, Freud puede sostener que el principio de inercia utiliza para sus fines una cierta acumulación de energía.

c) Este paso del mecanismo a la finalidad vuelve a encontrarse en el hecho de que Freud deduce del principio de la descarga de la excitación una tendencia a la evitación de toda fuente de excitación.

3. Se concibe que Freud, en la medida que intentaba mantenerse a un cierto nivel de verosimilitud biológica, se viera obligado inmediatamente a introducir considerables alteraciones en el principio de inercia. En efecto, ¿cómo podría sobrevivir un organismo que funcionase según este principio?; ¿cómo podría *existir*, si la noción misma de organismo supone el mantenimiento de una diferencia estable de nivel energético con respecto a su ambiente?

Sin embargo, a nuestro modo de ver, las contradicciones que se aprecian en el concepto freudiano de principio de inercia neurónica, no deben invalidar la intuición básica subyacente a su empleo. Esta intuición va ligada al descubrimiento del inconsciente; lo que Freud traduce en términos de libre circulación de energía en las neuronas no es más que la transposición de su experiencia clínica: la libre circulación del sentido que caracteriza el proceso primario*.

En tal medida, el principio de nirvana, aparece mucho más tarde en la obra de Freud, puede considerarse como una reafirmación, en un momento decisivo del pensamiento freudiano («vuelta» de los años 20), de la intuición fundamental que guiaba ya la enunciación del principio de inercia.

PRINCIPIO DE NIRVANA

= *Al.*: Nirwanaprinzip. — *Fr.*: principe de nirvana. — *Ing.*: Nirvana principle. — *It.*: principio del Nirvana. — *Por.*: principio de nirvana.

Término propuesto por Barbara Low y recogido por Freud para designar la tendencia del aparato psíquico a reducir a cero o, por lo menos, a disminuir lo más posible en sí mismo toda cantidad de excitación de origen externo o interno.

El término «nirvana», difundido en Occidente por Schopenhauer, está tomado de la religión budista, en la cual designa la «extinción» del deseo humano, la aniquilación de la individualidad, que se funde en el alma colectiva, un estado de quietud y felicidad perfectas.

En *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), Freud, recogiendo la expresión propuesta por la psicoanalista inglesa Barbara Low, enuncia el principio de nirvana como una «[...] tendencia a la reducción, a la constancia, a la supresión de la tensión de excitación interna» (1). Esta formulación es idéntica a la que Freud da, en el mismo texto, del principio de constancia, e implica, por consiguiente, la ambigüedad de considerar como equivalentes la tendencia a mantener constante un cierto nivel y la tendencia a reducir a cero toda excitación (*para la discusión de este punto, véase: Principio de constancia*).

Con todo, no es indiferente observar que Freud introduce el término «nirvana», con su resonancia filosófica, en un texto en el que se adentra ampliamente en un camino especulativo; en el nirvana hindú o schopenhaueriano Freud ve una correspondencia con la noción de pulsión de muerte*. Esta correspondencia se subraya en *El problema económico del masoquismo* (*Das ökonomische Problem des Masochismus*, 1924):

«El principio de nirvana expresa la tendencia de la pulsión de muerte» (2). En este sentido, el «principio de nirvana» designa algo distinto a una ley de constancia o de homeostasis: la tendencia radical a llevar la excitación al nivel cero, como Freud la había ya enunciado con el nombre de «principio de inercia»*.

Por otra parte, la noción de nirvana sugiere una profunda ligazón entre el placer y la aniquilación, ligazón que Freud consideró siempre problemática (véase: Principio de placer).

PRINCIPIO DE PLACER

= *Al.*: Lustprinzip. — *Fr.*: principe de plaisir. — *Ing.*: pleasure principle. — *It.*: principio di piacere. — *Por.*: princípio de prazer.

Uno de los dos principios que, según Freud, rigen el funcionamiento mental: el conjunto de la actividad psíquica tiene por finalidad evitar el displacer y procurar el placer. Dado que el displacer va ligado al aumento de las cantidades de excitación, y el placer a la disminución de las mismas, el principio de placer constituye un principio económico.

La idea de basar en el placer un principio regulador del funcionamiento mental dista de ser propia de Freud. Fechner, cuyas ideas ya es sabido hasta qué punto pudieron influir sobre Freud, había enunciado un «principio del placer de la acción» (1 a). Por él entendía, a diferencia de las doctrinas hedonistas tradicionales, no que la finalidad perseguida por la acción humana sea el placer, sino que nuestros actos vienen determinados por el placer o displacer producidos *en el presente* por la representación de la acción a realizar o de sus consecuencias. Hace observar también que estas motivaciones pueden no ser percibidas conscientemente: «[...] es natural que, cuando los motivos se pierden en el inconsciente, lo mismo sucede con el placer y el displacer» (1 b) (α).

Esta característica de motivación actual se encuentra también en el centro de la concepción freudiana: el aparato psíquico* viene regulado por la evitación o la evacuación de la tensión displacentera. Se observará que el principio es designado primeramente como «principio de displacer» (2 a): la motivación es el displacer actual y no la perspectiva del placer a obtener. Se trata de un mecanismo de regulación «automática» (2 b).

El concepto de principio de placer persistió sin grandes variaciones a todo lo largo de la obra freudiana. En cambio, lo que constituye un problema para Freud y recibe distintas respuestas, es la situación de este principio en relación con otras referencias teóricas.

Una primera dificultad, que ya se aprecia en la enunciación misma del principio, se relaciona con la definición del placer y del displacer. Una de las hipótesis constantes de Freud, dentro del marco de su modelo del aparato psíquico, pretende que, en los comienzos de su funcionamiento, el sistema percepción-conciencia sería sensible a una gran diversidad de cualidades provenientes del mundo exterior, mientras que del

interior sólo percibiría los aumentos y disminuciones de tensión, que se traducen en una sola gama cualitativa: la escala placer-displacer (2 c) (8). ¿Podemos entonces atenernos a una definición puramente económica, según la cual placer y displacer sólo serían la traducción cualitativa de modificaciones cuantitativas? Por otra parte, ¿cuál es la correlación exacta entre estos dos aspectos, cualitativo y cuantitativo? Freud subrayó cada vez más la dificultad que él había encontrado en dar una respuesta sencilla a este problema. Si bien, en una primera etapa, se contentó con enunciar una equivalencia entre el placer y la reducción de tensión, y entre el displacer y el aumento de esta última, muy pronto dejó de considerar esta relación como evidente y simple: «[...] no olvidemos el carácter altamente impreciso de esta hipótesis, mientras no logremos descubrir la naturaleza de la relación existente entre placer-displacer y las variaciones en las cantidades de excitación que actúan sobre la vida psíquica. Lo que es seguro es que, si tales relaciones pueden ser muy diversas, en todo caso no pueden ser muy simples» (3).

Apenas hallamos en Freud unas cuantas indicaciones referentes al tipo de función de que se trata. En *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), señala la conveniencia de distinguir entre displacer y sentimiento de tensión: existen tensiones placenteras. «La sensación de tensión no podría relacionarse con la magnitud absoluta de la catexis, eventualmente con su nivel, mientras que la gradación placer-displacer indicaría la modificación de la cantidad de catexis en la unidad de tiempo» (4 a). Asimismo un factor temporal, el ritmo, se toma en consideración en un texto ulterior, al mismo tiempo que se vuelve a conceder valor al aspecto esencialmente cualitativo del placer (5 a).

A pesar de las dificultades existentes en encontrar equivalentes cuantitativos exactos a los estados cualitativos que son el placer y el displacer, es evidente el interés que tiene, para la teoría psicoanalítica, una interpretación económica de estos estados; permite enunciar un principio válido tanto para las instancias inconscientes de la personalidad como para sus aspectos conscientes. Así, por ejemplo, el hablar de un placer inconsciente en relación con un síntoma manifiestamente penoso puede plantear objeciones a nivel de la descripción psicológica. Al situarse en el punto de vista de un aparato psíquico y de las modificaciones energéticas que en él se producen, Freud dispone de un modelo que le permite considerar cada subestructura como regulada por el mismo principio que el conjunto del aparato psíquico, dejando en suspenso el difícil problema de determinar, para cada una de estas subestructuras, la modalidad y el momento en que un aumento de tensión se vuelve efectivamente motivante como displacer sentido. Este problema, sin embargo, no fue descuidado en la obra freudiana. Fue directamente considerado, a propósito del yo, en *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926) (concepción de la señal de angustia* como motivo de defensa).

Otro problema que, por lo demás, no deja de hallarse en conexión con el anterior, es el referente a la relación entre *placer* y *constancia*. En efecto, incluso una vez admitida la existencia de una significación eco-

nómica, cuantitativa, del placer, persiste el problema de saber si lo que Freud denomina principio de placer corresponde a un mantenimiento de la constancia del nivel energético o a una reducción radical de las tensiones al nivel más bajo. Numerosas formulaciones de Freud, que asimilan principio de placer y principio de constancia, hablan en el sentido de la primera solución. Pero, por el contrario, si se hace intervenir el conjunto de las referencias teóricas fundamentales de Freud (como se desprenden especialmente de textos como el *Proyecto de psicología científica* [*Entwurf einer Psychologie*, 1895] y *Más allá del principio del placer*), se aprecia que el principio de placer se halla más bien en oposición al mantenimiento de la constancia, ya sea porque corresponda al flujo libre de la energía, mientras que la constancia corresponde a la ligazón de ésta, ya sea porque, en último extremo, Freud llegue a preguntarse si el principio de placer no se encuentra «al servicio de la pulsión de muerte» (4 b, 5 b). Este problema lo discutimos más extensamente en el artículo «Principio de constancia».

El problema, frecuentemente debatido en psicoanálisis, de la existencia de un «más allá del principio de placer» sólo puede plantearse con validez una vez destacada plenamente la problemática que hace intervenir los conceptos de placer, constancia, ligazón, reducción de las tensiones a cero. En efecto, la existencia de principios o de fuerzas pulsionales que trascienden el principio de placer sólo es defendida por Freud cuando opta por una interpretación de éste que tiende a confundirlo con el principio de constancia. Cuando, por el contrario, se tiende a asimilar el principio de placer a un principio de reducción a cero (principio de nirvana), no se discute su carácter último y fundamental (véase especialmente: Pulsión de muerte).

La noción de principio de placer interviene principalmente en la teoría psicoanalítica en conexión con el de principio de realidad. Asimismo, cuando Freud enuncia en forma explícita los dos principios de funcionamiento psíquico, lo que propone es este gran eje de referencia. En un principio las pulsiones sólo buscarían descargarse, satisfacerse por los caminos más cortos. Progresivamente efectuarían el aprendizaje de la realidad, que es el único que permite, a través de los rodeos y aplazamientos necesarios, alcanzar la satisfacción buscada. En esta tesis simplificada se ve cómo la relación placer-realidad plantea un problema que a su vez depende de la significación que se atribuya, en psicoanálisis, a la palabra placer. Si entendemos esencialmente por placer la satisfacción de una necesidad, cuyo modelo lo constituiría la satisfacción de las pulsiones de autoconservación, la oposición principio de placer-principio de realidad no ofrece nada de radical, tanto más cuanto que fácilmente puede admitirse la existencia en el organismo vivo de una dotación natural, de predisposiciones que hacen del placer una guía de vida, subordinándolo a comportamientos y funciones adaptativas. Pero si el psicoanálisis ha situado en primer plano la noción de placer, lo ha hecho en un contexto totalmente distinto, en el que aparece, por el contrario, como ligado a procesos (experiencia de satisfacción), a fenómenos (el sueño) cuyo carácter *arreal* es evidente. Dentro de esta perspectiva, los

dos principios aparecen como fundamentalmente antagonistas, por cuanto la realización de un deseo inconsciente (*Wunscherfüllung*) respondería a diferentes exigencias y funcionaria según otras leyes que la satisfacción (*Befriedigung*) de las necesidades vitales (véase: Pulsiones de autoconservación).

(α) Resulta interesante hacer observar que Fechner no puso explícitamente en relación su «principio de placer» con su «principio de estabilidad». Freud se refiere sólo a este último.

(β) Se trata de un modelo simplificado. En efecto, Freud se vio obligado a explicar una serie de fenómenos «cualitativos», que no provienen de una percepción externa actual: lenguaje interior, imagen-recuerdo, sueño y alucinación. En un último análisis, para él, las cualidades vienen siempre proporcionadas por una excitación actual del sistema perceptivo. Las dificultades de esta concepción (que, entre el lenguaje interior y la alucinación, apenas deja lugar para lo que, desde Sartre, se llama «imaginario») se ponen especialmente de manifiesto en la *Adición metapsicológica a la teoría de los sueños* (*Metapsychologische Ergänzung zur Traumlehre*, 1915) (véase también: Huella mnémica).

PRINCIPIO DE REALIDAD

= *Al.*: Realitätsprinzip. — *Fr.*: principe de réalité. — *Ing.*: principle of reality. — *It.*: principio di realtà. — *Por.*: principio de realidad.

Uno de los dos principios que, según Freud, rigen el funcionamiento mental. Forma un par con el principio del placer, al cual modifica: en la medida en que logra imponerse como principio regulador, la búsqueda de la satisfacción ya no se efectúa por los caminos más cortos, sino mediante rodeos, y aplaza su resultado en función de las condiciones impuestas por el mundo exterior.

Considerado desde el punto de vista económico, el principio de realidad corresponde a una transformación de la energía libre en energía ligada*; desde el punto de vista tópico, caracteriza esencialmente el sistema preconsciente-consciente; desde el punto de vista dinámico, el psicoanálisis intenta basar el principio de realidad sobre cierto tipo de energía pulsional que se hallaría más especialmente al servicio del yo (véase: Pulsiones del yo).

Implícito desde las primeras elaboraciones metapsicológicas de Freud, el principio de realidad es enunciado como tal en 1911 en *Formulaciones sobre los dos principios del funcionamiento psíquico* (*Formulierungen über die zwei Prinzipien des psychischen Geschehens*); desde un punto de vista genético, se relaciona con el principio de placer, al que sucede. El lactante intentaría primeramente encontrar, en forma alucinatoria, una posibilidad de descargar de un modo inmediato la tensión pulsional (véase: Experiencia de satisfacción): «[...] sólo la ausencia persistente de la satisfacción esperada, la decepción, ha conducido a abandonar esta tentativa de satisfacción por medio de la alucinación. En su lugar, el aparato psíquico hubo de decidirse a representar el estado real del mundo exterior y a buscar una modificación real. Se introduce así un nuevo principio de la actividad psíquica: lo que se representa no es más lo agradable, sino lo real, incluso aunque sea desagradable» (1 a). El principio de realidad, principio regulador del funcionamiento psíquico, aparece secundariamente como una modificación del principio de placer, que en los comienzos es el que domina; su instauración corres-

ponde a una serie de adaptaciones que debe experimentar el aparato psíquico: desarrollo de las funciones conscientes, atención, juicio, memoria; sustitución de la descarga motriz por una acción encaminada a lograr una transformación apropiada de la realidad; nacimiento del pensamiento, el cual se define como una «actividad de prueba» en la que se desplazan pequeñas cantidades de catexis, lo que supone una transformación de la energía libre*, que tiende a circular sin trabas de una representación a otra, en energía ligada* (véase: Identidad de percepción-Identidad de pensamiento). El paso del principio de placer al principio de realidad no suprime, sin embargo, el primero. Por una parte, el principio de realidad asegura la obtención de las satisfacciones en lo real; por otra parte, el principio de placer continúa imperando en todo un campo de actividades psíquicas, especie de territorio reservado, entregado al fantasma y que funciona según las leyes del proceso primario*: el inconsciente*.

Tal es el modelo más general elaborado por Freud en el marco de lo que él mismo denominó «psicología genética» (1 b). Freud indica que este esquema se aplica de distinta forma según que se considere la evolución de las pulsiones sexuales o la de las pulsiones de autoconservación*. Así como éstas, en su desarrollo, llegan progresivamente a reconocer de un modo pleno el dominio del principio de realidad, las pulsiones sexuales se «educarían» con retraso y siempre en forma imperfecta. De ello resultaría, secundariamente, que las pulsiones sexuales seguirían siendo el dominio preferente del principio de placer, mientras que las pulsiones de autoconservación representarían rápidamente, dentro del aparato psíquico, las exigencias de la realidad. En definitiva, el conflicto psíquico entre el yo y lo reprimido tendría su raíz en el dualismo pulsional, correspondiendo éste al dualismo de los principios.

A pesar de su aparente simplicidad, esta concepción plantea dificultades sobre las que ya llaman la atención numerosas indicaciones dadas en su obra por el mismo Freud.

1.ª En lo que respecta a las pulsiones, resulta poco satisfactoria la idea de que pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación evolucionan según un mismo esquema. Es difícil ver cuál sería para las pulsiones de autoconservación esta primera etapa regulada únicamente por el principio de placer: ¿no se hallan orientados desde un principio hacia el objeto real satisfactorio, como el propio Freud indicó para diferenciarlas de las pulsiones sexuales? (2). Y a la inversa, el nexo entre la sexualidad* y la fantasía* es tan fundamental que la idea de un aprendizaje progresivo de la realidad resulta aquí muy discutible, como atestigua, por lo demás, la experiencia analítica.

A menudo se ha planteado la cuestión de cómo el niño, si es capaz de satisfacerse a voluntad en forma alucinatoria, ha de recurrir alguna vez a buscar un objeto real. Este difícil problema se esclarece mediante la concepción que hace surgir la pulsión sexual de la pulsión de autoconservación en una relación doble de apoyo* y de separación. Esquemáticamente, las funciones de autoconservación ponen en marcha dispositivos de comportamiento, esquemas perceptivos que desde un principio

apuntan, aunque sea en forma torpe, hacia un objeto real adecuado (el pecho, el alimento). La pulsión sexual nace de forma marginal durante la realización de esta función natural; sólo se vuelve verdaderamente autónoma en el movimiento que lo separa de la función y del objeto, repitiendo el placer en forma de autoerotismo* y apuntando en lo sucesivo a las representaciones electivas que se organizan en forma de fantasía. Desde este punto de vista, como puede apreciarse, la ligazón entre los dos tipos de pulsiones consideradas y los dos principios, no constituye en modo alguno una adquisición secundaria: desde el comienzo existe un íntimo nexo entre autoconservación y realidad; y a la inversa, el momento en que emerge la sexualidad coincide con el de la fantasía y la realización alucinatoria del deseo.

2.^a A menudo se ha atribuido a Freud, y se ha criticado, la idea de que el ser humano debería salir de un hipotético estado en el que realizaría una especie de sistema cerrado consagrado sólo al placer «narcisista», para llegar, no se sabe por qué camino, a la realidad. Esta suposición es desmentida por varias formulaciones freudianas: desde un principio existe, por lo menos en ciertos sectores, especialmente el de la percepción, un acceso a lo real. ¿Esta contradicción no tiene su origen en el hecho de que, en el campo de la investigación psicoanalítica, la problemática de lo real se plantea en términos totalmente distintos de los de una psicología que tiene por objeto el análisis del comportamiento del niño? Lo que Freud establecería indebidamente como una generalidad válida para el conjunto de la génesis del sujeto humano, recobraría su valor al nivel, desde un principio *arreal*, del deseo inconsciente. En la evolución de la sexualidad humana, en su estructuración por el complejo de Edipo*, Freud busca las condiciones del acceso a lo que él denomina «pleno amor de objeto». Difícilmente puede captarse la significación de un principio de realidad capaz de modificar el curso del deseo sexual aparte de esta referencia a la dialéctica del Edipo y a las identificaciones* correlativas de éste (véase: Objeto).

3.^a Freud atribuye un papel importante a la noción de *prueba de realidad**, aunque no elaboró nunca una teoría coherente de ella ni mostró bien su relación con el principio de realidad. En el empleo de este concepto se ve todavía de un modo más manifiesto cómo puede abarcar dos direcciones muy distintas de pensamiento: una teoría genética del aprendizaje de la realidad, de un sometimiento de la pulsión a la prueba de la realidad (como si aquél procediera por «ensayos y errores») y una teoría casi trascendental que trata de la constitución del objeto a través de toda una serie de oposiciones: interior-exterior, placentero-displacentero, introyección-proyección. (*Para la discusión de este problema, véase: Prueba de realidad y Yo-placer, Yo-realidad.*)

4.^a En la medida en que Freud, con su última tópica, define el yo como una diferenciación del ello que resultaría del contacto directo con la realidad exterior, hace de él la instancia cuya misión sería garantizar el imperio del principio de realidad. El yo «[...] intercala, entre la reivindicación pulsional y la acción que procura la satisfacción, la actividad de pensamiento, que, orientada en el presente y utilizando las experiencias anteriores, intenta adivinar, mediante acciones de prueba, el resul-

tado de los proyectos considerados. De este modo el yo llega a descubrir si la tentativa de obtener la satisfacción debe efectuarse o aplazarse, o si la exigencia pulsional no debe ser simplemente suprimida como peligrosa (*principio de realidad*)» (3). Esta formulación representa la expresión más franca de la tentativa de Freud de hacer depender del yo las funciones adaptativas del individuo (véase: Yo, comentario VI). Esta concepción despierta dos tipos de reservas: por una parte, no es seguro que el aprendizaje de las exigencias de la realidad deba atribuirse enteramente a una instancia de la personalidad psíquica cuya génesis y función se hallan también marcadas por identificaciones y conflictos; por otra, en el campo propio del psicoanálisis, la noción de realidad ¿no ha sido profundamente renovada por descubrimientos tan fundamentales como la del complejo de Edipo y la de una constitución progresiva del objeto libidinal? Lo que en psicoanálisis se entiende por «acceso a la realidad» no puede reducirse a la idea de un poder de discriminación entre lo irreal y lo real ni a la de una puesta a prueba de los fantasmas y deseos inconscientes al contacto con un mundo exterior que, en definitiva, sería el único soberano.

PROCESO PRIMARIO, PROCESO SECUNDARIO

= *Al.*: Primärvorgang, Sekundärvorgang. — *Fr.*: processus primaire, processus secondaire. — *Ing.*: primary process, secondary process — *It.*: processo primario, processo secondario. — *Por.*: processo primário, processo secundário.

Son los dos modos de funcionamiento del aparato psíquico, tal como fueron descritos por Freud. Pueden ser radicalmente distinguidos:

a) desde el punto de vista *tópico*: el proceso primario caracteriza el sistema inconsciente, mientras que el proceso secundario caracteriza el sistema preconscious.

b) desde el punto de vista *económico-dinámico*: en el caso del proceso primario, la energía psíquica fluye libremente, pasando sin trabas de una representación a otra según los mecanismos del desplazamiento y de la condensación; tiende a recatetizar plenamente las representaciones ligadas a las experiencias de satisfacción constitutivas del deseo (alucinación primitiva). En el caso del proceso secundario, la energía es primeramente «ligada» antes de fluir en forma controlada; las representaciones son catectizadas de una forma más estable, la satisfacción es aplazada, permitiendo así experiencias mentales que ponen a prueba las distintas vías de satisfacción posibles.

La oposición entre proceso primario y proceso secundario es correlativa de la existente entre principio de placer y principio de realidad.

La distinción freudiana entre proceso primario y proceso secundario es contemporánea del descubrimiento de los procesos inconscientes, al que aporta su primera expresión teórica. Se presenta a partir del *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895), es desarrollada en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900) y continuará siendo una referencia inmutable del pensamiento freudiano.

El estudio de la formación de los síntomas y el análisis de los sue-

ños conducen a Freud a reconocer un tipo de funcionamiento mental que presenta sus mecanismos propios, regido por ciertas leyes y muy diferente de los procesos de pensamiento que se ofrecen a la observación psicológica tradicional. Este modo de funcionamiento, que el sueño pone especialmente en evidencia, no se caracteriza, como afirmaba la psicología clásica, por una ausencia de sentido, sino por un deslizamiento incesante de éste. Los mecanismos que intervienen son, por una parte, el desplazamiento*, en virtud del cual a una representación, a menudo de apariencia insignificante, puede atribuírsele el valor psíquico, la significación, la intensidad originalmente atribuidas a otra; por otra parte, la condensación*: en una representación única pueden confluír todas las significaciones expresadas por las cadenas asociativas que vienen a cruzarse en ella. La sobredeterminación* del síntoma ofrece otro ejemplo de este modo de funcionamiento propio del inconsciente.

También fue el modelo del sueño el que condujo a Freud a postular que el objetivo del proceso inconsciente consistía en establecer, por las vías más cortas, una identidad de percepción*, a saber, reproducir, en forma alucinatoria, las representaciones a las que ha conferido un valor privilegiado la experiencia de satisfacción* original.

En oposición a tal tipo de funcionamiento mental, pueden describirse como procesos secundarios las funciones clásicamente descritas en psicología como el pensamiento vigil, la atención, el juicio, el razonamiento, la acción controlada. En el proceso secundario, lo que se busca es la identidad de pensamiento*: «El pensamiento debe interesarse en las vías de ligazón entre las representaciones, sin dejarse engañar por su intensidad» (1). Desde este punto de vista, el proceso secundario constituye una modificación del proceso primario. Cumple una función reguladora, que se ha vuelto posible por la constitución del yo, cuyo principal papel consiste en inhibir el proceso primario (véase: Yo). Con todo, no pueden describirse como proceso secundario todos los procesos en los que interviene el yo. Desde un principio Freud señaló cómo el yo sufría la influencia del proceso primario, especialmente en los tipos de defensa patológicos. En tales casos, el carácter primario de la defensa se caracteriza clínicamente por su aspecto compulsivo y, en términos económicos, por el hecho de que la energía puesta en juego busca descargarse de forma total, inmediata, por las vías más cortas (α):

«La catexis del deseo que llega hasta la alucinación, el pleno desarrollo de displacer que implica que la defensa sea plenamente consumida, los designamos con el término *procesos psíquicos primarios*; por el contrario, los procesos que hacen posible únicamente una buena catexis del yo y que representan una moderación de los anteriores, los designamos como *procesos psíquicos secundarios*» (2 a).

La oposición entre proceso primario y proceso secundario corresponde a la existente entre los dos modos de circulación de la energía psíquica: energía libre y energía ligada*. Asimismo guarda un paralelismo con la oposición entre principio de placer y principio de realidad*.

Los términos «primario» y «secundario» poseen implicaciones temporales, es decir, genéticas. Estas implicaciones se acentúan en Freud dentro del marco de la segunda teoría del aparato psíquico, en la cual el

yo se define como el resultado de una diferenciación progresiva con respecto al ello*.

Pero el problema se halla presente ya desde el primer modelo teórico freudiano. Así, en el *Proyecto*, los dos tipos de procesos parecen corresponder, no solamente a los modos de funcionamiento a nivel de la representación, sino a dos etapas en la diferenciación del aparato neuronal e incluso en la evolución del organismo. Freud distingue una «función primaria», en la que el organismo, y aquella parte especializada del mismo que es el sistema neuronal, funcionan según el modelo del «arco reflejo»: descarga inmediata y total de la cantidad de excitación, y una «función secundaria»: huida de las excitaciones externas, acción específica que es la única capaz de poner término a la tensión interna y que presupone un cierto almacenamiento de energía: «[...] todas las realizaciones del sistema neuronal deben ser consideradas ya desde el punto de vista de la función primaria, ya desde el de la función secundaria impuesta por la necesidad de la vida [*Not des Lebens*] (2 b). Difícilmente Freud podía escapar a lo que se le aparecía como una exigencia científica fundamental: insertar su descubrimiento de los procesos psíquicos primario y secundario en una concepción biológica que hace intervenir los modos de respuesta de un organismo al aflujo de excitación. Esta tentativa trae como consecuencia afirmaciones poco sostenibles desde el punto de vista biológico: por ejemplo, el arco reflejo concebido como transmitiendo a su extremidad motriz la misma cantidad de excitación que ha recibido en su extremidad sensorial, o, a un nivel más fundamental, la idea de que un organismo atraviese una etapa durante la cual funcionaría según el único principio de la evacuación total de la energía que recibe, de tal forma que, paradójicamente, sería la «necesidad de la vida» la que posibilitaría el advenimiento del ser vivo (véase: Principio de constancia).

Con todo, se observará que, incluso cuando Freud se halla más cerca de sus modelos biológicos, no asimila las «funciones» primaria y secundaria del organismo a los «procesos» primario y secundario, de los cuales hace dos modalidades de funcionamiento del psiquismo, del sistema ψ (2 c).

(*) En el *Proyecto*, Freud califica asimismo el proceso primario de proceso «pleno» o total (*voll*).

PROTECTOR O PROTECCIÓN CONTRA LAS EXCITACIONES

= *Al.*: Reizschutz. — *Fr.*: pare-excitations. — *Ing.*: protective shield. — *It.*: apparato protettivo contro lo stimolo. — *Por.*: páraexcitações.

Término utilizado por Freud, dentro del marco de un modelo psicofisiológico, para designar una determinada función y el aparato que le sirve de soporte. La función consiste en proteger (*schützen*) al organismo contra las excitaciones provenientes del mundo exterior que, por su intensidad, ofrecerían el peligro de destruirlo. Este aparato se concibe como una capa superficial que envuelve al organismo y filtra pasivamente las excitaciones.

El término *Reizschutz* significa literalmente protección contra la excitación; Freud lo introduce en *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920) y lo utiliza especialmente en *Nota sobre el «bloc de notas mágico»* (*Notiz über den «Wunderblock»*, 1925) en *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926) para explicar una función protectora y, sobre todo, para designar un aparato especializado. Los traductores ingleses y franceses no siempre recurren al mismo término para estos diversos empleos. Nosotros consideramos preferible, para hacer resaltar mejor el concepto, buscar un equivalente del término freudiano, y proponemos el de *protector contra las excitaciones*.

Desde el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895), Freud postula la existencia de aparatos protectores frente a las excitaciones externas (*Quantitätsschirme*). Las cantidades de energía que actúan en el mundo exterior no son del mismo orden de magnitud que las que el aparato psíquico tiene por función descargar: de ahí la necesidad de que existan, en el límite entre lo externo y lo interno, «aparatos de terminación nerviosa» que «[...] sólo dejen pasar fracciones de las cantidades exógenas» (1). Frente a las excitaciones provenientes del interior del cuerpo, tales aparatos serían innecesarios, ya que las cantidades de energía que aquí intervienen son desde un principio del mismo orden de magnitudes que las que circulan entre las neuronas.

Observemos que Freud relaciona la existencia de aparatos protectores con la tendencia originaria del sistema neuronal a mantener la cantidad a cero (*Trägheitsprinzip*: Principio de inercia*).

En *Más allá del principio del placer*, Freud se basa, para ofrecer una teoría del trauma, en la representación simplificada de una vesícula viva. Ésta, para subsistir, debe rodearse de una capa protectora que pierde sus cualidades de substancia viva y se convierte en una barrera cuya función consiste en proteger la vesícula frente a las excitaciones exteriores, incomparablemente más intensas que las energías internas del sistema, aunque dejándolas pasar en una relación proporcional a su intensidad, de forma que el organismo reciba informaciones del mundo exterior. Dentro de esta perspectiva, el trauma puede definirse, en su primer tiempo, como una efracción, sobre una amplia extensión del protector contra las excitaciones.

Esta hipótesis de un protector contra las excitaciones forma parte de una concepción tópica: por debajo de esta capa protectora se encuentra una segunda capa, la capa receptora, definida en *Más allá del principio del placer* como el sistema Percepción-Conciencia. Freud comparará esta estructura por pisos a la de un «bloc de notas mágico».

Se observará que, si Freud, en los textos citados, niega la existencia de una protección frente a las excitaciones internas, ello se debe a que describe el aparato psíquico en una fase lógicamente anterior a la constitución de las defensas.

¿Qué sentido debe darse al protector contra las excitaciones? Para responder a esta pregunta, sería necesario tratar en su conjunto el problema del valor que debe concederse a los modelos fisiológicos. Limitémonos a señalar que frecuentemente Freud le atribuye una significación material: en el *Proyecto* alude a los órganos sensoriales receptores; en

Más allá del principio del placer sitúa los órganos de los sentidos bajo «el protector contra las excitaciones de todo el cuerpo (*allgemeiner Reizschutz*)», que aparece entonces como un tegumento (2). Pero también atribuye al protector contra las excitaciones una significación psicológica más amplia, que no implica un soporte corporal determinado, hasta reconocerle un papel puramente funcional: la protección contra la excitación viene asegurada por una catexis y un retiro de la catexis periódicos del sistema percepción-conciencia. Así, éste sólo extraería «muestras» del mundo exterior. El fraccionamiento de las excitaciones sería entonces el resultado, no de un dispositivo puramente espacial, sino de un modo de funcionamiento temporal que garantizaría una «inexcitabilidad periódica» (3).

PROYECCIÓN

= *Al.*: Projektion. — *Fr.*: projection. — *Ing.*: projection. — *It.*: proiezione. — *Por.*: projeção.

A) Término utilizado, en un sentido muy general, en neurofisiología y en psicología para designar la operación mediante la cual un hecho neurológico o psicológico se desplaza y se localiza en el exterior, ya sea pasando del centro a la periferia, ya sea del sujeto al objeto. Este sentido implica acepciones bastante diferentes (véase: Comentario).

B) En sentido propiamente psicoanalítico, operación por medio de la cual el sujeto expulsa de sí y localiza en el otro (persona o cosa) cualidades, sentimientos, deseos, incluso «objetos», que no reconoce o que rechaza en sí mismo. Se trata de una defensa de origen muy arcaico que se ve actuar particularmente en la paranoia, pero también en algunas formas de pensamiento «normales», como la superstición.

I. La palabra *proyección* tiene en la actualidad un empleo muy extenso, tanto en psicología como en psicoanálisis; comporta diversas acepciones que se distinguen mal unas de otras, como hemos señalado a menudo. Conviene enumerar, manteniéndonos primeramente en un plano semántico, lo que se quiere significar por «proyección»:

a) En *neurología* se habla de proyección en un sentido que deriva del de la geometría, donde esta palabra designa una correspondencia punto por punto entre, por ejemplo, una figura en el espacio y una figura plana. Así, se dice que una determinada zona cerebral constituye la proyección de cierto aparato somático, receptor o efector: con ello se designa una correspondencia que puede establecerse según leyes definidas, ya sea punto por punto, ya sea de estructura a estructura, y tanto en una dirección centrípeta como centrifuga.

b) Una segunda acepción deriva de la anterior, si bien implica un movimiento del centro a la periferia. Así, en lenguaje psicofisiológico, se dice que las sensaciones olfativas, por ejemplo, se localizan por proyección a nivel del aparato receptor. En este mismo sentido Freud habla de una «sensación de comezón o de excitación de origen central proyectada en la zona erógena periférica» (1). Dentro de esta perspectiva, pue-

de definirse la proyección «excéntrica», como lo hacen H. B. English y A. C. English, como «la localización de un dato sensorial en la posición que ocupa el objeto-estímulo en el espacio, y no en el punto de estimulación sobre el cuerpo» (2 a).

En *psicología* se habla de proyección para indicar los siguientes procesos:

c) El sujeto percibe el medio ambiente y responde al mismo en función de sus propios intereses, aptitudes, hábitos, estados afectivos duraderos o momentáneos, esperanzas, deseos, etc. Una tal correlación entre el *Innenwelt* y el *Umwelt* constituye una de las adquisiciones de la biología y de la psicología modernas, especialmente bajo el impulso de la «psicología de la forma». Se verifica a todos los niveles del comportamiento: un animal destaca en su campo perceptivo ciertos estímulos privilegiados que orientan todo su comportamiento; un hombre de negocios considerará todos sus objetos desde el punto de vista de lo que puede comprarse o venderse («deformación profesional»); el hombre de buen humor tiende a ver la vida «de color de rosa», etc. De un modo más profundo, las estructuras o rasgos esenciales de la personalidad pueden aparecer en el comportamiento manifiesto. Tal es el hecho que se encuentra en la base de las técnicas llamadas proyectivas: el dibujo del niño revela su personalidad; en las pruebas normalizadas que son los tests proyectivos propiamente dichos (por ejemplo Rorschach, T. A. T.), se sitúa al sujeto en presencia de situaciones poco estructuradas o de estímulos ambiguos, lo que permite «[...] leer, según las normas de desciframiento propias del tipo de material y de actividad creativa propuestos, ciertos rasgos de su carácter y ciertos sistemas de organización de su conducta y de sus emociones» (3).

d) El sujeto muestra, por su actitud, que asimila una determinada persona a otra: en tal caso se dice, por ejemplo, que «proyecta» la imagen de su padre sobre su jefe. De este modo se designa, en forma poco apropiada, un fenómeno que el psicoanálisis ha descubierto con el nombre de *transferencia*.

e) El sujeto se asimila a personas extrañas o, por el contrario, asimila a sí mismo otras personas o seres animados o inanimados. Así, se dice con frecuencia que el lector de novelas se proyecta en tal o cual protagonista y, en el otro sentido, que La Fontaine, por ejemplo, proyectó en los animales de sus *Fábulas* sentimientos y razonamientos antropomórficos. Este proceso debería incluirse más bien dentro de lo que los psicoanalistas llaman *identificación*.

f) El sujeto atribuye a otros las tendencias, deseos, etc., que él no reconoce en sí mismo; así, por ejemplo, el racista proyecta sobre el grupo odiado sus propios defectos y sus tendencias *inconfesadas*. Este sentido, que English y English designan como *disowning projection* (2 b), parece ser el más semejante a lo que Freud describió con el nombre de *proyección*.

II. Freud recurrió al concepto de proyección para explicar diversas manifestaciones de la psicología normal y patológica:

1) Inicialmente la proyección fue descubierta en la *paranoia*. Freud consagra a esta afección, a partir de 1895-1896, dos breves trabajos (4 a) y el capítulo III de sus *Nuevas observaciones sobre las psiconeurosis de defensa* (*Weitere Bemerkungen über die Abwehr-Neuropsychosen*, 1896). En ellos la proyección se describe como una defensa primaria que constituye un abuso de un mecanismo normal consistente en buscar en el exterior el origen de un displacer. El paranoico proyecta sus representaciones intolerables, que vuelven a él desde fuera en forma de reproches: «[...] el contenido efectivo permanece intacto, pero hay un cambio en el emplazamiento del conjunto» (4 b).

Siempre que Freud vuelve a ocuparse de la paranoia, recurre a la proyección, especialmente en el *Caso Schreber*. Pero no debe perderse de vista la forma como Freud limita en ella el papel de la proyección: ésta es sólo una parte del mecanismo de la defensa paranoica y no se halla igualmente presente en todas las formas de la enfermedad (5 a).

2) Freud describe en 1915 el conjunto de la construcción *fóbica* como una auténtica «proyección» en lo real del peligro pulsional: «El yo se comporta como si el peligro de desarrollo de la angustia no viniera de una moción pulsional, sino de una percepción, y en consecuencia puede reaccionar frente a este peligro exterior mediante las tentativas de huida que representan las precauciones fóbicas» (6).

3) Freud ve intervenir la proyección en lo que designa como «celos proyectivos», que distingue tanto de los celos «normales» como del delirio celotípico paranoico (7): el sujeto se defiende de sus propios deseos de ser infiel atribuyendo la infidelidad a su cónyuge; al hacerlo así, desvía su atención de su propio inconsciente, la desplaza sobre el inconsciente del otro, y lo que gana en clarividencia sobre lo que concierne al otro es equiparable a su ignorancia respecto de sí mismo. En consecuencia, resulta a veces imposible y siempre ineficaz denunciar la proyección como una percepción errónea.

4) En varias ocasiones Freud insistió en el carácter *normal* del mecanismo de la proyección. Así, ve en la superstición, en la mitología, en el «animismo», una proyección. «El oscuro conocimiento (por así decirlo, la percepción endopsíquica) de los factores psíquicos y de las relaciones existentes en el inconsciente se refleja [...] en la construcción de una *realidad suprasensible* que debe ser retransformada por la ciencia en *psicología del inconsciente*» (8).

5) Finalmente, sólo en raras ocasiones Freud menciona la proyección en relación con la situación analítica. Nunca designa la transferencia en general como una proyección y sólo emplea este último término para indicar un fenómeno particular en relación con aquélla: el sujeto atribuye a su analista palabras o pensamientos que son en realidad los suyos propios (por ejemplo: «pensará usted que..., pero no es verdad») (9 a).

De esta enumeración se deduce que, si bien Freud encuentra la proyección en diversos campos, le atribuye un sentido bastante estricto. La proyección aparece siempre como una defensa, como la atribución a otro (persona o cosa) de cualidades, sentimientos, deseos, que el sujeto rechaza o no reconoce en sí mismo. El ejemplo del animismo es el que

mejor demuestra que Freud no usa la palabra *proyección* en el sentido de una simple asimilación del otro a sí mismo. En efecto, muy a menudo se ha intentado explicar las creencias animistas por la supuesta incapacidad de los primitivos de concebir la naturaleza de forma distinta según un modelo humano; asimismo, refiriéndose a la mitología, se dice con frecuencia que los antiguos «proyectaban» sobre las fuerzas de la naturaleza las cualidades y pasiones humanas. Freud (y ésta es su principal aportación) sostiene que una tal asimilación tiene su origen y su fin en un *desconocimiento*: los «demonios», los «aparecidos» encarnarían los malos deseos inconscientes.

III. En la mayoría de las ocasiones en que Freud habla de proyección, evita tratar el problema en su conjunto. Da una explicación de ello en el *Caso Schreber*: «[...] dado que la comprensión de la proyección implica un problema psicológico más general, nos decidimos a dejar de lado, para estudiarlo en otro lugar, el problema de la proyección y, junto con éste, el mecanismo de la formación del síntoma paranoico en general» (5 b). Tal estudio es posible que fuera escrito, pero jamás fue publicado. Con todo, en varios trabajos Freud dio indicaciones sobre la metapsicología de la proyección. Los elementos de su teoría y los problemas que ésta plantea podrían agruparse del siguiente modo:

1) La proyección encuentra su principio más general en la concepción freudiana de la pulsión. Ya es sabido que, según Freud, el organismo se halla sometido a dos tipos de excitaciones generadoras de tensión: unas de las que puede huir y protegerse, y otras de las que no puede escapar y frente a las que no existe, en principio, un aparato protector o «protección contra las excitaciones»*. Tal es el primer criterio de lo interior y de lo exterior. La proyección aparece entonces como el medio de defensa originaria frente a las excitaciones internas que por su intensidad se convierten en excesivamente displaceras: el sujeto las proyecta al exterior, lo que le permite huir (precaución fóbica, por ejemplo) y protegerse de ellas. Existe «[...] una tendencia a tratarlas como si no actúan desde el interior, sino desde el exterior, para poder utilizar contra ellas el medio de defensa representado por el protector contra las excitaciones. Tal es el origen de la proyección» (10). Tal beneficio tiene como contrapartida el hecho de que, como hizo observar Freud, el sujeto se ve obligado a conceder pleno crédito a lo que, en lo sucesivo, queda sometido a las categorías de lo real (4 c).

2) Freud atribuye un papel esencial a la proyección, asociada a la introyección*, en la génesis de la oposición sujeto (yo)-objeto (mundo exterior). El sujeto «[...] incorpora a su yo los objetos que se le presentan en tanto que son fuente de placer, los introyecta (según expresión de Ferenczi) y, por otra parte, expulsa de él lo que en su propio interior es motivo de displacer (mecanismo de la proyección)» (11). Este proceso de introyección y de proyección se expresa «en el lenguaje de la pulsión oral» (9 b), por la oposición ingerir-rechazar. Es ésta la etapa de lo que Freud denominó el «yo-placer purificado» (véase: Yo placer, Yo realidad). Los autores que consideran esta concepción freudiana en

una perspectiva cronológica se preguntan si el movimiento proyección-introyección presupone la diferenciación entre dentro y fuera, o si aquél constituye a ésta. Así, escribe Anna Freud: «Creemos que la introyección y la proyección aparecen en la época siguiente a la diferenciación del yo con respecto al mundo exterior» (12). Se opone, por lo tanto, a la escuela de Melanie Klein, que sitúa en primer plano la dialéctica de la introyección-proyección del objeto* «bueno» y «malo» y ve en ésta el verdadero fundamento de la diferenciación entre interior y exterior.

IV. Así, pues, Freud indicó ya cuál era, en su opinión, el ámbito metapsicológico de la proyección. Pero su concepción deja sin resolver una serie de problemas fundamentales, que no encuentran en sus obras una respuesta unívoca.

1) La primera dificultad se refiere a *lo que se proyecta*. Con frecuencia Freud describe la proyección como la deformación de un proceso normal que nos induce a buscar en el mundo exterior la *causa* de nuestros afectos: así es como parece concebir la proyección cuando se ocupa de ella en el caso de la fobia. Por el contrario, en el análisis del mecanismo paranoico, como se encuentra en el estudio del *Caso Schreber*, la apelación a la causalidad aparece como una racionalización *a posteriori* de la proyección: «[...] la afirmación "yo lo odio" se transforma por proyección en esta otra: "él me odia" (él me persigue), lo cual entonces me dará derecho a odiarlo» (5 c). En este caso es el *afecto* de odio (podríamos decir, la *pulsión* misma) lo que se proyecta. Finalmente, en algunos textos metapsicológicos, como *Las pulsiones y sus destinos* (*Triebe und Triebschicksale*, 1915) y *La negación* (*Die Verneinung*, 1925), es lo «odiado», lo «malo» lo que se proyecta. Nos acercamos aquí a una concepción «realista» de la proyección, que adquirirá su pleno desarrollo en M. Klein: para ésta, lo que se proyecta es el objeto «malo» (fantaseado), como si la pulsión o el afecto, para poder ser verdaderamente expulsados, debieran encarnarse necesariamente en un *objeto*.

2) Otra gran dificultad se pone de manifiesto en la concepción freudiana de la paranoia. En efecto, Freud no siempre sitúa en el mismo lugar la proyección en el conjunto del proceso defensivo de esta enfermedad. En los primeros trabajos en que trata de la proyección paranoica, la concibe como un mecanismo de defensa primario, cuya naturaleza se esclarece por oposición a la represión, que actúa en la neurosis obsesiva: en esta neurosis, la defensa primaria consiste en una represión en el inconsciente del conjunto del recuerdo patógeno y en la sustitución de éste por un «síntoma primario de defensa», la desconfianza de sí mismo. En la paranoia, la defensa primaria debe comprenderse en forma simétrica a la anterior: también hay represión, pero hacia el mundo exterior, y el síntoma primario de defensa lo constituye la desconfianza de los demás. El delirio se concibe como el fracaso de esta defensa y como el «retorno de lo reprimido», que vendría del exterior (4 d).

En el *Caso Schreber*, el lugar que ocupa la proyección es muy distinto; ésta se describe en el tiempo de la «formación del síntoma». Tal concepción llevaría a relacionar el mecanismo de la paranoia con el de

las neurosis: en un primer tiempo, el sentimiento intolerable (amor homosexual) sería reprimido hacia el interior, en el inconsciente, y transformado en su opuesto; en un segundo tiempo, sería proyectado hacia el mundo exterior: la proyección es aquí la forma en que retorna lo que ha sido reprimido en el inconsciente.

Esta diferencia en la concepción del mecanismo de la paranoia permite distinguir dos acepciones de la proyección:

a) un sentido comparable al cinematográfico: el sujeto envía fuera la imagen de lo que existe en él de forma inconsciente. Aquí la proyección se define como una forma de desconocimiento, que tiene por contrapartida el reconocimiento, en otra persona, de lo que precisamente se desconoce dentro del sujeto;

b) como un proceso de expulsión casi real: el sujeto arroja fuera de sí aquello que rechaza, volviéndolo a encontrar inmediatamente en el mundo exterior. Esquemáticamente podría decirse que aquí la proyección no se define como un «no querer saber», sino como un «no querer ser».

La primera perspectiva relaciona la proyección con una ilusión; la segunda, con una bipartición originaria del sujeto y del mundo exterior (véase: Repudio).

Este segundo enfoque no falta, por lo demás, en el estudio del *Caso Schreber*, como lo atestiguan las siguientes líneas: «No era exacto decir que la sensación suprimida en el interior se proyectaba al exterior; más bien reconocemos que lo que ha sido abolido [*aufgehobene*] en el interior vuelve desde el exterior» (5 d). Se observará que, en este pasaje, Freud designa con el nombre de proyección lo que acabamos de describir como una forma de simple desconocimiento; pero, en la misma medida, estima precisamente que aquella ya no basta para explicar la psicosis.

3) Otra dificultad se encuentra en la teoría freudiana de la alucinación y del sueño como proyección. Si, como insiste Freud, es lo displacentero lo que se proyecta, ¿cómo explicar la proyección de un cumplimiento de deseo? Este problema no escapó a Freud, el cual le dio una respuesta que podría formularse así: si bien, en su contenido, el sueño realiza un deseo agradable, en su función primaria es defensivo: tiene por fin ante todo mantener a distancia lo que amenaza con perturbar el sueño: «[...] en lugar de la sollicitación interna que aspiraba a ocupar [al durmiente] por completo, se ha instalado una experiencia externa, y él [el durmiente] se ha desembarazado de la sollicitación de ésta. Un sueño es pues, también, entre otras cosas, una proyección: una exteriorización de un proceso interno» (13).

V. 1) Como vemos, a pesar de estas dificultades de fondo, la utilización freudiana del término «proyección» se halla claramente orientada. Se trata siempre de arrojar fuera lo que no se desea reconocer en sí mismo o ser uno mismo. Al parecer, este sentido de rechazo, de arrojar fuera, no era el preponderante antes de Freud en el empleo lingüístico,

como lo atestiguan, por ejemplo, las siguientes líneas de Renan: «El niño proyecta sobre todas las cosas lo maravilloso que lleva en sí mismo». Este empleo ha sobrevivido, como es natural, a la concepción freudiana y explica algunas ambigüedades actuales de la noción de proyección en psicología e incluso a veces entre los psicoanalistas (α).

2) Aunque nos esforcemos en conservar para la noción de proyección el sentido preciso que le da Freud, no es posible negar la existencia de todos los procesos que hemos clasificado y distinguido más arriba (véase I). Por otra parte, el psicoanalista no deja de señalar que la proyección, como rechazo, como desconocimiento, interviene en estos diversos procesos.

Ya la proyección, en un órgano corporal, de un estado de tensión, de un sufrimiento difuso, permite fijar éste y desconocer el verdadero origen (véase más arriba I, b).

Asimismo es fácil mostrar, a propósito de los tests proyectivos (véase más arriba I, c), que no se trata aquí solamente de una estructuración de los estímulos en concordancia con la estructura de la personalidad: el sujeto, de modo especial en las láminas del T. A. T., proyecta seguramente lo que él es, pero también lo que él no quiere ser. Cabría preguntarse si la técnica proyectiva no suscita en forma electiva el mecanismo de proyección de lo «malo» afuera.

Se observará también que un psicoanalista no asimilará la transferencia en su conjunto a una proyección (véase más arriba I, d); en cambio, reconocerá que la proyección puede intervenir en la transferencia. Así, por ejemplo, dirá que el sujeto proyecta sobre su analista su superyó, logrando, mediante esta expulsión, una situación más ventajosa, un alivio de su conflicto interno.

Finalmente, las relaciones entre la identificación y la proyección son muy complejas, en parte por la utilización imprecisa de la terminología. En ocasiones se dice indistintamente que el histérico, por ejemplo, *se proyecta en o se identifica con* un determinado personaje. La confusión es tal que Ferenczi habló incluso de introyección para designar este proceso. Sin que pretendamos en modo alguno exponer aquí la articulación de los dos mecanismos de la identificación y la proyección, cabe pensar que en el caso citado se efectúa un empleo abusivo del término «proyección». En efecto, sólo encontramos en él lo que se halla siempre implícito en la definición psicoanalítica de la proyección: una bipartición en el seno de la persona y el arrojar sobre otro la parte de sí mismo que ha sido rechazada.

(α) Una anécdota ilustrará esta confusión. Durante un coloquio entre filósofos de dos tendencias distintas, uno de los participantes declara: «¿No tenemos el mismo programa?». «I hope not» responde uno de los pertenecientes al grupo opuesto. En sentido psicológico corriente, se dirá que el primero ha «proyectado»; en sentido freudiano, cabe suponer que es el segundo el que ha proyectado, en la medida en que su actitud revela un hechazo radical de las ideas de su interlocutor, ideas que él teme encontrar en sí mismo.

PRUEBA DE REALIDAD

= Al.: Realitätsprüfung. — Fr.: épreuve de réalité. — Ing.: realitytesting. — It.: esame di realtà. — Por.: prova de realidade.

Proceso postulado por Freud, que permite al sujeto distinguir los estímulos procedentes del mundo exterior de los estímulos internos, y prevenir la posible confusión entre lo que el sujeto percibe y lo que meramente se representa, confusión que se hallaría en el origen de la alucinación.

El término *Realitätsprüfung* no aparece hasta 1911 en *Formulaciones sobre los dos principios del funcionamiento psíquico* (*Formulierung über die zwei Prinzipien des psychischen Geschehens*), pero el problema que comporta se planteó a partir de los primeros escritos teóricos de Freud.

Uno de los presupuestos fundamentales del Proyecto de 1895 es el de que, en su origen, el aparato psíquico no dispone de un criterio para distinguir entre una representación, fuertemente catectizada, del objeto satisfactorio (véase: Experiencia de satisfacción) y la percepción de éste. Ciertamente, la percepción (que Freud adscribe a un sistema especializado del aparato neuronal) se halla en relación directa con los objetos exteriores reales y proporciona «signos de realidad», pero éstos pueden igualmente ser provocados por la catexis de un recuerdo, la cual, cuando es lo bastante intensa, conduce a la alucinación. Para que el signo de realidad (también llamado signo de cualidad) posea el valor de un criterio cierto, es necesario que se produzca una inhibición de la catexis del recuerdo o de la imagen, lo que supone la constitución de un yo.

Como puede verse, en esta etapa del pensamiento freudiano, no es una «prueba» lo que decide sobre la realidad de lo que se representa, sino un modo de funcionamiento interno del aparato psíquico. En *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), el problema se plantea en términos similares: la realización alucinatoria del deseo, especialmente en el sueño, se concibe como el resultado de una «regresión» tal que el sistema perceptivo se encuentra cargado por las excitaciones internas.

Solamente en el *Complemento metapsicológico a la teoría de los sueños* (*Metapsychologische Ergänzung zur Traumlehre*, 1917) se discute el problema en forma más sistemática:

1.º ¿Cómo una representación, en el sueño y en la alucinación, implica la creencia en su realidad? La regresión únicamente constituye una explicación en la medida en que existe no sólo una recatectización de imágenes mnémicas, sino también del propio sistema Pc-Cs.

2.º La prueba de realidad se define como un dispositivo (*Einrichtung*) que permite efectuar una discriminación entre las excitaciones externas, que pueden ser controladas por la acción motriz, y las excitaciones internas, que aquélla no puede suprimir. Este dispositivo se adscribe al sistema Cs, en tanto que éste gobierna la motilidad; Freud lo incluye «entre las grandes instituciones del yo» (I a) (α).

3.º La prueba de realidad puede dejar de funcionar en las enferme-

dades alucinatorias y en el sueño, en la medida en que la desviación parcial o total de la realidad es correlativa de un estado de retiro de la catexis del sistema Cs: éste se encuentra entonces libre para cualquier catexis que le llegue desde dentro. «Las excitaciones que [...] han seguido la vía de la regresión encuentran esta vía libre hasta el sistema Cs, en el que adquirirán el valor de una realidad incontestable» (1 b).

Al parecer coexisten en este texto dos concepciones distintas de lo que permite discriminar entre percepción y representación de origen interno. Por una parte, una concepción económica: la diversa distribución de las catexis entre los sistemas explica la diferencia entre el sueño y el estado de vigilia. Por otra parte, dentro de una concepción más empirista, tal discriminación se efectuaría mediante una exploración motriz.

En uno de sus últimos trabajos, *Esquema del psicoanálisis* (*Abriss der Psychoanalyse*, 1938), Freud vuelve a este problema. La prueba de realidad se define como un «dispositivo especial» que sólo se vuelve necesario cuando ha aparecido la posibilidad de que los procesos internos informen a la conciencia en forma distinta a las simples variaciones cuantitativas de placer y de displacer (2 a). «Dado que las huellas mnémicas, sobre todo por su asociación a los restos verbales, pueden volverse conscientes al igual que las percepciones, subsiste aquí una posibilidad de confusión capaz de conducir a un desconocimiento de la realidad. El yo se protege de ella haciendo intervenir el dispositivo de *prueba de realidad* [...]» (2 b).

En este texto, Freud se aplica en deducir la razón de ser de la prueba de realidad, pero no a describir en qué consiste.

El término «prueba de realidad», muy a menudo utilizado en la literatura psicoanalítica con aparente acuerdo sobre su sentido, sigue siendo, de hecho, impreciso y confuso: se emplea en relación con diversos problemas, que conviene distinguir:

I. Si nos atenemos estrictamente a la formulación de Freud:

1.º la prueba de realidad es la más generalmente invocada a propósito de la distinción entre alucinación y percepción;

2.º no obstante, sería un error suponer que la prueba de realidad sea capaz de efectuar para el sujeto la discriminación entre la alucinación y la percepción. Cuando se ha instaurado el estado alucinatorio o el sueño, ninguna «prueba» permite suprimirlos. Parece, pues, que en los casos en los que la prueba de realidad debería teóricamente desempeñar una función discriminativa, se halla desprovista de eficacia (así, en el paciente alucinado, la acción motriz resulta inútil como medio de distinguir lo subjetivo de lo objetivo);

3.º en consecuencia, Freud se vio inducido a determinar las condiciones capaces de evitar la aparición misma del estado alucinatorio, es decir, de impedir el paso de la reviviscencia de la imagen a la creencia en la realidad de ésta. Pero aquí no se trata ya de una «prueba», ya que esta palabra lleva implícita la idea de una tarea que se desarrolla en el tiempo y que es susceptible de aproximación, ensayos y errores. Freud re-

curre entonces como principio explicativo a un conjunto de condiciones metapsicológicas, fundamentalmente económicas y tópicas.

II. Para salir de esta aporía, se podría intentar ver en el modelo freudiano de la satisfacción alucinatoria del lactante, no una explicación del hecho alucinatorio como aparece en clínica, sino una hipótesis genética en relación con la constitución del yo a través de las distintas modalidades de la oposición entre el yo y el no-yo.

Si se intenta esquematizar, con Freud, esta constitución (véase: Yo-placer, yo-realidad), pueden reconocerse en ella tres tiempos: un primer tiempo en el que el acceso al mundo real se halla fuera de toda problemática; «el yo-realidad del comienzo distingue lo interior de lo exterior según un buen criterio objetivo» (3). Existe una «ecuación percepción-realidad (mundo exterior)» (2 c). «Al principio, la existencia de la representación es una garantía de la realidad de lo representado» (4 a), mientras que, desde el interior, el yo sólo es informado, por las sensaciones de placer y de displacer, de los cambios cuantitativos de la energía pulsional.

En un segundo tiempo, llamado del «yo-placer», el par antitético ya no es el de lo subjetivo y lo objetivo, sino el de lo placentero y lo displacer, siendo el yo idéntico a todo lo que constituye una fuente de placer, y el no-yo a todo lo displacer. Freud no relaciona explícitamente esta etapa con la de la satisfacción «alucinada», pero parece que se está autorizado a hacerlo, puesto que, para el «yo-placer» no existe un criterio que permita distinguir si la satisfacción está o no ligada a un objeto exterior.

El tercer tiempo, denominado «yo-realidad definitivo» sería correlativo a la aparición de una distinción entre lo que es simplemente «representado» y lo que es «percibido». La prueba de realidad sería lo que permitiría esta distinción, y por su medio la constitución de un yo que se diferencia de la realidad exterior en el movimiento mismo que lo instituye como realidad interna. Así, en *La negación* (*Die Verneinung*, 1925), Freud describe la prueba de realidad como algo que se halla en el principio del juicio de existencia (que afirma o niega que una representación tenga su correlato en la realidad). Esta prueba se ha vuelto necesaria por el hecho de que «[...] el pensamiento posee la capacidad de traer de nuevo a presencia, por su reproducción en la representación, algo que ha sido percibido en otro momento, sin necesidad de que el objeto exista todavía en el exterior» (4 b).

III. Bajo el término «prueba de realidad» parecen confundirse también dos funciones bastante distintas: una, fundamental, que consistiría en diferenciar lo que es simplemente representado de lo que es percibido y, por ende, instituiría la diferenciación entre el mundo interior y el mundo exterior; la otra consistiría en comparar lo objetivamente percibido con lo representado, con vistas a *rectificar* las eventuales deformaciones de esto último. El propio Freud incluyó estas dos funciones bajo el mismo epígrafe de prueba de realidad (4 c). Así, llama prueba de realidad no solamente la acción motriz, única capaz de asegurar la

distinción entre lo externo y lo interno (1 c), sino también, como, por ejemplo, en el caso del duelo, el hecho de que el sujeto, enfrentado a la pérdida del objeto amado, aprende a modificar su mundo personal, sus proyectos, sus deseos, en función de esta pérdida real.

Dicho esto, Freud no explicitó en ningún sitio tal distinción, y al parecer, en el empleo actual, ha persistido o incluso se ha reforzado la confusión inherente al concepto «prueba de realidad». En efecto, esta expresión puede inducir a considerar la realidad como aquello que pone a prueba, mide y atestigua el grado de realismo de los deseos y fantasías del sujeto, les sirve de patrón. Entonces se tiende, en último extremo, a confundir la cura analítica con una reducción progresiva de lo que ofrecía de *arreal* el mundo personal del sujeto. Esto equivaldría a olvidar uno de los principios constitutivos del psicoanálisis: «Que no se debe introducir en las formaciones psíquicas reprimidas el patrón de realidad; ya que entonces se correría el peligro de subestimar el valor de las fantasías en la formación de los síntomas aduciendo precisamente que aquéllas no son realidades, o hacer derivar un sentimiento de culpabilidad neurótico de otro origen, porque no puede probarse la existencia de un crimen realmente cometido» (5). También expresiones como «realidad de pensamiento» (*Denkrealität*) y «realidad psíquica»* implican la idea de que las estructuras inconscientes no sólo deben considerarse como dotadas de una realidad específica que obedece a sus leyes propias, sino que pueden adquirir para el sujeto un pleno valor de realidad (véase: Fantasía).

(a) Se observa en Freud cierta vacilación en cuanto a la situación tópica de la prueba de realidad. En cierto momento de la evolución de su pensamiento emitió la interesante idea de que dicha prueba podría depender del ideal del yo (6).

PSICOANÁLISIS

= *Al.*: Psychoanalyse. — *Fr.*: psychanalyse. — *Ing.*: psycho-analysis. — *It.*: psicoanalisi o psicanalisi. — *Por.*: psicanálise.

Disciplina fundada por Freud y en la que, con él, es posible distinguir tres niveles:

A) Un método de investigación que consiste esencialmente en evidenciar la significación inconsciente de las palabras, actos, producciones imaginarias (sueños, fantasías, delirios) de un individuo. Este método se basa principalmente en las asociaciones libres del sujeto, que garantizan la validez de la interpretación*. La interpretación psicoanalítica puede extenderse también a producciones humanas para las que no se dispone de asociaciones libres.

B) Un método psicoterápico basado en esta investigación y caracterizado por la interpretación controlada de la resistencia*, de la transferencia* y del deseo*. En este sentido se utiliza la palabra *psicoanálisis* como sinónimo de *cura psicoanalítica*; ejemplo: emprender un psicoanálisis (o un análisis).

C) Un conjunto de teorías psicológicas y psicopatológicas en las que se sistematizan los datos aportados por el método psicoanalítico de investigación y de tratamiento.

Freud utilizó primeramente los términos *análisis*, *análisis psíquico*, *análisis psicológico*, *análisis hipnótico*, en su primer artículo *Las psiconeurosis de defensa* (*Die Abwehr-Neuropsychosen*, 1894) (1). Sólo más tarde introdujo el término *psicoanálisis* en un artículo sobre la etiología de las neurosis, publicado en francés (2). En alemán, *Psychoanalyse* figura por vez primera en 1896 en *Nuevas observaciones sobre las psiconeurosis de defensa* (*Weitere Bemerkungen über die Abwehr-Neuropsychosen*) (3). El empleo del término «psicoanálisis» consagró el abandono de la catarsis*, practicada bajo hipnosis y de la sugestión, y el recurrir a la única regla de la asociación libre para obtener el material*.

Freud dio varias definiciones del psicoanálisis. Una de las más explícitas se encuentra al principio del artículo de la *Encyclopédie* aparecido en 1922: «Psicoanálisis es el nombre:

- 1.º de un método para la investigación de procesos mentales prácticamente inaccesibles de otro modo;
- 2.º de un método, basado en esta investigación, para el tratamiento de los trastornos neuróticos;
- 3.º de una serie de concepciones psicológicas adquiridas por este medio y que en conjunto van en aumento para formar progresivamente una nueva disciplina científica» (4).

La definición propuesta al principio reproduce, en forma más detallada, la que Freud dio en este texto.

Acerca de la elección del término «psicoanálisis», nada mejor que ceder la palabra a quien forjó el término en la misma época en que efectuaba su descubrimiento: «Llamamos psicoanálisis al trabajo mediante el cual traemos a la conciencia del enfermo lo psíquico reprimido en él. ¿Por qué "análisis", que significa fraccionamiento, descomposición, y sugiere una analogía con el trabajo que efectúa el químico en las sustancias que encuentra en la naturaleza y que lleva a su laboratorio? Porque tal analogía es efectivamente fundada, en un importante aspecto. Los síntomas y manifestaciones patológicas del paciente son, como todas sus actividades psíquicas, de naturaleza altamente compuesta; los elementos de esta composición son, en último término, motivaciones, mociones pulsionales. Pero el paciente nada sabe, o muy poco, de estas motivaciones elementales. Le enseñamos, pues, a comprender la composición de estas formaciones psíquicas altamente complicadas, referimos los síntomas a las mociones pulsionales que los motiva, señalamos al enfermo en sus síntomas la intervención de motivaciones pulsionales hasta entonces ignoradas por él, en forma similar a como el químico separa la sustancia fundamental, el elemento químico, de la sal en la cual, al combinarse con otros elementos, resultaba irreconocible. De igual modo mostramos al enfermo, basándonos en las manifestaciones psíquicas consideradas como no patológicas, que él sólo era imperfectamente consciente de su motivación, que otras mociones pulsionales, que permanecían ignoradas para él, han contribuido a producirlas.

»También hemos explicado la tendencia sexual del ser humano fraccionándola en sus componentes, y, cuando interpretamos un sueño, pres-

cindimos de considerar el sueño como una totalidad y hacemos partir las asociaciones de sus elementos aislados.

»Esta comparación justificada de la actividad psicoanalítica con un trabajo químico podría sugerir una nueva dirección a nuestra terapia [...]. Se nos ha dicho: al análisis del psiquismo enfermo debe seguir su síntesis. Y pronto se experimentó inquietud por la posibilidad de que el enfermo recibiese demasiado análisis y no bastante síntesis, y se insistió en que la acción psicoterápica dependería de esta síntesis, de esta especie de restauración de lo que, por así decirlo, había sido destruido por la vivisección.

»[...] La comparación con el análisis químico encuentra su límite en el hecho de que, en la vida psíquica, nos enfrentamos con tendencias que se hallan sometidas a una compulsión a la unificación y a la combinación. Cuando llegamos a descomponer un síntoma, a liberar una moción pulsional de un conjunto de relaciones, aquél no permanece aislado, sino que entra inmediatamente a formar parte de un nuevo conjunto.

»[...] También en el sujeto que se halla bajo tratamiento analítico, la psicosis se realiza sin nuestra intervención, en forma automática e inevitable» (5).

La *Standard Edition* (6) contiene una lista de las principales exposiciones generales sobre el psicoanálisis, publicadas por Freud.

La boga alcanzada por el psicoanálisis ha inducido a numerosos autores a designar con este término ciertos trabajos cuyo contenido, método y resultados, no tienen más que una relación muy remota con el psicoanálisis propiamente dicho.

PSICOANÁLISIS SALVAJE

= *Al.*: wilde Psychoanalyse. — *Fr.*: psychanalyse sauvage. — *Ing.*: wild analysis. — *It.*: psicoanalisi selvaggia. — *Por.*: psicanálise selvagem, o inculta.

En sentido amplio, tipo de intervenciones de «analistas» aficionados o inexpertos, que se basan en conceptos psicoanalíticos a menudo mal comprendidos para interpretar síntomas, sueños, palabras, actos, etc. En sentido más técnico, se califica de salvaje una interpretación que no tiene en cuenta una determinada situación analítica, en su singularidad y en su dinámica actual, en especial revelando directamente el contenido reprimido sin tener en cuenta las resistencias y la transferencia.

En el artículo que consagró al análisis salvaje *Psicoanálisis «silvestre»* (*Über «wilde» Psychoanalyse*, 1910), Freud lo definió ante todo por la ignorancia; el médico cuya intervención crítica había cometido errores científicos (referentes a la naturaleza de la sexualidad, de la represión, de la angustia) y técnicos: «constituye un error de técnica lanzar bruscamente al rostro del paciente, durante la primera visita, los secretos que el médico ha adivinado» (1 a). Así, puede decirse que todos aquellos que tienen «alguna noción de los descubrimientos del psicoanálisis», pero no han recibido la formación teórica y técnica necesaria (α) efectúan un análisis salvaje.

Pero la crítica de Freud va aún más lejos: se extiende a los casos en que el diagnóstico formulado es correcto y la interpretación del contenido inconsciente exacta. «Ya hace mucho tiempo dejamos atrás la concepción según la cual el enfermo sufre de una especie de ignorancia: suprimiendo ésta mediante la comunicación (acerca de las relaciones causales entre su enfermedad y su biografía, los acontecimientos de su infancia, etc.), la curación sería segura. Pero no es este desconocimiento en sí el factor patógeno, sino el hecho de que esta ignorancia se basa en *resistencias internas* que le dieron origen y que continúan manteniéndola [...]. Comunicando a los enfermos su inconsciente, se provoca siempre en ellos una reactivación de sus conflictos y una agravación de sus dolencias» (1 b). Es por esto que tales revelaciones exigen que la transferencia esté bien establecida y que los contenidos reprimidos se hayan aproximado a la conciencia. De lo contrario, crean una situación de ansiedad no controlada por el analista. En este sentido, el método analítico en sus comienzos, todavía mal diferenciado, como subrayó Freud con frecuencia, de las técnicas hipnóticas y catárticas, puede calificarse hoy en día de salvaje.

Sin embargo, sería presuntuoso considerar el análisis salvaje como algo propio de psicoterapeutas no cualificados o como algo perteneciente a épocas pasadas del psicoanálisis, lo que constituye un modo cómodo de creerse a salvo del mismo. En efecto, lo que Freud denuncia en el análisis salvaje no es tanto la ignorancia como cierta actitud del analista que encontraría en su «ciencia» la justificación de su poder. En un artículo en que Freud aborda la cuestión del análisis salvaje, aunque sin utilizar este término, cita el Hamlet: «¿Creéis que es más fácil servirse de mí que de una flauta?» (2). En este sentido, es evidente que el análisis de las defensas o de la transferencia puede efectuarse de un modo tan salvaje como el del contenido.

Ferenczi definía el análisis salvaje como la «compulsión a analizar», compulsión que puede manifestarse tanto dentro como fuera de la situación analítica; lo contraponen a la *elasticidad* que exige todo análisis desde el momento en que no se ve en él una estructura edificada según un plan preestablecido (3). Glover hace observar que el analista que «salta» sobre un lapsus, aísla un sueño o uno de sus fragmentos, halla en ello ocasión de experimentar una «frágil omnipotencia» (4).

Continuando tales observaciones, veríamos en el análisis salvaje, «sabio» o ignorante, una resistencia del analista al análisis singular en el que está implicado, resistencia que ofrece el peligro de conducirla a desconocer la palabra de su paciente y a «imponer» sus interpretaciones.

(*) Precisamente en 1910, año de la aparición de este artículo, se creó la Asociación Internacional de Psicoanálisis.

PSICONEUROSIS

= *Al.*: Neuropsychose. — *Fr.*: psychonévrose. — *Ing.*: psychoneurosis, o neuro-psychosis. — *It.*: psiconevrosi. — *Por.*: psiconeurose.

Término utilizado por Freud para caracterizar, contraponiéndolas a las neurosis actuales, las afecciones psíquicas cuyos síntomas constituyen la expresión simbólica de los conflictos infantiles, a saber, las neurosis de transferencia* y las neurosis narcisistas*.

El término «psiconeurosis» aparece muy pronto en Freud, por ejemplo, en el artículo *Las psiconeurosis de defensa* (*Die Abwehr-Neuropsychosen*, 1894), que, según nos indica el subtítulo, intenta dar «una teoría psicológica de la histeria adquirida, de numerosas fobias y obsesiones y de ciertas psicosis alucinatorias».

Cuando Freud habla de psiconeurosis, hace recaer el acento en la psicogénesis de las afecciones incluidas bajo este epígrafe. Utilizará el término sobre todo contraponiéndolo al de neurosis actuales*, por ejemplo en *La herencia y la etiología de las neurosis* (1896); *La sexualidad en la etiología de las neurosis* (*Die Sexualität in der Ätiologie der Neurosen*, 1898). Esta oposición se vuelve a encontrar en las *Lecciones de introducción al psicoanálisis* (*Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, 1916-1917).

Como puede verse, el término «psiconeurosis» no es sinónimo de neurosis*; por una parte, no incluye las neurosis actuales, y, por otra, comprende las neurosis narcisistas, que Freud llamará también psicosis, siguiendo un estilo psiquiátrico que más tarde se fue añañando cada vez más.

Se observará también que, en el lenguaje psiquiátrico corriente, en ocasiones una ambigüedad respecto al término «psiconeurosis», como si el radical «psico» evocase para algunos autores el término de «psicosis»: se llega incluso a hablar de psiconeurosis con la errónea intención de conferir a la neurosis un matiz suplementario de gravedad o incluso de organicidad.

PSICONEUROSIS DE DEFENSA

= Al.: Abwehr-Neuropsychose. — Fr.: psychonévrose de défense. — Ing.: defence neuro-psychosis. — It.: psiconevrosi da difesa. — Por.: psiconeurose de defesa.

Término utilizado por Freud durante los años 1894-1896 para designar cierto número de afecciones psiconeuróticas (histeria, fobia, obsesión, ciertas psicosis), poniendo en evidencia en ellas el papel, descubierto en la histeria, del conflicto defensivo.

Una vez adquirida la idea de que, en toda psiconeurosis, la defensa desempeña una función esencial, el término «psiconeurosis de defensa», que estaba justificado por su valor heurístico, desaparece a expensas del de psiconeurosis.

El término fue introducido en un artículo de 1894, *Las psiconeurosis de defensa* (*Die Abwehr-Neuropsychosen*), en el que Freud se dedica a destacar el papel de la defensa en el campo de la histeria, y luego a encontrar también la intervención de otras formas de defensa en las fobias, las obsesiones y algunas psicosis alucinatorias. En esta fase de su pensamiento, Freud no intenta generalizar la noción de defensa ni al conjunto de la histeria (véase: Histeria de defensa), ni al conjunto de las psiconeurosis, como hará algún tiempo después. En efecto, en el ar-

ticulo de 1896, *Nuevas observaciones sobre las psiconeurosis de defensa* (*Weitere Bemerkungen über die Abwehr-Neuropsychosen*), se considera ya como un hecho adquirido el de que la defensa constituye «el punto nuclear del mecanismo psíquico de las neurosis en cuestión» (1).

PSICOSIS

= *Al.*: Psychose. — *Fr.*: psychose. — *Ing.*: psychosis. — *It.*: psicosi. — *Por.*: psicose.

1.º En clínica psiquiátrica, el concepto «psicosis» se toma casi siempre en una extensión extremadamente amplia, comprendiendo toda una serie de enfermedades mentales, tanto si son manifestamente organogénicas (como la parálisis general progresiva) como si su causa última es problemática (como la esquizofrenia).

2.º El psicoanálisis no se ocupó desde un principio de construir una clasificación que abarcara la totalidad de las enfermedades mentales de las que trata la psiquiatría; su interés se dirigió primero sobre las afecciones más directamente accesibles a la investigación analítica y, dentro de este campo, más restringido que el de la psiquiatría, las principales distinciones se establecieron entre las perversiones*, las neurosis* y las psicosis.

Dentro de este último grupo, el psicoanálisis ha intentado definir diversas estructuras: paranoia (en la que incluye, de un modo bastante general, las enfermedades delirantes) y esquizofrenia, por una parte; por otra, melancolía y manía. Fundamentalmente, es una perturbación primaria de la relación libidinal con la realidad lo que, según la teoría psicoanalítica, constituye el denominador común de las psicosis, siendo la mayoría de los síntomas manifiestos (especialmente la construcción delirante) tentativas secundarias de restauración del lazo objetal.

La aparición del término «psicosis» en el siglo XIX marca una evolución que condujo a erigir las enfermedades mentales en un dominio autónomo, diferenciándolas no sólo de las enfermedades del cerebro o de los nervios, como enfermedades del cuerpo, sino también de lo que la tradición filosófica consideraba como «enfermedades del alma»: el error y el pecado (α).

Durante el siglo XIX, la noción de psicosis se difunde, sobre todo en la literatura psiquiátrica de lengua alemana, para designar las enfermedades mentales en general, la locura, la alienación, aunque ello no presuponga una teoría psicogenética de las mismas. Sólo a finales del siglo XIX se establece el par de términos opuestos neurosis-psicosis, que se excluyen entre sí, por lo menos desde el punto de vista conceptual. En efecto, la evolución de estos dos términos se realizó en planos diferentes: el grupo de las neurosis se fue limitando poco a poco a partir de cierto número de afecciones consideradas como enfermedades de los nervios; ora se tratase de afecciones que se manifestaran en un determinado órgano, pero en las cuales, por faltar lesiones, se inculpará a un mal funcionamiento del sistema nervioso (neurosis cardíaca, neurosis digestiva, etc.), ora porque existieran signos neurológicos sin lesión detectable y sin fiebre (corea, epilepsia, manifestaciones neurológicas de la histeria). Esquemáticamente puede decirse que este grupo de enfermos consultaba al médico y no era enviado al asilo y, por otra parte, el término «neurosis» implicaba una clasificación de tipo etiológico (enfermedades funcionales de los nervios).

A la inversa, la noción de psicosis designa entonces las afecciones que pertenecen al alienista y se traducen por una sintomatología esencialmente psíquica, lo que en modo alguno implica que, para los autores que utilizan este término, las psicosis no tengan su causa en el sistema nervioso.

En Freud, desde sus primeros trabajos y en su correspondencia con W. Fliess, se encuentra una distinción bien establecida entre psicosis y neurosis. Así, en el manuscrito H del 24-I-1894, en el que propone una clasificación de conjunto de las defensas psicopatológicas, Freud designa como psicosis la confusión alucinatoria, la paranoia y la psicosis histérica (que diferencia de la neurosis histérica); asimismo, en los dos textos que dedica a las psiconeurosis de defensa, parece considerar como establecida la distinción entre psicosis y neurosis y habla, por ejemplo, de «psicosis de defensa» (1).

De todos modos, en este período, la principal preocupación de Freud consiste en hacer resaltar el concepto de defensa y descubrir sus diversas modalidades que intervienen en las distintas afecciones; desde el punto de vista nosográfico, la principal distinción es la que se establece entre psiconeurosis (de defensa) y neurosis actuales. Será mantenido por Freud ulteriormente, pero cada vez se insistirá más en la diferenciación que conviene establecer dentro del grupo de las psiconeurosis, lo que conduce a conferir un valor axial a la oposición neurosis-psicosis. (*Acercas de la evolución de la clasificación freudiana, véase especialmente: Neurosis; Neurosis narcisista.*)

En la actualidad existe gran unanimidad en clínica psiquiátrica, independientemente de la diversidad de escuelas, acerca de los dominios respectivos de la psicosis y de la neurosis: a este respecto puede consultarse, por ejemplo, la *Encyclopédie médico-chirurgicale (Psychiatrie)*, dirigida por Henri Ey. Resulta evidentemente muy difícil determinar el posible papel desempeñado por el psicoanálisis en esta fijación de las categorías nosográficas, ya que, desde E. Bleuler y la escuela de Zurich, su historia ha estado íntimamente inmiscuida con la evolución de las ideas psiquiátricas.

Considerado en su *comprensión*, el concepto de psicosis sigue estando definido en psiquiatría, de un modo más intuitivo que sistemático, por medio de datos tomados de los más diversos registros. En las definiciones más usuales coexisten a menudo criterios como la incapacidad de adaptación social (problema de la hospitalización), la mayor o menor «gravedad» de los síntomas, la perturbación de la facultad de comunicación, la falta de conciencia de enfermedad, la pérdida de contacto con la realidad, el carácter «incomprensible» (según término de Jaspers) de los trastornos, el determinismo orgánico o psicogenético, las alteraciones más o menos profundas e irreversibles del yo.

En la medida en que puede sostenerse que el psicoanálisis se halla en gran parte en el origen de la oposición neurosis-psicosis, no puede pedir a otras escuelas psiquiátricas la tarea de aportar una definición coherente y estructural de la psicosis. En la obra de Freud, esta preocupa-

ción, sin que sea central, se halla, no obstante, presente y se traduce en diversos momentos por tentativas de las que aquí solamente podemos indicar sus direcciones.

1.º En los primeros trabajos Freud intenta poner de manifiesto la intervención, basándose en el ejemplo de ciertas psicosis, del conflicto defensivo contra la sexualidad, cuya función acaba de descubrir en el síntoma neurótico; pero simultáneamente intenta especificar los mecanismos originales que operan desde un principio en la relación del sujeto con el exterior: «rechazo» (*verwerfen*) radical fuera de la conciencia en el caso de la confusión alucinatoria (2) (véase: Repudio), o incluso una proyección originaria del «reproche» al exterior (3) (véase: Proyección).

2.º Dentro de su primera teoría del aparato psíquico y de las pulsiones, Freud, durante los años 1911-1914 (análisis del *Caso Schreber*; *Introducción al narcisismo*), vuelve a examinar el problema desde el punto de vista de la relación entre las catexis libidinales y las catexis de las pulsiones del yo («interés») sobre el objeto. Este enfoque explicaría, en forma matizada y flexible, ciertas constataciones clínicas que indican que en las psicosis no debe recurrirse a la idea de la «pérdida de realidad» de un modo total y sin discriminación.

3.º En la segunda teoría del aparato psíquico, la oposición neurosis-psicosis tiene en cuenta la posición intermedia del yo entre el ello y la realidad. Así como, en la neurosis, el yo, obedeciendo las exigencias de la realidad (y del superyó) reprime las reivindicaciones pulsionales, en la psicosis se produce al principio una ruptura entre el yo y la realidad, que deja al yo bajo el dominio del ello; en un segundo tiempo, el del delirio, el yo reconstruiría una nueva realidad, conforme a los deseos del ello. Como puede verse, al estar aquí todas las pulsiones agrupadas en un mismo polo del conflicto defensivo (el ello), Freud se ve inducido a atribuir a la realidad misma el papel de una verdadera fuerza autónoma, casi como el de una instancia del aparato psíquico. Se pierde de vista la distinción entre catexis libidinal e interés, siendo este último, en la concepción precedente, el encargado de mediatizar, dentro del aparato, una relación adaptativa a la realidad.

4.º Este esquema simplificado, en el cual se pretende con demasiada frecuencia encerrar la teoría freudiana de la psicosis, no fue considerado por el propio Freud como enteramente satisfactorio (4). En la última etapa de su obra, volvió a ocuparse de la investigación de un mecanismo original de rechazo de la realidad o más bien de cierta «realidad» particular, la castración, e insistió en el concepto de renegación* (véase este término).

(*) Según R. A. Hunter e I. Macalpine (5), el término «psicosis» fue introducido en 1845 por Feuchtersleben en su *Manual de psicología médica* (*Lehrbuch der ärztlichen Seelenkunde*). Para este autor, la palabra psicosis designa la enfermedad mental (*Seelenkrankheit*), mientras que la palabra neurosis designa las enfermedades del sistema nervioso, de las cuales sólo algunas pueden traducirse por los síntomas de una «psicosis». «Toda psicosis es al mismo tiempo una neurosis, puesto que, sin la intervención de la vida nerviosa, no se manifiesta ninguna modificación de lo psíquico; pero no toda neurosis es igualmente una psicosis».

PSICOTERAPIA

= *Al.*: Psychotherapie. — *Fr.*: psychothérapie. — *Ing.*: psychotherapy. — *It.*: psicoterapia. — *Por.*: psicoterapia.

A) En sentido amplio, todo método de tratamiento de los desórdenes psíquicos o corporales que utilice medios psicológicos y, de manera más precisa, la relación del terapeuta con el enfermo: hipnosis, sugestión, reeducación psicológica, persuasión, etc.; en este sentido, el psicoanálisis es una forma de psicoterapia.

B) En sentido más estricto, a menudo se opone el psicoanálisis a las diversas formas de psicoterapia, por diversas razones, especialmente: la función primordial que en él desempeña la interpretación del conflicto inconsciente y el análisis de la transferencia, que tiende a su resolución.

C) Con el nombre de «psicoterapia analítica» se designa una forma de psicoterapia basada en los principios teóricos y técnicos del psicoanálisis, aunque sin realizar las condiciones de una cura psicoanalítica rigurosa.

PULSION

= *Al.*: Trieb. — *Fr.*: pulsion. — *Ing.*: instinct o drive. — *It.*: istinto o pulsione. — *Por.*: impulso o pulsão.

Proceso dinámico consistente en un empuje (carga energética, factor de motilidad) que hace tender al organismo hacia un fin. Según Freud, una pulsión tiene su fuente en una excitación corporal (estado de tensión); su fin es suprimir el estado de tensión que reina en la fuente pulsional; gracias al objeto, la pulsión puede alcanzar su fin.

I. Desde el punto de vista terminológico, el término «pulsión» fue introducido en las traducciones de Freud como equivalente al alemán *Trieb*. Las traducciones francesas utilizan la palabra *pulsión*, para evitar las implicaciones de términos de uso más antiguo, como «instinto» y «tendencia». Este convenio no ha sido siempre respetado, a pesar de estar justificado.

1.º En lengua alemana existen las dos palabras *Instinkt* y *Trieb*. El término *Trieb* es de raíz germánica, se utiliza desde muy antiguo y sigue conservando el matiz de empuje (*treiben* = empujar); el acento recae menos en una finalidad precisa que en una orientación general, y subraya el carácter irrepresible del empuje más que la fijeza del fin y del objeto.

Algunos autores emplean, al parecer, indistintamente los términos *Instinkt* y *Trieb* (α); otros parecen efectuar una distinción implícita, reservando *Instinkt* para designar, por ejemplo en zoología, un comportamiento hereditariamente fijado y que aparece en una forma casi idéntica en todos los individuos de una misma especie (1).

2.º En Freud, se encuentran ambos términos con acepciones claramente distintas. Cuando Freud habla de *Instinkt*, es para calificar un comportamiento animal fijado por la herencia, característico de la especie, preformado en su desenvolvimiento y adaptado a su objeto (véase: Instinto).

En francés, el término *instinct* posee las mismas implicaciones que *Instinkt* en Freud y, por lo tanto, en nuestra opinión, debe reservarse para traducir este último; si se le utiliza para traducir *Trieb*, falsea el sentido del concepto en Freud.

El término «pulsión», aunque no forma parte del lenguaje corriente como *Trieb* en alemán, tiene, no obstante, el mérito de que pone en evidencia el sentido de *empuje*.

Observemos que la *Standard Edition* inglesa ha preferido traducir *Trieb* por *instinct*, prescindiendo de otras posibilidades tales como *drive* y *urge* (β). Este problema se discute en la Introducción general del primer volumen de la *Standard Edition*.

II. Si bien la palabra *Trieb* no aparece en los textos freudianos hasta 1905, tiene su origen, como noción energética, en la distinción que Freud establece muy pronto entre dos tipos de excitación (*Reiz*) a los que se halla sometido el organismo y que debe descargar según el principio de constancia*. Junto a las excitaciones externas, de las que el sujeto puede huir o protegerse, existen fuentes internas que aportan constantemente un aflujo de excitación al cual el organismo no puede escapar y que constituye el resorte del funcionamiento del aparato psíquico.

En los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905) se introduce la palabra *Trieb*, así como las distinciones entre *fuentes**, *objeto**, *fin**, que en lo sucesivo Freud seguirá siempre utilizando.

Así, pues, el concepto freudiano de la pulsión se establece en la descripción de la sexualidad humana. Freud, basándose especialmente en el estudio de las perversiones y de las modalidades de la sexualidad infantil, refuta la concepción popular que atribuye a la pulsión sexual un fin y un objeto específico y lo localiza en las excitaciones y el funcionamiento del aparato genital. Por el contrario, muestra que el objeto es variable y contingente y sólo es elegido en su forma definitiva en función de las vicisitudes de la historia del sujeto. Muestra además cómo los fines son múltiples, parciales (véase: Pulsión parcial) e íntimamente dependientes de fuentes somáticas; éstas también son múltiples y susceptibles de adquirir y mantener para el sujeto una función prevalente (zonas erógenas), de tal forma que las pulsiones parciales no se subordinan a la zona genital y no se integran a la realización del coito más que al final de una evolución completa que no viene garantizada por la simple maduración biológica.

El último elemento que introduce Freud a propósito de la noción de pulsión es el de *empuje*, concebido como un factor cuantitativo económico, una «exigencia de trabajo impuesta al aparato psíquico» (2 a). En *Las pulsiones y sus destinos* (*Trieb und Triebsschicksale*, 1915), Freud agrupa estos cuatro elementos (*empuje*, *fuentes*, *objeto*, *fin*) y da una definición de conjunto de la pulsión (2 b).

III. ¿Cómo situar esta fuerza que ataca al organismo desde el interior y lo empuja a realizar ciertos actos susceptibles de provocar una descarga de excitación? ¿Se trata de una fuerza somática o de una ener-

gía psíquica? Esta pregunta, efectuada por Freud, recibe respuestas distintas en la medida en que la pulsión se define como «un concepto límite entre lo psíquico y lo somático» (3). Va ligado, según Freud, a la noción de «representante», entendiendo por tal una especie de delegación enviada por lo somático al psiquismo. El lector hallará un examen más completo de este problema en nuestro comentario del artículo *Representante psíquico*.

IV. Como ya hemos indicado, el concepto de pulsión fue analizado sobre el modelo de la sexualidad, pero desde un principio en la teoría freudiana la pulsión sexual se diferenció de otras pulsiones. Como es sabido, la teoría de las pulsiones en Freud fue siempre dualista; el primer dualismo invocado fue el de las pulsiones sexuales* y pulsiones del yo* o de autoconservación*; por estos últimos Freud entiende las grandes necesidades o las grandes funciones indispensables para la conservación del individuo, siendo su modelo el hambre y la función de la alimentación.

Este dualismo se halla presente, según Freud, desde los orígenes de la sexualidad, superándose la pulsión sexual de las funciones de autoconservación, en las cuales al principio se apoyaba (véase: Apoyo); intenta explicar el conflicto psíquico afirmando que el yo encuentra en la pulsión de autoconservación la mayor parte de la energía necesaria para la defensa contra la sexualidad.

El dualismo pulsional introducido en *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920) opone pulsiones de vida* y pulsiones de muerte* y modifica la función y la situación de las pulsiones en el conflicto.

1.º El conflicto tópico (entre la instancia defensiva y la instancia reprimida) prescinde ya del conflicto pulsional, concibiéndose el ello* como el reservorio pulsional que incluye los dos tipos de pulsiones. La energía utilizada por el yo* la toma éste de aquel fondo común, especialmente en forma de energía «desexualizada y sublimada».

2.º En esta última teoría, los dos grandes tipos de pulsiones se conciben, más que como motivaciones concretas del funcionamiento del organismo, como principios fundamentales que presiden, en último análisis, la actividad de aquél: «Llamamos pulsiones a las fuerzas cuya existencia postulamos en el trasfondo de las tensiones generadoras de las necesidades del ello» (4). Este cambio del acento es singularmente apreciable en el famoso texto: «La teoría de las pulsiones es, por así decirlo, nuestra mitología. Las pulsiones son seres míticos, grandiosos en su indeterminación» (5).

La concepción freudiana de la pulsión conduce (como puede apreciarse en esta breve revisión) al desmantelamiento de la noción clásica de instinto, y ello en dos direcciones opuestas. Por una parte, el concepto «pulsión parcial» subraya la idea de que la pulsión sexual existe al principio en estado «polimorfo» y tiende principalmente a la supresión de la tensión a nivel de la fuente corporal; que, en la historia del

sujeto, se liga a representantes que especifican el objeto y el modo de satisfacción: el empuje interno, al principio indeterminado, experimentará un destino que le confiere rasgos altamente individualizados. Pero, por otra parte, Freud, lejos de postular, como fácilmente tienden a hacer los teóricos del instinto, detrás de cada tipo de actividad, la correspondiente fuerza biológica, introduce el conjunto de las manifestaciones pulsionales dentro de una sola gran oposición fundamental, tomada de la tradición mítica: oposición entre el Hambre y el Amor, y más tarde entre el Amor y la Discordia.

(a) Véase, por ejemplo, *El concepto de instinto antes y ahora* (*Der Begriff des Instinktes einst und jetzt*, Jena, 3.^a ed., 1920), obra en la que Ziegler habla unas veces de *Geschlechtstrieb*, otras de *Geschlechtsinstinkt*.

(b) Algunos autores anglosajones prefieren traducir *Trieb* por *drive* (6).

PULSIÓN AGRESIVA

= *Al.*: Aggressionstrieb. — *Fr.*: pulsion d'agression. — *Ing.*: aggressive instinct. — *It.*: istinto o pulsione d'aggressione. — *Por.*: impulso agressivo o pulsão agressiva, o de agressão.

Designa, para Freud, las pulsiones de muerte, en tanto que dirigidas hacia el exterior. El fin de la pulsión agresiva es la destrucción del objeto.

Alfred Adler introdujo el concepto de una pulsión agresiva en 1908 (1), al mismo tiempo que el de un «entrelazamiento pulsional» (*Triebverschrankung*) (véase: Unión-Desunión). Aunque el análisis del pequeño Hans pone en evidencia la importancia y extensión de las tendencias y conductas agresivas, Freud se resiste a atribuirles a una «pulsión agresiva» específica: «No puedo decidirme a admitir la existencia, junto a las pulsiones de autoconservación y a las pulsiones sexuales, que conocemos bien, y al mismo nivel que ellas, de una pulsión agresiva especial» (2). El concepto de pulsión agresiva se apropiaría indebidamente, en su propio beneficio, de lo que es una característica de toda pulsión (véase: Agresividad).

Cuando Freud vuelve a utilizar más tarde, a partir de *Más allá del principio del placer* (1920), el término *Aggressionstrieb*, lo hace dentro del marco de la teoría dualista de las pulsiones de vida y pulsiones de muerte.

Si bien los textos no permiten deducir un empleo absolutamente unívoco del término ni un reparto preciso entre pulsión de muerte*, pulsión destructiva* y pulsión agresiva, se aprecia, sin embargo, que este último término rara vez se utiliza en el sentido más extenso y que la mayoría de las veces designa la pulsión de muerte dirigida hacia el exterior.

PULSIÓN DE APODERAMIENTO

= *Al.*: Bemächtigungstrieb. — *Fr.*: pulsion d'emprise. — *Ing.*: instinct to master (o for mastery). — *It.*: istinto o pulsione d'impossessamento. — *Por.*: impulso o pulsão de apossar-se.

Término utilizado ocasionalmente por Freud, sin que su empleo pueda codificarse con precisión. Entiende por tal una pulsión no sexual, que sólo secundariamente se une a la sexualidad, y cuyo fin consiste en dominar el objeto por la fuerza.

El término *Bemächtigungstrieb* resulta difícil de traducir (α). Los términos «pulsión de sometimiento» o «instinto de posesión», a los que suele recurrirse, no parecen muy adecuados: sometimiento hace pensar en una dominación controlada, posesión evoca la idea de tener que conservar, mientras que *sich bemächtigen* significa apoderarse o dominar por la fuerza. Hemos creído que hablando de pulsión de apoderamiento (β) respetábamos mejor este matiz.

¿Qué es esta pulsión para Freud? La investigación terminológica permite destacar esquemáticamente dos concepciones:

1.ª En los trabajos anteriores a *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), el *Bemächtigungstrieb* se describe como una pulsión no sexual que sólo secundariamente se une a la sexualidad; al comienzo se dirige hacia un objeto exterior y constituye el único elemento presente en la crueldad primitiva del niño.

En los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905) Freud invoca por vez primera tal pulsión: el origen de la crueldad infantil se atribuye a una pulsión de apoderamiento que en su origen no tendría como fin el sufrimiento del otro, sino que simplemente no lo tendría en cuenta (fase previa tanto a la compasión como al sadismo) (1 a); sería independiente de la sexualidad, «[...] aun cuando puede unirse a ella en una fase precoz merced a una anastomosis próxima a sus puntos de origen» (1 b).

En *La predisposición a la neurosis obsesiva* (*Die Disposition zur Zwangsneurose*, 1913) se trata del problema de la pulsión de apoderamiento a propósito del par antitético actividad-pasividad*, que predomina en la fase anal-sádica*: así como la pasividad se apoya en el erotismo anal, «[...] la actividad se debe a la pulsión de apoderamiento en sentido amplio, pulsión que especificamos con el nombre de sadismo cuando la encontramos al servicio de la pulsión sexual» (2).

En la edición de 1915 de los *Tres ensayos*, volviendo a examinar el problema de la actividad y de la pasividad en la fase anal-sádica, Freud considera la musculatura como el soporte de la pulsión de apoderamiento.

Por último, en *Las pulsiones y sus destinos* (*Trieb und Tribschicksale*, 1915), donde se expone claramente la primera tesis freudiana acerca del sadomasoquismo*, se define el primer fin del sadismo como la humillación y el dominio por la violencia (*Überwältigung*) del objeto. El hacer sufrir no forma parte del fin originario; el fin de producir dolor y la unión con la sexualidad aparecen en la vuelta hacia el masoquismo: el sadismo, en el sentido erógeno del término, constituye el efecto de una segunda vuelta, el del masoquismo sobre el objeto.

2.ª Con la obra *Más allá del principio del placer* y la introducción del concepto «pulsión de muerte»*, el problema de una pulsión específica de apoderamiento se plantea en forma diferente.

La génesis del sadismo se describe como una derivación hacia el objeto de la pulsión de muerte que originariamente apunta a destruir el propio sujeto: «¿No nos vemos inducidos a suponer que este sadismo, hablando en propiedad, es una pulsión de muerte que ha sido expulsada del yo por la influencia de la libido narcisista, de forma que sólo se pone de manifiesto al referirse al objeto? Entonces entra al servicio de la función sexual» (3 a).

En cuanto a la meta del masoquismo y del sadismo (que a partir de entonces se conciben como avatares de la pulsión de muerte), ya no se hace recaer el acento en el apoderamiento, sino en la destrucción.

¿Qué sucede con la tendencia a asegurarse el apoderamiento del objeto? Ya no se atribuye a una pulsión específica; aparece como una forma que puede adoptar la pulsión de muerte cuando ésta «entra al servicio» de la pulsión sexual: «En la fase oral de la organización de la libido, el apoderamiento en el amor (*Liebesbemächtigung*) coincide todavía con la aniquilación del objeto; más tarde la pulsión sádica se separa y finalmente, en la fase en que se ha instaurado la primacía genital, con vistas a la reproducción, asume la función de dominar el objeto sexual en la medida en que le exige la realización del acto sexual» (3 b).

Por otra parte, conviene señalar que, junto al término *Bemächtigung*, se encuentra con bastante frecuencia el de *Bewältigung*, de significación bastante similar. Esta última palabra, que proponemos traducir por «control», Freud la utiliza casi siempre para designar el hecho del control de la excitación, sea ésta de origen pulsional o externo, y ligarla (véase: Ligazón) (γ). Con todo, esta distinción terminológica no es absolutamente rigurosa, y sobre todo, desde el punto de vista de la teoría analítica, existen más de un punto de conexión entre el apoderamiento asegurado sobre el objeto y el control de la excitación. Así, en *Más allá del principio del placer* para explicar la repetición, tanto en el juego del niño como en la neurosis traumática, Freud propone, entre otras, la hipótesis de que podría «[...] atribuirse esta tendencia a una pulsión de apoderamiento [...]» (3 c). Aquí el apoderamiento sobre el objeto (estando éste simbólicamente a la total disposición del sujeto) corre parejas con la ligazón del recuerdo traumático y de la energía que lo catectiza.

Uno de los pocos autores que intentó utilizar las indicaciones dadas por Freud acerca del *Bemächtigungstrieb* fue Ives Hendrick, quien, en una serie de artículos, trató de replantear el problema dentro de una psicología genética del yo inspirada en las investigaciones sobre el aprendizaje (*learning*). Sus tesis pueden resumirse esquemáticamente así:

1) existe un *instinct to master*, necesidad de controlar el ambiente, que los psicoanalistas han descuidado a expensas de los mecanismos de búsqueda del placer. Se trata de una «pulsión innata a hacer y a aprender a hacer» (4 a);

2) esta pulsión es originariamente asexual; puede libidinizarse secundariamente, aliándose al sadismo;

3) comporta un placer específico, el placer de realizar una función con éxito: «[...] se busca un placer primario en la utilización eficaz del sistema nervioso central para la realización de funciones integradas del yo, que permite al individuo controlar o modificar su ambiente» (5 a);

4) ¿por qué hablar de *instinct* de control y no considerar el yo como una organización que procura formas de placer que no son gratificaciones instintivas? Ello es debido a que el autor pretende «[...] establecer un concepto que explique cuáles son las fuerzas que hacen funcionar el yo» (6) y «[...] definir el yo en términos de instinto» (4 b), y a que, por otra parte, se trata, según él, de «[...] un instinto, definido psicoanalíticamente como fuente biológica de tensiones que empujan a esquemas (*patterns*) específicos de acción» (5 b).

Esta concepción no deja de hallarse en relación con el sentido de la pulsión de apoderamiento tal como hemos intentado deducirlo de los textos freudianos; pero aquí se trata de un control de segundo grado, consistente en un control progresivamente adaptado de la acción misma.

Por lo demás, Freud no dejó de considerar esta idea de un dominio del propio cuerpo, de una tendencia primaria a la dominación de sí misma, invocando como base de la misma «[...] los esfuerzos que hace el niño por hacerse dueño (*Herr werden*) de sus propios miembros» (7).

(*) En las traducciones francesas resulta difícil aislar este concepto, por cuanto el mismo término se traduce en formas distintas.

(β) Traducción ya adoptada por B. Grunberger (8).

(γ) Acerca de estos empleos de *Bewältigung*, consúltense, por ejemplo, cierto número de textos de Freud (9). También se encuentran palabras como *bändigen* (domar), *Triebbeherrschung* (dominio sobre la pulsión) (10).

PULSIÓN DESTRUCTIVA O DESTRUCTORA

= *Al.*: Destruktionstrieb. — *Fr.*: pulsion de destruction. — *Ing.*: destructive instinct. — *It.*: istinto o pulsione di distruzione. — *Por.*: impulso destrutivo o pulsão destrutiva.

Término utilizado por Freud para designar las pulsiones de muerte*, desde una perspectiva más cercana a la experiencia biológica y psicológica. En ocasiones su extensión es la misma que la del término «pulsión de muerte», pero más a menudo califica la pulsión de muerte en tanto que orientada hacia el mundo exterior. En este sentido más específico, Freud utiliza también el término «pulsión agresiva» (*Aggressionstrieb*).

El término «pulsión de muerte» fue introducido en *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), dentro de un enfoque francamente especulativo; pero, a partir de este trabajo, Freud se preocupó de reconocer sus efectos en la experiencia. También en textos ulteriores habla a menudo de pulsión destructiva, lo que le permite definir más exactamente el fin de las pulsiones de muerte.

Dado que, según Freud, éstas operan «fundamentalmente en silencio», y no pueden apenas reconocerse más que cuando actúan en el exterior, se comprende que el término «pulsión destructiva» califique sus efectos

más accesibles y manifiestos. La pulsión de muerte se desvía de la propia persona en virtud de la catexis de ésta por la libido narcisista y se dirige hacia el mundo exterior por intermedio de la musculatura; «[...] entonces se manifestaría (sin duda sólo en forma parcial) como *pulsión destructiva*, dirigida contra el mundo y los otros seres vivos» (1).

En otros textos no se hace resaltar tan claramente este sentido restrictivo de la pulsión destructiva en comparación con la pulsión de muerte, al incluir Freud dentro de la pulsión destructiva la autodestrucción (*Selbstdestruktion*) (2). En cuanto al término «pulsión agresiva», lo reserva para designar la destrucción dirigida al exterior.

PULSION PARCIAL

= *Al.*: Partialtrieb. — *Fr.*: pulsion partielle. — *Ing.*: component (o partial) instinct. — *It.*: istinto o pulsione parziale. — *Por.*: impulso o pulsão parcial.

Se designan con este término los elementos últimos a los que llega el psicoanálisis en el análisis de la sexualidad. Cada uno de estos elementos viene especificado por una fuente (por ejemplo, pulsión oral, pulsión anal) y un fin (por ejemplo, pulsión de ver, pulsión de apoderamiento).

La palabra «parcial» no significa solamente que las pulsiones parciales constituyan especies pertenecientes a la clase de la pulsión sexual en general; debe tomarse sobre todo en un sentido genético y estructural: las pulsiones parciales funcionan al principio independientemente y tienden a unirse en las diferentes organizaciones libidinales.

Freud siempre criticó toda teoría de los instintos o de las pulsiones que conduzca a establecer un catálogo de las mismas postulando la existencia de tantas pulsiones como tipos de actividad pueden reconocerse, por ejemplo, invocando la existencia de un «instinto gregario» para explicar la vida en comunidad. Freud distingue únicamente dos grandes tipos de pulsiones: las pulsiones sexuales y las pulsiones de autoconservación, o, en una segunda concepción, las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte.

No obstante, desde la primera edición de los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), introduce el concepto de pulsión parcial. Lo que le guía entonces, en esta diferenciación de la actividad sexual, es la preocupación por separar *componentes*, que él se esfuerza en relacionar con fuentes orgánicas y en definir por sus fines específicos.

La pulsión sexual en su conjunto puede analizarse en cierto número de pulsiones parciales: la mayoría de ellas pueden fácilmente relacionarse con una zona erógena determinada (α); otras se definen más bien por su fin (por ejemplo, la pulsión de apoderamiento*), aunque pueda asignárseles una fuente somática (en el ejemplo citado, la musculatura).

La acción de las pulsiones parciales en el niño puede observarse en las actividades sexuales parciales («perversidad polimorfa»), y en el adulto en forma de placeres preliminares al acto sexual y en las perversiones.

El concepto de pulsión parcial es correlativo del de conjunto, de or-

ganización. El análisis de una organización* sexual pone de manifiesto las pulsiones que en ella se integran. La oposición es también genética, ya que la teoría freudiana admite que las pulsiones funcionan al principio en forma anárquica, para organizarse secundariamente (β).

En la primera edición de los *Tres ensayos*, Freud admite que la sexualidad no encuentra su organización hasta el momento de la pubertad, lo cual tiene como consecuencia que el conjunto de la actividad sexual infantil se caracteriza por el funcionamiento desorganizado de las pulsiones parciales.

La idea de una organización pregenital infantil conduce a hacer retroceder todavía más en el tiempo esta fase de libre funcionamiento de las pulsiones parciales, fase autoerótica «[...] en la cual cada pulsión parcial, de por sí, busca su satisfacción placentera [*Lustbefriedigung*] en el propio cuerpo» (1) (véase: Autoerotismo).

(α) «¿No ve usted que la multiplicidad de las pulsiones nos conduce a la multiplicidad de los órganos erógenos?» Carta de Freud a Oskar Pfister del 9 de octubre de 1918 (2).

(β) Véase, por ejemplo, este pasaje de Freud en *Psicoanálisis y Teoría de la libido* (*Psychoanalyse und Libidotheorie*, 1923): «la pulsión sexual, cuya manifestación dinámica en la vida psíquica puede denominarse libido, se compone de pulsiones parciales, en las cuales puede descomponerse de nuevo y que sólo gradualmente se unen en organizaciones determinadas [...]. Las distintas pulsiones parciales tienden, en un principio, a la satisfacción independientemente unas de otras, pero en el curso del desarrollo se agrupan y se centran cada vez más. Como primera fase de organización (pregenital) puede reconocerse la organización oral» (3).

PULSIÓN SEXUAL

= Al.: Sexualtrieb. — Fr.: pulsion sexuelle. — Ing.: sexual instinct. — It.: istinto o pulsione sessuale. — Por.: impulso o pulsão sexual.

Empuje interno que el psicoanálisis ve actuar en un campo mucho más extenso que el de las actividades sexuales en el sentido corriente del término. En él se verifican eminentemente algunos de los caracteres de la pulsión, que la diferencian de un instinto: su objeto no está predeterminado biológicamente, sus modalidades de satisfacción (fines) son variables, más especialmente ligadas al funcionamiento de determinadas zonas corporales (zonas erógenas), pero susceptibles de acompañar a las más diversas actividades, en las que se apoyan. Esta diversidad de las fuentes somáticas de la excitación sexual implica que la pulsión sexual no se halla unificada desde un principio, sino fragmentada en pulsiones parciales, que se satisfacen localmente (placer de órgano).

El psicoanálisis muestra que la pulsión sexual en el hombre se halla íntimamente ligada a un juego de representaciones o fantasías que la especifican. Sólo al final de una evolución compleja y aleatoria, se organiza bajo la primacía de la genitalidad y encuentra entonces la fijeza y la finalidad aparentes del instinto.

Desde el punto de vista económico, Freud postula la existencia de una energía única en las transformaciones de la pulsión sexual: la libido.

Desde el punto de vista dinámico, Freud ve en la pulsión sexual un polo necesariamente presente del conflicto psíquico: es el objeto privilegiado de la represión en el inconsciente.

Nuestra definición resalta la transmutación aportada por el psicoanálisis a la idea de un «instinto sexual», y ello tanto en extensión como

en comprensión (véase: Sexualidad). Esta transformación afecta tanto al concepto de la sexualidad como al de la pulsión. Cabe pensar incluso que la crítica de la concepción «popular» o «biológica» de la sexualidad (1), que hace que Freud encuentre una misma «energía», la libido*, interviniendo en fenómenos muy diversos y a menudo muy alejados del acto sexual, coincide con lo que, en el ser humano, diferencia fundamentalmente la pulsión del instinto. Dentro de esta perspectiva, se puede anticipar que la concepción freudiana de la pulsión, elaborada a partir del estudio de la sexualidad humana, sólo se verifica plenamente en el caso de la pulsión sexual (véase: Pulsión; Instinto; Apoyo; Pulsiones de autoconservación).

A lo largo de toda su obra Freud sostuvo que la acción de la represión se ejercía en forma electiva sobre la pulsión sexual, en consecuencia, debía atribuirle un papel fundamental en el conflicto psíquico*, aunque dejando sin resolver el problema de qué es lo que, en definitiva, determina tal privilegio. «Teóricamente nada impide pensar que toda exigencia pulsional, cualquiera que sea, puede provocar las mismas represiones y sus consecuencias; pero la observación nos revela invariablemente, en la medida en que podemos enjuiciarlo, que las excitaciones que desempeñan este papel patógeno emanan de las pulsiones parciales de la sexualidad» (2) (véase: Seducción; Complejo de Edipo; Posterioridad).

La pulsión sexual, que Freud, en la primera teoría de las pulsiones, contraponía a las pulsiones de autoconservación, es asimilada en el último dualismo, a las pulsiones de vida*, al Eros. Así como en el primer dualismo la pulsión sexual era la fuerza sometida al solo principio de placer, difícilmente «educable», que funcionaba según las leyes del proceso primario y que constantemente amenazaba desde dentro el equilibrio del aparato psíquico, ahora se convierte, con el nombre de pulsión de vida, en una fuerza que tiende a la «ligazón», a la constitución y mantenimiento de las unidades vitales; y, en compensación, su antagonista, la pulsión de muerte, es la que funciona según el principio de la descarga total.

Un cambio de este tipo resulta difícil de comprender si no se tiene en cuenta todo el conjunto de transformaciones conceptuales efectuadas por Freud después de 1920 (véase: Pulsiones de muerte; Yo; Ligazón).

PULSIONES DE AUTOCONSERVACIÓN

= Al.: Selbsterhaltungstriebe. — Fr.: pulsions d'auto-conservation. — Ing.: instincts of self-preservation. — It.: istinti o pulsioni d'autoconservazione. — Por.: impulsos o pulsões de autoconservação.

Término mediante el cual Freud designa el conjunto de las necesidades ligadas a las funciones corporales que se precisan para la conservación de la vida del individuo; su prototipo viene representado por el hambre.

Dentro de su primera teoría de las pulsiones, Freud contraponía las pulsiones de autoconservación a las pulsiones sexuales.

Sí bien el término «pulsión de autoconservación» no aparece en Freud hasta el año 1910, la idea de oponer a las pulsiones sexuales otro tipo de pulsiones es anterior a dicha fecha. Se halla, en efecto, implícita en lo que Freud afirma, a partir de los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), acerca del apoyo de la sexualidad sobre otras funciones somáticas (véase: Apoyo); por ejemplo, a nivel oral, el placer sexual encuentra su apoyo en la actividad de nutrición: «La satisfacción de la zona erógena se hallaba asociada, al principio, a la satisfacción de la necesidad de alimento» (1 a); dentro del mismo contexto, Freud habla todavía de «pulsión de alimentación» (1 b).

En 1910 Freud enuncia la oposición que seguirá siendo central en su primera teoría de las pulsiones: «De singular importancia [...] es la oposición innegable existente entre las pulsiones que sirven a la sexualidad, a la obtención del placer sexual, y los que tienen por fin la autoconservación del individuo, las pulsiones del yo: todas las pulsiones orgánicas que actúan en nuestro psiquismo pueden clasificarse, según las palabras del poeta, en "Hambre" o en "Amor"» (2). Este dualismo ofrece dos aspectos, pues, os en evidencia simultáneamente por Freud en sus trabajos de esa época: el apoyo de las pulsiones sexuales sobre las pulsiones de autoconservación y el papel fundamental que desempeña su oposición en el conflicto* psíquico. El ejemplo de los trastornos histéricos de la visión ilustra este doble aspecto: un mismo órgano, el ojo, constituye el soporte de dos tipos de actividad pulsional; en él se localizará el síntoma si existe conflicto entre dichas actividades.

En lo referente al problema del apoyo, remitimos al lector a nuestro comentario acerca de este término. En cuanto al modo en que llegan a oponerse en el conflicto defensivo los dos grandes tipos de pulsiones, uno de los pasajes más explícitos figura en las *Formulaciones sobre los dos principios del funcionamiento psíquico* (*Formulierungen über die zwei Prinzipien des psychischen Geschehens*, 1911). Las pulsiones del yo, en tanto que sólo pueden satisfacerse con un objeto real, efectúan muy pronto el tránsito del principio de placer al principio de realidad*, hasta el punto de convertirse en agentes de la realidad, oponiéndose así a las pulsiones sexuales, que pueden satisfacerse en forma fantasmática y permanecen durante más tiempo bajo el dominio del solo principio de placer*: «Una parte esencial de la predisposición psíquica a la neurosis proviene del retardo de la pulsión sexual en tener en cuenta la realidad» (3).

Esta concepción se condensa en la siguiente idea, ocasionalmente enunciada por Freud: el conflicto entre pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación proporcionaría la clave para la comprensión de las neurosis de transferencia (acerca de este punto véase nuestro comentario a: Pulsiones del yo).

Freud nunca dio una exposición de conjunto acerca de los diversos tipos de pulsiones de autoconservación; cuando habla de ellas, suele hacerlo en forma colectiva o tomando como prototipo el hambre. Con todo, parece admitir la existencia de numerosas pulsiones de autoconserva-

ción, tantas como las grandes funciones orgánicas (nutrición, defecación, emisión de orina, actividad muscular, visión, etc.).

La oposición establecida por Freud entre pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación puede llevar a preguntarnos sobre la legitimidad de usar la misma palabra *Trieb* para designar unos y otros. Ante todo se observará que, cuando Freud habla de la pulsión en general, se refiere, más o menos explícitamente, a la pulsión sexual, atribuyendo, por ejemplo, a la pulsión características tales como la variabilidad del fin y la contingencia del objeto. Por el contrario, para las «pulsiones» de autoconservación las vías de acceso están preformadas y el objeto que las satisface se halla determinado desde un principio; usando una expresión de Max Scheler, el hambre del lactante implica «una intuición del valor alimento» (4). Según muestra la concepción freudiana de la elección objetal por apoyo*, son las pulsiones de autoconservación las que indican a la sexualidad el camino hacia el objeto. Es sin duda esta diferencia la que condujo a Freud a utilizar repetidamente el término «necesidad» (*Bedürfnis*) para designar las pulsiones de autoconservación (5 a). Desde este punto de vista, sólo cabe subrayar lo que hay de artificial en pretender establecer, dentro de una perspectiva genética, un estricto paralelismo entre funciones de autoconservación y pulsiones sexuales, considerando a unas y otras sometidas inicialmente al solo principio de placer, para obedecer más tarde progresivamente al principio de realidad. En efecto, las primeras deberían situarse más bien, desde sus comienzos, en el lado del principio de realidad, y las segundas en el lado del principio de placer.

Las sucesivas reformas efectuadas por Freud en la teoría de las pulsiones le obligarían a situar de otro modo las funciones de autoconservación. Ante todo se observará que, en estas tentativas de reclasificación, los conceptos de pulsiones del yo y pulsiones de autoconservación, que anteriormente coincidían, experimentan transformaciones que no son exactamente las mismas. En lo referente a las pulsiones del yo, es decir, a la naturaleza de la energía pulsional que se halla al servicio de la instancia del yo, remitimos al lector a los comentarios a los artículos: Pulsiones del yo, Libido del yo — libido objetal, Yo. Respecto de las funciones de autoconservación, puede decirse esquemáticamente que:

1.º Con la introducción del concepto de narcisismo (1915), las pulsiones de autoconservación siguen oponiéndose a las pulsiones sexuales, si bien estas últimas se encuentran ahora subdivididas, según que apunten al objeto exterior (libido objetal) o al yo (libido del yo).

2.º Cuando Freud, entre 1915 y 1920, efectúa un «acercamiento aparente a las concepciones de Jung» (5 b) y se siente inclinado a admitir la idea de un monismo pulsional, las pulsiones de autoconservación tienden a considerarse como un caso particular del amor a sí mismo o libido del yo.

3.º Después de 1920 se introduce un nuevo dualismo, el de pulsiones de vida* y pulsiones de muerte*. En una primera fase (6), Freud dudará respecto a la situación de las pulsiones de autoconservación, clasificándolas primeramente dentro de las pulsiones de muerte, ya que no re-

presentarían más que rodeos que expresarían el hecho de que «el organismo sólo quiere morir a su manera» (7), pero rectifica pronto esta idea para ver en la conservación del individuo un caso particular de la manifestación de las pulsiones de vida.

En lo sucesivo mantendrá este último punto de vista: «La oposición entre pulsión de autoconservación y pulsión de conservación de la especie, al igual que la existente entre amor al yo y amor objetal, debe situarse todavía dentro del Eros» (8).

PULSIONES DE MUERTE

= *Al.*: Todestriebe. — *Fr.*: pulsions de mort. — *Ing.*: death instincts. — *It.*: istinti o pulsioni di morte. — *Por.*: impulsos o pulsões de morte.

Dentro de la última teoría freudiana de las pulsiones, designan una categoría fundamental de pulsiones que se contraponen a las pulsiones de vida y que tienden a la reducción completa de las tensiones, es decir, a devolver al ser vivo al estado inorgánico.

Las pulsiones de muerte se dirigen primeramente hacia el interior y tienden a la autodestrucción; secundariamente se dirigirían hacia el exterior, manifestándose entonces en forma de pulsión agresiva o destructiva.

El concepto de pulsión de muerte, introducido por Freud en *Más allá del principio de placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920) y constantemente reafirmada por él hasta el fin de su obra, no ha logrado imponerse a los discípulos y a la posteridad de Freud a igual título que la mayoría de sus aportaciones conceptuales. Sigue siendo una de las nociones más controvertidas. Para captar su sentido, creemos que no basta remitirse a las tesis de Freud acerca de la misma, o encontrar en la clínica las manifestaciones que parecen más aptas para justificar esta hipótesis especulativa; sería necesario, además, relacionarla con la evolución del pensamiento freudiano y descubrir a qué necesidad estructural obedece su introducción dentro de una reforma más general («vuelta» de los años 20). Sólo una apreciación de este tipo permitiría encontrar, más allá de los enunciados explícitos de Freud e incluso de su sentimiento de innovación radical, la exigencia de la cual este concepto es testimonio, exigencia que, bajo otras formas, ya pudo ocupar un puesto en modelos anteriores.

Resumamos primeramente las tesis de Freud referentes a la pulsión de muerte. Ésta representa la tendencia fundamental de todo ser vivo a volver al estado inorgánico. En este sentido, «Si admitimos que el ser vivo apareció después que lo no-vivo y a partir de esto, la pulsión de muerte concuerda con la fórmula [...] según la cual una pulsión tiende al retorno a un estado anterior» (1 a). Desde este punto de vista, «todo ser vivo muere necesariamente por causas internas» (2 a). En los seres pluricelulares, «[...] la libido sale al encuentro de la pulsión de muerte o de destrucción que domina en ellos y que tiende a desintegrar este organismo celular y a conducir cada organismo elemental (cada célula) al estado de estabilidad inorgánica [...]. Su misión consiste en volver

inofensiva esta pulsión destructora, y se libera de ella derivándola en gran parte hacia el exterior, dirigiéndola contra los objetos del mundo exterior, lo cual se hace pronto con la ayuda de un sistema orgánico particular, la musculatura. Esta pulsión se denomina entonces pulsión destructiva, pulsión de apoderamiento, voluntad de poder. Parte de esta pulsión se pone directamente al servicio de la función sexual, donde desempeña un papel importante. Se trata del sadismo propiamente dicho. Otra parte no sigue este desplazamiento hacia el exterior; persiste en el organismo, donde se halla ligado libidinalmente [...]. En ella debemos reconocer el masoquismo primario, erógeno» (3 a).

En el desarrollo libidinal del individuo, Freud describió el juego combinado de la pulsión de vida y la pulsión de muerte, tanto en su forma sádica (2 c) como en su forma masoquista (3 b).

Las pulsiones de muerte se incluyen en un nuevo dualismo, en el cual se contraponen a las pulsiones de vida (o Eros*), que en lo sucesivo comprenderán el conjunto de las pulsiones anteriormente distinguidas por Freud (véase: Pulsiones de vida; Pulsión sexual; Pulsiones de autoconservación; Pulsiones del yo). Así, pues, en la conceptualización freudiana, las pulsiones de muerte aparecen como un nuevo tipo de pulsiones, que no tenía un puesto en las clasificaciones anteriores (así, por ejemplo, el sadismo* y el masoquismo* se explicaban por una compleja interacción de pulsiones de tendencia totalmente positiva) (4 a); pero al mismo tiempo Freud los considera como las pulsiones por excelencia, en la medida en que, en ellas, se realiza eminentemente el carácter repetitivo de la pulsión.

¿Cuáles son los motivos más manifiestos que indujeron a Freud a establecer la existencia de una pulsión de muerte?

1) La consideración, en muy diversos registros, de los fenómenos de repetición (véase: Compulsión a la repetición), que difícilmente pueden reducirse a la búsqueda de una satisfacción libidinal o a una simple tentativa de dominar las experiencias displacenteras; Freud ve en ello la marca de lo «demoníaco», de una fuerza irrepresible, independiente del principio de placer y capaz de oponerse a éste. Partiendo de este concepto, Freud va a parar a la idea de un carácter regresivo de la pulsión, idea que, seguida sistemáticamente, le conduce a ver en la pulsión de muerte la pulsión por excelencia.

2) La importancia adquirida, en la experiencia psicoanalítica, por las nociones de ambivalencia*, agresividad*, sadismo y masoquismo, tal como se desprende, por ejemplo, de la clínica de la neurosis obsesiva y de la melancolía.

3) Desde un principio el odio se le apareció a Freud como imposible de deducir, desde el punto de vista metapsicológico, de las pulsiones sexuales. Jamás hará suya la tesis según la cual «[...] todo lo que se encuentra en el amor de peligroso y hostil debería atribuirse más bien a una bipolaridad originaria de su propio ser» (5 a). En *Las pulsiones y sus destinos* (*Triebe und Triebchicksale*, 1915), el sadismo y el odio son puestos en relación con las pulsiones del yo: «[...] los verdaderos prototipos de la relación de odio no provienen de la vida sexual, sino de la

lucha del yo por su conservación y afirmación» (4 b); Freud ve en el odio una relación con los objetos «más antigua que el amor» (4 c). Cuando, como consecuencia de la introducción del concepto de narcisismo*, tiende a borrar la distinción entre dos tipos de pulsiones (pulsiones sexuales y pulsiones del yo) convirtiéndolos en modalidades de la libido, cabe pensar que halló especial dificultad en hacer derivar el odio dentro del marco de un monismo pulsional. El problema de un *masoquismo primario*, que se había planteado desde 1915 (4 c), era como el índice que señalaba el polo del nuevo gran dualismo pulsional que se acercaba.

La exigencia dualista es, como se sabe, fundamental en el pensamiento freudiano; se pone de manifiesto en numerosos aspectos estructurales de la teoría y se traduce, por ejemplo, en la noción de pares antitéticos*. Es particularmente imperiosa cuando se trata de las pulsiones, por cuanto éstos proporcionan, en último término, las fuerzas que se enfrentan en el conflicto* psíquico (2 d).

¿Qué papel atribuye Freud a la noción de pulsión de muerte? Ante todo debe notarse que, según subraya el propio Freud, tal noción se basa fundamentalmente en consideraciones especulativas y que, por así decirlo, se le fue imponiendo progresivamente: «Al principio presenté estas concepciones con la única intención de ver adónde conducían, pero, con los años, han adquirido tal poder sobre mí que ya no puedo pensar de otro modo» (5 b). Al parecer fue sobre todo el valor teórico del concepto y su concordancia con una determinada concepción de la pulsión lo que hizo que Freud insistiera tanto en mantener la tesis de la pulsión de muerte, a pesar de las «resistencias» que encontró en los propios medios psicoanalíticos y la dificultad que plantea el intento de basarla en la experiencia concreta. En efecto, como subrayó Freud en repetidas ocasiones, los hechos muestran que, incluso en los casos en que la tendencia a la destrucción de otro o de uno mismo es más manifiesta, en que la furia destructiva es más ciega, puede existir siempre una satisfacción libidinal, satisfacción sexual dirigida hacia el objeto o gozo narcisista (5 c). «Lo que encontramos siempre no es, por así decirlo, mociones pulsionales puras, sino asociaciones de dos pulsiones en proporciones variables» (6 a). En este sentido dice a veces Freud que la pulsión de muerte «[...] se substrahe a la percepción cuando no va teñido de erotismo» (5 d).

Esto se traduce también en las dificultades que encuentra Freud para sacar partido del nuevo dualismo pulsional en la teoría de las neurosis o en los modelos del conflicto: «Siempre seguimos experimentando que las mociones pulsionales, cuando logramos reconstruir su curso, se nos aparecen como derivados del Eros. Si no fuera por las consideraciones propuestas en *Más allá del principio del placer* y finalmente por las contribuciones del sadismo al Eros, nos resultaría difícil mantener nuestra concepción dualista fundamental» (7 a). En el artículo *Inhibición, síntoma y angustia* (*Hemmung, Symptom und Angst*, 1926), que reconsidera el conjunto del problema del conflicto neurótico y sus diversas modalidades, sorprende efectivamente ver el poco lugar que Freud con-

cede a la oposición entre los dos grandes tipos de pulsiones, oposición a la que no atribuye papel dinámico alguno. Cuando Freud se plantea explícitamente el problema (7 b) de la relación entre las instancias de la personalidad que acaba de diferenciar (ello, yo, superyó) y los dos tipos de pulsiones, se observa que el conflicto entre instancias no es superponible al dualismo pulsional; aunque Freud se esfuerza en determinar la parte correspondiente a las dos pulsiones en la constitución de cada instancia, en compensación, cuando se trata de describir las modalidades del conflicto, no se ve intervenir la supuesta oposición entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte: «No se trata de limitar una u otra de las pulsiones fundamentales a una determinada provincia psíquica. Es necesario poderlas encontrar por todas partes» (1 b). Con frecuencia el «hiatus» entre la nueva teoría de las pulsiones y la nueva tónica es todavía más sensible: el conflicto se convierte en un conflicto entre instancias, en que el *ello* termina por representar el conjunto de las exigencias pulsionales, en oposición al *yo*. En este sentido Freud pudo decir que, desde un punto de vista empírico, la distinción entre pulsiones del *yo* y pulsiones de objeto seguía conservando su valor; es solamente «[...] la especulación teórica [la que] nos ha hecho admitir la existencia de dos pulsiones fundamentales [Eros y pulsión destructiva] que se ocultan tras las pulsiones manifiestas, pulsiones del *yo* y pulsiones de objeto» (8). Como puede verse, aquí reasume Freud, incluso en el plano pulsional, un modelo de conflicto anterior a *Más allá del principio del placer* (véase: Libido del *yo* — libido objetal), suponiendo simplemente que cada una de las dos fuerzas presentes que vemos efectivamente enfrentarse («pulsiones del *yo*», «pulsiones de objeto») comprende ella misma una unión* de pulsiones de vida y de muerte.

Finalmente, sorprende ver la pequeñez de los cambios manifiestos que la nueva teoría de las pulsiones aporta, tanto en la descripción del conflicto defensivo como en la de la evolución de las fases pulsionales (6 b).

Si Freud afirma y mantiene hasta el fin de su obra la noción de pulsión de muerte, no lo hace como una hipótesis impuesta por la teoría de las neurosis. Lo hace porque tal noción es, por una parte, el resultado de una exigencia especulativa que éste considera fundamental, y, por otra, le parece inevitablemente sugerida por la insistencia de hechos muy precisos, irreductibles, que adquieren a sus ojos una importancia creciente en la clínica y en la cura: «Si se abarca en conjunto el cuadro que forman las manifestaciones del masoquismo inmanente en tantas personas, la reacción terapéutica negativa y el sentimiento de culpabilidad de los neuróticos, resulta imposible adherirse a la creencia de que el funcionamiento psíquico viene dominado exclusivamente por la tendencia al placer. Estos fenómenos indican, de una forma que no puede ignorarse, la presencia en la vida psíquica de un poder que, según sus fines, denominamos pulsión agresiva o destructiva, y que hacemos derivar de la pulsión de muerte originaria de la materia animada» (9).

La acción de la pulsión de muerte podría incluso entrecruzarse en estado puro cuando tiende a desunirse de la pulsión de vida, por ejemplo, en el caso del melancólico, en el cual el superyó aparece como «[...] una cultura de la pulsión de muerte» (7 c).

El propio Freud indica que, dado que su hipótesis «[...] descansa esencialmente sobre bases teóricas, es preciso admitir que no se halla tampoco al abrigo de objeciones teóricas» (5 e). En efecto, numerosos analistas han trabajado en este sentido, sosteniendo, por una parte, que la *noción* de pulsión de muerte era inaceptable y, por otra, que los *hechos* clínicos invocados por Freud debían interpretarse sin recurrir a esta noción. En forma muy esquemática, estas críticas pueden clasificarse según distintos niveles:

1) desde un punto de vista metapsicológico, se rehúsa considerar la reducción de tensiones como el patrimonio de un grupo determinado de pulsiones;

2) tentativas de describir una génesis de la agresividad: ya sea haciendo de ésta un elemento correlativo, al comienzo, de toda pulsión, en la medida en que ésta se realiza en una actividad que el sujeto impone al objeto, ya sea considerándola como una reacción secundaria a la frustración proveniente del objeto;

3) reconocimiento de la importancia y de la autonomía de las pulsiones agresivas, pero sin que éstas puedan adscribirse a una tendencia *autoagresiva*; negación a hipostasiar, en todo ser vivo, del par antitético: pulsiones de vida — pulsión de autodestrucción. Puede muy bien afirmarse que existe desde un principio una ambivalencia pulsional, pero la oposición entre amor y odio, tal como se manifiesta desde los comienzos en la incorporación* oral, sólo debería entenderse en la relación con un objeto exterior.

Por el contrario, la escuela de Melanie Klein reafirma con toda su fuerza el dualismo de las pulsiones de muerte y pulsiones de vida, atribuyendo incluso un papel fundamental a las pulsiones de muerte desde los comienzos de la existencia humana, no sólo en la medida en que están orientadas hacia el objeto exterior, sino también en cuanto operan en el organismo y dan lugar a la angustia de ser desintegrado y aniquilado. Pero cabe preguntarse si el maniqueísmo kleiniano recoge todas las significaciones que Freud había atribuido a su dualismo. En efecto, los dos tipos de pulsión invocados por Melanie Klein se contraponen ciertamente por su fin, pero no existe entre ellos una diferencia fundamental en cuanto a su principio de funcionamiento.

Las dificultades que ha encontrado la posteridad freudiana en integrar la noción de pulsión de muerte inducen a preguntarse qué es lo que considera Freud, con el nombre de *Trieb*, en su última teoría. En efecto, produce cierto embarazo designar con la misma palabra *pulsión* lo que Freud, por ejemplo, describió y mostró en su acción al detallar el funcionamiento de la sexualidad humana (*Tres ensayos sobre la teoría sexual* [*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905]) y estos «seres míticos» que él ve enfrentarse, no tanto a nivel del conflicto clínicamente observable como en una lucha que va más allá del individuo humano, puesto que se encuentra en forma velada en todos los seres vivos, incluso los más primitivos: «[...] las fuerzas pulsionales que tienden a

conducir la vida hacia la muerte podrían muy bien actuar en ellos desde el principio; pero sería muy difícil efectuar la prueba directa de su presencia, ya que sus efectos están enmascarados por las fuerzas que conservan la vida» (2 e).

La oposición entre las dos pulsiones fundamentales guardaría relación con los grandes procesos vitales de asimilación y desasimilación; en último extremo, desembocaría incluso «[...] en el par antitético que impera en el reino inorgánico: atracción y repulsión» (1 c). Este aspecto fundamental o incluso universal de la pulsión de muerte fue también subrayado por Freud de muchas formas. Se pone de manifiesto especialmente en la referencia a concepciones filosóficas como las de Empédocles y Schopenhauer.

Algunos traductores franceses de Freud se han dado perfecta cuenta de que la última teoría de las «pulsiones» se situaba en un plano distinto al de sus teorías anteriores, como indica el hecho de que prefieren hablar de «instinto de vida» y de «instinto de muerte», mientras que, en los restantes textos, traducen el *Trieb* freudiano por «pulsión». Pero esta terminología es criticable, ya que la palabra instinto* se halla más bien reservada por el uso (y esto en el propio Freud) para designar comportamientos preformados y fijos, susceptibles de ser observados, analizados, y específicos del orden vital.

De hecho, lo que Freud intenta explícitamente designar con el término «pulsión de muerte» es lo que hay de más fundamental en la noción de pulsión, el retorno a un estado anterior y, en último término, el retorno al reposo absoluto de lo inorgánico. Lo que así designa, más que un tipo particular de pulsión, es lo que se hallaría en el principio de toda pulsión.

A este respecto, resulta instructivo observar las dificultades que experimenta Freud para situar la pulsión de muerte en relación con los «principios de funcionamiento psíquico» que había establecido mucho tiempo antes, y sobre todo en relación con el principio de placer. Así, en *Más allá del principio del placer*, como indica el mismo título de la obra, se postula la existencia de la pulsión de muerte a partir de hechos que parecen contradecir dicho principio, pero al mismo tiempo Freud termina afirmando que «el principio de placer parece, de hecho, hallarse al servicio de las pulsiones de muerte» (2 f).

Por lo demás, se dio cuenta de esta contradicción, lo que le condujo a continuación a distinguir del principio de placer* el principio de nirvana*; este último, como principio económico de la reducción de las tensiones a cero, «[...] se hallaría enteramente al servicio de las pulsiones de muerte» (3 c). En cuanto al principio de placer, cuya definición se vuelve entonces más cualitativa que económica, «representa la exigencia de la libido» (3 d).

Cabe preguntarse si la introducción del principio de nirvana, «expresando la tendencia de la pulsión de muerte», constituye una innovación radical. Fácilmente puede mostrarse cómo las formulaciones del principio de placer dadas por Freud a todo lo largo de su obra confundían dos tendencias: una tendencia a la descarga completa de la excitación y una tendencia al mantenimiento de un nivel constante (homeostasis).

Por lo demás, se observará que en la primera etapa de su construcción metapsicológica (*Proyecto de psicología científica* [*Entwurf einer Psychologie*, 1895]) Freud había diferenciado estas dos tendencias hablando de un principio de inercia* y mostrando cómo éste se convertía en una tendencia «a mantener constante el nivel de tensión» (10).

Por lo demás, estas dos tendencias han continuado distinguiéndose, en la medida en que corresponden a dos tipos de energía, libre y ligada*, y a dos modos de funcionamiento psíquico (proceso primario y proceso secundario*). Desde esta perspectiva, la tesis de la pulsión de muerte puede verse como una reafirmación de lo que Freud consideró siempre como la esencia misma del inconsciente en lo que éste ofrece de indestructible y de arreal. Esta reafirmación de lo que hay de más radical en el deseo inconsciente es correlativa con una mutación en la función última que Freud asigna a la sexualidad. En efecto, ésta, con el nombre de Eros, ya no se define como una fuerza disruptora y eminentemente perturbadora, sino como principio de cohesión: «El fin de [el Eros] consiste en crear unidades cada vez mayores y mantenerlas: es la ligazón; el fin de [la pulsión destructiva] es, por el contrario, disolver los conjuntos y, de este modo, destruir las cosas» (1d) (véase: Pulsiones de vida).

Con todo, aun cuando en la noción de pulsión de muerte se pueda descubrir un nuevo avatar de una exigencia fundamental y constante del pensamiento freudiano, no puede dejarse de subrayar que aporta una nueva concepción: hace de la tendencia a la destrucción, como aparece, por ejemplo, en el sadomasoquismo, un dato irreductible, es la expresión privilegiada del principio más radical del funcionamiento psíquico, y por último liga indisolublemente, en la medida en que es «lo que hay de más pulsional», todo deseo, agresivo o sexual, al deseo de muerte.

PULSIONES DE VIDA

= *Al.*: *Lebenstrieb*. — *Fr.*: *pulsions de vie*. — *Ing.*: *life instincts*. — *It.*: *istinti o pulsioni di vita*. — *Por.*: *impulsos o pulsões de vida*.

Gran categoría de pulsiones que Freud contrapone, en su última teoría, a las pulsiones de muerte. Tienden a constituir unidades cada vez mayores y a mantenerlas. Las pulsiones de vida, que se designan también con el término «Eros», abarcan no sólo las pulsiones sexuales propiamente dichas, sino también las pulsiones de autoconservación.

En *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920), Freud introdujo la gran oposición, que mantendría hasta el fin de su obra, entre pulsiones de muerte* y pulsiones de vida. Las primeras tienden a la destrucción de las unidades vitales, a la nivelación radical de las tensiones y al retorno al estado inorgánico, que se considera como el estado de reposo absoluto. Las segundas tienden, no sólo a conservar las unidades vitales existentes, sino también a constituir, a partir de éstas, unidades más amplias. Así existiría, incluso a nivel celular, una tenden-

cia «[...] que aspira a producir y mantener la cohesión de las partes de la substancia viva» (1 a). Esta tendencia vuelve a encontrarse en el organismo individual, en tanto que éste aspira a mantener su unidad y su existencia (pulsiones de autoconservación*, libido narcisista*). La misma sexualidad, en sus formas manifestadas, se define como principio de unión (unión de los individuos en la cópula, unión de los gametos en la fecundación).

Pero lo que mejor permite comprender lo que entiende Freud por pulsiones de vida es su oposición a las pulsiones de muerte: se oponen unas a otras como dos grandes principios que actuarían ya en el mundo físico (atracción-repulsión) y que se hallarían sobre todo en la base de los fenómenos vitales (anabolismo-catabolismo).

Este nuevo dualismo pulsional no deja de plantear dificultades:

1) La introducción por Freud del concepto de pulsión de muerte es correlativa con una reflexión acerca de lo que hay de más fundamental en toda pulsión: el retorno a un estado anterior. Dentro de la perspectiva evolucionista explícitamente elegida por Freud, esta tendencia regresiva sólo puede apuntar a restablecer formas menos diferenciadas, menos organizadas, que en último extremo ya no comporten diferencias de nivel energético. Si esta tendencia se expresa eminentemente en la pulsión de muerte, en contraposición, la pulsión de vida se caracteriza por un movimiento inverso, a saber, el establecimiento y mantenimiento de formas más diferenciadas y más organizadas, la *constancia* e incluso el *aumento de las diferencias de nivel* energético entre el organismo y el medio. Freud se declara incapaz de poner de manifiesto, en el caso de las pulsiones de vida, bajo qué aspecto obedecen a lo que él definió como la fórmula general de toda pulsión, su carácter conservador o, mejor, regresivo. «Para el Eros (la pulsión de amor) no podemos aplicar la misma fórmula, ya que ello equivaldría a postular que la substancia viva, habiendo constituido primeramente una unidad, se fragmentó más tarde y tiende a reunirse de nuevo» (2 a). Freud se ve obligado entonces a referirse a un mito, el mito de Aristófanes en *El banquete* de Platón, según el cual la unión sexual tendería a restablecer la unidad perdida de un ser originariamente andrógino, anterior a la separación de los sexos (1 b).

2) En el plano de los principios del funcionamiento psíquico correspondientes a los dos grandes grupos de pulsiones, se vuelven a encontrar la misma oposición y la misma dificultad: el principio de nirvana*, que corresponde a las pulsiones de muerte, se halla claramente definido; pero el principio de placer (y su modificación en principio de realidad*), que se supone representa la exigencia de las pulsiones de vida, difícilmente puede captarse en su acepción económica y es reformulado por Freud en términos «cualitativos» (véase: Principio de placer; Principio de constancia).

Las últimas formulaciones de Freud (*Esquema del psicoanálisis* [Abriss der Psychoanalyse, 1938]) indican que el principio subyacente a las pulsiones de vida es un principio de *ligazón**. «El fin del Eros consiste en establecer unidades cada vez mayores, y por consiguiente conser-

varlas: es la ligazón. El fin de la otra pulsión, por el contrario, consiste en romper las relaciones y por consiguiente destruir las cosas» (2 b).

Como puede verse, también en el plano económico la pulsión de vida armoniza mal con el modelo energético de la pulsión como tendencia a la reducción de las tensiones. En algunos pasajes (3), Freud sitúa el Eros en oposición al carácter conservador general de la pulsión.

3) Por último, si Freud pretende reconocer en las pulsiones de vida lo que anteriormente había designado como pulsión sexual*, cabe preguntarse si esta asimilación no es correlativa con un cambio en cuanto a la posición de la sexualidad en la estructura del dualismo freudiano. En los grandes pares antitéticos establecidos por Freud: energía libre — energía ligada, proceso primario — proceso secundario, principio de placer — principio de realidad, y, en el *Proyecto de psicología científica* (*Entwurf einer Psychologie*, 1895), principio de inercia — principio de constancia, la sexualidad correspondía hasta entonces a los primeros términos, apareciendo como una fuerza esencialmente disruptora. Con el nuevo dualismo pulsional, es la pulsión de muerte la que pasa a convertirse en esta fuerza «primaria», «demoníaca» y propiamente pulsional, mientras que la sexualidad, paradójicamente, pasa del lado de la ligazón.

PULSIONES DEL YO

= Al.: Ichtriebe. — Fr.: pulsions du moi. — Ing.: ego instincts. — It.: istinti o pulsioni dell'io. — Por.: impulsos o pulsões do ego.

Dentro del marco de la primera teoría de las pulsiones (tal como fue formulada por Freud en los años 1910-1915), las pulsiones del yo designan un tipo específico de pulsiones cuya energía se sitúa al servicio del yo en el conflicto defensivo; son asimiladas a las pulsiones de autoconservación y se oponen a las pulsiones sexuales.

En la primera teoría freudiana de las pulsiones, que opone pulsiones sexuales* y pulsiones de autoconservación*, estas últimas reciben todavía el nombre de pulsiones del yo.

Como es sabido, el conflicto* psíquico fue descrito al principio por Freud como la oposición entre la sexualidad y una instancia represora, defensiva, el yo*. Pero todavía no se atribuía al yo un soporte pulsional determinado.

Por otra parte, desde los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (*Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 1905), Freud contrapuso las pulsiones sexuales a lo que él llamó «necesidades» (o «funciones de importancia vital»), mostrando cómo las primeras nacían apoyándose* en las segundas, y luego se separaban, especialmente en el autoerotismo*. Al enunciar su «primera teoría de las pulsiones», Freud trata de hacer coincidir estas dos oposiciones: oposición clínica, en el conflicto defensivo, entre el yo y las pulsiones sexuales; oposición genética, en el origen de la sexualidad humana, entre funciones de autoconservación y pulsión sexual.

Sólo en 1910, en *El trastorno psicógeno de la visión en la concepción psicoanalítica* (*Die psychogene Sehstörung in Psychoanalytischer Auffassung*), Freud, por un lado, reúne el conjunto de estas «grandes nece-

sidades» no sexuales con el nombre de «pulsiones de autoconservación» y, por otro, las señala, con el nombre de «pulsiones del yo», como parte integrante del conflicto psíquico, cuyos dos polos se deben definir, en último análisis, igualmente en términos de fuerzas: «De muy especial importancia para nuestra tentativa de explicación es la oposición innegable existente entre las pulsiones que sirven a la sexualidad, a la obtención del placer sexual, y los otros, que tienen como fin la autoconservación del individuo, las pulsiones del yo. Todas las pulsiones orgánicas que actúan en nuestro psiquismo pueden clasificarse, según el poeta, en «hambre» o en «amor» (1 a).

¿Qué significa la sinonimia, anticipada por Freud, entre pulsiones de autoconservación y pulsiones del yo? ¿En qué sentido un determinado grupo de pulsiones puede considerarse inherente al yo?

1.º A nivel biológico, Freud se apoya en la oposición entre las pulsiones que tienden a la conservación del individuo (*Selbsterhaltung*) y las que sirven a los fines de la especie (*Arterhaltung*): «El individuo lleva, en realidad, una doble existencia, como fin de sí mismo y como miembro de una cadena a la que se encuentra sometido en contra de su propia voluntad o, por lo menos, sin contar con ella [...]. La distinción entre pulsiones sexuales y pulsiones del yo no hará más que reflejar esta doble función del individuo» (2 a). Desde esta perspectiva, «pulsiones del yo» significa «pulsiones de conservación de sí mismo», siendo el yo como la instancia psíquica encargada de la conservación del individuo.

2.º En el marco del funcionamiento del aparato psíquico, Freud muestra cómo las pulsiones de autoconservación, proposición de las pulsiones sexuales, son especialmente aptas para funcionar según el principio de realidad. Es más, define un «yo-realidad*» por las características mismas de las pulsiones del yo: «[...] el yo-realidad no tiene más misión que tender hacia lo útil y prevenirse contra los daños» (3).

3.º Por último, se observará que, desde la introducción de la noción de pulsiones del yo, Freud señala que éstas (simétricamente a las pulsiones sexuales, con las que se hallan en conflicto) se encuentran fijadas a un grupo determinado de representaciones, grupo «para el que utilizamos el concepto global de yo, el cual está compuesto de diversas formas según el caso» (1 b).

Si concedemos todo su sentido a esta última indicación, nos veremos inducidos a pensar que las pulsiones del yo catectizan el «yo» tomado como «grupo de representaciones», que apuntan al yo. Vemos que se introduce aquí una ambigüedad en el sentido de la contracción *del* (pulsiones *del* yo): las pulsiones del yo se conciben, por una parte, como tendencias que *emanan* del organismo (o *del* yo como instancia psíquica encargada de asegurar la conservación de aquél) y que apuntan hacia objetos exteriores relativamente específicos (por ejemplo, alimento). Pero, por otra parte, se fijarían al yo como a su *objeto*.

Cuando, entre 1910 y 1915, Freud establece la oposición entre pulsiones sexuales y pulsiones del yo, raramente deja de declarar que se trata de una hipótesis que se vio «[...] obligado a establecer por el análisis de las neurosis de transferencia (histeria y neurosis obsesiva)» (2 b). A este respecto cabe señalar que, en las interpretaciones dadas por Freud del conflicto, casi nunca vemos intervenir las pulsiones de autoconservación como fuerza motivadora de la represión:

1.º En los estudios clínicos publicados antes de 1910, a menudo se señala el lugar que ocupa el yo en el conflicto, pero no se indica su relación con las funciones necesarias para la conservación del individuo biológico (véase: Yo). Más tarde, después de haberlo clasificado explícitamente, en teoría, como pulsión del yo, la pulsión de autoconservación es, no obstante, raras veces invocada como energía represora: En *Historia de una neurosis infantil* (*Aus der Geschichte einer infantilen Neurose*, 1918), redactada en 1914-1915, la fuerza que provoca la represión se busca en la «libido genital narcisista» (4).

2.º En los trabajos metapsicológicos de 1914-1915 (*El inconsciente* [*Das Unbewusste*], *La represión* [*Die Verdrängung*], *Las pulsiones y sus destinos* [*Trieb und Triebchicksale*]), la represión, en los tres grandes tipos de neurosis de transferencia, se atribuye a un juego puramente libidinal de catexis, de retiro de la catexis y de contracatexis de las representaciones: «podemos reemplazar aquí la palabra "catexis" por "libido", ya que, según sabemos, se trata del destino de las pulsiones sexuales» (5).

3.º En el texto que introduce la noción de pulsión del yo, uno de los pocos trabajos en los que Freud intenta hacer intervenir esta pulsión como parte del conflicto, se tiene la impresión de que la función de «autoconservación» (en este caso la visión) constituye lo que está en juego y el terreno del conflicto defensivo más que uno de los términos dinámicos de éste.

4.º Cuando Freud intenta justificar la introducción de este dualismo pulsional, no lo considera como un «postulado necesario», sino únicamente como una «construcción auxiliar» que ya mucho más allá de los simples datos psicoanalíticos. Estos, en efecto, sólo imponen la idea de un «conflicto entre las exigencias de la sexualidad y las del yo» (6). Así, pues, en último análisis, el dualismo pulsional se basa en consideraciones «biológicas»: «[...] deseo hacer constar aquí expresamente que la hipótesis de una separación entre pulsiones del yo y pulsiones sexuales [...] sólo en una pequeña parte tiene una base psicológica, encontrando su principal apoyo en la biología» (2 c).

La introducción del concepto de narcisismo* no invalida, en principio, para Freud la oposición entre pulsiones sexuales o pulsiones del yo (2 d, 6 b), pero introduce en ella una distinción suplementaria: las pulsiones sexuales pueden cargar su energía sobre un objeto exterior (libido objetal) o sobre el yo (libido del yo o libido narcisista). La energía de las pulsiones del yo no es libido, sino «interés*». Como puede verse, esta nueva reagrupación intenta suprimir la ambigüedad que hemos

señalado más arriba a propósito del término «pulsiones del yo». Las pulsiones del yo emanan del yo y se refieren a objetos independientes (por ejemplo, el alimento); pero el yo puede ser objeto para la pulsión sexual (libido del yo).

Con todo, la oposición libido del yo — libido objetal* muy pronto, en el pensamiento de Freud, restará interés a la oposición entre pulsiones del yo — pulsiones sexuales.

En efecto, Freud cree poder referir la autoconservación al amor de sí mismo, es decir, a la libido del yo. Escribiendo *a posteriori* la historia de su teoría de las pulsiones, Freud interpreta el cambio en virtud del cual introdujo el concepto de libido narcisista como una aproximación a una teoría monista de la energía pulsional, «[...] como si la lenta progresión de la investigación psicoanalítica hubiera seguido los pasos de las especulaciones de Jung sobre la libido primitiva, tanto más cuanto que la transformación de la libido objetal en narcisismo se acompaña inevitablemente de cierta desexualización» (7).

Con todo, se observará que Freud no descubre esta fase «monista» de su pensamiento hasta el momento en que ya ha establecido un *nuevo dualismo fundamental*, el de las pulsiones de vida* y las pulsiones de muerte*.

Tras la introducción de este dualismo, el término «pulsión del yo» desaparecerá de la terminología freudiana, no sin que Freud intentase primeramente, en *Más allá del principio del placer* (*Jenseits des Lustprinzips*, 1920) situar lo que hasta entonces había denominado pulsiones del yo, dentro de este nuevo marco. Esta tentativa se efectúa en dos direcciones contradictorias:

1.^a En la medida en que las pulsiones de vida se asimilan a las pulsiones sexuales, Freud intenta, simétricamente, hacer coincidir pulsiones del yo y pulsiones de muerte. Cuando lleva hasta sus últimas consecuencias la tesis especulativa según la cual la pulsión, en el fondo, tiende a restablecer el estado inorgánico, ve en las pulsiones de autoconservación «[...] pulsiones parciales destinadas a asegurar al organismo su propio camino hacia la muerte» (8 a). Sólo se diferencian de la tendencia inmediata a retornar a lo inorgánico en la medida en que «[...] el organismo sólo quiere morir a su modo; los guardianes de la vida fueron en su origen agentes de la muerte» (8 b).

2.^a En el curso de su propio texto, Freud se ve obligado a rectificar estos puntos de vista, retomando la tesis según la cual las pulsiones de autoconservación son de naturaleza libidinal (8 c).

Finalmente, dentro de su segunda teoría del aparato psíquico, Freud ya no hará coincidir un determinado tipo cualitativo de pulsión con una determinada instancia (como había intentado hacer al asimilar pulsión de *autoconservación* y pulsión del yo). Si bien las pulsiones tienen su origen en el ello, pueden verse actuar todas ellas en cada una de las instancias. El problema de saber cuál es la energía pulsional que el yo utiliza más especialmente seguirá existiendo (véase: Yo), pero sin que Freud hable entonces de pulsión del yo.



QUANTUM DE AFECTO

= *Al.*: Affektbetrag. — *Fr.*: quantum d'affect. — *Ing.*: quota of affect. — *It.*: importo o somma d'affetto. — *Por.*: quota o soma de afeto.

Factor cuantitativo postulado como substrato del afecto vivido subjetivamente, para designar lo que permanece invariable en las diversas modificaciones de éste: desplazamiento, separable de la representación, transformaciones cualitativas.

El término «quantum de afecto» es uno de los que expresan la hipótesis económica* de Freud. El mismo substrato cuantitativo se designa igualmente por términos tales como los de «energía de catexis», «fuerza pulsional», «empuje de la pulsión», o «libido», cuando la pulsión sexual es la única que interviene. El término «quantum de afecto», Freud lo utiliza casi siempre, cuando trata del destino del afecto y de su independencia con respecto a la representación: «En las funciones psíquicas es posible diferenciar algo (quantum de afecto, suma de excitación) que posee todas las propiedades de una cantidad (aun cuando no estemos en condiciones de medirla), algo que puede aumentar, disminuir, desplazarse, descargarse, y que se extiende sobre las huellas mnémicas de las representaciones como una carga eléctrica por la superficie de los cuerpos» (1).

Como indica Jones, «la concepción de un afecto independiente y capaz de separarse difiere mucho de la antigua creencia en un «tinte "afectivo"» (2) (α). El concepto de quantum de afecto no es descriptivo, sino metapsicológico: «El quantum de afecto corresponde a la pulsión en la medida en que ésta se ha separado de la representación y encuentra una expresión adecuada a su magnitud en los procesos que percibimos como afectos» (3). No obstante, se encuentran en Freud ejemplos de utilización más laxa de los dos términos (afecto y quantum de afecto), en la que desaparece su oposición, que es esquemáticamente la que existe entre cualidad y cantidad.

(*) Observemos, sin embargo, que en su artículo, escrito en francés: *Quelques considérations pour une étude comparative des paralysies motrices organiques et hysteriques* (1893), Freud traduce *Affektbetrag* por «valor afectivo».

R

RACIONALIZACIÓN

= *Al.*: Rationalisierung. — *Fr.*: rationalisation. — *Ing.*: rationalization. — *It.*: razionalizzazione. — *Por.*: racionalização.

Procedimiento mediante el cual el sujeto intenta dar una explicación coherente, desde el punto de vista lógico, o aceptable desde el punto de vista moral, a una actitud, un acto, una idea, un sentimiento, etc., cuyos motivos verdaderos no percibe; especialmente se habla de la racionalización de un síntoma, de una compulsión defensiva, de una formación reactiva. La racionalización interviene también en el delirio, abocando a una sistematización más o menos marcada.

Este término fue introducido en el lenguaje psicoanalítico corriente por E. Jones, en su artículo *La racionalización en la vida cotidiana* (*Rationalization in everyday life*, 1908).

La racionalización constituye un procedimiento muy corriente, que abarca un amplio territorio que se extiende desde el delirio hasta el pensamiento normal. Dado que toda conducta puede admitir una explicación racional, a menudo resulta difícil decidir si ésta es insuficiente. Especialmente en la cura psicoanalítica, se encuentran todos los grados intermedios entre dos extremos: en algunos casos, resulta fácil mostrarle al paciente el carácter artificial de las motivaciones invocadas, incitándole así a no contentarse con ellas; en otros casos, los motivos racionales son particularmente sólidos (los analistas conocen las resistencias que pueden ocultarse, por ejemplo, bajo «el recurso a la realidad»), pero incluso entonces puede resultar útil ponerlos «entre paréntesis» para descubrir las satisfacciones o las defensas inconscientes que se sobreañaden.

Como ejemplo del primer caso, se encuentran racionalizaciones de síntomas, neuróticos o perversos (por ejemplo, conducta homosexual masculina que se intenta explicar por una superioridad intelectual y estética del hombre), de compulsiones defensivas (ceremonial alimentario que se explica, por ejemplo, por preocupaciones higiénicas).

En el caso de rasgos de carácter o de comportamientos muy integra-

dos al yo, resulta más difícil hacer que el sujeto se dé cuenta del papel desempeñado por la racionalización.

Habitualmente la racionalización no se clasifica entre los mecanismos de defensa, a pesar de su función defensiva patente. Ello es debido a que no se dirige directamente contra la satisfacción pulsional, sino que viene más bien a disimular secundariamente los diversos elementos del conflicto defensivo. Así, pueden racionalizarse defensas, resistencias en el análisis, formaciones reactivas. La racionalización encuentra firmes apoyos en ideologías constituidas, moral común, religiones, convicciones políticas, etc., viniendo el superyó a reforzar aquí las defensas del yo.

La racionalización es equiparable a la elaboración secundaria*, que somete las imágenes del sueño a un guión coherente.

En este sentido limitado intervendría, según Freud, la racionalización en la explicación del delirio. Freud, en efecto, le niega la función de crear temas delirantes (1), oponiéndose así a una concepción clásica que considera, por ejemplo, la megalomanía como una racionalización del delirio de persecución («debo ser un gran personaje para merecer ser perseguido por seres tan poderosos»).

Intelectualización* es un término afín al de racionalización. Sin embargo, deben diferenciarse entre sí.

REACCIÓN TERAPÉUTICA NEGATIVA

= *Al.*: negative therapeutische Reaktion. — *Fr.*: réaction thérapeutique négative. — *Ing.*: negative therapeutic reaction. — *It.*: reazione terapeutica negativa. — *Por.*: reação terapêutica negativa.

Fenómeno observado en algunas curas psicoanalíticas y que constituye un tipo de resistencia a la curación singularmente difícil de vencer: cada vez que cabría esperar, del progreso del análisis, una mejoría, tiene lugar una agravación, como si ciertos individuos prefirieran el sufrimiento a la curación. Freud atribuye este fenómeno a un sentimiento de culpabilidad inconsciente inherente a ciertas estructuras masoquistas.

En *El yo y el ello* (*Das Ich und das Es*, 1923) Freud dio la descripción y el análisis más completos de la reacción terapéutica negativa. En algunos pacientes «[...] toda resolución parcial que debería tener como consecuencia (y la tiene realmente en otros) una mejoría o una desaparición pasajera de los síntomas, provoca en ellos un aumento momentáneo de su sufrimiento; su estado se agrava durante el tratamiento, en lugar de mejorar» (1 a).

Ya anteriormente, por ejemplo, en *Recuerdo, repetición y trabajo* (*Erinnern, Wiederholen und Durcharbeiten*, 1914), Freud había llamado la atención acerca del problema de «la agravación durante el tratamiento» (2). La proliferación de los síntomas puede explicarse por el retorno de lo reprimido, lo cual viene favorecido por una actitud más tolerante respecto a la neurosis, o también por el deseo del paciente de demostrar al analista los peligros del tratamiento.

En *Historia de una neurosis infantil* (*Aus der Geschichte einer infantilen Neurose*, 1918) Freud habla también de «reacciones negativas»: